

Joaquín Ferrer Arellano

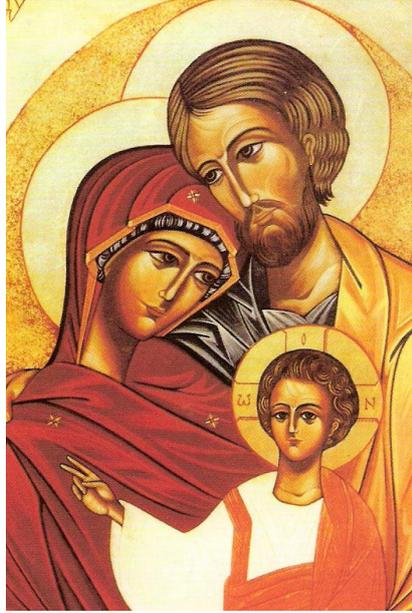
San José
Nuestro Padre y Señor
La Trinidad de la Tierra



TEOLOGÍA Y ESPIRITUALIDAD

EDICIONES "ARCA DE LA ALIANZA"

PRÓLOGO



*Icono pintado por los
Benedictinas de la Natividad (Madrid).*

La teología de San José que se propone en este libro es el fruto de una prolongada reflexión de muchos años, que he decido finalmente exponer por escrito, de modo sistemático –con ocasión del IX simposio internacional de San José, celebrado en Kevelaer (Alemania) de 28-IX- a 2-X de 2055. El punto de partida irrenunciable del saber teológico en cualquiera de sus partes –que estudian diversos aspectos del único “misterio” de Cristo, en una unidad formalmente indivisible–, no puede ser otro que la Sagrada Escritura, leída a la luz de la tradición viva de la Iglesia de origen apostólico; con la guía segura del Magisterio, que culmina –en lo que se refiere al misterio de San José–, en la exhortación apostólica “Redemptoris Custos” de Juan Pablo II. Este extraordinario documento, verdadera “carta magna” de la Josefología, presenta la figura amabilísima del Santo Patriarca como personaje clave de la historia de la salvación.

No es “el capítulo” de San José, en efecto, como erradamente piensan no pocos teólogos, un apéndice devocional de la Mariología, de gran arraigo en la piedad del pueblo, pero sin relevancia decisiva –inesencial, diríamos–, en la historia de la salvación; aunque no sin algún relieve, que todos admiten, por su ayuda valiosa en el nacimiento e infancia del Verbo encarnado en el Seno de María Virgen para su inserción ordenada en la sociedad de los hombres; o por su gran valor de ejemplaridad o de poderosa intercesión a favor nuestro.

Es, por el contrario, como evoca el título de éste libro –“nuestro Padre y Señor”, según la sugerente expresión teresiana, de certera intuición teológica–, nada menos que –así lo iremos mostrando– cabeza de la familia de Nazaret, piedra angular de ambos Testamentos y vértice de la historia de la salvación; la sombra o “icono” transparente de Dios Padre, que quiso hacer partícipe a José –hijo de David– de su Paternidad, constituyéndole Padre virginal y mesiánico de su Unigénito encarnado, sometido a su autoridad en el hogar de Nazaret, para educarle; preparándole, con María su esposa, para su misión redentora, que culmina en el holocausto del Calvario; y –como consecuencia– Padre y Señor de la Familia de Dios que es la Iglesia nacida del costado abierto de Cristo; tanto en su fase peregrina como en su consumación escatológica en la Jerusalén celestial, cuya semilla fue la Casa de José, el hogar familiar de Nazaret, que contenía los principios de la Iglesia naciente.

«En aquella casa él era el cabeza de familia delante de Dios y de los hombres, el varón justo delante de la ley, el artesano de Nazareth. Pero de puertas adentro se vivía en otro ámbito: el de la unión hipostática del Hombre-Dios. Jesús no era puro Hombre, María era más que simple madre del Niño, José

no era un padre como los demás. Aquella Familia era el “Sacramentum absconditum a saeculis in Deo” (Ef. 3,9), el “Mysterium quod absconditum fuit a saeculis et generationibus” (Col. 1, 26); y el depositario de este Mysterium y de los demás misterios que el mundo y los mismos Rabinos y Doctores de la ley desconocían, era José. Y como depositario de los más altos y divinos misterios, el mismo llevaba una existencia abscondita, oculta, misteriosa como todo lo que rodea la mansión santa de Nazareth. Nada se sabe de su nacimiento y de su muerte. Si San Juan Bautista, precursor del Mesías, tiene la historia del que era la “Voz que clama en el desierto”, San José tiene la voz del silencio; silencio que parece era necesario para la venida del Salvador. La Iglesia lo dice en la Liturgia navideña: “Cum quietum silentium contineret omnia et nox in suo cursu medium iter haberet, omnipotens sermo tuus de caelo a regalibus sedibus... in mediam... terram prosilivit” (Sap. 18, 14–15)».¹

Este estudio teológico debe buena parte de su inspiración a la vivencia teologal de almas santas, especialmente de San Josemaría Escrivá, al que conocí y traté filialmente a lo largo de cinco lustros. En la presentación –resumen de este ensayo de Josefología que hice en el IX Simposio internacional sobre San José celebrado en Kevelaer (Alemania) en septiembre del 2005–² expuse la inspiración de fondo de la teología sapiencial de San Josemaría, que propongo como principio estructurante de su desarrollo teológico–sistemático: la indisoluble unión de Jesús, María y José en la realización histórica del plan salvífico de Dios, en todas sus dimensiones y momentos, hasta la Parusía de Señor:

«La Familia de Nazaret es la piedra angular de ambos Testamentos; imagen perfecta –como *trinidad de la tierra*– de la Trinidad del Cielo y camino de retorno salvífico a Ella, a lo largo de la historia de la Salvación, que tiene su vértice en la Encarnación redentora en el seno de María y en la Casa y familia de José. Los Tres están presentes en toda la obra de la Redención –tanto objetiva o adquisitiva, iniciada en la vida oculta de Nazaret y consumada en el Sacrificio del Calvario, como subjetiva o aplicativa en el tiempo histórico de la Iglesia peregrina– hasta la Parusía del Señor, cuando “Dios sea todo en todos (1 Cor 15,19, a través de la mediación de la Eucaristía “que hace la Iglesia”, edificándola sobre y bajo Pedro”. (...) De la misteriosa presencia salvífica de los Tres Corazones unidos de Jesús, María y José, en el misterio eucarístico, brota el agua viva del Espíritu Santo que vivifica la Iglesia como sacramento y arca universal de salvación, en la progresiva edificación del Reino de Dios que “todo lo atrae hacia Sí” (Jn 12, 31), desde el trono triunfal de la Cruz gloriosa, sacramentalmente presente en la Eucaristía –de la que “vive la Iglesia” (Juan Pablo II, “Ecclesia de Eucharistia”)– hasta su consumación escatológica cuando Él vuelva a entregar su Reino al Padre».

Al final del estudio teológico ofrezco en una *segunda parte devocional*, una selección de oraciones, tradicionales y modernas, que reflejan y expresan, en el “lenguaje de *la esperanza*”, propio de la oración cristiana (“interpretativa spei”, la llama Sto Tomás), la precedente reflexión doctrinal, propia de la de “teología de *la fe*”.

Están expresamente elegidas con la intención de mostrar la interdependencia entre la *lex credendi*, la *lex orandi* y la *lex celebrandi*; que –como subraya el reciente compendio del Catecismo de la Iglesia Católica (Compendio, Introducción)–, es guía segura de la “*lex vivendi*” –*la caridad*–, en el camino de retorno de la humanidad caída a la *Trinidad del Cielo*, que no es otro que la *trinidad de la tierra*, la indisociable unidad de los Tres de la familia de Nazaret en el plan salvífico de Dios, vértice y piedra angular de la historia entera de la salvación en todas las fases de su desarrollo histórico.

* * *

El “misterio inefable” de San José –tan elocuentemente silencioso, tan poco conocido todavía, y extrañamente marginado por no pocos mariólogos– debe ser, ciertamente, antes objeto de contemplación, devoción y gratitud –“casto silentio venerantes”– que de reflexión teológica; pero no

¹ F. SOLA, cit por F. CANALS VIDAL, *San José, Patriarca del Pueblo de Dios.*, 274.

² Publicado en las Actas, vol.I y con pequeñas modificaciones en el anexo de mi libro “*La Mediación materna de María, esperanza ecuménica de la Iglesia. Hacia el quinto dogma mariano. Razones teológicas*” (2ª ed, editorial “Arca de la Alianza”). Madrid 2006.

es menos cierto que ambas aproximaciones, sapiencial y científico–sistemática, son, sin embargo, irrenunciables y complementarias; en una circularidad “virtuosa” descrita en la Encíclica “Fides et Ratio” de Juan Pablo II.

Parece evidente que la Providencia divina quiere poner en primer plano al humilde artesano de Nazaret, al que la Iglesia invoca en la letanías a él dedicadas como “terror de los demonios” –siempre indisolublemente unido a la Inmaculada, la gran antagonista de la antigua serpiente que, como está decretado (Gn 3, 15 y Apoc 12), le aplastará la cabeza– en esta hora grave y resolutiva de la historia de la salvación.

Aquél que fue constituido por Dios padre virginal y mesiánico de su Hijo Unigénito con la excelsa misión de modelar en el hogar de Nazaret la Humanidad del Redentor –siempre inseparable y complementaria de la función materna de María–, para que el Unigénito del Padre llegara a la plena madurez de Hijo del hombre “Redentor del hombre”, está llamado también a cuidar de su prolongación en los hijos de la Iglesia, el cuerpo místico de su Hijo virginal, como su Padre y Señor. Especialmente, en la presente disolución de la familia favorecida de la decadente cultura relativista de la postmodernidad, en la que tanto influye la ausencia del padre (se ha hablado del “eclipse del padre” y de dimisión de las responsabilidades paternas, como una de las características de nuestro tiempo), Dios quiere poner en primer plano la paternidad de San José –icono transparente de Dios Padre– para que los hombres y mujeres de hoy adquieran conciencia de la dignidad a que están llamados de ser hijos de Dios Padre; y a ayudarles a ejercer su responsabilidad paterna y materna, como partícipes de su Providencia salvífica en el seno de las familias, de modo que reflejen cada día más el modelo del hogar, luminoso y alegre, de la Casa de José, nuestro Padre y Señor.

He pedido al Padre Enrique Llamas, presidente de la Sociedad Mariológica española, incluir en un anexo –que precede a la exhortación apostólica *Redemptoris Custos*, cuya doctrina esta omnipresente, no sólo en abundantes citas explícitas a lo largo del libro, sino en toda totalidad– su ponencia, publicada en las Actas del Simposio de Kevelaer (vol. I, pp. 143–160). Resumo en él lo esencial de sus estudios teológicos sobre el matrimonio de José y María. Demuestra en ellos que San José estaba incluido como elemento esencial, con María su esposa, en el plan salvífico de Dios, en la predestinación, en un único decreto de misterio de la Encarnación del Verbo, que debía ser acogido en la plenitud de los tiempos en el santuario del amor y cuna de la vida del hogar familiar fundado por el matrimonio de ambos esposos: en la casa de José, como padre virginal virginal del Redentor y ministro de salvación. Creo que la argumentación del Padre Enrique Llamas debería marcar un antes y un después en la Mariología. Es urgente que sus cultivadores no expongan la maternidad virginal de María como si aconteciera a una mujer soltera protegida por José, sin advertir la contribución esencial del Santo Patriarca en la historia salvífica hasta la Parusía del Señor.

I PARTE

TEOLOGÍA DE SAN JOSÉ

INTRODUCCIÓN



*Santuario de Kalisz
(Polonia)*

I. La trinidad de la tierra, Jesús, María y José –unidos *ab aeterno* en el plan salvífico de Dios– imagen de la Trinidad del Cielo y camino de retorno hacia Ella.

Este estudio teológico sobre el misterio de San José debe, en buena parte, su inspiración a las incisivas y audaces expresiones de San Josemaría Escrivá³, gran enamorado del Santo Patriarca, sobre la indisociable presencia de “Jesús, María y José” –*la trinidad de la tierra*, repetía una y otra vez haciendo suya, con originales resonancias, la tradicional analogía de origen patrístico con la Trinidad del Cielo, que comienza a divulgarse, al parecer, desde Gerson⁴ y Pedro d’Ailly– en todas las fases de

³ Tuve la gracia de tratarle filial y asiduamente durante los últimos veinticinco años de su vida, desde mi encuentro con él en el verano de 1950 en Roma, el Año Santo de la proclamación dogmática de la Asunción.

⁴ Estas son las inspiradas palabras de J. GERSON (1363–1429) (Sermón, “*De Nativitate B Mariae Virginis*”): «Una Trinidad virgen creó el mundo; una trinidad virgen tuvo por misión salvarlo. Jesús es la parte esencial de esta trinidad de salvación, puesto que es el único Redentor; María es como madre del Redentor y corredentora; José por haber convivido con Jesús y María. Los tres son vírgenes, como los tres están asociados en una vida común, sufrimientos comunes, y podemos aplicarles, aunque en otro sentido, lo que se ha dicho de la Trinidad del cielo: *Et hi tres unum sunt*, los tres son una sola cosa. José, con María, recibió, alimentó, cuidó y guardó a Cristo en cuanto Redentor del género humano, cooperando así a nuestra liberación. Preparó la víctima, contribuyendo con el sudor de su frente y el trabajo de sus manos a la formación y conservación de la carne y de la sangre que Cristo ofreció como precio infinito de nuestro rescate. Toda la

la economía salvífica del misterio de Cristo y de la Iglesia. “Jesús, María y José, que esté siempre con los tres”, repetía de continuo. Este deseo suyo de no separar nunca a los tres que Dios había unido –ab eterno y para siempre– en su plan salvífico, en todas sus fases y momentos, se manifestaba hasta en su propio nombre, Josemaría, que quiso unir en uno sólo sin separación alguna.

«San José, que no te puedo separar de Jesús y de María; San José, por el que ha tenido siempre devoción, pero comprendo que debo amarte cada día más y proclamarlo a los cuatro vientos, porque éste es el modo de manifestar el amor entre los hombres, diciendo: ¡te quiero!, San José, Padre y Señor nuestro: ¡en cuantos sitios te habrán repetido ya a estas horas invocándote, esta misma frase, estas mismas palabras! San José, nuestro Padre y Señor, intercede por nosotros».

Había sido una constante este cariño, esta devoción especial hacia San José, Maestro de vida interior, Patrono y Protector de la Iglesia universal y Patrono principal del Opus Dei, que había fundado “por inspiración divina” (Juan Pablo II, Bula “ut sit”). Este amor al Santo Patriarca se desarrolló con ímpetu creciente en los últimos años de su vida en la tierra, y con singular intensidad en la gran catequesis que hizo por América. Esa era la razón fundamental de la gran alegría que le produjo el anuncio de Juan XXIII en la asamblea conciliar de la inclusión en el Canon de la Misa el nombre de San José. Es conocido que en la lista de firmantes en la petición presentada con tal motivo al Santo Padre, figuraba la de San Josemaría Escrivá de Balaguer.⁵

“Entre los bienes que el Señor ha querido darme, está la devoción a la Trinidad Beatísima: la Trinidad del Cielo, Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo, único Dios; y la trinidad de la tierra: Jesús, María y José. Comprendo bien la unidad y el cariño de esta Sagrada Familia. Eran tres corazones, pero un solo amor”.

“No separéis a José de Jesús y de María, porque el Señor los unió de una forma maravillosa (...) Insisto: invocad en vuestro corazón, con un trato constante, a esa trinidad de la tierra, a Jesús, María y José, para que estemos cerca de los tres, y todas las cosas del mundo, y todos los engaños de Satanás los podamos vencer”.⁶

Trinidad obró nuestra redención. El Padre enviando al Hijo, el Hijo humanándose, el Espíritu Santo formando a Jesús en el seno de la Virgen. También en este venerando y admirable matrimonio de María con José, toda la trinidad, a saber, Jesús, María y José, obró nuestra salvación». (*Opera omnia*, Amberes, 1706, vol. III, col. 1856).

La analogía de origen patrístico entre la Trinidad y la Familia de Nazaret desarrollada por Pierre d’Ailly y Gerson fue popularizada por la teología polaca del S. XVII, en especial por B. Rosa (1676), que floreció en torno al célebre retablo milagroso del Santuario dedicado a San José en Kalisz, al que Juan XXIII ofreció su anillo papal para el dedo de San José, con ocasión de la apertura del Concilio Vaticano II. Juan Pablo II, coronó con triple corona como significando la realeza de los Tres.

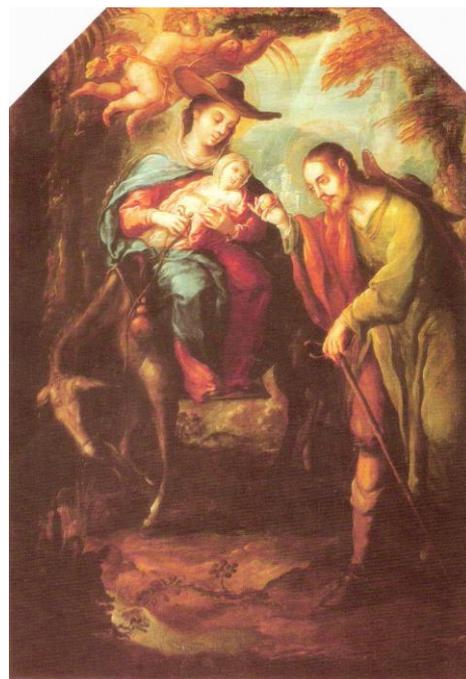
Los orígenes de este analogía –metafórica, como es obvio– se remontan a San Agustín, que ya en el S. V hablaba de las “tríadas” celeste y terrestre. Cfr. C. M. DOUBLIER-VILLETTE, *Analyse d’un corpus iconographique médiéval sur Saint Joseph*, Actas del IX Simposio internacional sobre San José, Kevelaer, 26-IX-2005. vol. II, 814. Con motivo del 346º aniversario de la aparición de San José en Cotignac este A. ha publicado *La saga de Saint Joseph*, Ed. FRDJ, 2006 (www.josephologie.info), que muestra una visión panorámica de dos milenios de obras de arte y de teología sobre el Santo Patriarca, de muy útil consulta.

⁵ Cfr. ISIDORO DE S. JOSÉ Y JOSÉ DE JESÚS MARÍA, *San José en el Sacrificio de la Misa* (Historia de una magna campaña josefina), Centro Español de Investigaciones Josefinas, Padres Carmelitas Descalzos, Valladolid, 1963.

⁶ Cit. Por L. M. HERRÁN, *La devoción a san José en la vida y enseñanzas de Mons. Escrivá de Balaguer*, Madrid, Palabra, 1981, 52. (Esta monografía recoge otros textos de San Josemaría todavía inéditos. Aquí serán citados por las iniciales de su Autor –LMH– con la página correspondiente). Son muy ilustrativos los escritos de otras almas santas, como la Madre abadesa benedictina, Cecilia María Baij, en especial su vida de San José (editados y propagados por el Beato Ildefonso Cardenal Schuster), y “La mística ciudad de Dios” de la venerable María Jesús de Agreda, cuya inspirada vivencia josefina fue estudiada en las ponencias de Félix Ochaita y Luis de Eriber en el Simposio internacional de Kevelaer (Alemania) sobre San José en septiembre de 2005, en el que participé. Se presentó también otra dedicada a María Valtorta. (Cfr. *Actas* en dos volúmenes) Ya está plenamente reconocido por los mejores teólogos el valor –con las debidas cautelas– de los escritos inspirados de almas santas como confirmación y explicitación de las virtualidades insondables de la Revelación pública y oficial recogida en la Escritura leída en la Iglesia.

Recuerdo que en sus últimos años se complacía en intentar descubrir la presencia del Santo Patriarca –“nuestro Padre y Señor”, repetía una y otra vez según la feliz expresión teresiana–, en todas las fases de la dispensación del misterio salvífico, cuyo vértice es la Encarnación redentora del Verbo en su existencia histórica; tanto en la obra redentora de Cristo (*redención objetiva*) que culmina en el misterio pascual, como en su realización histórica por la mediación de la Eucaristía –de la que vive la Iglesia peregrinante–, en la cual descubría una misteriosa e inefable presencia, personal y salvífica junto a María (*redención subjetiva*).

Pero es, sobre todo, la luz del magisterio de los últimos Pontífices, que converge en la gran “carta magna” de la Josefología “Redemptoris Custos” (cit. RC) de Juan Pablo II, la que ha guiado la redacción de estas páginas. Esta extraordinaria exhortación apostólica forma una trilogía con las encíclicas “Redemptor hominis” y “Redemptoris Mater” (cit. RM) los tres de la familia de Nazaret. En ella –firmada también, como la anterior, el 15-VIII– parece ceder el lugar que ocupa de representante de Cristo, a San José, que es verdadero Padre y Señor de la Iglesia –prolongación de la Familia de Nazaret– con una paternidad participada, en el Espíritu Santo, de la de Dios Padre de Nuestro Señor Jesucristo, de quien procede toda paternidad en el cielo y en la tierra (Ef 3, 15); su Sombra protectora e icono transparente, como María lo es del Espíritu Santo –(según lo afirma el teólogo ortodoxo S. Boulgakov)⁷–, en este momento grave y esperanzador a la vez, de la historia de la salvación.



Al declinar de la Edad Media, cuando comenzó la Iglesia a verse en serios peligros de cismas y herejías, surge impetuosa la devoción a San José, que sale de su anonimato⁸ –como “terror de los demonios”– en un crescendo incontenible, sobre todo por la gran influencia de Sta. Teresa de Jesús, su gran enamorada y propagadora de su devoción, coincidiendo significativamente con los primeros años de tremenda convulsión producida por Lutero y la reforma protestante que dividió la cristiandad al mismo tiempo en el que –otra providencial coincidencia– se expandió en el nuevo Continente por la gran gesta evangelizadora, animada, como es sabido, por el amor y devoción que infundieron los misioneros a María y a José, tan popular como teológicamente fundada, que ha dejado su huella en la admirable iconografía que tanto impresionó a San Josemaría en sus viajes de catequesis por América.⁹

⁷ S. BOULKAKOV, *L'ortodoxie*, París 1942, 166. J. J. OLIER (*La journée chrétienne*) ha escrito admirablemente sobre la imagen de Dios Padre en San José, “ que fue dado a la tierra para expresar sensiblemente las perfecciones adorables de Dios Padre. En su sola persona era portador de su esplendor de belleza, su pureza, su sabiduría y su prudencia, su misericordia y su compasión. Un solo santo ha sido destinado para representar a Dios Padre, mientras que fueron precisos una infinitud de santos para representar a Jesucristo. Por eso hemos de considerar al augusto San José como lo más grande del mundo, más célebre y más incomprendible. Habiendo escogido el Padre este santo para hacer sobre la tierra su imagen, le comunicó una semejanza suya invisible y oculta... más allá de la capacidad de comprensión del espíritu humano... Jesús, ya no me sorprende de que hayas permanecido treinta años en aquella casa sin separarte de José. No me sorprende de que seas inseparable de su persona. Su casa era para Ti un paraíso, como el seno de tu Padre, del cual eres inseparable y en el que tienes puestas tus eternas delicias. Fuera de esta casa, no encuentras más que sujetos funestos, más que pecadores, esas tristes causas de la muerte”. (cit. Por A. DOZÈ, *Le mystère de Saint Joseph révélé a deux femmes: Thérèse (d'Avila) et Bernardette*, Actas simp. de Kevelaer 2005, vol I, 386).

⁸ Anonimato relativo, como ha demostrado C. M. Doublier-Villette en el reciente libro citado en la nota 2.

⁹ Véase, como ejemplo, el estudio histórico de P. C. CARRILLO OJEDA, *Presencia de San José en México*, ed. Por el “Centro de Documentación y Estudio sobre San José”, México 2005.

Los últimos Papas acuden a San José en los momentos más cruciales de la vida de la Iglesia. Pío IX en el Concilio Vaticano I le nombra Patrono de la Iglesia, León XIII (15-VIII-1859) publica la Encíclica “*Quamquam pluries*” (15-VIII-1889)¹⁰, exhortando a confiar en el recurso a San José la defensa de la Iglesia para superar las graves dificultades –el racionalismo naturalista y la disolución consiguiente de la familia cristiana, tema recurrente y prioritario del magisterio de los últimos Pontífices– en el momento histórico en que entonces se encontraba.

Juan XXIII, dándose a la arriesgada empresa del Concilio Vaticano II y comprendiendo su enorme dificultad, nombró a San José su Protector, poniéndolo bajo su amparo. Su puesta en práctica tan tormentosa, cuenta con la guía segura de los sucesores de Pedro; actualmente el Papa Benedicto XVI – que lleva el nombre del Padre y Señor de Santa Iglesia de Dios–, que –una vez más– conducirá la nave de la Iglesia con mano firme sorteando tantos insidiosos obstáculos promovidos por la antigua serpiente. Todo parece indicar que Dios quiere que el silencioso José salga de su anonimato poniendo más y más de relieve su eminente santidad y el protagonismo de primer orden que la providencia le asigna en esta hora decisiva de la historia de la salvación.



II. Singular participación de San José, padre virginal y mesiánico de Cristo, en indisoluble unión con María, la Inmaculada Corredentora, su Esposa, en la obra de la salvación.

En el enunciado de este epígrafe introductorio a nuestro estudio se habla de “participación singular” de S. José en la obra salvífica de Cristo¹¹, único Mediador y Redentor del hombre (1 Tim 2,6). ¿Qué alcance tiene tal “singularidad”?

Todos los redimidos estamos llamados a participar en la obra salvífica de Cristo (cfr RM 1) en el misterio de la Iglesia su Esposa, que tiene como razón formal de su existencia precisamente la cooperación del hombre con Dios para la salvación propia y de los demás; según la ley de la alianza nupcial, categoría clave de la Escritura.¹²

¹⁰ “*La casa que José gobernó con potestad paterna contenía los principios de la Iglesia naciente. La Virgen Santísima, por ser la Madre de Jesucristo, es la Madre de todos los cristianos, a los que engendró en el Calvario entre los tormentos del Redentor, y también porque Jesucristo es el Primogénito de los cristianos, que son sus hermanos por adopción y redención. De aquí que el bienaventurado Patriarca tenga confiada así, por una razón singular, toda la multitud de los cristianos de que la Iglesia consta, a saber, esta familia innumerable extendida por toda la Tierra sobre la cual goza como de una autoridad paterna, en cuanto Esposo de María y Padre de Jesucristo. Conviene, por consiguiente, que el bienaventurado José, que en otro tiempo cuidó santamente a la Familia de Nazaret en sus necesidades, así ahora, defienda y proteja con su celeste patrocinio a la Iglesia de Cristo*”. León XIII. Enc. *Quamquam pluries*, de 15-agosto-1889. (fragmento incluido en Denz 3262). El Papa León XIII en este documento se propone confirmar y orientar con su autoridad el movimiento espontáneo de la devoción del Pueblo de Dios al Santo Patriarca, que experimenta su poderoso patrocinio. También aquí, como en Mariología, el “*sensus fidelium*” ha ido, con frecuencia, por delante de la Teología y el Magisterio.

¹¹ La palabra *participación* en este contexto salvífico referida a S. José, aparece en la “*Redemptoris Custos*” *nueve veces* (cfr. nn 1 –cuatro veces–, 5 –tres veces– y 19 y 20 –una vez–). La participación –semejanza y desemejanza a la vez– es el fundamento de la *analogía*, que es de participación intrínseca cuando el nombre y el concepto análogo se realiza en todos los analogados que participan del “*analogatum princeps*”. Sabido es que la “*analogía*” respecto a Cristo –y de S. José– respecto a María y a Cristo, es uno de los principios omnipresentes en la Mariología y la Josefología. Por desgracia, es piedra de escándalo para muchos protestantes, a mi modo de ver por prejuicios preteológicos de raíz nominalista.

¹² O lo que es lo mismo, corredimir, que algunos hiperecumenicos se empeñan en hacerlo desaparecer, tachándolo de ambiguo. Si se explica el *co* a la luz de la participación en la única Mediación de Cristo que funda la analogía, no hay

Juan Pablo II nos abre el camino para responder a ese interrogante en una conocida catequesis mariana. Explica en ella con gran claridad la razón de la cooperación del todo singular de la Inmaculada –única y trascendente a los demás redimidos– en la obra de la salvación.

“El apóstol Pablo cuando afirma: «somos colaboradores de Dios» (1Cor 3, 9), sostiene la efectiva posibilidad que tiene el hombre de colaborar con Dios. “El término «cooperadora» aplicado a María cobra, sin embargo, un significado específico. La cooperación de los cristianos en la salvación se realiza después del acontecimiento del Calvario, cuyos frutos se comprometen a difundir mediante la oración y el sacrificio. (Es decir, en la fase subjetiva de aplicación del tesoro redentor en el misterio de la Iglesia). Por el contrario, la participación de María se realizó durante el acontecimiento mismo y en calidad de madre; por tanto, se extiende a la totalidad de la obra salvífica de Cristo. Solamente Ella fue asociada de ese modo al sacrificio redentor, que mereció la salvación de todos los hombres. En unión con Cristo y subordinada a Él, cooperó para obtener la gracia de la salvación a toda la humanidad. El particular papel de cooperadora que desempeñó la Virgen tiene como fundamento su maternidad divina. Engendrando a Aquél que estaba destinado a realizar la redención del hombre, alimentándolo, presentándolo en el Templo y sufriendo con Él, mientras moría en la Cruz, «cooperó de manera totalmente singular en la obra del Salvador» (Lumen Gentium, 61). Aunque la llamada de Dios a cooperar en la obra de la salvación se dirige a todo ser humano, la participación de la Madre del Salvador en la redención de la humanidad representa un hecho único e irrepetible(...) A pesar de la singularidad de esa condición, María es también destinataria de la salvación. Es la primera redimida, rescatada por Cristo «del modo más sublime» en su concepción inmaculada (cfr. bula *Ineffabilis Deus* de Pío IX: Acta 1, 605) y llena de gracia del Espíritu Santo” (A G, 9–IV–97).

Esta catequesis de Juan Pablo II (19–IV–1997) –en la que algunos autores como Jean Miguel Garrigues y G. Cottier, han visto una posible formulación del, auspiciado por muchos, quinto dogma mariano–¹³ sale al paso del llamado “minimalismo eclesiotípico” que niega la singular cooperación inmediata y activa de María en la redención objetiva. De esta singularidad trascendente participa por analogía –como manifiesta el sentido pleno inclusivo de la Escritura– San José, en la indisoluble unidad de los Tres.

Es cosa sabida que algunos conocidos teólogos de centro–Europa, al margen de la enseñanza del Magisterio de la Iglesia, y en contra del sentir más común de la tradición teológica –escribe el P. E. Llamas– no tuvieron reparo en crear una explicación inédita y novedosa de la colaboración salvífica de María: la colaboración meramente pasiva–receptiva. H. Koster afirmaba en Alemania en 1950, que en su país carecían «de publicaciones sobre cuestiones mariológicas». Hasta entonces no se habían interesado por ellas. Por eso, «las que nos llegan –escribía– de los países latinos «España–Italia», nos parecen faltas de medida y crítica. Nuestra posición fundamental es la repulsa». En 1954 K. Rahner se manifestaba acorde con este juicio, a propósito de la colaboración salvífica de María con Cristo. Con criterio excesivamente angosto y restringido bajo ese aspecto doctrinal, se manifestaba así: «Debe descartarse el término de corredentora, porque evoca casi inevitablemente la idea de que María participa de la redención y cooperó a ella aún en un plano y en la función reservada al único Redentor». ¹⁴

El sentir de estos autores (H. Koster. O. Semelroth, Lénnerz...) no era dominante en Alemania. Algunos autores se manifestaban contrarios a esos juicios, porque pensaban que ese “minimalismo mariológico” unilateralmente eclesiotípico era un daño y un perjuicio para el catolicismo alemán, por ser una condescendencia con el protestantismo. En el mismo año 1954 R. Grabner manifestaba su deseo y

término más claro y apto para expresar ese misterio. Cfr. mi libro, *La mediación materna de la Inmaculada. Esperanza ecuménica. Hacia el 5º dogma mariano. Razones teológicas*, ed. Arca de la Alianza. Madrid, 2006.

¹³ Véase citas en mi libro cit “*La mediación materna de María*” (www.joaquinferrer.es).

¹⁴ Cfr. H. KOSTER, *Unus Mediator*, Limburg, 1950, 33. K. RAHNER, *Le principe fondamental de la Théologie marial*, en Rech, Scienc. Rel., 42 (1954) 495–96. El valor de estas afirmaciones de K. Rahner ha quedado anulado por la enseñanza y las afirmaciones del Vaticano II.

llegó a decir, que «ya es hora de frenar “contener” este proceso de auto–protestantización del catolicismo alemán»¹⁵

Según los protestantes, la única Mediación posible es la de Cristo, y está limitada a su persona, según la afirmación de S. Pablo: “Hay un sólo Dios, y un sólo mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, que se dio a sí mismo como precio de rescate por todos” (1 Tim. 2.5). Esto supuesto, *ni María, ni la Iglesia, ni el Sacerdocio, pueden participar de la acción mediadora*, puesto que todos son valores extrínsecos al misterio de la Mediación, ya que *no tienen otra función que la de puros signos, aptos para dar a conocer y arrojar luz sobre la única Mediación: la de Cristo*¹⁶. María sería signo especialmente significativo, como modelo eminente.

La participación trascendental propia de la relación entre las criaturas y Dios, se aplica en el texto conciliar (LG 62) a la relación entre mediación sacerdotal de Cristo y las diversas formas de mediación eclesial, en la doble participación del sacerdocio por los fieles y en el sacerdocio ministerial, y a la participación de la bondad de Dios en las criaturas por la creación. Por la creación comienza a haber más seres, pero no más ser; es decir, por la creación se dan más seres con perfección, pero no más perfección en el conjunto. Este concepto de participación, en el sentido explicado, ha de aplicarse a la mediación de María y José en la obra redentora de Cristo que culmina en el misterio Pascual; Cristo y María son más sujetos de mediación (de una mediación única que está en Cristo como en fuente y en María por participación), pero no más poder de mediación que Cristo solo¹⁷.

Tal es la *ley de la alianza nupcial* de Dios con los hombres –categoría clave de la Escritura–, preparada y proféticamente prefigurada en la antigua alianza con Israel, y realizada en la nueva y definitiva alianza en Jesucristo, en las tres fases o momentos que distingue la tradición de los Padres: esponsales en la Encarnación, bodas en el Calvario, y consumación de la bodas en el misterio eucarístico, fuente de toda vida sobrenatural del Cuerpo místico (cf. 1 Cor 10,7; SC 9), como prenda y anticipación sacramental del las bodas del Cordero con la Esposa que desciende del Cielo, la nueva Jerusalén escatológica del Reino consumado (Cf.Ap 21,2).¹⁸

El Concilio Vaticano II, aunque no utilizó el término «corredentora»¹⁹ –más frecuente en la tradición teológica– desde el siglo XVII, edad de oro de la Mariología española de lo que comúnmente se dice, como ha demostrado el P. E. Llamas, gran conocedor de la brillante teología mariana de aquellos siglos áureos, afirma inequívocamente en el capítulo VIII de la “Lumen gentium” el contenido esencial de este término, que parece el más indicado para expresarlo y ha sido felizmente recuperado por Juan Pablo II, que lo usó al menos en ocho ocasiones. Las objeciones en contra son de una clamorosa inconsistencia.²⁰

¹⁵ Ver otros testimonios en D. FERNÁNDEZ, C.M.F., “*María y la Iglesia en la moderna bibliografía alemana*”, en *Est. Marianos* 18 (1957) 56 ss.

¹⁶ Tal es la posición por ejemplo del célebre teólogo calvinista Karl BARTH, *Die Kirkliche Dogmatik*, t. I, 3).

¹⁷ C. POZO, *María en la obra de la salvación*, Madrid 1974, 116 ss.

¹⁸ Este tema lo he desarrollado ampliamente en J. FERRER ARELLANO, *Marian Corredemption in the light of Christian Philosophy*, in *Mary at the foot of de Cross II* (New Bedford MA, 2001, 113–149)– (www.joaquinferrer.es). Traducción española en Eph. Mar. 2005. Expongo ahí cómo la noética nominalista –la “vía modernorum” ockamiana, de la modernidad–, impide comprender la participación y la analogía subyacente en la metafísica bíblica. Se comprende que K. Barth haya afirmado que la analogía es la larva diabólica del anticristo, el único obstáculo serio para que un reformado se haga católico.

¹⁹ No usado desde Pío XII, sin duda para evitar reticencias del minimalismo eclesiotípico; no por razones ecuménicas, como fáltsamente sostienen algunos, pues el contenido doctrinal se mantiene invariable con otra formulación ; también en la “Lumen Gentium” del Cc. Vaticano II.

²⁰ Cfr. Para todo este tema, E. LLAMAS, *Estudios Marianos*, vol. 70 (2004). “La colaboración de María a la Redención. Problema antiguo en proyección moderna” 24 ss y 235–263. B. GHERARDINI, *La Corredentice mel misterio de Cristo e della Chiesa*, Roma, Monopoli 1998. J. FERRER ARELLANO, *La mediación materna de la Inmaculada*,

La razón es la *asociación directa e inmediata de María y José a la constitución teándrica del Redentor por la unión hipostática redentora*, prevista “ab aeterno” en el plan salvífico de Dios, que se realizó con la libre cooperación –en la obediencia de la fe– de los dos. No sólo por el consentimiento de María a la divina maternidad del Redentor, sino también por el de José, hijo de David, a ser padre virginal y mesiánico de Jesús, cuando aceptó acoger en su familia –en su Casa– a quien había sido concebido en el seno de su Esposa por obra y *gracia* del Espíritu Santo. En esta gracia –la *gracia de unión* hipostática– radica la *gracia capital* de la Humanidad santísima de Cristo, que –con la *gracia maternal* de María y *gracia paternal* de José, que de ella derivan– son el principio del que brota la gracia salvífica de la Filiación divina en el Espíritu, que restaura la “imagen” de Dios en el hombre, con todas sus dimensiones esenciales, tales como su constitutiva dimensión familiar y “comunional”, especialmente deteriorada por la caída; y devuelve –del modo más admirable (“*mirabilis reformasti quam condidisti*”)– la “semejanza”, a saber, la vida sobrenatural de la gracia de la justificación –“la Filiación”–.

Los Tres de la Familia de Nazaret están indisociablemente unidos en el plan salvífico de Dios, desde el decreto de predestinación, uno y el mismo para los Tres –constituyendo una Familia, la Familia de Nazaret–, que son, de modo conjunto y jerárquicamente solidario, los primeros predestinados con vistas a la restauración de la vida sobrenatural perdida, que nos “conforma” a la imagen del nuevo Adán, primogénito entre muchos hermanos (cfr Rm 8, 9).

III. Fuentes escriturísticas de la Teología Josefina. El llamado silencio de la Escritura sobre José, por sus pocas referencias directas al santo Patriarca, deja de serlo a la luz del paralelismo bíblico y la analogía de la fe.

Creo que todo lo que acabamos de anticipar sobre la función central de San José, siempre asociado a Jesús y a María en el plan divino de la salvación, se puede y se debe descubrir en una hermenéutica de la Escritura que ponga de relieve –o explicita– el sentido que el conocido escriturista y mariólogo padre Artola llama “pleno inclusivo”, implícito en numerosos pasajes bíblicos –históricos, proféticos y sapienciales– en especial en los textos paulinos sobre el nuevo Adán; léidos en la perspectiva del Protoevangelio (la reina de las profecías, que compendia toda la historia del mundo en un versículo), y de Gal 4, 4, a la luz del paralelismo bíblico, la unidad de la Escritura y de su sentido espiritual típico. En esta lectura de la revelación bíblica, de antigua raigambre en la tradición patrística, aparece la Familia de Nazaret como la piedra angular en el decreto salvífico de Dios de ambos testamentos, por el que se manifiesta a sí mismo –el misterio de Dios Trino– y da a conocer el misterio de su voluntad salvífica, que tiene su vértice, cuando llega la plenitud de los tiempos, en la Encarnación redentora de Verbo acogido en el seno de María y en la casa de José.²¹

Esta exégesis de origen patrístico, fundada en el paralelismo bíblico y la analogía de la fe permite descubrir en el sentido “pleno inclusivo” de muchos textos bíblicos, léidos en clave mariana,

esperanza ecuménica de la Iglesia. Hacia el 5º dogma mariano. Ed. Arca de la Alianza. Madrid 2006. www.joaquinferrer.es. Jaime FUENTES, *Todo por medio de María*, Montevideo, 2004, LEA.

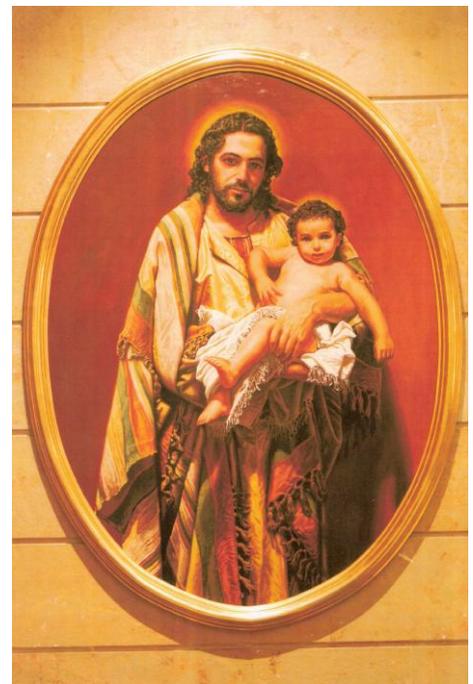
²¹ M. ARTOLA, *El pecado por Eva y la salvación por María*, “Estudios Marianos” 70 (2004), 17–37. El A. descubre en la tipología del nuevo Adán (Rm 5, 12–21 y 1 Cor 15, 22, 25) a la luz de la unidad dual de Adán y Eva –anunciada por Gn 1, 26–27 y Gn 2, 23–24– sin excluir aquellos análisis histórico literarios, en la comisión del acto pecaminoso primario. Así lo convinieron espontáneamente los antiguos Padres griegos, al descubrir una implícita inclusión de María, nueva Eva, por analogía de participación en una exégesis personalista dual e inclusiva.

T. STRAMARE en, *Vangelo della Vita Nascosta de Gesù*, Bornato in Franciacorta 1998, 78, escribe: “Mientras en el pasado los escrituristas sometían el texto a análisis filológicos y a la crítica histórica, actualmente se pone mucha más atención a otros aspectos, como son el ambiente judeo-cristiano, la forma literaria, la distinción entre la redacción y la tradición, el análisis semántico, y de modo especial se presta muchísima más atención a los llamados «citados de ejecución o de realización», sobre todo en Mateo. Habría que privilegiar entre estos últimos el sentido espiritual típico y el pleno inclusivo al que hago referencia en el texto.

una lectura –por analogía de participación– en clave josefina. A ello invitan algunas tipologías –como la de José de Egipto– que la tradición refiere a José, por su gran poder ante el Faraón (“tú serás quien gobierne mi casa. Sólo por el trono seré mayor que tú” (Gn 41, 40)), para lograr abundancia de dones, que evoca el poderoso patrocinio de S. José para que nunca falte a la Iglesia el Pan de la Palabra y el Pan de vida. “Id a José y *haced lo que él os diga*”. Así lo hace el Magisterio desde Pío IX (Cfr. *inclytum Patriarcam*, que nombra a San José Patrono de la Iglesia (8–XII–1870) Es evidente la referencia al poder de intercesión de María en Caná, que usa exactamente las mismas palabras (Jn 2, 3).

En la amplia perspectiva que postula la Constitución “Lumen Gentium” para la inteligencia del misterio de María en el misterio de Cristo y de la Iglesia, nos encontraremos en la situación de leer en textos evangélicos de forma que estos se hacen expresivos por sí mismos y muestran en su sentido pleno e inclusivo y tipológico, a la luz de ambos testamentos, el misterio de San José, hijo de David, inseparable del de su esposa, la Madre del Mesías anunciado, para la fe del Pueblo de Dios. Lo que se ha escrito refiriéndose a María, podemos también afirmarlo de José: *el llamado silencio de la Escritura deja de ser tal –dice acertadamente F. Canals– para quien estudia los textos bíblicos referidos al Santo Patriarca con esta perspectiva histórico salvífica según la unidad de toda la Escritura y la analogía de la fe.* (Cfr. CEC 112–114).

María y José cooperan a nuestra redención de modo *prorsus singularis* (cfr. RM 61), que debe entenderse en el sentido de “único y trascendente”; pues, según el designio *ab aeterno* de Dios, han sido asociados a la obra salvífica de su Hijo virginal, no sólo en su fase subjetiva o aplicativa, como el resto de los redimidos, sino también –en virtud de su esencial e inmediata relación con la Encarnación redentora del Verbo– en todo el proceso histórico de la *Redención objetiva* o adquisitiva; desde Nazaret, en la intimidad de la vida de familia y de trabajo en el taller de la casa de José, hasta su consumación en el Sacrificio del Calvario. Como aquí mostraremos, *en la triple plenitud de gracia capital, materna y paterna de los tres –en jerárquica subordinación–, se funda el mérito de la gracia y la satisfacción por el pecado a la justicia divina –expresión también de su Amor misericordioso– que nos reconcilia con Dios y restaura la vida sobrenatural que perdimos en el pecado de los orígenes, en amor obediente a la voluntad salvífica del Padre, que es el alma de la redención objetiva o adquisitiva, hasta el holocausto el Calvario. De ella participan, de manera singular y única María y José, por la obediencia de su fe, esperanza y ardiente caridad. De la Cruz gloriosa –digamos anticipadamente la conclusión a que conduce el discurso teológico de este estudio reflexionando sobre el dato revelado como punto de partida irrenunciable– brota el agua viva del Espíritu Santo, que todo lo atrae hacia Sí (Jn 12, 31), por la mediación de los tres Corazones unidos de Jesús, María y José, activamente presentes en la Eucaristía, de la que vive –y se edifica (en la fase subjetiva o aplicativa de la Redención)– la Iglesia peregrina hasta la Parusía.*²²



²² La devoción a los “tres Corazones” unidos de Jesús, María y José comenzó en Portugal y Brasil (1733) y floreció especialmente en México. A mediados del S. XVIII fue propagada en Francia, España e Italia por el Carmelita descalzo P. ELÍAS DE LOS TRES CORAZONES. Tras la aprobación de Gregorio XVI (el 28–IV–1843) esta devoción se extendió mucho en Europa y América, impulsada por F. L. FILAS, S.1, y por buen número de notables eclesiásticos. Cfr. T. STRAMARE, “Storia della devozione al cuore di San Giuseppe”, *Rabor*, 51; 2 (1997). Publicado en español en *Estudios Josefinos* 50, n° 100 (Julio–Diciembre 1996) 179–194. El Padre Stramare, gran josefinólogo –al que agradezco tantas sugerencias de su gran magisterio teológico sobre el Santo Patriarca– ha sido uno de los principales colaboradores de Juan Pablo II en la preparación de la exhortación apostólica *Redemptoris Custos* que puede leerse al final de este libro.

A partir de 1873 la S. C. de Ritos prohibió su culto público en varias ocasiones sin pronunciarse sobre sus fundamentos teológicos, que –como ocurrió con el culto a los Corazones de Jesús, y más tarde, de María, o con el de la

Esta intuición de fondo vertebrada toda la vivencia josefina sapiencial de San Josemaría –más teológica que elaborada en el discurso argumentativo propio de la Teología como ciencia– de San Josemaría, que nos proponemos exponer aquí de modo sistemático, en sus fundamentos bíblicos, a la luz de la tradición bajo la guía del Magisterio, con el método propio de la Teología especulativa –indisociable de la positiva o histórico-salvífica–, que urge recuperar, según el urgente reclamo de la Encíclica “Fides et ratio” de Juan Pablo II.²³

Las tesis teológicas que en esta monografía se proponen –que comprenden de modo articulado toda una teología sistemática, en compendio de San José– son, como es obvio, de mi exclusiva responsabilidad (si bien su inspiración tiene su origen en mis recuerdos personales de una relación entrañable paterno filial de más de 25 años con el fundador del Opus Dei, que tanto ha influido en mi vida). Este escrito, estrictamente teológico, recoge el estado actual de mis prolongadas reflexiones de muchos años, bajo la guía del Magisterio –en especial de Juan Pablo II– sobre el santo Patriarca; y pertenecen, por consiguiente a un nivel epistemológico distinto, y complementario, respecto a la Teología sapiencial de San Josemaría.

Divina Misericordia (Sta. Faustina), o el Amor misericordioso (Madre Esperanza Alhama, p.ej.)– tardó en reconocer su plena validez y comenzó sólo a permitirse, sin fomentar su culto.

El Espíritu Santo, recuérdese, ha conducido poco a poco hacia la verdad completa (Jn 16, 13) consignada en la Revelación de modo implícito. Actualmente hay asociaciones de fieles (en los Ángeles –U.S.A– p. ej., con el beneplácito episcopal), que difunden esta devoción. Los últimos Papas (Pío XII, Juan XXIII, Pablo VI y sobre todo Juan Pablo II), sin levantar expresamente las medidas restrictivas respecto a su culto público, se refieren en su magisterio al Corazón de José –indisociablemente unido a los de María y Jesús– en la obra de la Salvación.

Puede consultarse –para conocer el *status quaestionis* sobre este tema– el estudio de Mons. Arthur B. CALKINS, *The cultus of the Heart of St. Joseph. An Inquiry into the Status Quaestionis*. “Akten des IX Internationalen des hl. Joseph” 28–IX bis 2–X–2005, Kevelaer, Deutschland, Band II, 937–951. Recoge el A. exhaustivamente las citas sobre el Corazón de San José de los últimos pontífices, especialmente significativas en Juan XXIII y en las –más numerosas– de Juan Pablo II, incluso en documentos de especial relevancia como *Familiaris Consortio* (1891) y la exhortación apostólica *Redemptoris Custos* (nn. 8, 19), incluida en el anexo final de este libro. El A. piensa que asistimos a la emergencia del Magisterio sobre el Corazón de San José, siempre en indisociable unión con los Corazones de Jesús y de María en la historia de la salvación (favoreciendo así implícitamente la extendida tesis de su glorificación corporal, defendida, como veremos, entre tantos AA. de prestigio, por Francisco SUAREZ y San FRANCISCO DE SALES).

Son muchos los que han hecho la observación de que todo parece indicar que la Providencia quiere sacar del anonimato a San José “terror de los demonios”, en esta hora tan grave de la historia de la Salvación, como Patrono –Padre y Señor– de la Iglesia, siempre unido a su Esposa María, Madre de la Iglesia, que –así está decretado (Gen 3, 15; Ap 12)– aplastará la cabeza del dragón.

²³ Sobre este tema Cfr. J. FERRER, “La Mediación materna de María a la luz de la filosofía cristiana”, *Eph. Mar.* 55 (2005) 425–447.

CAPÍTULO I

EL PRINCIPIO DE LA INSEPARABILIDAD DE JESÚS, MARÍA Y JOSÉ EN EL PLAN DIVINO DE SALVACIÓN

I. La inseparabilidad de los Tres de la Familia de Nazaret, centro y fundamento del plan salvífico de Dios en ambos testamentos y principio estructurante de la Teología de San José.



Murillo

El punto de partida de la ciencia teológica no puede ser nunca un principio racional, sino la Revelación divina que conocemos a través de la Biblia leída en la Iglesia. Pero una vez conocida y aceptada en la fe, es lícito y aún conveniente buscar un principio unificador –orgánico estructurante– de todo cuanto sabemos del Santo Patriarca, en el contexto del diseño salvífico de Dios.²⁴

²⁴ Cfr. las atinadas observaciones –que cabe aplicar a la Teología de S. José– que hace sobre el sentido y utilidad de buscar un primer principio en la Mariología, con un buen resumen del estado de la cuestión, planteada en los primeros años del S. XX. M. PONCE CUÉLLAR, *María, Madre del Redentor y Madre de la Iglesia*, Badajoz 1995, 25–28. Cfr. También, sobre este tema, la clásica y verdaderamente meritoria obra de B. LLAMERA, *Teología de San José*, Madrid, BAC, 1953, 37, traducido a varios idiomas.

Laurentino María Herrán en su estudio sobre la devoción a San José en la vida y enseñanzas del Santo Fundador de Opus Dei, advierte que el principio primero de su teología sobre el Santo Patriarca es el principio de inseparabilidad de “los Tres” de la Familia de Nazaret –la trinidad de la tierra–; como imagen perfecta de la Trinidad del Cielo y camino de retorno –añado yo– de la humanidad caída hacia Ella.

No los separaba nunca, ni en el transcurso del proceso histórico de la obra redentora de Cristo hasta la Pascua –recuerdo que en un mes de mayo al final de su vida en un viaje de catequesis por América, meditando los misterios dolorosos, nos confió que contemplaba a San José presente en ellos como co–protagonista– ni en su aplicación postpascual en la vida de la Iglesia peregrina, que vive de la Eucaristía. En el memorial perpetuo de la Pasión y Muerte del Señor para aplicar sus frutos, advirtió la presencia inefable de San José, glorificado en cuerpo y alma, junto a su Esposa, en íntima unión con Jesús Hostia; no sólo en el sacrificio de la Misa, sino también en el Sagrario. Consideraba una gracia especial recibida de Dios esta contemplación de “los Tres”, siempre indisociables, de la Familia de Nazaret, que continúa en el Cielo y –de modo inefable, pero real y verdadero– en la Eucaristía. “A esa familia pertenecemos” –le oíamos decir con frecuencia– pues la Iglesia –la Familia de los hijos de Dios en Cristo por obra del Espíritu– estaba en germen presente en aquel hogar.

A mi juicio este principio de indisociabilidad de los Tres es el que debe estructurar la Teología de San José. En el designio salvífico de Dios estaba presente “ab aeterno” la Familia de Nazaret como piedra angular de la obra de salvación de la humanidad caída. Siendo la dimensión familiar constitutiva del hombre –en tanto que imagen de Dios Trino, la “Familia trinitaria”– del Nosotros trinitario –quiso muy congruentemente que fuese restaurada mediante la Familia depositaria del misterio de salvación, semilla de la Iglesia, la Familia de los hijos de Dios (Familia de familias, la denominó en alguna ocasión Juan Pablo II– es derivación).

Creo que este principio –la indisociabilidad de los Tres en todo el proceso histórico y salvífico– evita el peligro de reduccionismo de la significación soterológica central y permanente de San José de las dos propuestas clásicas.

Según la primera (1), el principio fundamental de la Josefología es el matrimonio con María raíz de todas sus prerrogativas (como el de la Mariología es la maternidad divina de la Inmaculada). De ella derivaría, sin más matices, su paternidad virginal respecto a Jesús por razón del matrimonio con María. Otros autores (2) –como F. Canals– proponen como primer principio la paternidad de José, porque su matrimonio con María –sin duda esencial para fundarla– no explica todos los datos bíblicos sobre su aportación directa e inmediata a la Encarnación. Su pertenencia al orden hipostático sería sólo extrínseca y mediata, a través del matrimonio con María.²⁵

1. *La primera posición –la más común y tradicional– sostiene que el carácter verdadero y real, aunque singular y único, y no unívoco con la paternidad ordinaria y común de los hombres, de la paternidad de José sobre Jesús, se funda en su matrimonio con María, la Madre de Jesús y el derecho del esposo sobre la esposa, en razón del cual el que nace virginalmente de María se origina de algo que pertenece íntimamente a José. El cuerpo de María fue de José por derecho matrimonial; derecho en que se hace mutua traslación del cuerpo del varón a la esposa y viceversa...; fue José padre por generación, no suya, sino de su esposa...; «nació de Jesús en la heredad de José».²⁶*

²⁵ Véase, por ejemplo, R. GARRIGOU LAGRANGE, *La Madre del Salvador*, Madrid 1996, 385, que atribuye a Suarez la afirmación de Sanibalde, según la cual la revelación de San José con el orden hipostático es extrínseca, moral y mediata, a través de María

²⁶ San Francisco de SALES afirmó este título de paternidad con una hermosa metáfora que se ha popularizado: “Acostumbro a decir que si una paloma lleva en su boca un dátil y lo deja caer en un jardín ¿no decimos que la palmera es propiedad del jardinero? Pues si esto es así ¿quién podrá dudar de que el Espíritu Santo habiendo dejado caer este divino dátil, como divina paloma, en el jardín cerrado de la santísima Virgen que pertenece a José, como la mujer o la esposa

En esta perspectiva, la pertenencia de San José al orden hipostático sería indirecta respecto a la Encarnación del Verbo, sin tener en cuenta la relación indisociable de la virginidad de María con la de José, hijo de David, su esposo, llamado a ser padre legal del Mesías rey, anunciado por los profetas, de la simiente de Abraham.

2. La consideración de la dignidad de José como el esposo de María²⁷ a quien pertenece el fruto del vientre de su esposa –observa acertadamente F. Canals– no debe cerrar el paso a la advertencia de que *la virginidad inseparable* de ambos esposos –no sólo la de María, sino también la de su esposo, hijo de David– se ordenaba a la fecundidad según el Espíritu, en virtud de la obediencia de la fe al plan salvífico de Dios. Además una consideración más completa y bíblicamente fundada permite descubrir la “*paternidad mesiánica*” de José. Él es, en efecto, el último patriarca de la estirpe de David (“*flor de los patriarcas*” le llaman los Padres), que al recibir a María –“*la hija de Sión*”– y al fruto de su vientre, Jesús, en su casa e imponerle el nombre quedó constituido legalmente en el Mesías Hijo de David, por serlo de José, al último eslabón de sus descendientes por el que se cumpliría la promesa mesiánica de Natán (cfr. RC 12).²⁸

a/ Esta segunda línea de argumentación, menos estrecha y restrictiva respecto al alcance de la paternidad de San José, subraya, en primer lugar, *la importancia decisiva del proyecto de virginidad comportado por ambos esposos*, en virtud del nexo sutil, pero real, de causalidad que se establece entre José y María, su esposa, en la generación y el nacimiento de Jesús.

La idea expresada por San Ildefonso: “*María fue virgen por voluntad de Dios y por voluntad del hombre*”, implícitamente refiere la virginidad de José a la realidad de su paternidad sobre Jesús por su libre decisión de vivir un amor sponsal a María, en la virginidad, movidos ambos por el Espíritu. En esta perspectiva se descubre la concepción y nacimiento de Jesús, como fruto de la paternidad –según el Espíritu– de José, indisociable de la virginal maternidad divina de María –según la carne y según el Espíritu– por obra del Espíritu Santo.

Así lo expresa con su peculiar estilo Bossuet. “*La pureza de María no es sólo el depósito sino también el tesoro de su casto Esposo; Ella le pertenece por derecho de matrimonio... ¡oh fecunda virginidad! Eres bien de María, pero también eres bien de José. María la ha ofrecido, José la ha mantenido, y ambos la presentan al Padre eterno como un tesoro que los dos han conservado con mutuos*

pertenece al esposo; quien dudará, digo, que se pueda afirmar con verdad que la divina palmera que produce frutos de inmortalidad pertenece al excelso San José?”.

Juan GERSON explica en que sentido nace Jesús de José en (en su famoso Sermón sobre la Natividad de María, en el Concilio de Constanza (8–IX–1416)), hablando de la triple natividad de Jesucristo; a saber la eterna, la corporal y la espiritual o mental. Nace eternamente del Padre, como nace el esplendor de la luz, coeterno con la luz... en este nacimiento eterno de Cristo Jesús no tienen parte ni María ni José. El segundo nacimiento de Cristo Jesús fue el corporal en el mundo de la Virgen, y de este nacimiento habla el Ángel a María: El Espíritu Santo descenderá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por esto lo Santo que nacerá de ti se llamará Hijo de Dios (Luc. 1–35). Y esto fue hecho cuando se cumplieron a María los días del parto, y parió a su Hijo primogénito (Lc 2,6). Y ciertamente en este nacimiento sólo María suministró la materia. Pero siendo el cuerpo de María por derecho matrimonial, por el que se hace mutua donación de los cuerpos del esposo a la esposa y de la esposa al esposo, cuerpo del mismo José, quizá podría decirse si no se temiese una ofensa de los oídos piadosos, que nació de un cuerpo y una carne (María Santísima, su esposa) que eran propiedad de José.

²⁷ Es la perspectiva del Magisterio hasta Juan Pablo II, que –asumiéndolo plenamente– amplía el horizonte a una consideración más plena y completa. “José fue el esposo de María y fue considerado padre de Jesucristo. De ello derivan su dignidad, su favor, su santidad y su gloria. Ciertamente, la dignidad de la Madre de Dios es tan excelsa que no hay ningún ser creado por encima de ella. Pero, como José ha estado unido a la Santísima Virgen por el lazo conyugal, no se puede dudar de que se halla acercado más que nadie a esta dignidad supereminente por la cual la Madre de Dios sobrepasa desde tan alto todas las naturalezas creadas”. (Leon XIII Cc. *quamquam pluribus*, 15–VIII–1889).

²⁸ Para todo este tema, cfr. F. CANALS, *San José, Patriarca del Pueblo de Dios*, Barcelona, 2 ed. 1994, 125. La antigua festividad litúrgica era principalmente la fiesta del Esposo de María. La actual liturgia contempla en José a quien se confiaron los primeros misterios de la salvación de los hombres, y en quien se realizaron las promesas hechas a David y a Abraham; el que, poniendo de manifiesto su fe por sus obras, dio paso con su obediencia silenciosa a la encarnación de la Palabra de Dios.

cuidados. Como tiene tanta parte en esta virginidad de María, reporta también el fruto de la misma; por esta razón Jesús es su Hijo”.

b/ Desde este punto de vista pueden comprenderse, en unidad sintética y no antinómica, la fecundidad milagrosa obrada por Dios, y la virginidad de ambos esposos destinada a manifestar a modo de signo el poder divino en el misterio de la misión del Hijo de Dios hecho carne, no en abstracto, sino en su contexto histórico, *nacido del linaje de David descendiente de Abraham según la carne; es decir, realmente inserto humanamente en el linaje de los hombres en el vértice de la historia de la salvación, el Mesías Rey prometido del linaje de David*. En virtud de la obediencia de la fe de José a imponerle el nombre, por querer divino, fue constituido por Dios su padre mesiánico al ser insertado Jesús en la genealogía davídica, en cumplimiento de la profecía de Natán (María, su esposa, que probablemente, según una tradición bien fundada, descendía también de David, pertenecía a una familia sacerdotal, de la estirpe de Aarón). José es el Patriarca a través del cual se cumplen las profecías que anunciaban al Rey Mesías –por eso su paternidad es virginal y “mesiánica”– en la descendencia del linaje de David según la carne, de la simiente de Abraham.

En esta paternidad humana singular y excelsa encontramos en su plenitud la paternidad según el Espíritu, prefigurada y anunciada, imperfectamente todavía, en la paternidad de Abraham ya anciano, sobre Isaac, hijo de la promesa, nacido de Sara, la estéril. José, como Abraham, y como María, creyó a Dios; y se realizó lo que se le dijo de parte del Señor.

Así –por la obediencia de la fe– se convertiría San José en depositario del misterio «escondido desde los siglos en Dios» (cfr Ef 3,9) junto con María, y en relación con Ella, partícipe en esa fase culminante de la auto revelación salvífica de Dios, y partícipe desde el primer instante ... José es el primero en participar de la fe de la Madre de Dios con su obediencia de la fe –manifestada no con palabras, sino por hechos que muestran una disponibilidad de voluntad semejante a la fe de su virginal Esposa–. (RC, 5).²⁹

3. Esta *segunda posición es, sin duda, la acertada. Pero creo que debe entenderse en la perspectiva de la inseparabilidad de los Tres, en el ser y en el obrar salvífico, en jerárquica subordinación*. María recibe de Jesús su privilegio de plenitud de santidad inmaculada –por perfecta

²⁹ He aquí un texto de San Agustín que ilustra de manera tan profunda como elocuente, con su peculiar estilo retórico, de gran fuerza expresiva, cuanto acabamos de exponer resumiendo esta posición: “Siendo necesario que hasta Cristo fuera copiosa la propagación en aquel pueblo, cuya densa población había de ser figura de lo que después había de realizarse con la Iglesia, tenían allí a norma tomar varias mujeres para crecimiento del pueblo, imagen anticipada del crecimiento de la Iglesia. Mas, en naciendo el que nació Rey de todas las naciones, empezó a ser tenida en honra la virginidad, y esto desde la Madre del Señor, mercedora de tener un hijo sin detrimento de su integridad. Lo mismo, pues, que su enlace con José era verdadero matrimonio, y matrimonio sin desintegridad alguna, ¿por qué, a ese modo, la castidad del esposo no habría de recibir lo que había producido la castidad de su esposa?

No le separemos porque le haya faltado la concupiscencia carnal; a mayor pureza, paternidad más genuina. La misma santa María nos lo censuraría. Porque no quiso ella anteponer su nombre a su marido, antes dijo: *Tu padre y yo te buscábamos acongojados*. No hagan, pues, los malvados murmuradores lo que no hizo la virginal esposa. Computemos por José, por ser él tan casto padre como casto marido. Por orden natural y ley divina anteponemos el varón a la mujer. Sí, prescindiendo de él, damos su puesto a María, él nos dirá, y con razón: ¿Por qué me habéis quitado a mí? ¿Acaso no suben por mí o por mí bajan las generaciones? ¿Vamos a decirle: Porque no le has engendrado por obra de la carne? El nos responderá: ¿Dióle a luz acaso ella por obra de la carne? Y si obró el Espíritu Santo, para los dos obró. *Como era justo*, dice. Justo el varón, justa la mujer. El Espíritu Santo, que descansaba en la justicia de ambos, a entrambos les dio un hijo; al sexo debido concedióle darle a luz, y al marido la paternidad de lo que su esposa paría. Así, pues, el Ángel les dice a entrambos que pongan nombre al niño, lo cual declara tener uno y otro autoridad de padre y madre.

Las palabras de Ángel: *Te parirá un hijo*, corroboran incontrovertiblemente su paternidad, no carnal, sino afectiva. Así es él el padre. Sagacísimos, por ende, y sobremanera discretos se mostraron los evangelistas en computar las generaciones con referencia a él: Mateo, descendiendo de Abrahán hasta Dios. En uno el computo es ascendente, en otro es descendente; pero en ambos se hace por José. ¿Razón? Era el padre. ¿Padre? Sí; con razón tanto más sólida, cuanto más casta era su paternidad.

El Señor no es del germen de José, aún cuando tal se creyera; con todo, a la piedad y caridad de José se le dio un hijo, el nacido de la Virgen María, Hijo a la vez de Dios”. Fragmentos de los sermones 51, 20. M. L. 342–345. Edición bilingüe B.A.C. *Obras de San Agustín*.

redención preservativa–, que la capacitaba para ser Madre de Dios –primero en su corazón y en su mente, y después en su seno (en la carne formada por el Espíritu Santo en sus virginales entrañas)– y Corredentora en la obra de la salvación, que es fundamento de su maternidad espiritual (y no al revés, como a veces se dice). A su vez José, recibe –a través de su Esposa– la plenitud de gracia que podemos llamar muy adecuadamente, paternal; que le capacitaba para su paternidad virginal mesiánica, no según la carne, sino según el Espíritu, en virtud de su incondicional respuesta silenciosa de fe, por la cual es copartícipe con María de la constitución del *Ser* teándrico del Redentor y –en él fundado– de su *Obra* Redentora; tanto objetiva, desde Nazaret hasta el Calvario, como subjetiva, en su dispensación histórico salvífica hasta la Parusía. Por eso José es el Padre y Señor de la Familia de Dios que es la Iglesia, prolongación de la Familia de Nazaret, vértice del plan divino de salvación del mundo.

Estas consideraciones nos invitan a estudiar la singularidad de San José bajo el principio fundamental que –así lo pienso– estructura mejor la reflexión teológica josefina, que no es otra que *la circularidad “virtuosa”³⁰ de los Tres, jerárquicamente coimplicados en una unidad indisociable según un orden de dignidad.*

Este orden entre los Tres, formando una unidad indisoluble³¹ evoca analógicamente el orden (taxis) de las procesiones divinas que constituyen la Familia divina Trinitaria (Dios es uno y único, pero no un solitario, sino una familia, como dice la “Fides Damasi”, pues hay Paternidad, hay Filiación y la esencia de la familia, que es el Amor). En Ella los Tres son uni por consustancialidad –coeternos y coiguales– sin que haya “nihil maius vel minus, nihil prius vel posterius” (“Símbolo quicumque”).

*En la “trinidad de la tierra” se da, sin embargo, en el seno de la unidad, una jerárquica subordinación. Ahí está la desemejanza radical propia de la analogía (semejanza y desemejanza a la vez, de modo que esta última es superior a la semejanza) con la Trinidad del Cielo: en un orden jerárquico –según la inversión kenótica trinitaria respecto al orden de las procesiones divinas en la Trinidad del Cielo, de que habla Von Balthasar (Cfr. *Theologica* III, passim.)– de mayor a menor en dignidad, fundado en la participación (en una analogía de atribución intrínseca).³² De la mediación capital de Cristo participan por derivación causal, las mediaciones materna y paterna de María y José; de modo tal que esta última deriva, a su vez, de la maternidad espiritual de la Inmaculada. San José es hijo espiritual de su Esposa María, como Ella lo es también de Jesús (en expresión de Dante, Hija de su Hijo).*

³⁰ Este concepto aparece referido por Juan Pablo II a las relaciones entre la fe y la razón en la Encíclica del mismo nombre.

³¹ Creo que estas reflexiones explicitan en perspectiva teológica discursiva la vivencia sapiencial de fe ilustrada por la luz infusa del Espíritu Santo de San Josemaría Escrivá, sobre la que tanto he reflexionado a lo largo de veinticinco años –los últimos de su vida– de constante trato paternofilial.

³² La analogía entre la Trinidad del Cielo y la de la tierra no es de atribución intrínseca, que funda una proporcionalidad propia entre los analogados, sino extrínseca metafísica, llamada también de proporcionalidad impropia, fundada en el dinamismo operativo. Por ej.: el comportamiento del león, como rey de la selva es proporcionalmente semejante al Mesías Rey, el “León de Judá” (Gn 49, 9), que todo lo somete a su señorío, como Rey de reyes y Señor de señores, y pone a todos sus enemigos debajo de sus pies (cfr. 1 Cor 15, 27; Dn 7, 17 ss). La Sagrada Escritura contiene multitud de metáforas y símbolos de este tipo, de gran fuerza significativa. Este “logos simbólico” –que nada tiene que ver con el mito de las religiones paganas– es complementario del “logos racional”. Cfr. mi *Filosofía de la religión*, Madrid, Palabra 2001.

II. Plan de exposición

Un estudio teológico sobre el “misterio” de San José –su singular posición en el plan salvífico de Dios– tiene múltiples dimensiones, que nos proponemos desarrollar en la perspectiva que propone la Teología científica de la fe –positiva (o histórico salvífica) y (en ella fundada) especulativa–, de modo articulado y sistemático, siguiendo la pauta metódica de la indisociabilidad de los tres –Jesús, María y José– como principio estructurante de la Josefología subyacente en la vivencia josefina de San Josemaría. (Tal ha sido el tema de este capítulo I).

Lo exponemos siguiendo el esquema paulino de la gran doxología del comienzo de la carta a los Efesios sobre el misterio del designio benevolente de Dios presente *ab aeterno* en el decreto de predestinación de los elegidos en Cristo, antes de la creación del mundo, en su progresiva realización histórica hasta la recapitulación escatológica de todo bajo Él como Cabeza en la Parusía del Señor al final de la historia. Analizamos en este proceso sucesivamente los cuatro momentos que distingue la carta a los Romanos (Rm 8, 29–30) –cada uno de los cuales es fundamento del siguiente– que comienzan en la predestinación y culminan en la glorificación.

1. “*A los que había escogido, Dios los predestinó a ser imagen de su Hijo, primogénito entre muchos hermanos*”. El designio salvífico oculto en el seno del Padre *predestinó* “ab aeterno”, en un único decreto, a la “Familia de Nazaret” –la casa de José–, en la que el Verbo encarnado en el seno de María Virgen iba a ser acogido en la historia y preparado para realizar su obra salvífica de restauración de la vida sobrenatural perdida por el pecado de los orígenes, a imagen de Aquél que había de venir, el nuevo Adán, primogénito entre muchos hermanos –comenzando por su dimensión familiar, reflejo e imagen creada de Dios, que es “uno y único, pero no un solitario”, sino Familia Trinitaria (“Fides Damasi”).

La predestinación del resto de los elegidos, que forman la familia de los hijos de Dios, la Iglesia nacida de los Tres Corazones unidos de Jesús, María y José, depende –como causa ejemplar, eficiente y final–, de la de los tres primeros predestinados no aisladamente considerados, sino “constituyendo un Pueblo” (LG 9), continuación de la Familia de Nazaret.³³ (Capítulo II).

2. “*A aquellos que predestinó, los llamó*” conforme a su designio, *haciéndoles donación de la gracia, proporcionada a la misión propia de la personal vocación* a la que estaban destinados desde toda la eternidad. La vocación de José a ser padre virginal y mesiánico de Jesús supera la de los Apóstoles, por su relación directa con el misterio de la Encarnación redentora. Por eso recibió una *plenitud de gracia* superior a la de cualquier santo, incluido San Juan Bautista, que puede ser calificada muy adecuadamente de *paternal*. Aquí tratamos de la constitución del *orden hipostático* –el ser teándrico del Redentor– con la cooperación inmediata de María, llamada a la divina maternidad, y de José, llamado a ser su padre virginal y mesiánico en el plan salvífico de Dios.

«Hay ciertos ministerios –escribe F. Suarez– que pertenecen precisamente al orden de la gracia santificante, y en este orden veo que los apóstoles llegaron a la cumbre más alta de la dignidad, y que en ella necesitaron dones de gracia (sobre todo de sabiduría y de gracia –*gratis data*–) superiores a los dones de los demás.

Pero hay otros ministerios rayanos con límites del orden de la unión hipostática (orden que de suyo es más perfecto, como en su lugar lo hemos dicho, tratando de la dignidad de la Madre de Dios), y en este

³³ Según un orden de jerárquica subordinación, pues la Pasión de Cristo es la causa ejemplar y eficiente de nuestra redención liberativa, de la que quiso hacer partícipe a su Madre, la Inmaculada, en virtud de su perfecta Redención preservativa: y –por la mediación materna de la llena de gracia– a su Padre Virginal, también Corredentor subordinadamente a María la nueva Eva; en tanto que es también, como decíamos, hijo de su Esposa en el orden de la gracia.

orden está constituido, a mi ver, el ministerio de San José, bien que en él ocupa el puesto más bajo; y por esta parte aventaja a toda otra dignidad por hallarse en un orden superior».³⁴

De aquel orden hipostático deriva *el orden de la gracia santificante de las virtudes y dones*, que participa de la plenitud de *gracia capital* de la Humanidad santísima del Señor –que brota de modo connatural de la *gracia de unión*–, indisociable de la *gracia maternal* de María y la *gracia paternal* de José, que participan de aquella de modo singular y único, capacitándoles para su misión corredentora de cooperación activa e inmediata en la constitución teándrica y en la consiguiente obra redentora de Cristo que culmina en la Cruz gloriosa, cuya irradiación salvífica edifica la Iglesia peregrina hasta la Parusía. (Capítulo III)

3. “**A los que llamó los justificó**”.³⁵ Aquí trataremos de la participación de José en la Redención objetiva –también llamada adquisitiva– hasta el Sacrificio del Calvario. La plenitud relativa y progrediente de su *gracia inicial* –que aquí calificamos de *paternal*, como la plenitud de santidad inmaculada desde la concepción de María se denomina acertadamente *gracia maternal*–, *hacia posible el cumplimiento de la excelsa misión a la que fue llamado*

Como dice de María la “Redemptoris Mater” (n.12), también José “ha llegado a estar presente en el misterio de Cristo porque ha creído”. De ahí la importancia fundamental de la fe como respuesta al don de Dios, sostenida por la esperanza y vivificada por la caridad, que mereció para sí un constante aumento de gracia, que le capacitaba para participar –inseparablemente unido al Redentor y a la Corredentora– en todo el proceso de la *redención objetiva*, desde los primeros misterios de la vida oculta hasta su consumación en el holocausto del Sacrificio del Calvario, que conoció y al que se unió antes de su muerte, ofreciéndola unida a la de su Hijo virginal.

Dios quiso asociar a su Padre Virginal de manera única y singular –junto con María, la Inmaculada Corredentora–, en la restauración de la vida sobrenatural que nos justifica liberándonos del pecado, en su triunfo sobre el poder de las tinieblas (Col 1, 13) en la Cruz gloriosa, trono de su realeza (Jn 12, 23–31). Tal es el *alma* de su participación en la redención objetiva –o adquisitiva– (Capítulo IV), que se proyecta, desde los primeros misterios de salvación de la vida oculta en Nazaret –en la que tuvo un protagonismo primordial y directo, como cabeza de la familia depositaria del “misterio escondido desde los siglos en Dios”–, hasta el Sacrificio del Calvario, que conoció, y *compadeció* indeciblemente durante su vida mortal. (Capítulo V)

4. “**A los que justificó, los glorificó**”. Después de su muerte los méritos y sufrimientos de su heroica vida de entrega a la obra de nuestra redención llegaron a ser formalmente corredentivos, en tanto que intencionalmente referidos al Sacrificio del Calvario en unión –con María su Esposa, la Madre dolorosa– al amor obediente de Jesús al designio salvífico de la Trinidad, que decidió “*ab aeterno*” la muerte del Unigénito del Padre en el holocausto supremo de su cruel pasión hasta la muerte de Cruz. Sólo entonces, llegada la hora de la glorificación del Hijo del hombre (Jn 12, 23) en el madero de la Cruz, se alcanzó la medida redentiva –precio de nuestro rescate– libremente decretada por Dios (Fil 2, 8).

Después de glorificado en cuerpo y alma –según piadosa creencia bien fundada teológicamente –, cooperó, desde su singular e inefable presencia en el misterio Eucarístico del que vive la Iglesia, en unión indisociable con Cristo Rey y María asunta al Cielo, en la aplicación e los frutos de la

³⁴ F. SUAREZ, *De mysteriis vitae Christi in tertiam partem divi Thomae, tomus secundus* (Alcalá 1592) disp. VIII, Secc. I. Ed. castellana en BAC, Madrid 1948.

³⁵ “Cristo es para nosotros Sabiduría, *justicia*, santificación y redención” (1 Cor 1, 30). El Beato Elredo (Semón 20, PL 195, 322–324, cfr. *Liturgia de la horas oficio de Lecturas*, del Común de Santa María Virgen), refiere ese texto a María; y cabe hacerlo también a José en cuanto participa en la redención objetiva, si lo leemos en sentido pleno inclusivo, en la “analogía de la fe” del paralelismo bíblico (Cfr. CEC 714)): es decir, la cohesión de las verdades de la fe entre sí y en el proyecto total de la revelación (Cfr. Rom 12,6). Somos justificados por la salvación que está en Cristo Jesús, propiciatorio por nuestros pecados, por su Sangre –con la cooperación de María y José, maternal y paternal– mediante la fe en Él (cfr. Rm 3, 24–26).

Redención adquisitiva. Es la llamada *Redención subjetiva o aplicativa, que edifica la Iglesia peregrina*, edificada sobre Pedro, como principio e instrumento de la dilatación del Reino de Dios hasta su consumación escatológica en la Parusía; cuando –el fin de la historia salvífica– completado el número de los elegidos, una vez puestos todos sus enemigos bajo sus pies, Dios sea todo en todo y entregue el Reino al Padre (1Co 15,28). (Capítulo VI).

Esta salvífica presencia inefable de San José en la Eucaristía es el fundamento de su poderoso *patrocinio sobre la Iglesia universal*, en la que ejerce una *participación singular en la realeza de Cristo*. No sólo por su poderosísima intercesión de Padre y Patriarca de la Familia del Pueblo de Dios, continuación de la Familia de Nazareth (“continúa obedeciéndole en el Cielo”, decía sor Juana Inés de la Cruz, la gran poetisa mejicana que tanto y tan divinamente inspirada escribió sobre San José), sino por una misteriosa *mediación paterna* –que se refleja en la autoridad del ministerio petrino– en unión indisociable a la *mediación materna* de su Esposa, participadas ambas –y jerárquicamente subordinadas, de manera indisociable– a la *mediación Capital* de Cristo “Unus Mediator”(1 Tm 2,5) que edifica la Iglesia peregrina hasta la consumación escatológica de la Iglesia peregrina en la Jerusalén celestial, en la que continúa ejercitando su singular realeza en unión indisociable con Cristo Rey, su Hijo virginal y mesiánico y con su Esposa, *Reina del corazón del Rey*, su Hijo.³⁶ (Capítulo VII).

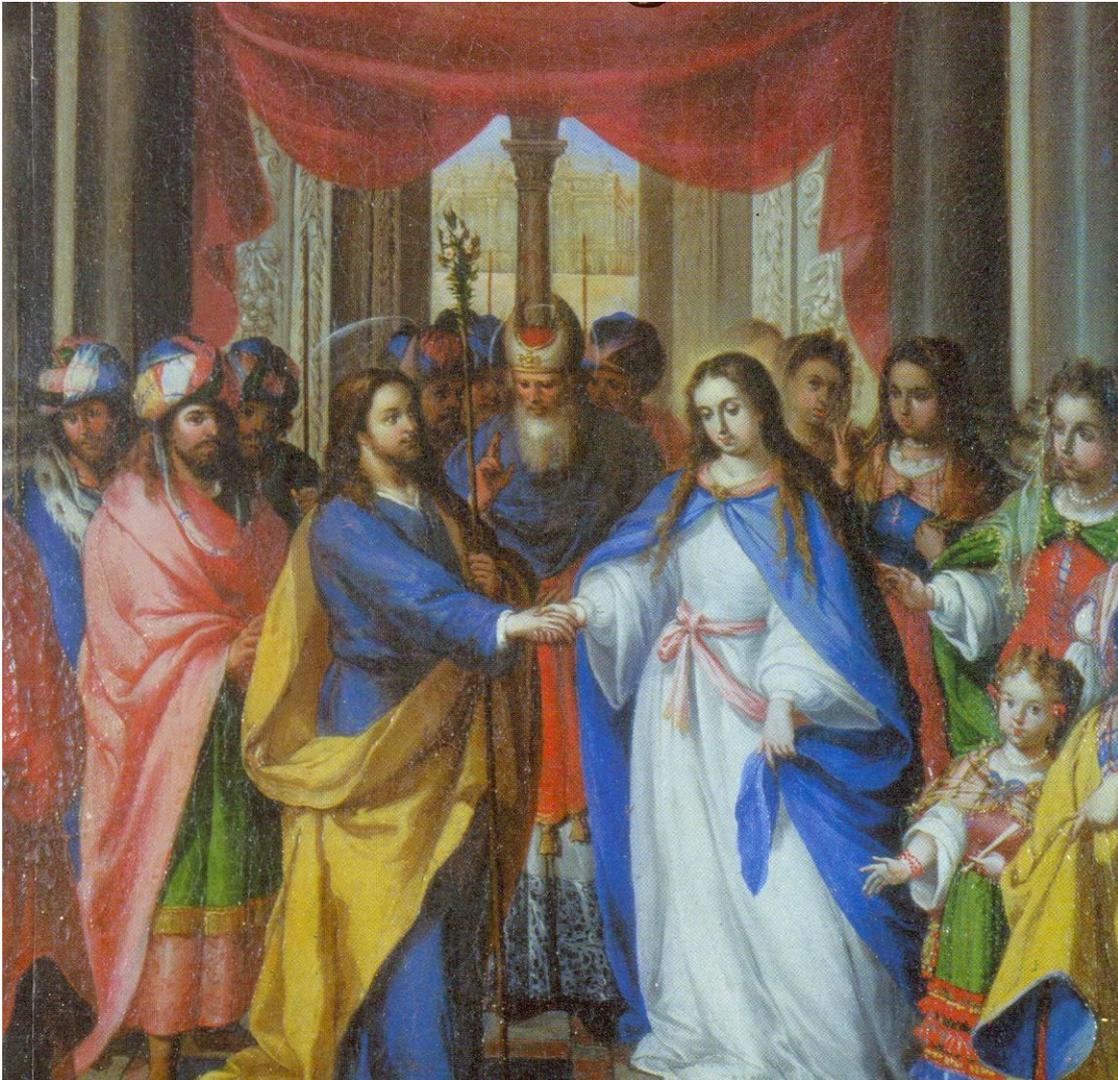
A modo de recapitulación, resumo en la *reflexiones conclusivas* las tesis fundamentales de la Teología de San José que aquí se propone, en la perspectiva de la entera historia de la salvación, que tiene como vértice la Familia de Nazaret, imagen –como trinidad de la tierra– de la Trinidad del Cielo, y camino de retorno a Ella de la humanidad caída.

En una segunda parte incluyo una selección de textos devocionales –mes de Marzo dedicado a San José, dolores y gozos, letanías, oraciones antiguas y modernas–, que reflejan bien, en el “leguaje de la esperanza”, propia de la oración cristiana de devoción al Santo Patriarca (culto de protodulía), el trasfondo doctrinal de la Teología de San José –inspirada, en buena parte, en la vida y enseñanzas de San Josemaría Escrivá–, que nos hemos propuesto desarrollar sistemáticamente en este ensayo teológico.

³⁶ Una interesante tipología del poder de María ante su Hijo (cfr, por ejemplo, C. POZO, *María en la Escritura y en la fe de la Iglesia*, Madrid 1985, 163 ss) es la figura de la “Reina madre” en la dinastía davídica, que desde Betsabé, madre de Salomón, alcanza rango unstitucional (la “gebirá”, cargo oficial, a diferencia de la “reina-esposa”) que intercede ante su hijo. Leemos en el 1 Re 2, 19, que “se levantó (el Rey Salomón), y saliendo a su encuentro se inclinó ante ella, y se sentó en el solio haciendo poner otro sitio para la madre del rey, que se sentó en su trono”. “Pide , madsre mía, pues no te he de rechazar” (v.20).

CAPÍTULO II

**A LOS QUE HABÍA ESCOGIDO (CONOCIDO DE ANTEMANO) DIOS
LOS PREDESTINÓ A SER CONFORMADOS A LA IMAGEN DE SU HIJO
JESUCRISTO, PRIMOGÉNITO ENTRE MUCHOS HERMANOS.**



1.1 Predestinación de la Familia de Nazaret –trinidad de la tierra– en un mismo decreto, como principio de la predestinación del resto de los elegidos.

La santidad es, antes de nada, el destino que, antes de la creación del mundo, ha señalado el Padre a cada uno en su plan de salvación en Cristo (cfr. Eph 1, 4) con vistas al cumplimiento de la misión a que son llamados por Dios en el tiempo. De esta predestinación (1) –*capítulo II*– dependen las gracias que por medio del Espíritu Santo distribuirá a cada uno según su vocación específica, sin las cuales no podemos comenzar, proseguir ni rematar cosa que valga a los ojos de Dios (2) –*capítulo III*–, con nuestra libre cooperación necesaria para que se cumpla el designio salvífico de Dios (3) –*capítulos IV y V*– hasta su consumación escatológica en la glorificación (4) –*capítulos VI y VII*–.

La parte primera de la Encíclica “Redemptoris Mater” de Juan Pablo II, titulada “María en el misterio de Cristo”, se abre con el fundamento del privilegio de plenitud de santidad inmaculada de la

Santísima Virgen en su “predestinación a madre excelsa del divino Redentor”. He aquí la autorizada expresión de la doctrina de la Iglesia sobre ese punto que hace el Concilio Vaticano II:

“La Santísima Virgen predestinada desde toda la eternidad como Madre de Dios juntamente con la Encarnación del Verbo, por disposición de la divina Providencia fue en la tierra la Madre excelsa del divino redentor, compañera singularmente generosa entre todas la demás criaturas y humilde esclava del Señor” (LG, 61.).

La Encíclica expone esta misma doctrina en la perspectiva del grandioso cuadro sobre el misterio de Cristo que ofrece Ef,1; es decir, del eterno designio de Dios Padre, que no es otro que el plan de salvación en Cristo que comprende todos los hombres y la creación entera (recapitulación de todas las cosas en Cristo).

“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda clase de bendiciones espirituales, en los cielos en Cristo” (Ef 1,3). Estas palabras de la carta de los Efesios revelan el eterno designio de Dios Padre, su plan de salvación del hombre en Cristo. Es un plan universal, que comprende a todos los hombres creados a imagen y semejanza de Dios (cfr Gn 1,26). Dios que es “Padre de nuestro Señor Jesucristo nos ha elegido en Él antes de la fundación del mundo, para ser santos e inmaculados en su presencia, en el amor; eligiéndonos de antemano para ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo” (RM, 7).

Si ese plan salvífico “abarca a todos los hombres, reserva un lugar particular a la “mujer” que es la Madre de Aquel, al cual el Padre ha confiado a la obra de salvación” (RM,7).

“En el misterio de Cristo, María está “presente ya antes de la creación del mundo” como aquella que el Padre “ha elegido” como Madre de su Hijo...confiándole eternamente el Espíritu de Santidad. María está unida a Cristo de un modo totalmente especial y excepcional...es amada en este “Amado” eternamente...en el que se concentra toda “la gloria de la gracia”... Como enseña el Concilio, María “sobresale entre los humildes y pobres del Señor que de El esperan con confianza la salvación (LG, 55)” (RM,8). “Aquella bendición de la que “Dios Padre” nos ha colmado en los cielos es Cristo” de que habla San Pablo, es una bendición espiritual que se refiere a todos los hombres ... Sin embargo, se refiere a María de modo especial y excepcional. La “llena de gracia” según el saludo del Ángel, fue saludada por Israel como “Bendita entre las mujeres”. “La razón de este doble saludo es que en el alma de esta “hija de Sión” se ha manifestado, en cierto sentido, toda la “gloria de la gracia” con la que el Padre nos agració en el Amado”.



El mensajero la llama “Kejaritoméne”... no con el nombre que le es propio en el registro civil “Miryam”, sino con “ese nombre nuevo”: llena de gracia...(RM,8) “la plenitud de la gracia de la que se beneficia María por haber sido elegida y destinada a ser Madre de Cristo”... (RM,9).

Llena de gracia es el nombre que María tiene a los ojos de Dios. En efecto, el ángel, según la narración del evangelista Lucas, lo usa incluso antes de pronunciar el nombre de María, poniendo así de relieve el aspecto principal que el Señor ve en la personalidad de la Virgen de Nazaret.³⁷

Fehlner observa una triple analogía entre el Nombre de Dios revelado a Moisés en el monte Oreb “Yo soy el que soy” (YIIWH), *el nombre de la Virgen “kejaritomene”* revelado a Sta Bernardette en Lourdes “Yo soy la Inmaculada Concepción”³⁸, y el nombre atribuido a María por S. Francisco de Asís “Virgen hecha Iglesia” en sus famosas “Salutationes”

³⁷ La expresión <<llena de gozo>> traduce la palabra griega *kexapitwuevn*, la cual es un participio pasivo. Así pues, para expresar con más exactitud el matiz del término griego, no se debería decir simplemente *llena de gracia*, sino <<hecha llena de gracia>> o <<colmada de gracia>>, lo cual indicaría claramente que se trata de un don hecho por Dios a la Virgen. El término, en forma de participio perfecto, expresa la imagen de una gracia perfecta y duradera que implica plenitud. El mismo verbo, en el significado de <<colmar de gracia>>, es usado en la *Carta a los Efesios* para indicar la abundancia de gracia que nos concede el Padre en su Hijo amado (cfr Ef. 1, 6). María la recibe como primicia de la Redención (cfr. RM, 10) (Juan Pablo II, Audiencias generales y aquí cit AG, 8–5–1996).

³⁸ Uno de los críticos hiper-prudentes, partidario de una supuesta irrelevancia de las revelaciones privadas dignas de crédito para la investigación teológica, afirma –alegando falta de fundamento metafísico–, que la lógica de la lectura de la respuesta de la Virgen a Sta Bernardette parece, en su literalidad, poner a María Santísima, una pura criatura, por más

La Inmaculada, según San Maximiliano María Kolbe fiel a la tradición de la metafísica ejemplarista de la teología franciscana de S. Buenaventura –profundamente inspirada en el dogma trinitario y en la economía de sus dos misiones “ad extra”, la del Hijo redentor y la del Espíritu Santo Santificador– y de Duns Scoto, sería la definición del ser finito, en su perfección de ser creatural perfectamente personificada en el ser y en el obrar, *en el grado más alto posible en el orden de la finitud*.

La respuesta de la Virgen en Lourdes a la pregunta de Sta Bernardette ¿Cuál es tu nombre? (“Yo soy la Inmaculada Concepción”) sería una confirmación de una verdad revelada en los libros sapienciales de la Biblia.

En la acepción positiva de la Inmaculada Concepción –su plenitud de gracia– dice del ser de María una tal plenitud de perfección, de inocencia, de santidad “qua maior sub Deo nullatemus intellegitur et quam praeter Deum nemo cogitando assequi potest” (Bula dogmática *Ineffabilis*, p. 6). En la escala de las puras criaturas, por consiguiente, dice del ser de María el máximo de perfección creada actuable en pura criatura... La “Inmaculada Concepción” es la definición esencial, el ser de María, como el “Ipsum esse subsistens” es la esencia de Dios, la raíz de todas las perfecciones, que de Él se predicán.³⁹

Si el Señor le dice al profeta Jeremías: «Antes de que Yo te formase en el vientre materno, te conocí... y te di como profeta a las gentes» (Jeremías 1, 5), con mayor razón habría que tener por cierto, en relación con la que es más excelsa que todo los Profetas y toma parte en le Redención mucho más íntimamente, que se fijase, desde la eternidad, sobre su persona, sobre su misión y sobre su posición en el mundo, la mirada –si resulta lícito hablar en términos tan humanos refiriéndose al Señor– del Dios Uno y Trino, como no lo hizo jamás sobre otros, ligándola a la persona, a la misión y al puesto de su Hijo divino... Esta es, en definitiva, la razón por la cual la Iglesia, iluminada por el Espíritu Santo, emplea, sin complejo alguno atribuyéndoles a la «Sede de la Sabiduría», esto es, a María, las palabras de la Escritura que tratan de la eterna Sabiduría... De esta manera, la Iglesia completa y amplía, siempre bajo la dirección del Espíritu Santo, la figura de la Madre de Dios tal nos fue manifestada por el Antiguo Testamento y nos permite dirigir la mirada a su anterior misteriosa existencia en la mente de Dios.

El Cardenal Bea⁴⁰, tras aducir este texto del libro de los Proverbios y el libro del Eclesiástico: «Yo salí de la boca del Altísimo, primogénita con anterioridad a todas las criaturas» (Sir 24, 3), hace constar que «la frecuencia y la persistencia con las que la Iglesia repite estos pasajes en su liturgia, aplicándolos a María, no cabe atribuir tales referencias a una combinación (acomodación) o a una interpretación intencionadamente arbitraria. Por sus plegarias asimismo y, sobre todo, por las de la Liturgia, se encuentra la Iglesia bajo la dirección del Espíritu Santo y así, con razón, un antiguo dicho afirma que la ley que regula la plegaria –*lex orandi*– es la misma que regula la fe –*lex credendi*–. Las razones de tal relación deben necesariamente ser bien profundas y ha de buscarse en la situación de reciprocidad existente, por estricta voluntad de Dios, entre María y su Hijo divino. Y, efectivamente, el consejo de Dios que asignó al Hijo, hecho hombre, su puesto en el universo y en la humanidad, lo extendió también igualmente a Aquella que debía de estar a su lado en su misión y en la realización de la misma, que debía darlo como un don al mundo y a colaborar con El, en posición eminente, a nuestra Redención

El Espíritu Santo, que nos habla por medio de los escritores bíblicos, dispuso que la prehistoria de la Sabiduría de Dios, hecha carne, fuese también al mismo tiempo la de la Madre humana y estrechísima colaboradora de su Hijo divino y, a tal efecto, iluminó a la Iglesia a fin de que esta pudiese entender cada vez más claramente y penetrarse más profundamente esas misteriosas interdependencias.

ensalzada que esté en virtud de los dones de gracia, equiparada a una persona divina. Mada más falso. Cf. A.M. APOLONIO. “Immacolata Mediatrix” 2003, *Editoriale*.

³⁹ E. PIACENTINI, *L’Immacolata Concezione, primo principio della Mariologia. Una originale conclusione da alcune premesse dottrinali di ser Maximiliano Kolbe*, Roma 1994, p. 95. En este sentido es, para la escuela franciscana, un principio primero de la ciencia mariana inseparable y complementario de la Maternidad divina, como ocurre con el ser infinito y el Ipsum esse subsistens. Cf. P. D. H. FEHLNER, *Io sono l’Immacolata Concezione*, en *Immacolata Mediatrix*, 2 (2002) 30.

⁴⁰ VV. AA., *Mariología*, bajo la dirección del P. Straeter S. I., vol. I, 1952, p. 39.

En el Cuerpo de Cristo que es la Iglesia, donde cada miembro tiene su propia e irremplazable vocación, *la gracia se da conforme a la medida proporcionada a la misión a la que ha sido llamado, según el beneplácito divino de la elección y predestinación*. Este es el contexto teológico de la siguiente afirmación de San Josemaría.

“Dios nos ha escogido a nosotros: “*elegit nos ante mundi constitutionem, ut essemus sancti in conspectu eius*”. Pues si nos escogió a nosotros, ¿no iba a elegir al que iba a ser su padre en la tierra, al que le iba a proteger, al que le iba a alimentar con su trabajo, al que le iba a llevar de una parte a otra cuando vino la persecución de Herodes? Luego, también, le llenaría de virtudes, porque era conveniente que lo hiciera. Estoy persuadido de que la criatura más hermosa es Santa María –más que Ella sólo Dios–, pero inmediatamente viene San José. *No pueden estar separados los tres de la trinidad de la tierra*” (LMH. 31).

Y este principio «primero» de la Teología Josefina de San Josemaría Escrivá –observa Laurentino María Herrán– lo va a repetir con la convicción que tiene como la obligación de promover la devoción del Santo Patriarca en cuanto se le presenta la ocasión es –ya desde la elección eterna de San José–, *la inseparabilidad de las tres personas que componen la “trinidad de la tierra”*. Principio primero presente también, a mi juicio, en el trasfondo de la “carta magna” de la Josefología “Redemptoris Custos”.

“María es la humilde sierva del Señor, preparada desde la eternidad para la misión de ser Madre de Dios; José es aquél que Dios ha elegido para ser «el coordinador del nacimiento del Señor», aquél que tiene el encargo de proveer la inserción «ordenada» del Hijo de Dios en el mundo, en el respeto de las disposiciones divinas y de las leyes humanas. Toda la vida, tanto privada como escondida de Jesús ha sido confiada a su custodia.

José de Nazaret participó en este misterio del designio redentor, que tiene su fundamento en el misterio de la Encarnación, como ninguna otra persona, a excepción de María, la Madre del Verbo Encarnado. Él participó en este misterio junto con ella, comprometido en la realidad del mismo hecho salvífico, siendo depositario del mismo amor, por cuyo poder el eterno Padre «nos predestinó a la adopción de hijos suyos por Jesucristo» (Ef 1, 5)”. (RC 5).

El hecho de ser María la esposa prometida de José, está contenido en el designio mismo salvífico de Dios. Así lo indican los dos evangelios de la infancia, pero de modo particular Mateo (cfr. RC 5). En el designio eterno María aparece de manera expresa como la Esposa prometida de José (Cfr. CEC 488) Esto incluye implícitamente la predestinación del Santo Patriarca, pues *no se puede entender la existencia de la esposa sin el esposo. Son términos correlativos que mutuamente se implican*.

Pero no sólo fueron predestinadas –aisladamente consideradas– las personas según un orden de dignidad; sino que *fue predestinada la misma Familia de Nazaret en cuanto tal formada por el matrimonio, singular y virginal de María y José, para acoger dignamente al Hijo de Dios en el tiempo –en el tiempo histórico de la historia de la salvación–, para cuidarle, alimentarle, educarle... y para abrir así el camino que le disponía al cumplimiento de la misión del Hijo de Dios, como Redentor de los hombres*.

Observa el P. E. Llamas en su ponencia al último Congreso internacional mariológico de Roma, en el cual participé (Sep 2004, las actas todavía no han sido publicadas⁴¹), que la relación del matrimonio virginal de los esposos de Nazaret, como hogar familiar de Jesús, con la redención de los hombres, o con la historia de la salvación, es un tema casi inédito en la Mariología y en la liturgia de la Iglesia. No se le ha prestado aún la atención debida.⁴²

⁴¹ El ponente hizo notar que era la primera vez en la larga serie de los congresos internacionales de Mariología en que había sido programada una ponencia dedicada a San Jose; en unión indisoluble, como es obvio, con María.

⁴² En algún tiempo se celebró en la liturgia la memoria de “Los Desposorios de José y María”. Algunas Instituciones la celebran con categoría de fiesta. Hoy no figura esa memoria en el calendario litúrgico universal de la Iglesia. Entre las

A veces –añade el P. E. Llamas– se presenta el misterio de la Encarnación en el seno virginal de María como si fuese una mujer soltera protegida por José sin atribuirle una directa relación con el acontecimiento central de la historia de la salvación en tanto que esposo virginal y cabeza de familia de la estirpe de David. Urge sacar a la luz la importancia soteriológica del matrimonio virginal del que brota –como de la raíz de Jesé profetizada por Isaías en los vaticinios del Emmanuel– el Mesías anunciado, de la descendencia de Abraham. A veces se presenta el matrimonio con José como si fuese una tapadera de la virginidad de María, sin tener en cuenta que, “si es importante profesar la concepción virginal de Jesús, no lo es menos defender el matrimonio de María con José, porque jurídicamente depende de este matrimonio –en tanto que virginal– la paternidad de José”. (RC, 7) El Santo Patriarca adquiere así –y sólo así, como antes veíamos– una relación directa con el misterio de la Encarnación, como padre virginal y mesiánico del Mesías Redentor.

La predestinación de la Familia de Nazaret forma parte, pues, en los designios eternos de Dios, del objeto adecuado de la predestinación del misterio de la Encarnación redentora. Dice Pío IX en su bula “Ineffabilis Deus” al proclamar el dogma de la Inmaculada Concepción, que por un mismo y eterno decreto, Dios ha predestinado a Jesús a la filiación divina natural; y a María a ser Madre Virginal del Verbo. Pues *la predestinación eterna de Cristo no sólo influye en la Encarnación, sino en el modo y las circunstancias en las que debía realizarse, en tal tiempo y en tal lugar: “et incarnatus est de Spiritu Sancto ex Maria Virgine”*, como dice el símbolo Niceno–Constantinopolitano.

Puesto que *la condición de María, como Esposa prometida de José*, hijo de David –según la enseñanza de Juan Pablo II– está contenida en el designio mismo de Dios (RC 18), o en la predestinación eterna, afirmamos implícitamente también la elección desde toda la eternidad de la familia fundada por ambos esposos, pues una circunstancia “*esencial*” de la Encarnación es su libre y fiel acogida –con la plenitud de gracia que se requería para disponerles a realizar tan excelsa misión– de *Quienes debían acogerle, en su seno* –María– y en la casa de José: en su familia, “Santuario del amor y cuna de la vida”.

“*Yo soy yo y mi circunstancia*” decía J. Ortega y Gasset. Y añade: “si no salvo mi circunstancia no salvo a mi yo”. El hombre –repetía insistentemente San Josemaría– “no es un verso suelto. Formamos parte de un mismo poema épico, divino”. La imagen de Dios en el hombre que Él vino a restaurar –creado varón y mujer– no hay que verla únicamente en su aspecto individual (espíritu encarnado, capaz de conocer, amar y dialogar con Dios, en soledad) sino en tanto que llamado a la comunión en su dimensión familiar, que no es accidental o adventicia, sino esencial y constitutiva de la condición humana.⁴³

46 Misas de la Virgen, promulgadas en 1986 (15 Agosto), por la Sagrada Congregación para el Culto divino, no se registra ninguna dedicada a conmemorar el Matrimonio de José y María. Ni en la Misa 36, con el título de “*La Virgen María, Madre del Amor Hermoso*”, se hace la más leve alusión a su amor esponsal. Todo el rico contenido de esas misas puede aplicarse a la Virgen María, como si fuera una Madre Virgen soltera. Solo en la Misa 8, con el título de : *Santa María de Nazaret*, aparecen estas frases en el Prefacio: *Allí, la Virgen Purísima, unida a José, el hombre justo, por un estrecho y virginal vínculo de amor....* Pero, esto significa muy poco –observa el P. Enrique LLAMAS–, dada la importancia que tuvo el matrimonio y la Familia de Nazaret en la realización de la Encarnación y en la *historia salutis*.

⁴³ «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza» (Gen 1,26). Antes de crear al hombre, parece como si el Creador entrara en sí mismo para buscar el modelo y la inspiración en el misterio de su Ser, que ya aquí se manifiesta de alguna manera como el «Nosotros» divino. De este misterio surge, por medio de la creación, el ser humano: «Creó Dios al hombre a imagen suya: a imagen de Dios le creó; varón y mujer los creó» (Gen 1,27). La paternidad y maternidad humanas, aún siendo biológicamente parecidas a las de otros seres de la naturaleza, tienen en sí mismas, de manera esencial y exclusiva, una «semejanza» con Dios, sobre la que se funda la familia, entendida como comunidad de vida humana, como comunidad de personas unidas en el amor (communio personarum). El «Nosotros» divino constituye el modelo eterno del «nosotros» humano; ante todo, de aquél «nosotros» que está formado por el hombre y la mujer, creados a imagen y semejanza divina. De esta dualidad originaria derivan la «masculinidad» y la «feminidad» de cada individuo, y de ella cada comunidad asume su propia riqueza característica en el complemento recíproco de las personas. El hombre y la mujer aportan su propia contribución, gracias a la cual se encuentran, en la raíz misma de la convivencia humana, el carácter de comunión y complementariedad”. (JUAN PABLO II, *Carta a las familias*, n.6). Cfr. J. FERRER ARELLANO, *El misterio de los orígenes*, Madrid 2001, parte I Cáp. I, anexo. Sobre este tema, que aquí solo apunto, trata el Simposio de San José IX–2005 la ponencia de Blanca CASTILLA CORTÁZAR, *Maternidad y paternidad virginales de María y José*. (“Actas” vol I, 61–75).

«En esta gran obra de renovación de todas las cosas en Cristo, el matrimonio, purificado y renovado, se convierte en una realidad nueva, en un sacramento de la nueva Alianza. Y he aquí que en el umbral de Nuevo Testamento, como ya al comienzo del Antiguo, hay una pareja. Pero, mientras la de Adán y Eva habían sido fuente del mal que ha inundado el mundo, la de José y María constituye el vértice, por medio del cual la santidad se esparce por toda la tierra. El Salvador ha iniciado la obra de la salvación con esta unión virginal y santa, en la que se manifiesta su omnipotente voluntad de purificar y santificar la familia, santuario de amor y cuna de la vida». (RM 7)

El Magisterio de la Iglesia más reciente enlaza con esta antigua tradición patrística –que arranca en San Ireneo y fue pronto cayendo en el olvido–, que relaciona en tipología antitética (A) el primer matrimonio de la protohistoria de Adán y Eva, con el matrimonio de José y María, y que había quedado casi olvidada en los siglos siguientes. En el momento más significativo y decisivo, las esposas aparecen ya prometidas a sus maridos: “Fue disuelta –dice– la seducción, por la cual había sido más seducida aquella virgen Eva, destinada ya a su marido (*iam viro destinata*) por la verdad en la que fue bien evangelizada por el Ángel aquella Virgen María, que ya estaba desposada (*iam sub viro*)”.⁴⁴



Más fortuna ha tenido otra tipología (B) –mucho más conocida– de la más antigua patrística, que asocia con Cristo, el nuevo Adán (cfr. Rm 5, 12–21) a su Madre, la Mujer del Génesis y del Apocalipsis, como nueva Eva. Como dice la encíclica “Redemptoris Mater” de Juan Pablo II : «los Padres de la Iglesia asocian a María, como nueva Eva, al sacrificio de Cristo, nuevo Adán, que se convierte en contrapeso de la desobediencia y de la incredulidad contenidas en el pecado de los primeros padres ... llaman a María “Madre de los vivientes” y afirman a menudo “la muerte vino por Eva, por María la vida” (LG 56)» (RM, 19).

El “fiat”, expresión de la obediencia de la fe, es la antítesis divina del “non serviam” de Lucifer y de la desobediencia de Eva.

“Comprendemos, dice *San Justino*, que El (Cristo) se ha hecho hombre por medio de la Virgen a fin de que la desobediencia provocada por al serpiente encontrase su fin por la misma vía por la que había comenzado. En efecto, Eva, virgen e intacta, al concebir la palabra de la serpiente, engendra la desobediencia y la muerte; la Virgen María al concebir fe y alegría, cuando el Ángel Gabriel le anuncia que el Espíritu del Señor vendrá sobre ella y la virtud del Altísimo la cubrirá con su sombra, de modo que el Ser santo nacido de ella será Hijo de Dios, respondió: “Hágase en mí según tu palabra” (PG, 6, 712).

San Ireneo es aún más explícito: “Eva fue desobediente: desobedeció en tanto que todavía era “Virgen”. Si Eva, esposa de Adán desobedeció y se convirtió, para ella y para todo el género humano, en causa de muerte, María, esposa de un hombre predestinado y no obstante virgen, se convierte por su obediencia en *causa de salvación* para ella y para todo el género humano... Porque no se puede desligar lo que ha estado ligado, sino deshaciendo en sentido inverso los nudos, de suerte que los primeros serán desligados gracias a los segundos o que, en otros términos los segundos liberen a los primeros... *El nudo que la desobediencia de Eva había creado ha sido deshecho por la obediencia de María; lo que la virgen Eva había ligado por su incredulidad, lo desata la Virgen María por su fe*” (Adv. Haer. III, 224).

Esta segunda tipología bíblica antitética de la pareja originaria respecto a Cristo y a María (la Mujer de Gn 3, 15), su Madre (B), recurrente en la tradición desde Justino a Ireneo, que contrapone la desobediencia de la pareja originaria al amor obediente del Nuevo Adán, Cristo, y la Nueva Eva,

⁴⁴ Pablo VI, *Alocución al movimiento Equipos Notre Dame* (4 de mayo, 1970); AAS., 62 (1970), 431, n. 7 ... El Papa Juan Pablo II cita este texto (RC 7), glosando algunas de las muchas enseñanzas que derivan de él. Sobre la Familia de Nazaret y en la primera familia humana, Adán y Eva, Cf. Juan Pablo II, *Carta a la Familias* (1994), n. 20.

María, tiene claro origen bíblico, en los textos paulinos (ante todo Rom 5) leídos a la luz del Protoevangelio y Gal 4, 4, “leídos” en el sentido que Artola llama pleno inclusivo –del que antes tratábamos–, explicitado por los Padres.

A mi modo de ver ambas tipologías antitéticas, que contraponen la primera pareja, Adán y Eva respectivamente a los esposos de Nazareth, María y José –la primera (A)–, y a Jesucristo, nuevo Adán y María, nueva Eva –la segunda (B)– son complementarias, en un doble sentido.

1. En primer lugar, porque la primera tipología (A) –a diferencia de la segunda (B)– hace referencia inmediata a la historia de la salvación en una de sus dimensiones esenciales: *la familia que estaba predestinada a acoger en la historia al Mesías Salvador* anunciado por los profetas.

La pareja del umbral del Nuevo Testamento a que se refiere San Ireneo, José, hijo de David, desposado con María, la hija de Sión bíblica, hace referencia (A) a una circunstancia histórica concreta –mejor diríamos dimensión esencial– de la Encarnación, que es la familia formada por el matrimonio de María y José, que estaba predestinada a acoger en la historia al Verbo encarnado en el Seno de la Virgen en *la casa de José, constituido por decreto divino padre virginal y mesiánico del Mesías Rey, cabeza de la familia de la que brotaría la salvación*, el tallo de la raíz de Jese de la profecía del Enmanuel de Isaías. Esta referencia a José y a María en la perspectiva de la historia de la salvación entronca a Jesús con la simiente de Abraham a quien se hicieron las promesas. Alude, pues, a “*la generación patriarcal*” (A) de Jesús que tiene gran importancia –observa acertadamente F. Canals– para no malentender “*la generación virginal*” (B) del nuevo Adán, el Verbo de Dios que asumió la humanidad de la nueva Eva, a la que alude el protoevangelio (Gn 3, 15) de modo intemporal, abstracto o histórico (“*la Mujer*”). El Verbo, en efecto, no asumió al encarnarse en el seno de María la nueva Eva, una naturaleza humana universal y abstracta, como parecen dar a entender algunas expresiones de Padres de tendencia platonizante, sino individual e histórica solidaria de todos y cada uno de los hombres en su distinción irrepetible. La salutación angélica a María⁴⁵; presenta a Jesús como el Hijo de David anunciado por los profetas; “*de la descendencia de David según la carne*” (Rm, 1, 3) y de la simiente de Abraham (Mt 1,1) a quien se hicieron las promesas.

En ese sentido, la primera tipología (A) (Adán–Eva; José hijo de David–María hija de Sión), es –a todas luces– complementaria de la tipología basada en el Protoevangelio (B) de la nueva Eva asociada en el Protoevangelio a su descendencia –el nuevo Adán– al triunfo sobre la serpiente en la Pasión –a la que hace referencia la mordedura del talón– pues explicita que la estirpe de la Mujer en singular –el Mesías– (Gn 3, 15), redime a la humanidad no asumiendo una naturaleza humana

⁴⁵ «Alégrate, llena de gracia. El Señor está contigo» (1, 28). «Alégrate»: a primera vista, parece no ser otra cosa que la fórmula de saludo habitual en el ámbito lingüístico griego. De hecho la tradición también se ha atenido a la traducción más tradicional. «Salve». Pero, desde el trasfondo veterotestamentario, esta fórmula de saludo cobra un significado más profundo, cuando se advierte que la misma palabra aparece cuatro veces en el texto veterotestamentario griego, y siempre es el anuncio de la alegría mesiánica (So 3, 14; Jl 2, 21; Za 9, 9; Lm 4, 21). A ello hizo referencia por vez primera S. Lyonnet en su conocido artículo publicado en *Bíblica* 20 (1939) 131–141. Estas indicaciones fueron recogidas y desarrolladas por R. LAURENTIN, *Estructura y Teología del Evangelio de la infancia de Jesús*, 75 ss. Sobre el estado actual del debate acerca de la interpretación del saludo del ángel, cf. S. MUÑOZ IGLESIAS, *Los evangelios de la infancia II*, Madrid 1986, 149–160.

Estos pasajes, especialmente el de Sofonías, contienen una doble promesa dirigida a Israel, la Hija de Sión: Dios vendrá como salvador y habitará en ella. Dios, que habitaba en el seno de Israel –en el arca de la Alianza, lugar de la presencia (Shekiná) de la gloria de Dios (Kabór) manifestada a veces en la teofanía de la nube luminosa–, habita ahora de forma absolutamente literal en la virgen de Nazaret, que se convierte así en *la verdadera arca de la Alianza en Israel*, por lo que el símbolo del arca recibe de la realidad una fuerza inaudita: Dios en la carne de un hombre, que ahora se convierte, cuando el poder de Altísimo –el Espíritu Santo– la cubre con su sombra y pone su tienda (ekenosen) entre nosotros. (Jn 1, 14).

“La identificación tipológica entre María y Sión lleva a una gran hondura. Explica de forma nueva la Antigua Alianza a la luz del acontecimiento de Cristo. María es Sión en persona, lo cual significa que ella vive plenamente lo que se quiere decir con Sión. Vive de manera que es un lugar para Dios. Vive según la medida común de la historia sagrada, de manera que desde ella nos contempla, no el yo estrecho y encogido de un individuo aislado, sino Israel entero y verdadero”. Cfr. J. RATZINGER, H. URS VON BATASAR, *María, primera Iglesia naciente*. Madrid, Encuentro, 4 ed, 1999, 48 ss.

universal, abstracta e intemporal, sino el hijo de David encarnado en el seno de la hija de Sión bíblica anunciado por los profetas en la perspectiva histórico–salvífica de la Redención en solidaridad –como nuevo Adán– con todos los hombres llamados a la salvación, que obtendrán si libremente la aceptan.

Como hace notar F. Canals, “José es el único en toda la Escritura –además de Jesús– al que se da el título de “hijo de David”, *María, la nueva Eva del Protoevangelio, es también la Hija de Sión de las profecías que resuenan en la salutación angélica* en el momento culminante de la Encarnación en el seno de la nueva Eva. De Ella –en tanto que desposada con José de la casa de David– brotaría el Mesías Rey anunciado por los profetas, el tallo de la raíz de Jesé”.

2. Por otra parte, en la perspectiva teológica especulativa propia de este estudio, cabe señalar otra diferencia y complementariedad entre ambas tipologías. La primera (A) –que contrapone la pareja originaria del comienzo de la historia salvífica, fuente del mal que inunda la humanidad, a aquella otra pareja del umbral de Nuevo Testamento por la que viene la salvación, María y José– (RC 7), hace referencia a la diversa mediación, materna y paterna de los esposos de Nazaret, en la salvación de la humanidad caída. La segunda tipología (B) –Cristo nuevo Adán, María nueva Eva (la Mujer del Protoevangelio (Gn 3, 15))–, muestra, a su vez, el carácter fundante respecto a la mediación paterna del Santo Patriarca, que tiene la Inmaculada Corredentora como nueva Eva –Mediadora maternal– asociada al nuevo Adán, Mediador Capital fuente de toda mediación; incluída la de San José. La mediación paterna de José deriva, como decíamos, de ambas; teniendo en cuenta que la plenitud de gracia paternal de José –que le disponía a ser asociado como corredentor, con María su Esposa, al orden hipostático redentor–, fue fruto de su *redención liberativa* por el nuevo Adán y – subordinadamente– de la nueva Eva; *no de una redención preservativa*, como la de María, la más perfectamente redimida (su Esposa y Madre espiritual), la Inmaculada Corredentora y Mediadora maternal de todo el universo angélico, humano y cósmico. La comparación de ambas tipologías, en su diversidad complementaria, esclarece el orden de jerárquica subordinación en los Tres de la trinidad de la tierra en un único decreto de predestinación de la Familia de Nazaret como vértice del plan salvífico de Dios

No consta, en efecto, que San José fuese preservado del pecado original (si bien no faltan autores de nota que lo afirman)⁴⁶, aunque parece seguro –según no pocos autores (que cita en su *Teología de San José*, el Padre Bonifacio Llamera)– que fue presantificado en el Seno de su Madre, como, –y con mayor razón–, que San Juan Bautista o Jeremías; disponiéndole con aquella plenitud de gracia inicial, superior a la de todos los ángeles y los santos, que le habilitaba para su excelsa misión de Padre Virginal del Verbo encarnado en el seno de la que estaba predestinada a ser su esposa y ser acogida, con su Hijo, en su casa, para hacerle así participe –con María y subordinadamente a Ella– de la obra de nuestra redención, tanto objetiva como subjetiva.

1.2 Los Corazones unidos de Jesús, María y José, como “Ianua Coeli” (Puerta del Cielo). La predestinación de la familia de Nazaret causa ejemplar, eficiente y final de la nuestra.

La predestinación de Cristo es causa ejemplar, meritoria, eficiente y final de la nuestra y de la de los ángeles, no en cuanto al acto de voluntad divina, sino en cuanto al término y efecto de la predestinación. (S.Th. III, 2, 4, 3).

La razón es que Jesucristo nos mereció, con su amor obediente a la voluntad salvífica del Padre que le había enviado, a título de de estricta justicia (de modo sobreabundante), con su vida entera que culmina en su pasión y su muerte, todos los efectos de nuestra predestinación (1); o sea, la vocación (“elegit nos in ipso”) cristiana (2), la justificación (3) y la glorificación (4); y nos lo dispensa a través

⁴⁶ Cfr. C. DOUBLIER–VILLETTE, o. c., André DOZE, comenta en *Ioseph, ombre du Père*, (ed. de Lion de Juda) los vitrales dedicadas al santo Patriarca en el Santuario «Saint Ioseph de Saint Sauveur» de Chantemerle –les Blés–, entre los cuales hay uno dedicado a la Inmaculada concepción de San José.

del instrumento universal de salvación que es su Iglesia, a través de la Palabra y los Sacramentos, para alabanza de la gloria de su gracia (Eph 1, 3, 6. Cf. Rm.8, 19) como comenta la Encíclica “*Redemptoris Mater*” (n 8).

Dada la íntima unión de Cristo con María y José puede decirse que la predestinación de la Familia de Nazaret es, en la intención divina, causa ” ejemplar, meritoria, eficiente y final” de la nuestra; en un orden jerárquico de mayor a menor dignidad; fundada, como decíamos, en la participación –materna y paterna (cfr. Capítulo III)– en la plenitud desbordante de mediación y de vida de gracia del Primogénito de toda criatura (Col, 1, 15), que es también el Primogénito entre muchos hermanos (Rm, 8,29).

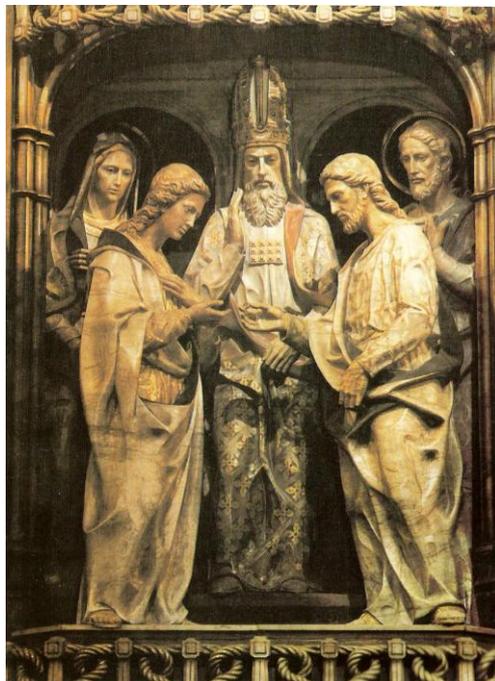
Según la Escuela Franciscana, María Santísima sería también corredentora de los ángeles por una especie de “corredención preventiva”. El mérito corredentor de María alcanzaría pues, todas las gracias de todas las criaturas, salvo –como es obvio– la plenitud de santidad inmaculada que recibió por su más perfecta redención –preservativa– fundada en su predestinación a ser asociada, como Madre del Redentor a la salvación del universo.

Lo que Cristo realizó por impulso de la plenitud de caridad (de gracia) de su Humanidad santísima como causa meritoria –mediación ascendente redentiva– y eficiente instrumental primaria – mediación descendente dispensadora del tesoro redentor–, lo realizó también María –la “llena de gracia (maternal)–, y en dependencia de Ella, José –su padre virginal y mesiánico–, como causa meritoria y eficiente instrumental secundaria en virtud de la unión indisoluble de ambos con Cristo en la obra de nuestra salvación. (Así lo justificaremos más adelante en los capítulos IV, V y VI).

Si todo fue creado por Dios en atención a la gloria de Cristo y de María, se sigue que también los elegidos, con su gloria, fueron ordenados a la gloria de Cristo y de María, como familia y corte de los soberanos del universo, siempre en indisoluble unión con el Patriarca de la Familia de Nazaret y de su prolongación en la Iglesia de la que es Padre y Señor, en tanto que partícipe de la realeza salvífica de Cristo –reflejada en el ministerio petrino, como veremos más adelante–, conquistada en el trono triunfal de la Cruz.

CAPÍTULO III

2. A LOS QUE PREDESTINÓ, LOS LLAMÓ CONFORME A SU DESIGNIO.



Retablo del Santuario de Torreciudad

2. 1 La plenitud inicial de la gracia maternal de María y –subordinadamente, de la gracia paterna de José –en tanto que condecorada por Ella, Madre espiritual de su Esposo– es superior a la de otra criatura celeste y terrestre, por ser de orden hipostático, del cual deriva la gracia de la justificación, de las virtudes y dones.

Dios llama a cada uno por su propio nombre a realizar en el tiempo histórico la misión personal para la que fue elegido en el decreto de la divina predestinación. Con la vocación, el Dios de la alianza se compromete a comunicar las gracias convenientes, proporcionadas para su ejecución en el tiempo, contando con su libre cooperación. Como dice Sto. Tomás (S. Th., III, 27,5,1), “Dios da su gracia a cada uno según el fin para el cual le escoge, según la irrepetible y personal vocación solidaria de la de los demás en el plan salvífico de Dios, en “unidad de misión y diversidad de ministerios” (cfr. AA2).

La gracia que le fue gratuitamente otorgada a José, indisociable de la de su Esposa, según el principio de inseparabilidad, estaba destinada, “ab aeterno”, a hacer posible la respuesta afirmativa a su vocación de Cabeza de la Familia de Nazaret y Padre Virginal –y mesiánico– del Dios-hombre encarnado en el seno de la Inmaculada, su Esposa, la nueva Eva, madre de los vivientes, esencial –en el plan salvífico de Dios– en unión con el “sí” de María, su esposa, para la constitución del orden hipostático redentor. Por eso debe ser estudiado en paralelismo analógico con la de María, pues de ella deriva y le es subordinadamente complementaria. Si la plenitud de gracia de María ha sido acertadamente denominada “gracia maternal”, no cabe, a mi parecer, otra calificación más adecuada para caracterizar la que le fue otorgada a José que la de “gracia paterna”. Comencemos por la primera.

2.1.1 *Plenitud progresiente de gracia maternal de la Inmaculada.*

El plan de la sabiduría divina previó a María no sólo Madre de Jesús, sino también su compañera y colaboradora en la completa victoria sobre Satanás y su reino de muerte “para restaurar la vida sobrenatural en las almas” (LG, 61). Para realizar ese plan de Dios quiso eficazmente y previó infaliblemente el misterio de la Encarnación redentora, por obra del Espíritu Santo, si se iba a realizar en el seno de la esposa –y familia– de José. Desde toda la eternidad Dios, que todo la obra con fortaleza y suavidad, decidió otorgar a María una plenitud de santidad inmaculada que le posibilitaría –siempre con el auxilio de la gracia eficaz– este libre consentimiento, saludable y meritorio, dado en nombre de la humanidad. (cf. S.Th. III, 30, 2).

“La Señora del dulce nombre, María, está recogida en oración” (San Josemaría E., *Santo Rosario*, 1^{er} Misterio gozoso). El Mensajero se acerca, habla. María, en el ámbito de Dios, lo mira sin sorpresa; pero –escribe bellamente H. Caffarel–: “¡qué extraordinariamente solemnes resuenan sus palabras! Unas palabras que descienden sobre ella cargadas de misterio. «Alégrate» (“Xaire”) es más –recuérdese– que un simple saludo. Es una invitación a la alegría y, muy especialmente, a la alegría mesiánica. María recuerda que, en la Biblia, este imperativo anunciaba la venida de Dios a su Pueblo. ¡Exulta, hija de Sión! ¡Da voces jubilosas, Israel! ¡Regocíjate con todo el corazón, hija de Jerusalén...! El rey de Israel, Yahvé, está en medio de ti (Sof 3, 14–15). ¿Será que, por fin...? Pero, ¿por qué le dirige esas palabras?

«Objeto de la gracia de Dios».⁴⁷ El Ángel no dice «María», como es la costumbre. Parece darle un nombre distinto (“kejaritome”, su “nombre nuevo” (RM 8, cit), un nombre profético, como cada vez que Dios designa a un elegido para una misión. Entonces ¿es que María era objeto del favor divino?

«El Señor está contigo». Ella sabe muy bien que el Señor está con los que creen en Él. Pero ahora parece ser que se trata de una presencia especial, relacionada con la «alegría» y la «predilección» anteriores. María, la humilde, la pobre del Señor, se inclina bajo la impresión. El Evangelio, siempre avaro de palabras sentimentales, afirma que estaba *turbada*.

El Ángel repite las mismas fórmulas en términos diferentes: «No temas (como una redundancia del alégrate de la inicial salutación), *María* (esta vez dice su nombre), *porque has hallado gracia ante Dios* (tú que tienes el favor de Dios)». Y, de un tirón, le comunica la inaudita noticia:

«He aquí que concebirás en tu seno un hijo y le pondrás por nombre Jesús. Éste será grande; se llamará Hijo del Altísimo, el Señor le dará el trono de David su padre, reinará eternamente sobre la casa de Jacob y su reino no tendrá fin».⁴⁸

Ahora ya no hay duda, en ella rompe la enorme ola de la esperanza mesiánica, llegada del fondo de la historia humana. Gracias a ella, María, van a tener su cumplimiento el reino de Yahvé en medio de su pueblo y la venida del Mesías, hijo de David: las dos grandes promesas que ritmaban el Antiguo Testamento y que habían sido alma de su propia oración.⁴⁹

⁴⁷ Sigo libremente la exégesis inspirada en Lyonnet y Laurentin –que exponíamos en el capítulo anterior–, que propone acertadamente H. Caffarel con gran penetración psicológica. La expresión griega está mal traducida por nuestro «llena eres de gracia», como ya apuntamos. No se trata –de modo directo– de la Gracia que posee María y que la hace santa, sino de la predilección de Dios –de la mirada de Dios detenida sobre ella–, que la designa para una misión sin precedentes que es su fundamento. Los exégetas plantean distintas traducciones. R. Laurentin, en su libro *Les Evagiles de l'enfance de Christ* (Desclée de Brouwer, 1982), propone «objeto del favor de Dios» u «objeto de la gracia de Dios» (pp. 28–31 y 185), que la constituye –como su fundamento increado– en *llena de gracia* creada.

⁴⁸ “En este planteamiento del Ángel vemos converger dos corrientes del Antiguo Testamento: la promesa del reino de Dios a su pueblo, relegada frecuentemente al fin del mundo, y la promesa del Mesías hijo de David, imaginado generalmente como un liberador temporal. Las dos ideas se purifican, se complementan una a otra en el anuncio del Ángel: el Mesías será espiritual y su reino va a comenzar. Y esta inauguración se opera en María por un maternidad carnal y por una especie de autoridad moral, ya que ha de dar nombre al niño. Lucas atribuye esa autoridad a María, mientras que Mateo se la atribuye a José (Mt 1, 21): realmente fue propia de ambos en virtud de su matrimonio, pero prevalece la de José, como padre mesiánico”, fundamento de la generación patriarcal de Jesús, como decíamos en el capítulo anterior. Cfr. H. CAFFAREL, *Ibid.*

⁴⁹ Cfr. H. CAFFAREL, *No temas recibir a María, tu esposa*, Madrid, 1993, 41–43.

La “plenitud” de gracia inicial de la Virgen María es no sólo superior a la gracia final de todos los Santos y Ángeles juntos, sino singular –única y trascendente a la nuestra– ha sido llamada por el P. Llamera *gracia maternal*, derivada de la plenitud de *gracia capital* Cristo y merecida por Él para preservarla del pecado, cuyo débito no contrajo por su predestinación “ante peccatum paevisum” (Así piensan S. Bernardino y San Maximiliano M.).⁵⁰ La razón de esta superioridad estriba en que la gracia inicial de María debió ser tal que la dispusiera para ser Madre idónea del Verbo de Dios redentor, encarnado en su seno virginal, indisolublemente asociada a Él en su ser y en su obrar salvífico, lo cual pertenece a un orden o jerarquía trascendente al resto de las criaturas; y por ello todas las gracias de todas las demás criaturas juntas no pueden constituirse en preparación adecuada, en virtud de la distancia “sine mensura” al orden hipostático, que confiere a la Madre de Dios cierta dignidad infinita (S. Th. I, 25, 6, 4).

No es extraño que de María se diga que, por su Maternidad divina, tiene una «cierta dignidad infinita».⁵¹ Que «alcanza los límites de la divinidad».⁵² Que «Dios puede hacer un mundo mayor, pero no puede hacer una Madre más perfecta que la Madre de Dios».⁵³ Que «la dignidad de la Madre de Dios es singularísima, sublime y casi divina».⁵⁴

Como formula implícitamente este texto de la “*Lumen gentium*”, este privilegio de María es una manifestación de la plenitud de gracia maternal que le fue concedida desde el primer instante a título de digna Madre del Redentor; es decir, en orden a preparar al Unigénito del Padre una digna morada (cf. Oración de la Misa de la fiesta), que nunca había de abandonar, asociada a Él para siempre en el ser y en el obrar salvífico. La Encíclica RM comenta ese texto de LG en el mismo contexto anterior del comentario a las bendiciones del plan Salvífico del misterio de Cristo que describe la “gran doxología” con la que comienza la carta de los Efesios en su sentido mariológico.

Refiriéndose a la “historia de la gracia” que “Dios Padre nos agració en el Amado”, añade: “en Él tenemos por medio de su sangre la Redención” (Eph. 1, 7). Según la doctrina, formulada en documentos solemnes de la Iglesia, esta “gloria de la gracia se ha manifestado en la Madre de Dios por el hecho de que ha sido redimida “de un modo eminente” (Inefabilis Deus, de Pío IX, cf. LG, 53). En virtud de la riqueza de la gracia del Amado, en razón de los méritos redentores del que sería su Hijo, María ha sido preservada de la herencia del pecado original” (RM, 10).

El triunfo de la verdad de la Inmaculada puso de manifiesto el valor de los argumentos de conveniencia en que se funda, que se reducen, en último término, a la dignidad que corresponde a la

⁵⁰ Me ha parecido muy ilustrativo el estudio del P. I. IAMMARRONE sobre la *Corredención en San Maximiliano KOLBE*, en el vol. II de AA. VV., *Maria Corredentrice. Storia e Teologia*, Frigento 2000 (hasta ahora han aparecido 6 volúmenes). La predestinación por Dios “uno eodemque decreto” de la Encarnación del Verbo en el Seno de la Inmaculada, tiene como fin recapitular todo en Cristo como Rey y Cabeza del Universo creado, como vértice, centro y fin de la creación. Pero tal decreto no puede ser concebido después de la previsión del pecado, sino independientemente de él, porque Dios, que es Amor, ha creado el mundo por amor con vistas a que hubiera seres racionales capaces de devolverle amor libremente perfeccionándose y haciéndose más semejantes a Él, con el amor (“*Omnia vestra sunt, vos autem Christi, Christus autem Dei*”). Ahora bien, el Espíritu Santo es todo el Amor de la Trinidad, y en María, su Esposa, se compendia todo el amor que la creación puede dar a Dios en retorno. Ella responde con plenitud al amor increado. Así, en esa unión del Amor increado con el amor creado que se da en el corazón de la Inmaculada se alcanza el vértice del amor que intenta Dios como fin supremo –indisociable de la manifestación de su gloria– que no puede estar condicionado por el pecado. Por eso todas las criaturas han sido queridas y amadas por Dios en relación a la Inmaculada, la cual es –subordinadamente a su Hijo– el vértice: el centro y el fin de la creación”. Esta intuición atraviesa la teología franciscana, especialmente en S. Maximiliano Kolbe –que la llama “la ley de acción y reacción–, que canta a la Inmaculada: “Por ti Dios ha creado el mundo. Por ti Dios me ha llamado también a mi a la existencia (SK, III, p. 716).

⁵¹ Santo TOMÁS, S. Th., I, q. 25, a. 6 ad 4.

⁵² CAYETANO, *In II-II*, 103, 4. ad 2.

⁵³ San BUENAVENTURA, *Speculum*, 8.

⁵⁴ PÍO XII, Enc. *Ad caeli Reginam*, 11–X–1954; MARÍN, Documentos marianos (BAC, Madrid 1954)n. 902).

que estaba llamada a ser Madre del Verbo encarnado redentor, capacitándola para cooperar en su obra salvífica hasta su consumación al pie de la Cruz. Con precisión y belleza lo dirá Pío IX en la Bula definitoria:

“y por cierto era convenientísimo que (la Madre del Dios redentor) brillase siempre adornada de los resplandores de la perfectísima santidad y que reportase un total triunfo sobre la antigua serpiente en la mordedura del talón, que en la Pasión del Cristo total, Cabeza y miembros, llamada también a cooperar con sus dolores salvíficos a la dilatación del Reino que emerge de la Cruz gloriosa (Gen 3, 15, Apoc. 12), enteramente inmune aun de la misma mancha de la culpa original, tan venerable Madre, a quien Dios Padre dispuso dar a su único Hijo”.

La dificultad que aquellos grandes teólogos –San Bernardo, Santo Tomás, San Buenaventura– tuvieron antes de la declaración dogmática para reconocer sin lugar a dudas la Inmaculada Concepción de María, era esencialmente *la universalidad* de la Redención operada por Cristo. *¿Cómo explicar la excepción en la herencia del pecado original* que todos recibimos y en la necesidad que todos *tenemos de ser redimidos*?

La respuesta del Magisterio es clara: en este punto no se trata de una excepción. María no es una criatura exenta de redención, por el contrario: es la primera redimida por Cristo y lo ha sido de modo eminente –la más sublime y perfectísima– en atención a los méritos de Jesucristo. De ahí le viene toda esta «*resplandeciente santidad del todo singular*» de la que ella fue *enriquecida desde el primer instante de su concepción*. (Cf. A.G. 9–IV–1997)

A la dificultad teológica sobre cómo podía una persona ser redimida sin haber contraído al menos un instante el pecado original, se responde con la distinción entre *redención liberativa* y *redención preservativa*. La primera es la que se aplica a todos nosotros con «lavado de la regeneración» bautismal. La última es la que aconteció en María ya antes de que pudiera incurrir en pecado.

Para hacer posible tan excelsa misión ha sido objeto de todas las complacencias del Altísimo y le ha colmado de una plenitud de santidad inmaculada. Según la escuela franciscana el primado absoluto de Cristo y de María es la razón que explica este modo de redención, que sería la opción divina más perfecta, según la cual María, preservada de cualquier vestigio de pecado original, en previsión de los méritos de su Hijo Salvador, es el fruto perfecto de una redención perfecta obrada por un perfecto redentor. María sería corredentora con su Hijo en la redención liberativa de los hombres y corredentora también de los ángeles por una especie de corredención preventiva que hizo posible su fidelidad en la prueba que debieron superar para su plena glorificación por la unión y el amor beatificantes (la gracia consumada en visión).

El mérito corredentor de María alcanzaría, pues, todas las gracias de todas las criaturas, ante todo las del que estaba llamado a ser su Esposo en el decreto de predestinación de la Sagrada Familia, salvo –como es obvio– su propia plenitud de santidad inmaculada, que recibió de su más perfecta redención preservativa, fundada en su predestinación, previa a la previsión del pecado, a ser asociada con su Hijo en la donación de la gracia salvífica de todo el universo creado.

En respuesta a esa inicial plenitud de gracia de su concepción inmaculada, fruto de su redención preventiva. María Santísima mereció con su fe, esperanza y amor heroico para sí –de condigno– un continuo “aumento de gracia y el premio de la vida eterna”, a lo largo de su peregrinación terrena hasta la Asunción, que la disponía, haciendo posible su asociación única, como Corredentora. (Lo mismo puede afirmarse analógicamente de José –como veremos en el próximo epígrafe– hasta el fin de su peregrinación terrena).

¿Qué mérito podemos encontrar en todo ese volcarse de Dios sobre ella en plenitud de santidad inmaculada en ese asombro de maravillas que realizó en su alma el Todopoderoso? ¿Qué hizo María para que se fijaran en su humildad los ojos del Altísimo?

Cierto que absolutamente nada. Toda elección de Dios, y las gracias que da para cumplir debidamente esa tarea preceden a todo nuestro merecimiento, pues Dios nos escogió en Cristo y nos llamó por su nombre a cada uno, antes de la creación del mundo: “Ab initio et ante saecula” (Sir, 4)

Esta plenitud inicial de gracia no excluye en modo alguno, en efecto, al aumento de la misma gracia en la Santísima Virgen. La plenitud de gracia “maternal” de María no era absoluta, como la de Cristo. Es decir la suya no era una plenitud intensivamente suma⁵⁵, sino que era relativa, de acuerdo con su capacidad, teniendo en cada instante toda la gracia que le era posible en cada momento. Y tampoco era su plenitud de gracia una plenitud de término, como es la de los santos ya en el cielo. Pudo por tanto crecer y aumentar.

Las gracias y dones sobrenaturales no fijan la capacidad de su recipiente, sino que lo dilatan y lo ensanchan para nuevas comunicaciones, mediante los sacramentos, la oración y las buenas obras. Cuanto más se ama a Dios participando de su gracia tanto más se capacita para recoger las efusiones de la bondad divina. Amando se adquieren nuevas fuerzas para amar, y quien más ama, más quiere y más puede amar. Por ello la gracia llama a la gracia y la plenitud de gracia a una plenitud siempre creciente.

Además, el contacto maternal, físico y espiritual de María, con la Humanidad Santísima de Jesucristo, constituyó para Ella una fuente continua e inagotable de crecimiento de gracia, que fue aumentando sin cesar con movimiento uniformemente acelerado, hasta alcanzar una plenitud inconcebible en su término en el momento de su plena glorificación en la Asunción en cuerpo y alma a los cielos. La eficacia de este trato maternal vendría regulada por aquel principio que expresa así Santo Tomás: “cuando más cerca de la causa fontal (“causae influenti”) se encuentra el recipiente, tanto más participa de su influjo” (S. Th. III, 7, 1).

La Encíclica RM alude implícitamente a este tema clásico de mariología en los números 12–19, dedicados a la libre y heroica respuesta de la fe de María al don de la gracia inicial; la perfecta cooperación con “la gracia de Dios que previene y socorre” y disponibilidad plena a la acción del Espíritu Santo que le impulsaba a asociarse con una fe, esperanza y amor en constante crecimiento, como corredentora de la obra salvífica de su Hijo (n.13).

El mérito de la Virgen –lo que la hace tan imitable– es que desde el primer instante de su ser consciente dio a Dios un amén completo y sin reservas. Si es la Bienaventurada, todavía más que por ser la madre de Dios, lo es por haber acogido a su Palabra, dándole carne humana libre y conscientemente, y siendo la discípula más parecida al Maestro. San Agustín (entre tantos), habla de esa actitud de María, quien, aun antes de que Jesús expusiera el programa de su nueva vida, ya María lo venía viviendo exactamente, desde que tenía uso de razón.

⁵⁵ No debe olvidarse, que según S. Juan, la plenitud desbordante de gracia consumada, que implica la visión facial de Dios (*plenum gratiae et veritatis* Jn 1, 4), le corresponde desde que es constituido *mediador* en el instante del *ecce ancilla* (Lc 1, 38), que es el del *ecce venio* (Heb, 10,9), cuando “al encanto de las palabras virginales” *el Verbo se hizo carne, propter nos homines et propter nostram salutem*, en plenitud de vida comunicativa, que implica gracia consumada en visión. Pero no invadió aquella plenitud de modo plenario su Humanidad hasta la Pascua –sólo entonces entró su humanidad íntegramente en la *gloria* de su plena *semejanza divina*–, ya poseía, al menos, en el ápice de su espíritu, aquella plenitud de gracia consumada que invadirá la integridad de su Humanidad en la hora de la glorificación del Hijo del hombre (Jn 12,23) en el trono triunfal de la Cruz. Es entonces cuando es *formalmente* constituido nuevo Adán, Cabeza de la nueva humanidad a la que ha venido a “recapitular” (Ef. 1,6) en la nueva estirpe de los hijos de Dios. Cf. J. FERRER ARELLANO, *Sobre la inteligencia humana de Cristo. Examen de las nuevas tendencias*, en Actas del XVIII Symp. de Teología de la Universidad de Navarra, Pamplona 1998, 465–517 (www.joaquinferrer.es). Muestro ahí cómo la perspectiva alejandrina (de arriba abajo) si bien complementaria a los de inspiración antioquena (de abajo arriba), –más atenta a la plena historicidad de la condición kenótica de siervo del “*perfectus homo*”–, debe primar sobre esta última, pues no es “*purus homo*”. De lo contrario encontraremos notables desviaciones como puede comprobarse en numerosas cristologías de abajo arriba no calcedonianas que ahí se examinan, junto con otras propuestas muy valiosas (J. Maritain, V. Balthasar, González Gil, p. ej.) que toman en consideración el pleno reconocimiento de la condición histórica de la existencia pre-pascual de Cristo, superando las deficiencias de la Teología clásica –poco sensibles a la condición histórica del hombre y a la profundización de la noción de conciencia–, pero sin abandonar la gran Tradición en continuidad de homogéneo desarrollo, en la línea ya emprendida antes en la Cristología francesa de entreguerras.

“En el misterio de la Encarnación, hay que considerar bastante más el movimiento de descenso de la plenitud divina en la naturaleza humana, que el movimiento de progreso por el que una naturaleza humana preexistente se volviera hacia Dios” (S. Th., III, 34,1,1).

La santidad consiste en una respuesta humilde y total al designio de Dios, respuesta mantenida en lealtad y fidelidad hasta la muerte. Y María, como nadie, es la Virgen fiel.

Por otra parte María tuvo muy probablemente, según muchos teólogos, al menos de manera transitoria, desde el seno de su Madre, el don de la ciencia infusa⁵⁶; y como consecuencia del uso del libre arbitrio, el mérito que hacía fructificar la plenitud inicial de gracia. Sí, con toda probabilidad, la ciencia infusa, le fue así otorgada, es muy difícil, decir que luego fue privada de ella, pues hubiese resultado menos perfecta en lugar de progresar incesantemente en la vida del mérito. Muchos teólogos con San Francisco de Sales y San Alfonso afirman que María conservaba el uso de esta ciencia infusa durante su sueño para continuar mereciendo. Desde la concepción inmaculada a su gloriosa Asunción, no hubo un solo momento en el que no hayan aumentado los méritos de María. Con la mente fija en Dios, conservando el pleno dominio de sus actos, sin distracción alguna, ni siquiera involuntaria, mereció durante todos los instantes de su vida, tanto de día como de noche un progresivo aumento de la plenitud inicial de su fe viva y operativa aneja a la gracia santificante.

Santo Tomás observa que este desarrollo progresivo de la gracia y la caridad que la manifiesta de manera indisociable, se hizo a un ritmo más y más rápido y acelerado. Al contrario de lo que ocurre con el movimiento violento, el movimiento natural se hace más rápido al acercarse al término (In Heb. C. 10, 1. 2). Por eso el progreso de la santidad es mucho más rápido en los últimos años que al empezar a pesar del entorpecimiento de la edad: “Su juventud espiritual se renueva como el águila” (Ps. 102, 5).

Los actos de fe viva no pueden producir el aumento de la vida teologal en sí mismos, sino mereciendo nuevas infusiones de las virtudes infusas, y disponiendo las facultades espirituales a recibirlas. Los actos meritorios las ahondan, en cierto modo, dilatándolas para que la vida divina pueda penetrar en ellas y en la actividad por ellas imperadas. De este modo quedan purificadas y elevadas al orden de la santificación, activa y pasiva (conmereció para nosotros los frutos de la redención). Observa Santo Tomás que los actos de caridad imperfectos o remisos, aunque son también meritorios, no obtienen inmediatamente el aumento de vida teologal, porque no disponen todavía a recibirla, hasta que tenga lugar un salto de calidad en la generosidad de un acto de fe viva más intenso. Estos principios aclaran la insondable magnitud del progreso de María en la fe la esperanza y la caridad, con las que cooperó a la restauración de la vida sobrenatural de las almas a lo largo de su peregrinar terreno.

Sus méritos eran cada vez más perfectos. Jamás hubo en ella un acto meritorio remiso, que hubiera sido incompatible con su impecabilidad y perfecta correspondencia a las mociones del Espíritu Santo. Su corazón se dilataba, por así decirlo, cada vez más, conforme a las palabras del Salmo: “Corrí Señor, en los caminos de tus mandamientos cuando dilataste mi corazón” (Ps 118, 32). Tenía continuamente la mirada puesta en Dios, sin perder un minuto del tesoro del tiempo que se le había dado, a lo largo de la peregrinación en la fe,⁵⁷ que llega a una insuperable plenitud en su gloriosa asunción en cuerpo y alma a

⁵⁶ Según doctrina común de los teólogos María no tuvo en la tierra la visión inmediata de la divina esencia de la que gozan en el cielo los bienaventurados de manera permanente, en lo que difiere de Nuestro Señor, pues si la hubiese poseído, no hubiese tenido fe.

San Agustín y Santo Tomás enseñaron como probable que San Pablo –como Moisés– tuviese en un momento la visión beatífica, cuando dice (2 Cor. 12, 2): “Fue arrebatado hasta el tercer cielo” que según los hebreos, no es el cielo del aire ni el de los astros, sino el cielo espiritual en donde mora Dios y es contemplado por los ángeles. Y era conveniente que tuviera esa alta experiencia quien estaba llamado a ser el apóstol de los gentiles y de la gracia, y no se puede conocer plenamente el precio de la gracia, germen de la gloria, sin haber gozado un solo instante de ella.

Son muchos mariólogos los que opinan que si es probable que algunos santos como los citados recibieron transitoriamente este privilegio, es muy difícil rehusárselo a la Madre de Dios, pues su maternidad divina, la plenitud de gracia y la ausencia de toda falta, la disponían mejor que persona alguna a la vida trinitaria de la eternidad. Si no se puede afirmar con certeza que tuviese aquí en la tierra durante algunos instantes la visión beatífica, es, sin embargo –según la Teología clásica y numerosos testimonios de almas favorecidas con experiencias místicas, como la Venerable María Jesús de Ágreda cuya admirable doctrina sobre la Inmaculada corredentora, en el contexto de la mariología española del S. XVII– de gran riqueza doctrinal, que anticipa la actual madurez para proclamar el dogma.

⁵⁷ RM, 13; R. GARRIGOU LAGRANGE, *La Madre del Salvador*, cit. p. 82 y siguientes. “El traje de bodas (del cielo) estará tejido con el amor de Dios, que habremos sabido recoger hasta las más pequeñas tareas. Porque es de enamorados cuidar los detalles incluso en las acciones sin importancia ... todos los días son buenos para servir a Dios; sólo

los Cielos, al final de la peregrinación terrestre de la “llena de gracia”. Su glorificación en el misterio de su Resurrección no es sino la plenitud final de la plenitud inicial de la “llena de gracia” en el instante inicial de su concepción inmaculada.

2.1.2 *La plenitud progrediente de gracia paternal otorgada inicialmente a José.*

“Dios da a cada uno –escribe Francisco Suárez, el Doctor eximio, fundador de la Mariología– la santidad y gracia acomodada al estado y oficio en que le pone, como bien lo enseña Santo Tomás (...) al tratar de la primera santificación de la Virgen Santísima, y pues Dios confió a nuestro Santo un oficio elevadísimo, para cuyo digno ejercicio le eran necesarias suma pureza y santidad, síguese que se las concedió en grado proporcionado a la alteza del oficio que le dio... José, su esposo, como era justo, se le tuvo por idóneo para que se le confiara la guarda de la virginidad de María, y por esto, no sin especial inspiración del Espíritu Santo, habría conservado íntegra su virginidad y castidad, que luego consagró a Dios unidas a la castidad y virginidad de su esposa; y no se puede dudar que después de desposarse con la Virgen Santísima creció de un modo maravilloso en virtud y santidad, viviendo, como vivía en la tierra, vida del cielo”.⁵⁸

Es esta convicción teológica de la excelsa vocación a la que fue predestinado, según el designio salvífico de Dios, la que le lleva a afirmar a San Josemaría, sin lugar a dudas, que San José es el mayor santo después de la Virgen María (incluido San Juan Bautista), y la que le inspira y guía, en la predicación, a perfilar e incluso a añadir rasgos (que, naturalmente, no pretenden ser el acabamiento del retrato de su excelsa santidad). Son expresiones con que quiere presentar el *summum* de lo que Dios hizo a favor del hombre, a quién escogió para hacer de padre suyo y Esposo de su Madre”.

Después de la Madre de Dios concebida sin pecado, que posee todas las perfecciones de que es capaz una pura criatura, después de Ella, la criatura más perfecta es San José. La misma razón que los teólogos aplican a Santa María, para exponer sus privilegios, se puede decir de San José. Convenía que el que iba a ser Padre de Dios en la tierra tuviera tanta perfección y que estuviera lleno de virtudes (...), Dios podía hacerlo llenándole de gracias. Luego lo hizo”. (LMH, 33)

La primera virtud que se manifiesta en la vida de San José es, sin duda –como en María–, la humildad, al descubrir la grandeza de su vocación y la propia poquedad. El conocimiento de su llamada, la enormidad de la gracia recibida y su gratitud confirmaron la humildad de José. Su vida estuvo llena de agradecimiento a Dios y de admiración ante el encargo recibido.⁵⁹

En el exordio del segundo panegérico de Bossuet sobre las virtudes eminentes de San José, observó el célebre orador de Notre Dame de París, «que un hábito frecuente entre los hombres es el darse enteramente a lo de fuera y descuidar lo interior; trabajar contra reloj; aceptar la apariencia y despreciar lo efectivo y lo sólido; preocuparse demasiado por lo que parecen y no pensar qué es lo que deben ser. De aquí que las virtudes que se estimen sean las que entran en juego en los negocios y en el comercio de los hombres; muy al contrario, las virtudes interiores y ocultas en las que el público no toma parte, en donde todo pasa entre Dios y el hombre, no solo no se siguen, sino que incluso no se comprenden. Y, sin embargo, en este secreto radica todo el misterio de la virtud –de la santidad– verdadera. José, hombre sencillo, buscó a Dios; José, hombre retirado, gozó de Dios».

Como María, su Esposa, él también correspondió con inquebrantable fidelidad al don de la plenitud de gracia paternal con que fue agraciado en el comienzo de su vida.

surgen las malas jornadas cuando el hombre las malogra con su ausencia de fe, con su pereza, con su desidia, que la inclina a no trabajar con Dios por Dios... Nuestro caminar en la tierra... es un tesoro de gloria.” (S. JOSEMARÍA E., *Amigos de Dios*, 40, 52, 54).

⁵⁸ Francisco SUAREZ, o. c. disp VIII –secc. 1.

⁵⁹ Cfr. F. F. CARVAJAL, *Hablar con Dios*, t. VI, 171.

Si la gracia perfecciona y potencia la naturaleza del hombre con sus cualidades y virtudes humanas tan apreciadas por él, se explica el gozo que experimentaba San Josemaría (del que he sido con frecuencia testigo directo) en la descripción que hacía del atrayente perfil humano de la santidad sublime del Santo Patriarca, que tan convincentemente intuía quien tanto le trataba en su oración contemplativa, habitualmente inmerso en las dos Trinidades de la tierra y del Cielo.

Lo califica de "varón lleno de virtudes", "de perfecciones", "excelente en todas sus cualidades morales", "adornado de virtudes admirables". "Un hombre maravilloso, extraordinario", "una figura colosal, que debe cumplir todo un programa divino en la tierra, y que se sabe esconder". Lo presenta como "el santo más hermoso y protegido de Dios"; "bello en el alma; y en el cuerpo"; incluso "bien plantado"; "con mucha simpatía, talento, fortaleza...". "Hombre de una pieza, fuerte", era joven cuando se casó con Santa María. "Limpio, varonil, prudente, entero", "sería encantador, y tendría además un carácter lleno de fortaleza, de reciedumbre y de suavidad a la vez". Su humildad, a pesar de saberse un patriarca— que tanta autoridad tenía en aquella época—, jefe de una familia pobre, pero de estirpe real, le llevaba a ser delicadamente servicial, sabiendo armonizar su ineludible autoridad con el cariño y la admiración por su esposa, a quien sabía Madre de Dios. "Era un señor muy delicado, que en lugar de hacerse servir, servía: su Esposa, la Virgen sin mancha, y a su hijo que era Dios". (Ver textos en LMH, 37–38).

Aplicando el principio de analogía en el contexto del principio fundamental de la Teología de San José —la inseparabilidad de los Tres de la Familia de Nazaret en el plan salvífico de Dios— procuremos profundizar en las características de la gracia inicial que le fue otorgada a San José para el cumplimiento en el tiempo de la vocación a la que estaba predestinado indisociable a la de su Hijo virginal como cabeza de familia de Nazaret, germen de la Iglesia. Era también, como la de María según vimos, de orden hipostático (2.1), en tanto que ordenada —haciéndola posible— a la paternidad virginal de Jesús (2.2), y a su paternidad mesiánica como Hijo de David. En el plan salvífico divino Jesús es el Mesías Rey, el Hijo de David anunciado por los Profetas, por serlo de José (2.3) y ello, como veremos, por constitución divina, de Aquél de quien procede toda paternidad en los cielos y en la tierra (Ef 3,15). No lo había engendrado según la carne —como su virginal Esposa— pero era padre virginal y mesiánico suyo según el Espíritu.

De este doble tema capital en la Teología de San José —que fue abordado ya, en una primera aproximación, en el capítulo I de este estudio— trataremos temáticamente en los dos próximos epígrafes de este capítulo III.

2.2 El amor conyugal virginal de José a su Esposa, posibilitado por su plenitud progrediente de gracia paternal libremente acogida, es esencial para la constitución del orden hipostático redentor, que debía realizarse en el seno de la familia de Nazaret —la casa de José—, Icono transparente de Dios Padre, de quien procede toda familia en el cielo y en la tierra.

Cristo nació del matrimonio de San José con la Virgen Madre de Dios, según la ordenación de la divina Providencia... Ahora bien, este matrimonio virginal depende del consentimiento de José; luego por este consentimiento influye de modo directo y esencial el Santo en la divina maternidad virginal de quien, según el plan de la divina Sabiduría, iba a venir al mundo, para salvarnos, en una familia en la casa de José, hijo de David. Es, pues, necesario su consentimiento en la constitución de la unión hipostática.

San José, consintiendo en la virginidad de María y con su propia virginidad, coopera así de modo directo, con su libre aceptación del plan salvífico de Dios a la realización del orden hipostático redentor.⁶⁰

⁶⁰ San Alberto Magno observa agudamente que la virginidad de María fue virginidad de casada (virginitas uxorata), porque ésta pide y supone necesariamente igual virginidad en el varón, pues de ésta depende su virginidad.

El hijo de adulterio o el adoptivo no son bien o fruto del matrimonio, «porque –dice Sto. Tomás– éste no se ordena a la educación de ellos»; mientras que Cristo es efecto verdadero del matrimonio de José y María, porque «éste fue ordenado especialmente a recibir y educar la prole». Y es de notar que eso no sucedió por la ley natural de las cosas, sino por una ordenación especial que, sobrepasando las posibilidades de la naturaleza, solo podía cumplirse en la fe de la palabra del Todopoderoso, porque nada es imposible para Dios: «Este matrimonio fue ordenado esencialmente a esto» (ut educaretur).⁶¹

Al unirse (José a María) contrayendo matrimonio, pusieron la causa moral y extrínseca –como es la causa final– para poder acoger al Verbo de Dios en el Santuario del amor y cuna de la vida que es la comunión de los esposos. El Señor ha querido iniciar la obra de la salvación en el umbral del Nuevo Testamento con esta unión virginal y santa, por medio la cual comenzaba la purificación y renovación de las familias que superase los deletéreos estragos que causó en ellas la caída de la primera pareja fuente del mal que había inundado el mundo. (cfr. RC 7e, que cita a S. Ireneo Pablo VI), que comentamos ampliamente en el capítulo anterior.

María aceptó la elección para Madre del Hijo de Dios guiada por el amor sponsal a Dios, del cual era un reflejo por participación su amor matrimonial a su Esposo José, imagen de Dios Padre.⁶² En virtud de este amor, María deseaba estar siempre y en todo “entregada a Dios”, viviendo la virginidad en el matrimonio, en comunión de amor –humano y divino a la vez, en indisoluble unión espiritual y unión de corazones– con su virginal esposo; que posibilitaba su propia virginidad.

La maternidad plenamente virginal de María tiene un doble aspecto: la total dedicación de María a su Hijo, que es Dios (lo cual está implicado en los postulados morales de la dignidad de Madre de Dios), y un aspecto de integridad corporal que tiene analogía con la generación eterna, sin corrupción, por la que el Verbo procede del Padre. Es interesante subrayar que en el concepto de virginidad de María unida a la de su Esposo José, que siguieron con plena y fiel disponibilidad el llamamiento a una profunda comunión virginal de amor matrimonial quedan así íntimamente ligadas la virginidad espiritual por la que se dan a su Hijo-Dios con corazón indiviso (cf. 1 Cor. 7, 32 ss.), y la corporal de la virginidad perpetua.

María y José se presentan a Dios, su Padre, entregándose virginalmente, cuerpo y alma, en su abandono sencillo y total a la divina inspiración desde su infancia –que tuvo presumiblemente también José (según los escritos inspirados de almas santas como la Venerable Madre Ágreda y la M. María Cecilia Baij)– sin saber a dónde les conducía. He aquí la primera cooperación al don de plenitud de gracia inicial –maternal y paternal– que les otorgó Dios para el cumplimiento de sus planes salvíficos. A esta misericordia totalmente gratuita, cuando ambos conocen, en su momento, su vocación por ministerio angélico, responden abandonándose; es decir, abriéndose a todas las virtualidades de esta misericordia inicial de su llamada a la virginidad, sin querer limitarlas a su propia comprensión.⁶³

Esta consagración en el abandono se completa al confiarle a José su secreto. También el Espíritu Santo lo iba disponiendo a él a la misma entrega virginal que a María, con vistas a la realización en el futuro de los misteriosos designios de la divina Providencia que ninguno de los dos conocían. María se liga, pues, de modo divino a José. Los dos llevan una vida común totalmente reservada a Dios, en un mutuo abandono divino, ávidos de realizar su única voluntad. Entre María y José nacerá el amor humano, el amor más grande que haya florecido nunca en esta tierra. Pero no tendrá la misma fuente

⁶¹ Sto. TOMÁS DE AQUINO, en IV Sent d.30, 9.2, a.2, ad2. Sobre este tema cfr. B. LLAMERA, o. c., 135 ss. R. GARRIGOU-LAGRANGE, *De paternitate sancti Joseph*, en: Angelicum, Roma II1945; R. GAUTHIER, *Sens et valeur de la paternité de Saint Joseph*, en Estudios Josefinos, I–1952, Valladolid, 17–37; S. CIRAC, *La paternidad de san José según los Padres y autores griegos*, en: Estudios Josefinos, II–1951, 176–187, y ENRIQUE DEL SAGRADO CORAZÓN, *La paternidad de San José según los Padres de Occidente*, y *La paternidad josefina en los escritores españoles de los siglos XVI y XVII*, en: Estudios Josefinos II–1951, 188–204 y II–1952, 152–178.

⁶² Esa misma interpretación hace el Doctor de la Iglesia San Lorenzo de BRINDISI (OFM, cap). También el compara el matrimonio de María y José con el matrimonio espiritual de la Inmaculada con Dios. Cfr. *Marialis*, Madrid, BAC, 2004, 518 ss.

⁶³ M. D. PHILIPS, *El misterio de María*, Madrid, 1987, parte II c.1.

ni la misma trayectoria que en los demás hombres. Normalmente se va del amor humano al amor de Dios. Aquí el orden es inverso: es Dios el primer conocido; Dios, que despierta en cada uno el amor por el otro. Ella le confesó que se había entregado al Señor y que se proponía permanecer virgen, con pleno acuerdo del que quería ser su esposo virginal.

Como ocurre en los pueblos no demasiado grandes, la noticia debió correr de boca en boca: «María se ha desposado con José, el carpintero». La Virgen quiso aquellos esponsales, a pesar de haber hecho entrega a Dios de su virginidad. «Lo sencillo es pensar –escribe Lagrange– que el matrimonio con un hombre como José la ponía al abrigo de instancias, renovadas sin cesar, y aseguraría su tranquilidad. José y María se dejaron guiar en todo por las mociones e inspiraciones divinas. A ellos, como a nadie, se les puede explicar aquella verdad que expone Santo Tomás: «a los justos es familiar y frecuente ser introducidos a obrar en todo por inspiración del Espíritu Santo. Dios siguió muy de cerca aquel cariño humano entre María y José y lo alentó con la ayuda de la gracia para dar lugar a los esponsales entre ambos».

José fue, pues, confirmado por el Ángel en su presentimiento de que también él debía permanecer virgen y que esa sería la más hermosa prueba de amor que podría dar a María. Ella, por su parte, pensó en esa boda y en el don de sí que implicaba. No quería convertir su matrimonio en tapadera de su virginidad. Como nunca hacía nada a medias, ni siquiera por guardar las apariencias, lo concibió como un verdadero matrimonio en el que su vocación virginal florecería plenamente; sería, sí, realmente la esposa de José, al que daría todo y recibiría por entero.

Han renunciado a la entrega carnal, pero no a la dulzura de la presencia física y a la comunión de proyectos; y, a causa de aquella virginidad oculta, los menores signos sensibles adquieren un valor multiplicado; los ardientes versículos del Cantar de los Cantares resuenan en sus corazones: “¡Que hermosa eres, amada mía, no hay tacha en ti...! Eres jardín cercado, hermana mía, esposa, eres jardín cercado, fuente sellada... Ponme como un sello sobre tu corazón, ponme en tu brazo como sello. Que es fuerte el amor como la muerte... Son sus dardos saetas encendidas, son llamadas de Yahvé. No pueden aguas copiosas extinguirlo, ni arrastrarlo los ríos”. Presienten que su unión forma parte de un designio, aún misterioso, en el que su «ser conyugal» es tan necesario como su «ser virginal».⁶⁴

Cuando José advirtió la gravidez de su Esposa (no parece probable que Ella le hubiera confiado antes el misterio de su concepción virginal, como opinan algunos autores), “la duda no rozó a José ni por un momento: conoce demasiado bien a María, su total sumisión a Dios, su pureza, su santidad, su respeto de la ley, su compromiso para con él mismo. La menor sospecha sería infamante, no sólo para María, sino para el que diera pábulo a la sospecha”.

Pero este «justo» (Mt 1, 19) tiene un agudo sentido del misterio. Dios, por un designio que sobrepasa la mente humana, ha hecho de María su propiedad. Delante de María, delante de la obra de Dios en María, José experimenta el respeto sagrado de todos los que son conscientes de su indignidad. Reacciona como los justos del Antiguo Testamento, como Pedro cuando dice: *Apartate de mí, que soy un pecador* (Lc 5, 8). ¿Qué lugar puede ocupar él; qué papel desempeñar allí donde únicamente Dios dirige la escena? Si María preguntó al Ángel de la Anunciación «¿Qué va a ocurrir con mi virginidad?». José se hace una pregunta distinta: «¿Qué va a ocurrir con nuestro matrimonio?».

“Se le plantea una alternativa cruel: o bien se queda con María, usurpando el título de padre, que únicamente pertenece a Dios, y dejando creer que el hijo es suyo; o bien renuncia a María y se retira, tomando todas las precauciones para que no sufriera la afrenta pública.

Pero retirarse así significa sacrificar su matrimonio; es romper con la que le había dado todo y a la que todo le había dado; es dejar a esta criatura perfecta junto a la cual la vida era solo luz y alegría; es abandonar el proyecto de vivir juntos para Dios. ¿Cómo no iba a sentirse atormentado José?».⁶⁵

Antes de que conviviesen se encontró que había concebido por obra del Espíritu Santo. José, su esposo, como era justo y no quería difamarla, pensaba dejarla en oculto en una duda angustiada que

⁶⁴ H. CAFFAREL, *No temas recibir a María tu esposa*, Madrid 1993, 30 ss.

⁶⁵ H. CAFFAREL, *No temas recibir a María tu esposa*, Madrid 1993, 50,51 ss.

recuerda la “noche oscura” de los místicos (en el próximo capítulo volveremos sobre el tema en la perspectiva de valor soteriológico de su heroica respuesta de fe a su vocación).

Así pues, José se sentía perplejo cuando Dios interviene: *En esto pensaba, cuando en sueños se le apareció un ángel del Señor y le dijo: José, hijo de David, no temas recibir a María, tu esposa, pues lo concebido en ella es obra del Espíritu Santo. Dará a luz un Hijo y le pondrás por nombre Jesús porque él salvará a su pueblo de sus pecados.*

María había recibido su revelación estando despierta; José durante el sueño, un sueño que imaginamos atormentado. En esas horas nocturnas, cuando la razón y la voluntad pierden su dominio, nuestra angustia adopta a menudo su rostro más terrible.

El anuncio del Ángel empieza solemnemente: *José, hijo de David.* No se trata solamente de recordar al carpintero que es de linaje real, sino de indicar también la razón misma de su presencia junto a María y al Niño: como consta en las genealogías de Mateo y Lucas, Jesús se vincula a la estirpe de David por José; y por éste se convierte en el heredero directo de las promesas mesiánicas.

Mateo coloca la genealogía antes del relato de la infancia (1,17) y Lucas antes de la vida pública (3, 23–38). Ambos mencionan la filiación de Jesús por parte de José, pero Mateo indica explícitamente que el matrimonio de María con José, Cabeza y Patriarca de la familia de Nazaret, establece el lazo de José con la línea davídica: *Jacob engendró a José, el esposo de María, de la que nació Jesús, que es llamado Cristo* (1, 16).

No temas: reaparece la alegría. Así tranquilizó Gabriel a Zacarías (Lc 1, 13) y a María (1, 30); con una sola frase elimina el peso que abrumaba a José.



Recibe a María, tu esposa: la respuesta es exactamente la que conviene a la pregunta obsesionante que se hacía José: ¿qué va a ser de nuestro matrimonio? Sí; ese matrimonio forma parte del plan de Dios y va a ser, al mismo tiempo, un auténtico matrimonio humano, una intimidad cotidiana.

Pues lo concebido en ella es obra del Espíritu Santo. José ya lo sabía, pero esta gran luz lo ilumina todo, revelando al mismo tiempo la auténtica maternidad divina de María y la auténtica paternidad virginal y mesiánica de José.

Dará a luz un hijo: María, pues, será una madre como todas las madres de la tierra.

Y le pondrás por nombre Jesús: El derecho de José sobre Jesús queda claramente especificado. Y, como el nombre de Jesús es profético de su misión («Dios salva»), José será el que, de algún modo, consagrará legal y socialmente la misión del Hijo de Dios.⁶⁶

La primera anunciación de María había confirmado la maternidad virginal de María y revelado que su virginidad era la condición imprescindible para su maternidad. La segunda anunciación a José no sólo preserva el matrimonio virginal, sino que les revela la fecundidad de la fe y el amor virginal de los dos esposos, que florecía en el Emmanuel anunciado por Isaías, el tallo de la raíz de Jesé que había sido confiado al amor de los dos esposos, a los cuidados paternos y maternos del matrimonio formado por María y José.

Su mutua donación en el matrimonio virginal estaba al servicio de Dios. Pero ¿Cuál era ese servicio? Ahora todo está claro. El poder divino da a ese matrimonio la dimensión que desconocía todavía: la fecundidad. José comprende, y María con él, que el Niño no le ha sido confiado solamente a ella, sino al matrimonio, a su amor. José no queda despojado de su título de esposo, que entra en el

⁶⁶ *Ibid.*

plan divino como entraba en él la virginidad de María. Va a ser el padre terrenal de Jesús, lo mismo que es realmente el esposo de María. Y por esa razón tiene que «recibir a María, su esposa».⁶⁷

Desde ese momento se disipan los temores de pasar por padre del Mesías sin serlo, José se comportará como padre de Jesús que convence a todo el mundo; los evangelistas van a afirmar su paternidad con tanta firmeza como la maternidad virginal (Lc 3, 23; 4, 22; Mt 13, 55; Mc 6, 3; Jn 6, 42). José es realmente padre porque el Hijo no le ha sido dado a María sola, sino a la pareja de José y María. El hecho de que se realice por caminos desacostumbrados no cambia nada. José quiso a Jesús con un corazón más perfectamente paternal que el de cualquier padre de la tierra que haya querido a su hijo.

Cuando José supo que el hijo que María llevaba en su seno era fruto del Espíritu Santo, que ella sería la Madre del Salvador y la recibió en su casa, la quiso más que nunca, «pero no como un hermano, sino con un amor conyugal limpio, tan profundo que hizo superflua toda cualquier relación carnal, tan delicado que le convirtió no sólo en testigo de la pureza virginal de María –virgen antes de parto, en el parto y después del parto, como nos enseña la Iglesia–, sino en su custodio. Dios Padre preparó detenidamente la familia virginal en la que nacería su Hijo Unigénito».⁶⁸

Al recibir José a María en su casa completando los esponsales ya contraídos con la boda solemne en medio de los cánticos de amor y los tamboriles de la multitud, José recordaría a su antepasado David, cuando éste introdujo el Arca de la Alianza en Jerusalén entre cantos, bailes y sacrificios, danzando también él con todas sus fuerzas (2 Sam 6, 1–23). En medio de su júbilo, José experimentaría también una especie de temor sagrado. *¿Cómo voy a llevar a mi casa el Arca de Yahvé?* (6, 9). Porque María, que llevaba en su seno toda la Majestad y la Ternura de Dios, era realmente el Arca sagrada. Gracias a ella ese pequeño «reino» de la casa a la que era conducida su esposa según el rito tradicional de la boda solemne (nissuin), sería verdaderamente el «Reino de Dios» en la tierra. Y en él ella sería la Reina. José debía desgranar en su interior unos apelativos tiernos y venerables a un tiempo semejantes a los que más tarde vendrán a los labios de la Iglesia: «Casa de Oro, Torre de David, Arca de la Alianza, Reina de los Patriarcas, Reina de los Profetas, Reina de los Angeles, Reina de las Vírgenes...».⁶⁹

Y así, sobre aquellas palabras: *Ioseph, filius David*: José, hijo de David, escribió el abad Ruperto⁷⁰: “¡Oh matrimonio tan santo como verdadero, matrimonio no terreno, sino celestial! Porque ¿cuál fue el modo y manera y la razón en que consistió su unión? Bien se ve que los unía la unidad de Espíritu y la unidad de fe (...) Cristo, como bajado del Cielo, fue celeste: de caelo caeleste, porque la vida y unión conyugal de sus padres fue celestial; y el Espíritu Santo fue el amor conyugal de ambos esposos, cuyo trato y relaciones eran, en verdad, del Cielo; y el mismo Espíritu, que en las ambas presidía, encomendó la Persona de la Virgen a la lealtad de San José; así como él fue de la carne de María formó el Cuerpo de Jesús, él fue también el que infundió a San José amor de Padre para con el Niño que iba a nacer”.

* * *

“Quien dice que a José no se le debe llamar padre porque no engendró a Cristo –escribe con su profundidad acostumbrada San Agustín–, ese tal coloca la esencia de la paternidad en la línea de la sexualidad (en el sentido restrictivo de genitalidad), y no en la profundidad del amor ...No fue José menos padre por no haber yacido con la madre del Señor; como si la esposa lo fuera solamente por la

⁶⁷ *Ibid.*

⁶⁸ F.Fz. CARVAJAL, *Hablar con Dios*, t. VI, 181, Madrid 1989.

⁶⁹ Cfr. H.CAFAREL, *Ibid.*

⁷⁰ Cit. por Francisco. SUAREZ, cfr. nota 28.

atracción carnal y no principalmente por el amor conyugal” (Sermón 51, nn. 21 y 26.. PL 51–1, 344–348).

La idea expresada por San Ildefonso que antes citábamos (cap.I): “María fue virgen por voluntad de Dios y por voluntad del hombre”, implícitamente refiere la virginidad de José a la realidad de su paternidad sobre Jesús por su libre decisión de vivir un amor esponsal a María, en la virginidad, movidos ambos por el Espíritu. En esta perspectiva se descubre la concepción y nacimiento de Jesús, como fruto de la paternidad –según el Espíritu– de José, indisociable de la virginal maternidad divina de María por obra del Espíritu Santo. Subraya la importancia decisiva del proyecto de virginidad comportado por ambos esposos, en virtud del nexo sutil –como antes decíamos– pero real de causalidad que se establece entre José y María, su esposa, en la generación y el nacimiento de Jesús.

San Agustín así lo entiende: «Dice San Lucas: se pensaba que era padre de Jesús. ¿Por qué dice solo se pensaba? Porque el pensamiento y el juicio humanos se refieren a lo que suele suceder entre los hombres. Y el Señor no nació del germen de San José. Sin embargo, a la piedad y a la caridad de José, le nació un hijo de la Virgen María, que era Hijo de Dios. Es por eso su padre virginal según la mente o el espíritu». (Sermo 20, cit.)

Por su “fiat” –la obediencia de la fe– María cooperó eficazmente al don del Padre, convirtiéndose en Madre de Dios según la carne: “Tu fe es intacta; tu virginidad también lo será. El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Esta sombra (umbraculum) es inaccesible a los ardores de la concupiscencia. Porque concibes por la fe; porque serás madre por la fe... es por lo que será grande y será llamado Hijo del Altísimo”.⁷¹ Lo mismo podemos decir analogía, de la obediencia de fe de José a la invitación del ángel de parte de Dios –de quien deriva toda paternidad en los cielos y en la tierra”(Ef 3,15)– a acoger en su casa, como verdadero padre, por constitución divina, al Hijo virginal de su esposa; y con Ellos, “el Misterio escondido desde los siglos en Dios “. (RC 20)

* * *

Dios, para salvar a la humanidad, decide restaurar al hombre haciéndose hombre y restaurar a la mujer, cuyo fin es la maternidad, naciendo de una mujer la Madre de Dios; pero también ha restaurado la familia, haciendo nacer a su Hijo en una familia humana real. San José ha sido, de hecho, el esposo verdadero, aunque virginal, de la Madre de Dios, y el verdadero padre de Jesús; no según la carne, pero sí según el Espíritu –por su obediencia en la fe– con toda la autoridad ligada a la paternidad, con todos sus deberes y sus derechos. Se ve, de hecho, que Dios siempre trata a San José como a la verdadera cabeza de la Sagrada Familia, y respeta su autoridad paterna: el ángel comunica las órdenes divinas a la Sagrada Familia a través de él; la Virgen misma se subordina perfectamente a su autoridad, y le llama padre de su Hijo (Lc 2, 48). Volveremos sobre este tema capital –en su dimensión soterológica– en el capítulo V.

2.3 Carácter mesiánico de su paternidad virginal.

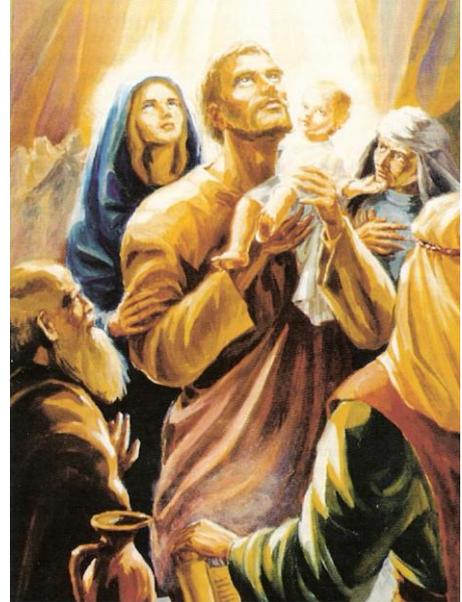
«El ángel anunció a los pastores el nacimiento de Jesús como el del Mesías prometido a Israel: "Os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un salvador, que es el Cristo Señor" (Lc 2, 11). Desde el principio él es "a quien el Padre ha santificado y enviado al mundo"(Jn 10, 36), concebido como "santo" (Lc 1, 35) en el seno virginal de María. José fue llamado por Dios para "tomar consigo a María su esposa" encinta "del que fue engendrado en ella por el Espíritu Santo" (Mt 1, 20) para que Jesús "llamado Cristo" nazca de la esposa de José en la descendencia mesiánica de David (Mt 1, 16; cf. Rm 1, 3; 2 Tm 2, 8; Ap 22, 16)». (CEC, 437).

⁷¹ S. AGUSTÍN, Sermo 291. Cf. M.D. PHILIPS, o. c., Cfr. RM 20.

La referencia paterna de José a Cristo es inseparable de su matrimonio con María la Madre de Dios. Pero, en virtud de la analogía entre aquella «función paterna» y el lugar de María «en el misterio de Cristo y de su Iglesia» –en la perspectiva de la historia de la salvación, en ambos testamentos–, tal como enseña Concilio Vaticano II (LG, c.8) su mediación materna indisociable –y participada– de la mediación capital del Dios hombre, constituida por la unión hipostática, permite iluminar la lectura de las fuentes bíblicas –decíamos en el capítulo I– de modo que pongan de manifiesto –explicitando su sentido pleno inclusivo a la luz del paralelismo bíblico (analogía de la fe⁷²)–, el oficio del Patriarca San José en la economía redentora como Padre Mesianico además de Virginal, del germen de David, el Mesías Rey anunciado por los profetas y las prefiguraciones tipológicas veterotestamentarias.

Desde el primer capítulo del Evangelio de Mateo, que habla de Jesucristo como «hijo de David, hijo de Abraham», hasta el Apocalipsis en que se presenta Cristo como «el que tiene la llave de David». ⁷³ el «León vencedor de la tribu de Judá», todos los libros del Nuevo Testamento quieren mostrar el cumplimiento en Cristo de las profecías sobre el descendiente de David, el rey de Israel que viene en el nombre del Señor.

Al imponerle el nombre de Jesús –en el rito de la circuncisión, que era signo de la Alianza de Dios con Abraham (cfr. Gn 17,13), que en Jesús alcanza su pleno efecto, siendo el *sí* de todas las promesas– José declara su paternidad legal sobre Él, y al hacerlo proclama también su misión salvadora (cfr. RC 12). Si es el Mesías Salvador, hijo de David, lo es por esa paternidad de José, en cuya virtud es constituido oficialmente –en cumplimiento de la profecía de Natan y de la Alianza con David y su casa, en la que se compendian todas las anteriores alianzas veterotestamentarias. Es la genealogía de José, no la de María, que pertenecía también a la casa de Aarón, de la tribu de Leví, la que constituye a Jesús en el trono de David su padre, cuyo reino en la casa de Jacob no tendrá fin. Es, pues, José, el padre mesianico de Jesús, por haber recibido en su casa a la Madre con su Hijo, y por haberle impuesto el nombre, haciéndole así el hijo de David en el que cumplirán los vaticinios proféticos de su mesianismo real.



«Los Evangelios están atentos en mostrar cómo en la vida de Jesús nada se deja a la causalidad y todo se desarrolla según un plan divinamente preestablecido. La fórmula repetida a menudo: así sucedió, para que se cumplieran...» y la referencia del acontecimiento descrito a un texto del Antiguo Testamento, tienden a subrayar la unidad y la continuidad del proyecto, que alcanza en Cristo su cumplimiento... Se hacen realidad con al Encarnación «las promesas» y las figuras de A. T». (RC 8).

Aquí Juan Pablo II hace referencia a las frecuentes alusiones proféticas y prefiguraciones que atraviesan la Escritura referidas a María⁷⁴ (cf CEC 489) y a José “aquél que Dios ha elegido para ser «el coordinador del nacimiento del Señor» (Orígenes, Hom. XIII in Lucem; 7 S. Ch. 87, 214 ss.), que tiene el

⁷² Cfr. CEC 112–114.

⁷³ *Isaías* 22, 22: “Colgaré del hombro de mi siervo la llave de mi casa, lo que él abra nadie lo cerrará, lo que él cierre nadie lo abrirá”. Cfr.dom. 21 A 1ª lectura.

⁷⁴ «A lo largo de toda la Antigua Alianza, la misión de María fue preparada por la misión de algunas santas mujeres. Al principio de todo está Eva: a pesar de su desobediencia, recibe la promesa de una descendencia que será vencedora del Maligno (cf. Gn 3, 15) y la de ser la Madre de todos los vivientes (cf. Gn 3, 20). En virtud de esta promesa, Sara concibe un hijo a pesar de su edad avanzada (cf. Gn 18, 10–14; 21,1–2). Contra toda expectativa humana, Dios escoge lo que era tenido por impotente y débil (cf. 1 Co 1, 27) para mostrar la fidelidad a su promesa: Ana, la madre de Samuel (cf. 1 S 1), Débora, Rut, Judit, y Ester, y muchas otras mujeres. María "sobresale entre los humildes y los pobres del Señor, que esperan de él con confianza la salvación y la acogen. Finalmente, con ella, excelsa Hija de Sión, después de la larga espera de la promesa, se cumple el plazo y se inaugura el nuevo plan de salvación» (LG 55). CEC, 489.

encargo de proveer a la inserción ordenada del Hijo de Dios en el mundo, en el respecto de las disposiciones divinas y de las leyes humanas” (RC 8).

La figura bíblica por excelencia del Santo Patriarca es, sin duda, *José de Egipto*. Toda figura bíblica nos ayuda a decir nuestro *sí* a la acción salvífica de Dios, como respuesta libre y generosa a la alianza. “*Haremos lo que nos dirá*” (cfr. Js 24, 26,24; Es, 2,4,7). Son las palabras –las últimas suyas consignadas en el Evangelio a modo de testamento– de María en Caná de Galilea: “Haced lo que Él os diga”. José nos impulsa con su ejemplo a la misma disponibilidad de voluntad”, no con palabras; “hizo como le había ordenado el Ángel del Señor” (Mt 1,24), con una obediencia de fe en un silencio de una especial elocuencia.

El Espíritu Santo nos invita a hacer lo mismo con las palabras del Faraón dirigidas a los pueblos que a él acudían en tiempos de angustiosa indignancia, referidas a José de Egipto su figura patriarcal. “Id a José y haced lo que él os diga”. Son –muy significativamente– las mismas palabras de María en las primicias de Caná en una situación de indignancia humana.

Algunos autores, sobre todo del s. XVII –entre otros la inspirada venerable María Jesús de Ágreda, pero no es la única– hacen referencia a otras tipologías de San José en relación con su esposa María (ya en la primera patrística S. Ireneo –recuérdese– contraponía en tipología antitética la pareja de los orígenes a la pareja del umbral del Nuevo Testamento: José y María), que creen descubrir tanto en los libros históricos como proféticos y sapienciales. Por ejemplo, Mardoqueo sería figura de San José en su papel protagonista que, inspirado por Dios, hizo posible la intervención salvífica de la Reina Ester, figura de María, que obtuvo de Asuero, figura de la soberanía divina, la liberación de la acechanzas de Amán, enemigo del pueblo de la Alianza, en su intento de destruirlo; o el marido de la mujer fuerte del final del libro de Daniel, prefiguración de José, que confía en las excelsas virtudes de su Esposa en el gobierno y cuidado amoroso y prudente de su casa, figura de María, etc...

José, hijo de David (Mt 1,20), por su paternidad legal, transmitió a Jesús los derechos de la herencia davídica, la base jurídica para que pudiera ser el Mesías descendiente de David. Alejandro Diez Macho observa con razón que “Dios no parece haberse contentado con un entronque jurídico de la ley humana. Parece haber otorgado a José una paternidad superior a la legal por matrimonio o adopción: una paternidad que pudiéramos llamar “constitutiva” o por decreto divino. Para entender tal paternidad basta recordar que de Dios deriva toda paternidad en el cielo en el la tierra (Ef 3, 15); que Dios puede hacer de piedras hijos de Abraham, “padre de las naciones gentiles” (Rm 4, 17). Dios constituyó a José, precisamente cuando por una u otra razón intentaba declinar la paternidad legal⁷⁵, padre de Jesús por especial determinación del cielo: no sólo padre por derecho humano, padre legal, sino *padre por constitución divina*. La paternidad de José es, pues, singular. Por esa razón es también singular la filiación davídica de Jesús.⁷⁶

“Mateo, en 1, 18–25 pretende probar que Dios mismo incorpora a Jesús en la genealogía de José, y que José acepta tal incorporación. Para eso, envía a su ángel a José pidiéndole que no dé libelo de repudio a María con la que estaba ya desposado, aunque todavía no la había llevado a su casa, rito con que se consideraba terminado en su solemnidad externa el contrato matrimonial. Le pide que no rompa, por divorcio, los esponsales (*erusin*), ya contraídos, sino que los complete con la boda solemne (*nissuín o liqquhín*). Dios quiere que sea el esposo de María y que no la abandone por temor a lo numinoso, a lo santo, por reverencia al misterio prodigioso operado sin concurso de José en María.

⁷⁵ Son tres las hipótesis explicativas de origen patrístico de esta conducta de José: la de la *sospecha (de adulterio)* –Justino, Juan Crisóstomo, Ambrosio, Agustín, Maldonado, Fillion...–; de la *inocencia* –(la creía inocente, sin saber explicarse lo ocurrido) –Jerónimo, Lagrange, Buzo...–, y de la *reverencia* (quería retirarse porque en justicia no le correspondía la obra maravillosa que había obrado Dios sin su intervención, sintiéndose indigno) –Efrem, Eusebio, Salmerón, X. Léon Dufour, M. Kramer...–. Yo me adhiero, sin dudar, a esta última.

⁷⁶ A DIEZ MACHO, *Jesucristo “Único”. La singularidad de Jesucristo*. Ed. Fe Católica, Madrid 1976, 10. A esta misma idea apunta M. KRAMER, “*Die Menschwerdung Jesse Christi nach Mattäus*” (Mt 1), en *Biblica* 45 (1964) 48. “*Es Dios mismo el que engendra al Mesías, y lo da como hijo adoptivo a la casa de David*”. Este A. no subraya, sin embargo, la paternidad mesiánica de José por constitución divina.

Y respecto a Jesús, le constituye hijo suyo, aunque lo haya engendrado la virtud de Dios (Espíritu Santo) sin concurso de José.

«Los Ebionitas y Kerinto (DH 1339) niegan la virginidad de María. “Los cerdonianos, marcionistas, maniqueos, apolinaristas, eutoquianos y los todavía vigentes anabaptistas junto con los valentinianos, ni siquiera consideran a María Madre de Cristo, porque en modo alguno atribuyen a Cristo verdadera carne y verdadera naturaleza de cuerpo humano, sino una sustancia ya fantástica, ya celestial, o bien una sustancia compacta de elementos. Los cerintanos y ebonistas la suponen madre, pero corrupta, embarazada de José, arrabatándole la virginidad. Igualmente se la negaron Joviniano en el parto y Helvidiano después del parto, profanando henchidos de espíritu satánico el virginal tabernáculo de Dios».⁷⁷

Con todo, siempre han surgido especulaciones sobre ¿cómo puede ser José padre del Niño Dios, si su paternidad no se deriva de la generación? Para salvar la concepción virginal del Hijo de Dios por la acción de Espíritu Santo en María y comprender la paternidad de José, algunos autores sostienen que el Espíritu Santo actuó sobre José, para coger su semen, y transportarlo seguidamente a la Virgen María, sin haber sí ningún coito, ni relación sexual. Los que así razonan, piensan ser defensores de una paternidad física y sobrenatural de san José.⁷⁸ Esta tesis –totalmente rechazable– quizás no está, “*expressis verbis*”, incluida en la admonición de Pío V en su Constitución *Cum quorumdam hominum* del 7-VIII-1555, DH 1880, aunque allí se dice: “*ex semine Joseph*”, sin embargo a continuación se añade: *sicut ceteros homines*, y así se salva –se defienden estos AA–. este modo de concebir, como la Virgen pudo engendrar, sin coito, del semen de José.⁷⁹

Así como grandes personajes del Antiguo Testamento fueron hijos de padres estériles, lo cual implica que al ser hijos del milagro son especialmente hechura de Dios (nacieron, según Filón, sin el semen paterno), el Mesías nace también, y en un sentido más pleno, de Dios. Pero, así como aquellos personajes del Antiguo Testamento, o así como Juan Bautista en el Nuevo, son hijos de Dios, que Dios da a sus padres como hijos de ellos: así Jesús es el Hijo de Dios, que Dios mismo da a José para que sea hijo suyo. Jesús hijo de José, y José padre de Jesús; pero no sólo padre legal –padre ante la ley–, o padre nutricio –padre que provee el alimento– no sólo padre, porque José adopta a Jesús, o porque Jesús es hijo nacido en el matrimonio María–José, sino *padre por constitución divina. No padre de la generación*,⁸⁰ *pero sí padre del nacimiento*. Con lo cual, la incorporación de Jesús en la rama de David se hace a través de José, no únicamente por adopción humana de este hombre “justo” excepcional, sino por la paternidad que Dios otorga a José sobre el hijo”.⁸¹

* * *

Si bien en José culmina el linaje de los Patriarcas de quienes desciende Cristo en cuanto Hijo del Hombre, sería falso afirmar –observa F. Canals– su pertenencia a la antigua Alianza. José, como María su Esposa, la Madre de Jesús. No se incorporan ciertamente al Pueblo de Dios de la nueva Alianza en virtud del testimonio apostólico sobre la Resurrección de Cristo, o por la fe en el anuncio

⁷⁷ LORENZO DE BRINDISI, *Mariale*, BAC, Madrid 2004, 246. Véase también la argumentación sobre la virginidad perpetua de María en san JERÓNIMO, *Adversus Helvidium*, Pl 23, 201 ss., y el cap. VI de la obra de CÁNDIDO POZO, *María en la obra de la salvación*, BAC, Madrid 1974, 251–284, sobre “la virginidad perpetua de María”.

⁷⁸ Cfr. p.e. J. M. CORBATÓ, *El immaculado san José*, Valencia 1907, y *De la paternidad de san José*, Valencia 1910, así como PETRONE, *La paternité di S. Joseph*, en: *Divus Thomas*, I–1928, Piacenza, 29–49.

⁷⁹ Sobre este tema G. ROVIRA, *La cooperación de San José en la obra redentora de Cristo*, Actas del Simposio de Kevelaer (25-IX-2005) vol. I, 195-228; y *San José, Padre y Esposo*, en curso de publicación en castellano en este misma editorial (traducción del alemán).

⁸⁰ Se entiende según la carne, pues lo es según el espíritu en el sentido explicado.

⁸¹ Cfr. A. DIAZ MACHO, *San José, padre de Cristo*, 61,62, del libro *La historicidad de los Evangelio de la Infancia. El entorno de Jesús*. Ed. Fe Católica, Madrid 1977.

del Evangelio: la revelación del misterio de Cristo, Dios con nosotros y Salvador, la reciben de Dios por ministerio angélico. Ellos *participan en la constitución teándrica del Cristo Redentor, en virtud de la unión del Verbo con la humanidad de Cristo por obra del Espíritu Santo, que constituye el orden hipostático redentor; no sólo en el ser teándrico del Mediador, sino también (“operari sequitur esse”) en todo el dinamismo del proceso redentivo, desde Nazaret hasta el Calvario (Redención objetiva): y, después de su glorificación, en la edificación de la Iglesia peregrina hasta la Parusía, en virtud de su singular participación en la redención subjetiva, como Padre y Señor de la Iglesia, imagen transparente de Dios Padre y Patriarca del Pueblo de Dios. Tal sería el tema de los próximos capítulos.*

Su obediencia a la fe estaba preordenada por Dios para que se obrara en el mundo la Encarnación redentora. No pertenecen a la economía de la antigua Alianza, y no están entre los que saludan de lejos en esperanza el prometido advenimiento del Autor de la nueva y definitiva alianza, sino que se obra en ellos, en el seno de María, en la casa y en la familia de José su padre virginal y mesiánico.

2.4 La gracia paternal de José deriva de la maternidad de María. José, Hijo de su Esposa.

La maternidad espiritual de María sobre todos y cada uno de los hombres deriva de la mediación materna de la Inmaculada en su triple dimensión de Corredentora, Mediadora maternal y “abogada nuestra”; fundada ella— a su vez , de modo remoto —, en su maternidad divina. En cuanto supo José que María era la Madre de Dios, se sometió más que nunca a la acción de la gracia maternal de su Esposa. Desde aquel momento, “ex illa hora”, José se hace discípulo de María, discípulo obedientísimo. Se convierte en hijo de María. La toma como lo hará San Juan, en todas las intimidades de su vida de santo, “acceptit eam in sua” [la recibió en su casa]; la toma como madre de la vida divina en él, pues todo le llevaba al: “¡ecce mater tua!” [¡he aquí a tu Madre!], sobre todo después de que Jesús se escondiera dentro de Ella.



Toda la santidad de San José venía del corazón de María su esposa. Es precisamente esta santidad la que le permitió ser el Padre de la Sagrada Familia, ejercitar su autoridad, cumplir su sublime misión, olvidándose a sí mismo y abandonándose totalmente a la divina providencia. Es María quien le santificó. El esposo fue santificado por la santidad de su Esposa —la Inmaculada, “llena da gracia”— según la ley que proclamará San Pablo (cfr 1 Cor,7,14).. Todo, en él— su plenitud de gracia paternal—, viene de la plenitud de gracia maternal del Corazón Inmaculado de María. Como dice el Abad Ruperto: “como a San Juan santificó Cristo por medio de la Madre que en las entrañas le llevaba, por medio de la misma Madre comunicó a San José, una gracia suma para poder sobrellevar con ánimo tan fuerte y prudente el peso de aquel tan divino negocio”. (Cit. por F. SUAREZ, el Doctor eximio, o.c.,430).

El consentimiento de María a la Encarnación redentora de Verbo en su Seno, y el consentimiento subsiguiente de José —subordinado y dependiente del de su Esposa y Madre en el Espíritu— a acoger a la Madre y su Hijo en su casa —que le constituyó padre virginal y mesiánico de Jesús, haciendo del santo Patriarca, como cabeza de la sagrada Familia, depositario del misterio escondido desde los siglos en Dios—, son los dos primeros actos de fe cristiana que inauguran la nueva alianza consumada en la Pascua. No son primeros sólo en el tiempo , sino principio activo y ejemplar de todos los actos de fe que, de generación en generación, serán el fundamento de la vida sobrenatural de la Iglesia, edificada sobre la fe apostólica, hecha posible por el valor corredentor de la vida de fe de los Esposos de Nazaret. Éste será el tema de fondo dominante de próximo capítulo, sobre

la singular participación de San José *–siempre con y subordinadamente a su Esposa–* en la obra de nuestra redención.

La Iglesia –la familia de los hijos de Dios en Cristo, primogénito entre muchos hermanos–, es prolongación de la Familia de Nazaret constituida por aquellos primeros actos de fe de María –aurora del Sol de Justicia– y José, que trajeron al mundo la salvación. “Gracias Madre. Con esa palabra tuya –Fiat– nos has hecho hermanos de Dios y herederos de Cielo”. (Camino 345). Una análoga gratitud le es debida, sin duda, a José.

CAPITULO IV

3. A AQUELLOS QUE LLAMÓ, LOS JUSTIFICÓ. (I)



La gracia de la justificación que nos reconcilia con Dios es efecto o fruto de nuestra redención consumada en el Sacrificio del Calvario, a la que Dios quiso asociar –en el plan salvífico de la plena predestinación–, de manera única y singular, a María y a José, como Corredentores, contando con su libre cooperación por la obediencia de su fe, esperanza y ardiente caridad a su inicial plenitud de gracia –maternal y paternal–, en todo el decurso de su vida, desde la Encarnación hasta su consumación Pascual.

Vamos a dividir la exposición de la participación de san José en la obra de nuestra Redención –objetiva o adquisitiva– en *dos capítulos*, según dos perspectivas distintas y complementarias.

En éste *capítulo IV (3 – 1ª parte – de 3.1 a 3.4)* estudiamos –en una perspectiva más especulativa– la *esencia o razón formal de la Corredención de María y José* –la obediencia de la fe, la esperanza y la ardiente caridad (LG 61)– en relación con el amor obediente *de Cristo, único Mediador entre Dios y los hombres* (1 Tim 2,6) a la voluntad salvífica del Padre que le había enviado, que es “*el alma*” de la Redención, de la cual es aquella una doble e inseparable participación única y singular. Incluimos un “excursus” sobre la “Teología de la Redención” inspirada en Sto. Tomás de Aquino, que no ha sido superada y urge recuperar.⁸² Ella subyace a nuestra exposición de la corredención josefina

⁸² Muchos la sustituyen por una equivocada y superficial soterología –así la suelen llamar– del “misterio pascual”, que ignora la dimensión expiatoria del siervo de YHWH –desarrollada en especial por San Pablo (Rm 3) y en la cartas de San Pedro y San Juan, así como por la tradición de origen apostólico–, que parte de una crítica superficial de la, sin duda, deficiente formulación del concepto de satisfacción acuñado por San Anselmo, perfilado por Santo Tomás en un combate más amplio que sintetiza admirablemente todos los datos escriturísticos y de la Tradición. El Doctor común de la Iglesia,

indisociable de la de su Esposa, participadas ambas de la Redención de su Hijo virginal. Él es el único mediador entre Dios y los hombres, de cuya plenitud participa cualquier mediación salvífica, que nada añade a la de Cristo Redentor, sino que muestra su necesidad.

En el próximo capítulo V (3 –2ª parte– de 3.5 a 3.7), trataremos del mismo tema en la perspectiva histórica del plan salvífico de Dios, cuyo vértice es el misterio de la Encarnación redentora del Verbo en el seno de María, acogido en la Casa de José, el hijo de David. Estudiaremos en él el valor soteriológico de la vida de san José, desde los primeros misterios de la vida oculta de la Familia de Nazaret “en la casa de José”, hasta su consumación Pascual en el divino sacrificio del Calvario, por el que participa –siempre con su Esposa y subordinadamente a Ella– en la obra de la Redención objetiva o adquisitiva.

3. 1ª parte. –LA OBEDIENCIA DE LA FE DE LOS ESPOSOS DE NAZARET ES LA RAZÓN FORMAL (EL ALMA) DE SU PARTICIPACIÓN EN LA REDENCIÓN OBJETIVA, “CAUSA DE SALVACIÓN ETERNA” DE CUANTOS ACEPTAN EN LA FE EL DON DEL ESPÍRITU SANTO QUE BROTA DEL COSTADO ABIERTO DE CRISTO EN LA CRUZ GLORIOSA.

“La plenitud de gracia anunciada por el Ángel significa el don de Dios mismo; la fe de María, proclamada por Isabel en la Visitación, indica cómo la Virgen de Nazaret ha respondido a este don” (RM, 12). El mismo elogio de la fe de María merece su esposo José.

Por eso LG y RM insisten “en la obediencia, la fe, esperanza y ardiente caridad de la llena de gracia como “el alma” de la cooperación “prorsus singularis” –única y trascendente a la nuestra– en la obra salvífica de Cristo (LG 61) (en Cristo Redentor no cabe hablar sino de amor obediente, pues no hay en Él fe y esperanza en sentido propio). La singular participación de José en ella la trataremos ahora a la luz del principio de inseparabilidad y de subordinación analógica, fundada en la participación, respecto a María y su Hijo Jesús en la Familia de Nazaret. Así lo hace Juan Pablo II en la carta magna de josefología “Redemptoris Custos”.

<<Según el explícito testimonio del Evangelio y de la constante tradición de la Iglesia, María es “la Virgen fiel” que “pronunció el fiat” por medio de la fe. De ahí “la importancia fundamental” de las palabras de Isabel “Feliz la que ha creído que se cumplirán las cosas que le fueron dichas de parte del Señor” (Lc. 1, 45). “Estas palabras se pueden poner junto al apelativo “llena de gracia” del saludo del Ángel. En ambos textos se revela un contenido mariológico esencial, o sea, la verdad sobre María, que ha llegado a estar realmente presente en el misterio de Cristo precisamente porque ha creído.” (RM, 12).

Estas palabras han sido el pensamiento–guía de la Encíclica Redemptoris Mater, con la cual he pretendido profundizar en las enseñanzas del Concilio Vaticano II que afirma: «La Bienaventurada Virgen avanzó en la peregrinación de la fe y mantuvo fielmente la unión con su Hijo hasta la cruz»⁸³ y «precedió»⁸⁴ a todos los que, mediante la fe, siguen a Cristo...

Ahora, al comienzo de esta peregrinación, la fe de María se encuentra con la fe de San José. Si Isabel dijo de la Madre del Redentor: «Feliz la que ha creído», en cierto sentido se puede aplicar esta bienaventuranza a José, porque él respondió afirmativamente a la Palabra de Dios, cuando le fue transmitida en aquel momento decisivo. En honor a la verdad, José no respondió al «anuncio» del ángel

Sto. Tomás supo integrar en admirable equilibrio y armonía todos los datos bíblicos y de la tradición, corrigiendo las deficiencias de la originaria formulación anselmiana de este concepto de satisfacción –San Anselmo entendía, en clave unilateralmente jurídica, de compensación a la justicia divina por el pecado que ofende la infinita dignidad de Dios– en una teología de la Redención que ha asumido el Magisterio en la que una de sus dimensiones esenciales es la “satisfacción vicaria” a la justicia divina, inseparable de su misericordia; en el contexto de nuestra solidaridad con Cristo con el que formamos, en virtud de la Encarnación redentora, “una Persona mística (como exponemos en el Excursus).

⁸³ Conc. Ecum. Vat. II, Const. Dogm, *Lumen gentium* sobre la Iglesia, 58.

⁸⁴ Cfr. *Ibid*, 63.

como María con palabras, sino con obras, pues hizo lo que le había ordenado el ángel del Señor y tomó consigo a su esposa. Lo que él hizo es genuina «obediencia de la fe». (cfr. Rom 1, 5; 16, 26; 2 Cor 10, 5–6) (...) por la que se confía libre y totalmente a Dios, prestando a Dios revelador el homenaje del entendimiento y de la voluntad y asintiendo voluntariamente a la revelación hecha por él»⁸⁵. La frase anteriormente citada, que concierne a la esencia misma de la fe, se refiere plenamente a José de Nazaret.

“José es el primero en participar de la fe de la Madre de Dios, y que, haciéndolo así, sostiene a su esposa en la fe de la divina anunciación”. (Ibid)

La fe de los esposos de Nazareth en cuanto “respuesta libre al don de Dios” sostenida por la esperanza y vivificada por la caridad, mereció para ellos mismos un continuo “aumento de gracia y el premio de la vida eterna”; y en tanto que asociados a la Redención de Cristo que se consuma en el Calvario, satisficieron por el pecado y merecieron –subordinadamente a Cristo y en dependencia de Él– toda la gracia salvífica para todos los hombres. Tal es el “alma” de la Corredención –mariana y josefina–, que es, en la intención de Dios, participación singular y única –decretada por Dios en un mismo decreto de predestinación– del amor obediente del Redentor hasta la muerte de Cruz, que es –a su vez– el “alma” –la razón formal– de la Redención del único Mediador, que se cumple en el Sacrificio del Calvario, en la “hora de la glorificación del Hijo del hombre” (Jn 12, 23), cuando atrae todo hacia Sí (Jn 12, 32).

Comencemos por esta última, de la que deriva –y participa– la corredención mariana y –subordinadamente a una y otra– la de San José.

3.1. El amor obediente de Cristo mediador único entre Dios y los hombres hasta la muerte de Cruz, es “el alma” de la Redención.

El acto esencial de la mediación de Cristo –el único Mediador (1 Tim 2, 5–6)– es la redención, a la cual estaba ordenada la encarnación del Verbo en el seno de la Inmaculada como fin inmediato, que había de tener su realización en su inmolación –con la Dolorosa, no sin una cierta participación de José, como veremos– en el Sacrificio de la cruz, como medida de nuestra redención decretada por Dios, en amor obediente al mandato de su Padre (Cf. Fil 2, 8) (por razones de suma conveniencia –la redención más perfecta vértice del amor supremo (“nadie tiene amor más grande...” Jn 15, 13)–, no de necesidad (“cuius una stilla salvum facere totum mundum quit ab omni scelere” del inspirado himno litúrgico “adorote devote” de Sto. Tomás de Aquino)).

Por esto, los demás misterios –acciones y padecimientos de todo el arco de su vida– de los seis lustros de su vida oculta de trabajo en el hogar familiar de Nazaret y de los misterios de luz de su vida pública que culminan en el Calvario, siendo todos de igual valor intrínseco, satisfactorio del pecado y *meritorio* de la vida sobrenatural –así lo veremos enseguida–, no pueden decirse redentivos, sino en cuanto se ordenan a la pasión y muerte de cruz, como camino hacia ellas: en cuanto *intencionalmente referidos al Sacrificio del Calvario, que mereció la resurrección de entre los muertos, su ascensión a la derecha del Padre y el envío del Espíritu* –fruto de la Cruz (Jn 12, 32)–, que nos hace partícipes de la novedad de vida de Cristo glorioso.

La Pasión y muerte de Cristo forman con su Resurrección y exaltación gloriosa un único misterio pascual. *La Pascua del Señor es, pues, el misterio recapitulador de todos los “acta et passa Christi”*, que son cumplimiento a su vez de todos los acontecimientos salvíficos y palabras proféticas (“gestis verbisque”, DV 2) de la antigua alianza, que los prefiguraban y a los cuales no sólo disponían, sino que se beneficiaban por anticipado de su virtualidad salvífica.

⁸⁵ Con. Ecum. Vat. II, Const. Dogm. *Dei Verbum* sobre la divina Revelación.

“El Verbo hecho hombre no es disposición próxima para nuestra resurrección, sino el Verbo hecho hombre y resucitado (*resurgens*) de entre los muertos”. (Tomás de Aquino, III, Sent, dist. 21, q2 a1 ad1). *Nuestra nueva vida en Cristo es, pues, obra del Cristo resucitado en cuanto resucitado (Sum. Th. III q56 ad3)*⁸⁶. *Es el misterio recapitulador en el que convergen todos los misterios – acciones y pasiones– de la vida de Cristo; cada uno en sí mismo de valor infinito. Son, pues, “causa salutis aeternae”; pero lo son en tanto que recapitulados en la “consumación” pascual (cfr. Heb 5, 9) de la existencia redentora de Cristo, en la hora de la glorificación del Hijo del Hombre en el trono triunfal de la Cruz (cf. Jn 12, 23 ss).*

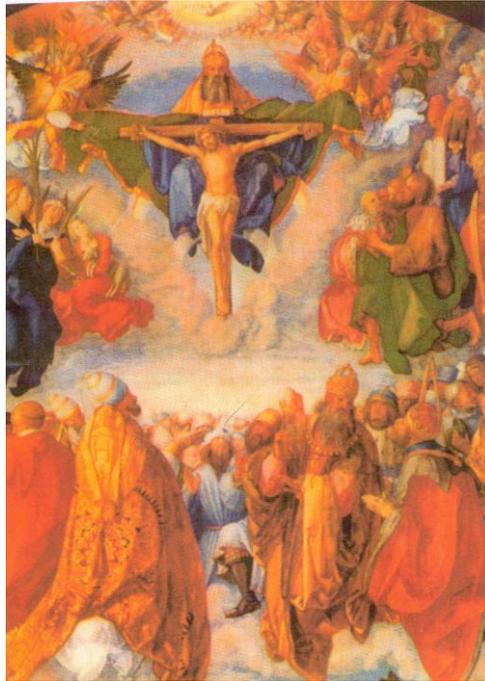
Jesucristo mediador es, por ello, Sumo Sacerdote, cuyo acto principal es el sacrificio de su vida que ofrece por nuestra salvación desde le “ecce venio” (Hb 10,7) de la Encarnación, hasta el “consumatum est” de la Pasión, en amor obediente de su libre voluntad humana –movido por el Espíritu Santo que había recibido en plenitud (Cf. Hb 9, 14)– a la voluntad salvífica del Padre que le había enviado. Tal es el alma de la Redención por nosotros consumada en la cruz, en la que es a la vez Sumo Sacerdote y víctima u hostia por el pecado (S. Th.,III q. 22 a 2).

La pasión y muerte de Jesucristo en la cruz no tiene razón de Sacrificio por parte de los que le dieron muerte, los cuales cometieron un gravísimo pecado de verdadero deicidio, sino del mismo Jesucristo, que libremente la *aceptó por su perfectísima caridad y obediencia al Padre*: Por lo cual, Jesucristo fue el que ofreció al Padre el sacrificio de su vida en la cruz por nosotros, y no los que le crucificaron. Ni por esto Jesucristo se dio muerte a sí mismo, sino que tan sólo *aceptó libremente con amor obediente* la que le dieron los que le crucificaron, *en honor del Padre y para reconciliarnos a nosotros con El* (S. Th., III 48, 3 ad 3).⁸⁷

⁸⁶ “La Resurrección de Cristo, dice la Glosa (PL 191, 295), es causa de la resurrección del alma al presente y del cuerpo en el futuro”. Sto. Tomás de Aquino, *Ibid*, en los dos artículos estudia la causalidad de la Resurrección de Cristo respecto de la nuestra en dos momentos: su eficacia respecto de la resurrección de los cuerpos (a1) y de la resurrección de las almas o justificación (a2). Dios es la causa eficiente principal de la justificación del alma y de la resurrección del cuerpo; y es la humanidad de Cristo, en la totalidad de su misterio pascual, Muerte y Resurrección, su causa instrumental (cfr. Q51 a1 ad2). La muerte es causa ejemplar de la remoción del pecado, y la resurrección de la donación de una vida nueva. (Cfr Rm 4, 25). Pero *sólo la Pasión y muerte de Cristo* –toda su existencia redentora en amor obediente a la voluntad salvífica del Padre “hasta la muerte y muerte de cruz”, en ella intencionalmente presente– *es causa eficiente moral meritoria de la exaltación de su Humanidad, y de la justificación y la futura resurrección del hombre*: de cada uno, desde el justo Abel hasta el último de los elegidos.

⁸⁷ Siendo el sacrificio de Jesucristo en la cruz el sacrificio de un Dios hecho hombre, y realizado para redimirnos del pecado, su virtud y eficacia para conseguir nuestra redención son universales e infinitas. Por eso dice tantas veces Santo Tomás que la pasión y muerte de Jesucristo en la cruz son causa universal perfectísima, superabundante e infinita de nuestra redención, teniendo al mismo tiempo que un valor latréutico infinito, un valor propiciatorio, impetratorio y eucarístico inagotable. Así lo definió el concilio Tridentino, contra los protestantes, a propósito de la misa como renovación sacramental del sacrificio de la cruz (Dz. 950).

Excursus sobre la Teología de la Redención



A. Dürero

Santo Tomás –“el genio del orden”, como justamente ha sido llamado– distingue cinco modalidades con que la pasión (y muerte) de Cristo produce nuestra salvación, recogiendo y armonizando admirablemente los datos de la Escritura interpretados en la tradición viva de la Iglesia bajo la guía del Magisterio, que parecen ignorar algunas erradas teorías sobre el misterio de la Redención (de cada uno de los cuales quiso hacer partícipe –como veremos más adelante– a su Madre y a su padre virginal y mesiánico, como Corredentores). He aquí sus palabras:

“La pasión de Cristo, por relación a su divinidad obra por *vía de eficiencia*; por relación a su voluntad humana, *por vía de mérito*, y por relación en su carne que sufre, *por vía de satisfacción* de la pena debida por nuestros pecados; *por vía de redención*, librándonos de la culpa, y *por vía de sacrificio*, reconciliándonos con Dios” (S. Th., III, 48, 6 ad 3).

La última modalidad –*el sacrificio de su vida* ofrecido por Cristo sacerdote en el Calvario– que recapitula y compendia todos los “*acta et passa Christi*”– *implica las otras cuatro, pues es él y sólo él, por decreto divino, el que nos reconcilia con Dios en un doble proceso ascendente (I) y descendente (II), de mediación salvífica.*

I. Mediación ascendente: redención objetiva o adquisitiva.

A. En cuanto remueve del pecado:

a). Por la *liberación o rescate* de las *consecuencias subjetivas de la culpa* –la “aversio a Deo” *elemento formal del pecado* como ofensa a Dios–; a saber, del *reato de culpa*, llamado “*mácula*”, que conlleva una múltiple esclavitud, por ejemplo al pecado y al demonio.

b). Por la *satisfacción*, los sufrimientos que compensan sobreabundantemente el *elemento material del pecado* –la “*conversio ad creaturas*”– a modo de *pena expiatoria, aceptada con libre amor obediente* que repara la culpa (elemento formal del pecado).

El sacrificio de la pasión y muerte de Jesucristo en la cruz, además de ofrecer *satisfacción* infinita por el pecado del hombre (como ofensa de Dios y en cuanto a la pena a él debida) –y de *mérito* por el que nos obtiene de condigno la gracia y la gloria (en virtud de la libertad humana de entregarse por amor obediente hasta la muerte, a impulsos de la plenitud de gracia que la santifica en cuanto cabeza potencial de la Iglesia, nuevo Adán que recapitula la humanidad)–, fue el precio divino –a modo de *rescate* de un esclavo, según la etimología del término “*redemptio*”– que en su pasión y muerte dio Jesucristo por nosotros para librarnos de la múltiple servidumbre del pecado. En efecto, en cuanto satisfacción superabundante por el pecado del hombre, como ofensa de Dios, quedamos reconciliados con Él y libres, por consiguiente, de la servidumbre al mismo pecado; de la muerte y de la potestad del diablo, que por el pecado tenía su imperio en nosotros. Y por la misma pasión y muerte de Jesucristo, en cuanto satisfacción infinita por la ley debida al pecado, quedamos totalmente libres de nuestra sujeción a él, entrando a formar parte en la nueva era de la ley de la gracia, que también nos mereció la pasión y muerte de Jesucristo, sacudiendo por completo el duro y pesado yugo de la ley escrita. Por esto Jesucristo se dice *nuestra redención*, porque nos libró de la servidumbre del pecado, de la muerte, del diablo y de la ley, constituyendo esta liberación una nueva modalidad de la redención causada por la pasión y muerte de Jesucristo. (Se trata, claro, de una modalidad o aspecto de una realidad indivisible, que no se distingue adecuadamente de las otras, sino que las incluye a todas, como sucede también con cualquiera de las demás).⁸⁸

B. En cuanto restaura el estado de unión sobrenatural con Dios por vía de mérito: *con su libre voluntad humana merece –a impulsos de la plenitud de gracia que la santifica en cuanto cabeza– para sí el estado de ensalzamiento* (resurrección, glorificación del cuerpo, a los cielos, Fil 2, 9: por lo cual (por su obediencia hasta la muerte, Dios lo ensalzó....” Cf. ascensión Hb 2, 9, Apoc 5, 12). *Y mereció para los hombres caídos todas las gracias sobrenaturales y la gloria, y para los ángeles –según la escuela escotista– la gracia que les preservó en la prueba originaria.*

(La satisfacción y el rescate o liberación son dos modalidades de redención que no hacen referencia más que a la humanidad caída, pero no –como es obvio– a la de los ángeles, que –siendo preventiva, no liberativa– es exclusivamente por vía de mérito).

Esa libre oblación de amor de su Corazón humano movido por el Espíritu (Hb 9,14) a la voluntad salvífica de Dios, es el alma de la redención, que da valor infinitamente satisfactorio y meritorio a toda la vida de Cristo desde el “ecce venio” de su ingreso en este mundo, hasta el “consumatum est” del holocausto del Calvario, en amor obediente a la voluntad del Padre que le había enviado.

La razón por la que Cristo pudo satisfacer (de manera vicaria) “ex toto rigore iustitiae” removiendo el pecado y merecer de condigno la gracia para otros –los “meros hombres” sólo pueden conseguirla de congruo”, salvo María, que pertenece al orden hipostático (y, de modo jerárquicamente subordinado, San José)– es que la gracia, principio del mérito de su pasión, no era sólo poseída por Él en plenitud a título particular, sino como Cabeza de todos sus miembros potenciales (como persona pública, solidario de todos los hombres por la Encarnación) con los que formaba una sola persona mística. A causa de esto, los méritos de la vida de Cristo hasta la consumación del Sacrificio de la

⁸⁸ S. Th., III, q. 48 a. 4. Sto. Tomás rebate la desafortunada teoría patristica sobre los pretendidos derechos del diablo respecto del hombre por razón de su pecado, y con mayor motivo que Dios entregara nada al diablo como precio del recate del hombre en su tiranía. He aquí su doctrina: “El hombre, pecando, quedaba obligado a Dios y al diablo. Por su culpa había ofendido a Dios y sometido al diablo, prestándole acatamiento. Por consiguiente, por la culpa cometida no se había hecho siervo de Dios, antes por el contrario, se había apartado del servicio de Dios, cayendo bajo la servidumbre del diablo, permitiéndolo Dios así en castigo de la culpa contra El cometida. Mas por razón de la pena estaba el hombre obligado a Dios, como a supremo Juez, y al diablo como su verdugo, según aquello que leemos en San Mateo (5, 25): “No sea que tu adversario te entregue al juez al alguacil”, esto es, al ángel cruel de las penas, como dice San Juan Crisóstomo. Así, pues, aunque el diablo, por cuanto en él estaba, injustamente tomó al hombre bajo su servidumbre, a quien con falsedad había engañado, tanto por razón de la culpa como de la pena, era, sin embargo, justo que el hombre sufriera esta cautividad, permitiéndola Dios por razón de la culpa y ordenándola en cuanto al sufrimiento de la pena. Y, así, la justicia exigía que el hombre fuese rescatado por orden a Dios, no respecto a diablo”.

Cruz, Cristo se extienden a todos los demás hombres, como en cualquier hombre la acción de la cabeza pertenece en cierto modo a todos sus miembros. (Cf. S. Th., III, 19, 4 ad 3).⁸⁹ Es el principio de la *solidaridad de Cristo, nuevo Adán, con la estirpe humana que vino a recapitular*.

[(A) y (B) son dos modalidades –negativa y positiva– de un mismo proceso de causalidad eficiente moral (ascendente), que mueve a Dios a justificar al hombre reconciliándole consigo mediante la infusión de la gracia, sanante y elevante participación de la plenitud de gracia capital de Cristo que restaura la filiación divina y la herencia de gloria celestial.

II. Mediación descendente: redención subjetiva o aplicativa.

Como consecuencia del proceso más propiamente sacrificial Dios, como causa principal, nos justifica si cooperamos libremente a su oferta de gracia en un proceso de causalidad ejemplar y eficiente que se vale de las acciones salvíficas de su Humanidad Santísima a modo de “instrumentum coniunctum Verbi”.⁹⁰

La humanidad santísima glorificada de Cristo, vencedor de la muerte, ha entrado, en cuanto muere y resucita –y envía el Espíritu, como fruto de la Cruz–, en la eternidad participada de la gloria. El acontecimiento mismo de su muerte, como voluntaria entrega de su espíritu al Padre, y de su Resurrección a la nueva vida inmortal –que forman un único misterio pascual– participan de la eternidad haciéndose salvíficamente presentes desde el alfa hasta el omega de la historia. Es el único acontecimiento –inseparable– de la Cruz y de la Resurrección, que permanece y atrae todo hacia la vida” (CEC 1085).

La muerte y resurrección del Señor están virtualmente presentes en toda la historia –desde las puertas del paraíso perdido hasta su fin– instaurando el Reino de Dios que nos arranca de la potestad de las tinieblas en la progresiva formación del Cristo total.⁹¹ Tal es el fin del designio salvífico de Dios Padre, que envía al Hijo en el Espíritu –las dos manos del Padre (S. Ireneo)– para reunir en Cristo a los hijos de Dios dispersos por el pecado (Jn 11, 52).

⁸⁹ "En la Encarnación, Cristo se unió, en cierto modo a todo hombre" (GS,22). Cf A.Orbe, *Parábolas Evágelicas de S.Ireneo*, Madrid BAC 1972, t.II, pp, 117–177, donde expone el verdadero sentido de las audaces expresiones de la gran época patristica, –a las que alude ese comentadísimo texto de GS,22– más allá del desafortunado realismo platónico de las ideas: la "humanidad" a la que se une como nuevo Adán. "Cristo toma al encarnarse a todos los hombres, como la oveja perdida, sobre sus hombros". Esa unión de todo hombre con el Verbo encarnado no debe interpretarse como una especie de santificación "por contagio", que haría inútil el bautismo, en la línea de un falso cristianismo anónimo. Alude a la solidaridad de Cristo con los hombres en cuanto asume, en la Encarnación, el papel de cabeza desempeñado por el primer Adán, formando con ellos "como una persona mística" (S.Th III, 48,31), para hacer así posible la Redención por vía de satisfacción. Es pues una capitalidad a título de presupuesto de la Redención, distinta (como lo virtual de lo actual) de la capitalidad que le compete respecto al cuerpo místico que surge del costado abierto de Cristo, que es consecuencia de su acción redentora, consumada en el misterio pascual y actualizada progresivamente, por la fe y los sacramentos, en aquellos hombres que reciben libremente en sí el fruto de la Redención ya realizada, cooperando a la obra salvífica de la Iglesia en cuanto esposa de Cristo. Cf J.H. Nicolás, *Synthèse dogmatique*, París 1986, p.441. F.PRAT *Teología de S.Pablo*, II, pp.235ss) F. OCÁRIZ, L. MATEO SECO, J. A. RIESTRA, *El misterio de Jesucristo*, 1991, pp.278 y 386. H. MÜHLEN, *Una mystica persona*, Rederborn,1964.

⁹⁰ Las operaciones de la Humanidad del Señor, son –como la naturaleza asumida que constituyen su principio inmediato–, instrumentos vivos de que se sirve la Persona (sujeto a principio “quod”) del Verbo Divino para la salvación, a Él indisolublemente unidas. (Cf. *Lumen Gentium*, n. 8). La causa eficiente principal se sirve, en efecto, de la acción propia del instrumento –de la que es capaz por su naturaleza– para realizar una acción superior, por la virtud recibida del Verbo “virtus instrumentalis”, que es superior a sus posibilidades. De este modo la pasión, muerte y resurrección de Cristo, no sólo nos sirven de ejemplo (y –las dos primeras– son meritorias de la gracia y satisfactorias del pecado de condigno para los demás “ex toto rigore iustitiae”), sino que tienen una eficiencia instrumental que obra nuestra salvación. Siendo el Verbo inmenso y eterno, la virtud instrumental de los actos salvíficos “*attingunt omnia loca et tempora*”.

⁹¹ Cf. J. FERRER ARELLANO, *resurrección de Cristo centro del misterio del tiempo*, en “*Escatología y vida cristiana*”, Actas del XXI Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra, Pamplona 2002, 387–407.

Su muerte *in fieri*, en su último instante de viador, por el que entrega su vida en la Cruz *con libre amor obediente al Padre* –que recapitula su existencia redentora desde el “ecce venio” de la Encarnación, hasta el “consumatum est”–, *satisface* por el pecado y *merece*, con una *causalidad eficiente moral* ante Dios, su exaltación como “Kirios” y nuestra reconciliación con Él. Su renovación sacramental en el *Sacrificio eucarístico*, realiza la obra de la salvación con la cooperación de la Iglesia, que aporta –con el don de la Esposa⁹²– lo que falta a la Pasión de Cristo (su Esposo, según la ley de la *alianza sponsal salvífica* (categoría clave de la Escritura).

La totalidad del misterio pascual –su muerte y resurrección– está virtualmente presente, además, con una causalidad ejemplar e instrumental⁹³, a lo largo del tiempo y del espacio en la Palabra, y de modo especial –en infalible oferta de salvación– en los *Sacramentos* que Él instituyó, como signos eficaces de la gracia salvífica, “*ex opere operato*”.

La encarnación, es decir, el abajamiento y la humillación del Verbo en la carne, no determinó automáticamente la redención universal, sino que fue necesario que aceptara la muerte de cruz de manos de los hombres (vide Mt 20, 28; 56, 28–29; *Denzinger S.* pár. 790); tampoco nosotros resucitaremos con Cristo si no aceptamos padecer con él (v. Rom. 8, 17). La universalidad atañe a la redención objetiva, no a la subjetiva. La redención (que, según dijimos, no se reduce a la encarnación) es suficiente de suyo para salvar a todos los hombres, mas, para que se salve cada hombre en particular (eficacia subjetiva) es menester que coopere con la gracia: «*aquel Dios que te hizo sin ti no te salva sin ti...*»: *fecit nescientem, iustificat volentem* (San Agustín, Sermo 169,3).

3. 2 La obediencia de la fe de Santa María Virgen y de José, su esposo, hijo de David, como libre respuesta –unida a la firme esperanza y a la ardiente caridad– al don de Dios de la inicial plenitud de gracia de la concebida Inmaculada, y –en ella fundada– de la gracia paternal de su esposo José, es la razón formal (el alma) de la Corredención.

“La plenitud de gracia anunciada por el Ángel significa el don de Dios mismo; la fe de María, proclamada por Isabel en la Visitación, indica cómo la Virgen de Nazaret ha respondido a este don” (RM, 12).

La plenitud de gracia de Cristo era absoluta, *consumada en la luz de la gloria de la visión beatífica*; mientras que en María y José –cuya plenitud de gracia era relativa y progrediente– María no gozó sino esporádicamente de la luz de la gloria de la visión intuitiva– fue vivida en el régimen del claroscuro de la fe, en la espera de la claridad radiante de la visión beatífica, la gracia plenamente consumada al final del curso de su vida en la tierra. *Por eso LG y RM insisten “en la obediencia, la fe, esperanza y ardiente caridad de la llena de gracia “el alma” de la cooperación “prorsus singularis” en la obra salvífica de Cristo”*. (LG 61) (en Cristo Redentor no cabe hablar sino de *amor obediente*, pues no hay en Él fe y esperanza en sentido propio).

⁹² Toda su actividad corredentora, cuyo centro y fuente –o raíz–, de su eficacia salvífica es el sacrificio eucarístico, que es sacrificio de Cristo y de la Iglesia para aplicar los frutos del divino Sacrificio del Calvario. Cf. Mi estudio, *La Eucaristía hace la Iglesia*, en “Scripta Theologica” XXXIII (2003) pp. 243–258.

⁹³ Su muerte es causa ejemplar de la remoción del pecado, y su resurrección de la donación de una vida nueva. Los otros misterios de la vida de Cristo que conmemora el año litúrgico, ejercen, también, una causalidad ejemplar y eficiente en la vida del cristiano, en cuanto virtualmente presentes en el misterio pascual que los recapitula, significado y hecho salvíficamente presente en la liturgia, fuente y culmen de la actividad de la Iglesia. F. OCARIZ, *Naturaleza, gracia y gloria*, Pamplona 2000, 308. Sólo en este sentido podría aceptarse, a mi parecer, la *mysterienlehre* de Odo CASEL (puede verse compendiada en sus obras. *El misterio del culto cristiano*, Dinor, San Sebastián 1953; *Misterio del la Cruz*, Madrid 2 ed 1964. Cfr. T. FILTHAUT, *Teología de los misterios*, Desclée, Bilbao 1963. Ofrece amplia bibliografía sobre él M. SCHAMAUS, *Teología dogmática*, VI, *Los sacramentos*. Rialp Madrid 2 ed 1963, 771–773) (cfr. *Infra* § II). Cf. J. FERRER ARELLANO, *Palabra bíblica, Palabra sacramental y Protopalabra eucarística*, XXV Simposio Int. de Teol. Universidad de Navarra, 2004 (en curso de publicación), (www.joaquinferrer.es)

Según el explícito testimonio del Evangelio y de la constante tradición de la Iglesia, María es “la Virgen fiel” que “pronunció el fiat” *por medio de la fe*. De ahí “la importancia fundamental” de las palabras de Isabel “Feliz la que ha creído que se cumplirán las cosas que le fueron dichas de parte del Señor” (Lc. 1, 45). “Estas palabras se pueden poner junto al apelativo “llena de gracia” del saludo del Ángel. En ambos textos se revela un contenido mariológico esencial, o sea, la verdad sobre María, que *ha llegado a estar realmente presente en el misterio de Cristo precisamente porque ha creído.*” (RM, 12). (Lo mismo puede afirmarse, sin duda –como es obvio después de lo dicho–, de José).

¿Cuáles son las *características de las virtudes teologales de María y José*? Comenzamos por las de Ella, con el fin de ilustrar por analogía de participación –en tanto que hijo espiritual de su Esposa, Madre de la divina gracia– la vida teologal de José.

3.2.1 *La vida de fe, esperanza y amor de la Inmaculada Corredentora. “Virgo Fidelis”.*

El Santo Padre Juan Pablo II muestra en la Encíclica “Redemptoris Mater” las *características de la fe de la Inmaculada*. “En la Anunciación, María se ha abandonado en Dios completamente, manifestando la “obediencia de la fe” a Aquél que le hablaba a través de su mensajero y prestando “el homenaje del entendimiento y de la voluntad” (DV, 5). Ha respondido, por tanto, con todo su “yo” humano, femenino, y en esta respuesta de fe estaban contenidas una cooperación perfecta con la “gracia de Dios que previene y socorre” y una disponibilidad perfecta a la acción del Espíritu Santo, que “perfecciona constantemente la fe por medio de sus dones” (Ibid. LG, 56)” (RM, 13). María ha pronunciado ese “*fiat*” por medio de la fe. La respuesta a su vocación singular fue, antes que nada, un acto de fe, con todas las características antes descritas. De un modo gráfico dice San Agustín que María por la fe *conció a Cristo antes en su mente que en su seno*. (Sermo 215).



Dios requiere la fe antes de conceder sus otros bienes a los hombres. Lo vemos en la mayor parte de los milagros de Jesucristo, y con claridad diáfana en los eventos más importantes de la historia de la salvación. La encíclica compara la fe de María con la fe de Abraham. “En la economía salvífica de la revelación divina, la fe de Abraham constituye el comienzo de la Antigua Alianza; la fe de María en la Anunciación da comienzo a la Nueva Alianza. Como Abraham “esperando contra toda esperanza, creyó y fue hecho Padre de muchas naciones” (cfr. Rm. 4, 18), así María, en el instante de la Anunciación, después de haber manifestado su condición de Virgen (“¿cómo será esto, puesto que no conozco varón?”), creyó que por el poder del Altísimo, por obra del Espíritu Santo, se convertiría en la Madre del Hijo de Dios según la revelación del Ángel: “el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios (Lc. 1, 35)””. (RM, 14).

Es el mismo acto de fe y de esperanza que Dios exige de Abraham cuando le pide que deje el suelo de sus padres y marche hacia la tierra prometida. “Vete de tu país, de tu patria, y de la casa de tu padre al país que yo te mostraré”. (Gen. 12, 1).⁹⁴

⁹⁴ “Abraham, bajo la orden de Dios, sale de su tierra y de los suyos. No se trata de un simple cambio de lugar lo que me parece significarse en esta expresión, sino que hay que entenderla espiritualmente. Quiere decir que al salir de sí y de su propia tierra, es decir, de su mentalidad baja y terrena, al elevar su espíritu tanto como le era posible, por encima de los

El Acto de fe de María nos recuerda la fe de Abraham (cfr. CEC 54), que al comienzo de la Antigua Alianza creyó en Dios, y se convirtió así en padre de una descendencia numerosa (cfr. Gn 15, 6; *Redemptoris Mater*, 14). Al comienzo de la nueva alianza también María, con su fe, ejerce un influjo decisivo en la realización del misterio de la Encarnación, inicio y síntesis de toda la misión redentora de Jesús.

La estrecha relación entre fe y salvación, que Jesús puso de relieve durante su vida pública (cfr. Mc 5, 34; 10, 52; etc.), nos ayuda a comprender también el papel fundamental que la fe de María ha desempeñado y sigue desempeñando en la salvación del género humano (AG, 3–IV–1996).

También María cuando entregó su virginidad totalmente a Dios, en su cuerpo y alma, debió de salir de todo aquello que le era connatural, “*egredere de cognatione tua*”; olvidar la casa de su padre, “*obliviscere domum patris tuae*”, para orientarse hacia una tierra prometida, aún invisible.

Ella es la que recibe la palabra de Dios como la luz, con lo que es fuente y principio de toda luz, de todo conocimiento. Su inteligencia acoge esta luz sin querer disimularla o restringirla en modo alguno. He aquí bien patente la actitud filial del niño que recibe un tesoro.

Para comprometerse con mayor lucidez en el plan de Dios, para poner su inteligencia a la par que el consentimiento profundo de su voluntad, formula una pregunta: *¿De qué modo se hará, pues no conozco varón?* (Lc 1, 34).

La pregunta de María al Ángel, observa San Agustín, no es en absoluto un deseo de justificación para estar segura de la palabra de Dios; no es un replegarse sobre ella misma para ganar tiempo; por el contrario, es el *quomodo* del niño que, al no comprender, demanda qué es lo que hay que hacer para entrar plenamente en los caminos del Señor. Es, pues, el fruto del amor obediente y temeroso – inspirado por el don de temor– que no quiere arriesgarse a errar y desfigurar la voluntad de Dios: “El Ángel sabe que es el deseo de instruirse y no la desconfianza lo que le inspira esta pregunta y como conoce las disposiciones de su corazón no rehúsa esclarecerlo: “Tu fe es intacta; tu virginidad también lo será. El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Esta sombra (*umbraculum*) es inaccesible a los ardores de la concupiscencia. Por que concibes por la fe; porque serás madre por la fe... es por lo que será grande y será llamado Hijo del Altísimo”. (Sermo 291, 3).

No se trata de una objeción, de una semiincredulidad como la de Zacarías (Lc. 1, 20); en ese caso no hubiera recibido una respuesta favorable del Ángel, ni la habría bendecido Isabel por haber “*creído que se cumplirán las cosas que se le han dicho de parte del Señor* (1, 45). María es todo impulso hacia Dios y no sabría negar nada, ni dudar de nada. Su pregunta significa: «Si tengo que ser madre, ¿cómo voy a conservar mi virginidad?» Porque esta virginidad no es un estado provisional, sino una voluntad definitiva en su alma. No ve la compatibilidad entre esta virginidad y la misión que le ha sido prometida; y quiera verla para colaborar plenamente con los planes de Dios.

Al mismo tiempo, el «varón» que evoca María en este instante no es simplemente el varón en general, sino José: ese hombre tiernamente amado que llena su corazón de mujer. ¿No va a contar para nada en este misterio el hombre que «ella no conoce», en el sentido bíblico y físico de la frase; el hombre al que, sin embargo, ha ligado su destino y en quien piensa continuamente? Detrás de las palabras de María se perfila su amor por José.

El Ángel contesta sólo a la pregunta directamente formulada: *El Espíritu Santo descenderá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso lo que nacerá será llamado santo, Hijo de Dios* (1, 35). La respuesta complementaria se la dará a José un poco más tarde.

También aquí las palabras tienen una profunda resonancia bíblica. *El Espíritu descenderá sobre ti*, como sobre los hombres escogidos por Dios, como sobre el Mesías, el Emmanuel anunciado; como

límites ordinarios de la naturaleza y dejar el parentesco, la relación del alma con los sentidos, de suerte que ninguna apariencia sensible pudiera turbarla y hacerle menos capaz de percibir las realidades invisibles.”

(S. Gregorio Niseno; PG, 15).

sobre la comunidad del final de los tiempos. *El poder del Altísimo te cubrirá con su sombra*, como la nube que precedía a los hebreos en el desierto y que envolvía la Tienda de la Reunión, una nueva Arca de la Alianza de la que nacerá el Mesías sin necesidad de la intervención de un hombre.

María bajo la dirección del Espíritu Santo, se adhiere inmediatamente, sin pedir signos, y el Ángel le ofrece uno por superabundancia. El motivo de su adhesión no es este signo, que es sólo un “ejemplo figurativo”, como dice Santo Tomás. El verdadero motivo de su adhesión aparece bien claro en su respuesta al Ángel: *Fiat mihi secundum verbum tuum*, “hágase en mí según tu palabra”. María crece en la plenitud y profundidad de esta palabra divina en la comprensión humana que tiene de aquella, por lo que *no responde*: “Acepto ser la madre de Dios” sino *fiat*: *anonadamiento y total disponibilidad*. (Cf. AG, 3–IV–1996).

Pero no debe creerse por ello que haya un desprecio o rechazo del signo: Dios lo ofrece como señal a nuestra razón de su presencia salvífica.⁹⁵ “Tratemos de entender –escribe San Josemaría–...esa delicada combinación de esclavitud y de señorío. En María no hay nada de aquella actitud de las vírgenes necias, que obedecen, pero alocadamente. Nuestra Señora oye con atención lo que Dios quiere, pondera lo que no entiende, pregunta lo que no sabe. Luego se entrega toda al cumplimiento de la voluntad divina: *“he aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra” (Lc 1,38)*. ¿Veis la maravilla? Santa María, maestra de toda nuestra conducta, nos enseña ahora que la obediencia a Dios no es servilismo, no sojuzga la conciencia: nos mueve íntimamente a que descubramos *la libertad de los hijos de Dios (Rm 8,21)” (Es Cristo que pasa, 173)*.

* * *

La encíclica “Redemptoris Mater” –y, de modo paralelo, la exhortación “Redemptoris Custos” (num, 4,5,6)– pone el acento en la fe salvífica –en sentido plenario de plena entrega confiada de ardiente amor maternal a Dios y a los hombres⁹⁶– como razón formal de su presencia en el misterio de Cristo redentor y de la Iglesia.

Tal es el tema fundamental de las dos primeras partes de la Encíclica mariana “Redemptoris Mater” –verdadera carta magna de la Mariología y culminación del Magisterio mariano pontificio– (que ilustra –por analogía– la soteriología josefina de la exhortación “Redemptoris Custos”). Expone en ella la relación causal –ejemplar y efectiva– de la fe de María, con la fe de los miembros de la Iglesia peregrina –por la que somos hijos de Dios– que es (según el Concilio de Trento) el “initium salutis”, y el fundamento permanente de la gracia salvífica que justifica liberando del pecado. Aquélla

⁹⁵ Los motivos de credibilidad, y entre ellos, los signos divinos, los milagros, las profecías, no deben ser rechazados ni menospreciados; pero Dios no quiere que estos signos, se conviertan en el “motivo formal” de nuestra adhesión de fe. Dios no puede desear que nuestra fe sea medida por el conocimiento racional y humano que tengamos de estos signos, puesto que entonces nuestra fe, apoyándose directa y esencialmente sobre el conocimiento humano y experimental de tales signos, sería una fe humana y constituiría la prolongación inmediata de nuestro juicio personal y como su conclusión o consecuencia normal. Este es el caso de la fe adquirida de los demonios. Ya no es una fe infusa y divina cuyo motivo propio no puede ser otro que la palabra misma de Dios: la fe divina debe ser medida directa y formalmente por la misma palabra divina en tanto que nos ha sido revelada. Así, la táctica del demonio respecto al creyente es siempre la de confundir los motivos de credibilidad y el motivo divino, sacando a la luz únicamente los motivos de credibilidad, con vista a degradar progresivamente la cualidad propia de la adhesión a la fe, hasta llegar a destruir su carácter divino y a no tener en cuenta más que el aspecto exterior y psicológico de quien se adhiere a la palabra al juzgar que ellos no puede ser de otra manera.

Nos encontramos así frente a la fe de los “niños”, la fe de aquellos que no razonan; sino que, por el instinto del Espíritu, el instinto del Amor, creen plenamente, integralmente, en el mensaje de Dios, y que se entregan totalmente al servicio de Dios que les habla: “Señor, vuestro servidor escucha, ¿qué queréis de mí?”. Es la fe que hace entrar en el reino de Dios. Así fue el fiat: el primer y purísimo acto de fe explícitamente cristiano. Cfr. M.D. PHILIPS, *Ibid*.

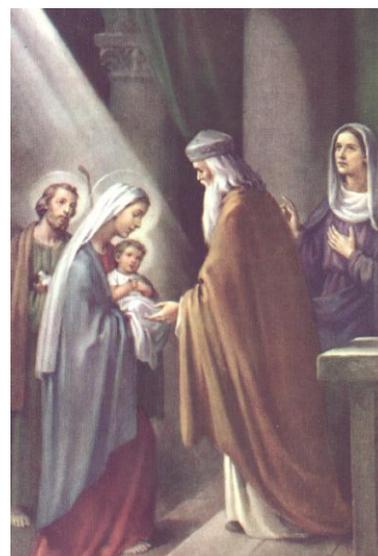
⁹⁶ I. de la POTTERIE, *María en el misterio de la alianza*, Madrid, BAC, 1993, 16., analiza el “fiat” bajo su aspecto filosófico y exegético, y a la luz de sus estudios, afirma que significa no una simple aceptación, y menos todavía un resignado acatamiento de la voluntad santa de Dios, sino más bien el gozoso deseo de colaborar con lo que Dios quiere de Ella, en la alegría del abandono total al querer de Dios.

precedió –nos dice– la peregrinación en la fe del nuevo Israel de Dios por el desierto de este mundo (LG 8). (Lo mismo se puede decir de las otras virtudes teologales, que se refuerzan mutuamente).

Entendida en toda su amplitud, el “fiat” de Nazareth –según la “Redemptoris Mater”– impone el principio de una participación de María en toda la vida del Verbo encarnado para nuestra salvación que culmina en el “fiat” de la Dolorosa al pie de la Cruz. Cristo es verdaderamente Hijo de María, le pertenece a Ella, tiene sobre Él los derechos de una verdadera madre. María a lo largo de su vida mantuvo el “sí” de la anunciación, en una *cooperación positiva e inmediata en la obra salvífica de su Hijo*, cuya razón formal es esa heroica y constante respuesta de fe (a), esperanza (b) y ardiente caridad (c) al plan salvífico de Dios.

a. *Dios pensó desde la eternidad en Cristo y María asociados en una misma suerte para salvar a la humanidad caída.* Satanás se sirvió de la infidelidad de una mujer para arrastrar a Adán y a sus hijos al abismo del pecado y de la perdición; Dios se servirá de la fe de una mujer para realizar las maravillas de la Encarnación y de la Redención del género humano por medio de Cristo, el Verbo encarnado en el seno de María. Así, Dios le da la vuelta a la trama de Satanás con sublime ironía. Esta *dimensión “espiritual” de la maternidad de María* fue perfectamente conocida y asumida por Ella desde la Anunciación.

“La anunciación representa el momento culminante de la fe de María a la espera de Cristo, pero es además el punto de partida de donde inicia todo su “camino hacia Dios”, todo su camino de fe. Y sobre esta vía de modo eminente y realmente heroico –es más, con un heroísmo de fe cada vez mayor– se efectuará la “obediencia” profesada por ella a la palabra de la divina revelación (...) Como el patriarca del Pueblo de Dios, “esperando contra esperanza creyó”. De modo especial a lo largo de algunas etapas de este camino la bendición concedida a “la que ha creído” se revelará con particular evidencia”. (RM, 14).



El día de la Presentación en el templo su fe se aclara cada vez más cerca del misterio de su función corredentora. “El anuncio de Simeón parece como un segundo anuncio a María, dado que le indica la concreta dimensión histórica en la cual el Hijo cumplirá su misión, es decir, en la incomprensión y en el dolor. Si por un lado, este anuncio confirma su fe en el cumplimiento de las promesas divinas de la salvación, por otro le revela también que deberá vivir en el sufrimiento su obediencia de fe al lado del Salvador que sufre, y que su maternidad será oscura y dolorosa. Su Hijo será “signo de contradicción y una espada atravesará su alma”.

Observa Roschini que su fe estuvo sometida a una triple prueba: a la prueba de lo invisible, a la prueba de lo incomprensible y a la prueba de las apariencias contrarias.

“Esta triple prueba la superó la Virgen de manera verdaderamente heroica. Vio en efecto, a su Hijo en la cueva de Belén, y lo creyó Creador del mundo. Lo vio huyendo de Herodes, y no dejó de creer que Jesús era el Rey de reyes. Lo vio nacer en el tiempo y lo creyó eterno. Lo vio pequeño, y lo creyó inmenso. Lo vio pobre, necesitado de alimento y de vestido, y lo creyó Señor del universo; lo vio débil y miserable, tendido sobre el heno, y lo creyó omnipotente. Observó su mudez, y creyó que era el Verbo del Padre, la misma sabiduría increada. Lo sintió llorar, y creyó que era la alegría del paraíso. Lo vio, finalmente, vilipendiado, y creyó siempre que era Dios; y aunque todos los demás vacilaban en la fe, Ella permaneció siempre firme, sin titubeos”. En la cruz es testigo, humanamente hablando, de un completo desmentido de estas palabras de la Anunciación: “será grande... y su reino no tendrá fin”. Su Hijo agoniza sobre aquel madero como un condenado. “Despreciable y deshecho de hombre, varón de dolores... despreciable y no le tuvimos en cuenta”: casi anonadado (cfr. Is 53, 55). ¡Cuán grande, cuán heroica en esos momentos la obediencia de la fe demostrada por María entre los “insondables designios de Dios”! (RM, 18).

Aquella prueba de la fe dice la Encíclica que en ocasiones le supuso a María una particular fatiga del corazón, unida a una especie de “noche de la fe” –usando una expresión de San Juan de la Cruz–, como un “velo” a través del cual hay que acercarse al Invisible y vivir en intimidad con el misterio (RM, 17).

María, que por la eterna voluntad del Altísimo se ha encontrado, puede decirse, en el centro mismo de “inescrutables caminos” y de los “insondables designios” de Dios (cf. Rom, 11, 33), se conforma a ellos en la penumbra de la fe, aceptando plenamente y con corazón abierto todo lo que está dispuesto en el designio divino. (RM, 14).

María vivió en la tierra en un claroscuro perpetuo, distinguiendo las tinieblas de lo bajo, que provienen del error y del mal, y la oscuridad de lo alto, oscuridad que supera la luz divina que nos es accesible en la tierra, y que deja presentir la profundidad de los misterios divinos que contemplan al descubierto los bienaventurados en el cielo⁹⁷.

Durante la pasión, cuando los Apóstoles, excepto San Juan, se alejan, Ella permanece al pie de la Cruz, firme, sin desmayarse; no deja de creer un solo instante que su Hijo es verdaderamente el Hijo de Dios, Dios mismo, que él es, como había dicho el precursor, el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo, que, aunque aparentemente vencido, es el vencedor del demonio y del pecado y que dentro de tres días, se manifestará su triunfo sobre la muerte en la “hora de la glorificación del Hijo del hombre en la Cruz gloriosa (Jn 12, 23 y 32) por su resurrección al tercer día tal y como lo ha anunciado. Este acto de fe de María en el Calvario, en la hora más oscura, fue *el mayor acto de fe que jamás haya existido*; el objeto era el más difícil: que Jesús alcanzaría la mayor victoria por medio de la más completa inmolación; *por medio de esta fe María está unida perfectamente a Cristo en su anonadamiento*: “Se humilló a sí mismo obediente hasta la muerte y muerte de cruz” (cfr. Phil 2, 5–8). “A los pies de la cruz, María participa por medio de la fe en el desconcertante misterio de anonadamiento. En esta tal vez la más profunda “kenosis” de la fe de la historia de la humanidad. Se han cumplido las palabras de Simeón a María: ¡ y t́ misma una espada atravesará el alma!” (RM, 18).

b. Quien cree con la firmeza en las promesas de un Dios infinitamente bueno, poderoso y fiel, espera también con *firme esperanza* el objeto de sus promesas, el cielo y los medios necesarios para alcanzarlo. En cuanto Madre de Dios, lo poseyó de una manera completamente singular sobre la tierra, como algo suyo. ¿Se podría imaginar que no había de poseer de esta manera singular, perennemente, también el cielo?.

Esperó, pues, el cielo con motivos del todo particulares y también recibir de Dios los medios precisos para llegar a él. No tenía ningún obstáculo que se opusiera a esta virtud; en Ella no hubo ni el más mínimo apego ya que estaba continuamente con el corazón en el cielo, total y perennemente abandonada en los brazos paternos de Dios. Esta precisamente fue su actitud ante la proposición del ángel el día de la Asunción, ante las angustias de su esposo San José, que no acertaba a explicarse el inefable misterio de su maternidad; ante la improvisada orden de huir a Egipto para salvar la vida del Niño Jesús de las amenazas de Herodes; en las bodas de Caná, cuando pidió a Jesús el milagro de la conversión del agua en vino. Siempre y en todo el abandono confiado en Dios, la seguridad en su ayuda en el momento oportuno. Lo mismo que Abraham, esperó siempre, esperó contra toda esperanza (Rom 4, 18), especialmente allá en la cumbre del Calvario. Y jamás quedó confundida. “Aunque Dios me quite la vida, en Él esperaré” (Job 13, 15).

Su esperanza, sin embargo, su abandono en Dios, no fue una esperanza ni un abandono inoperante. Todo lo contrario. Cuando perdió a Jesús, de doce años, en el templo, esperó firmemente que Dios haría que lo encontrase; pero no omitió, de su parte, el buscarlo asidua y diligentemente hasta que lo encontró.

⁹⁷. R. GARRIGOU-LAGRANGE, *La Madre del Salvador*, p. 153.

Pero es sobre todo al pie de la Cruz cuando se manifiesta el valor corredentivo de su esperanza teológica como ejemplar y causa de nuestra esperanza.

En este supremo «sí» de María resplandece la esperanza confiada en el misterioso futuro, iniciado con la muerte de su Hijo crucificado. Las palabras con que Jesús, a lo largo del camino hacia Jerusalén, enseñaba a sus discípulos «que el Hijo del hombre debía sufrir mucho y ser reprobado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, ser matado y resucitar a los tres días» (Mc 8, 31), resuenan en su corazón en la hora dramática del Calvario, suscitando la espera y el anhelo de la Resurrección.

La esperanza de María al pie de la Cruz encierra una luz más fuerte que la oscuridad que reina en muchos corazones; ante el sacrificio redentor, nace en María la esperanza de la Iglesia y de la humanidad (AG, 2-IV-1997).

c. Su amor a Dios por Él mismo y a las almas por Dios, superaba desde el principio la caridad final de todos los santos reunidos, puesto que se daba en el mismo grado en que poseía la plenitud de gracia, estando siempre María íntimamente unida al Padre como su hija predilecta, al Hijo como su Madre Virgen estrechamente unida a su misión, y unida al Espíritu Santo por una unión espiritual que superaba con mucho al que han conocido los más grandes Santos. María era, en un grado que nos es imposible entrever, el templo viviente de la Santísima Trinidad. Dios la amaba ya más que a todas las restantes criaturas juntas y Ella respondía perfectamente a este amor, habiéndose consagrado plenamente a Él desde el primer instante de su concepción, viviendo en la más completa conformidad de voluntad con su beneplácito de manera continua, más especialmente cuando consagró totalmente a Dios su virginidad.

Esta caridad creciente con divina progresión fue verdadero amor maternal desde su libre aceptación a ser Madre de Dios Redentor hasta el Calvario cooperando en toda la misión del Salvador con sus oraciones y sufrimientos; colmándose “cada vez más de “ardiente caridad” maternal hacia todos aquellos a los que estaba dirigida la misión de Cristo” (RM, 39c), pero fue al pie de la cruz cuando “emerge de esa definitiva maduración del misterio Pascual” (RM, 23b), alcanzando la mediación materna de la esclava del Señor “una dimensión universal” (RM, 40ª) al ofrecer a su Hijo en sacrificio y participar de todos sus sufrimientos por la gloria de Dios, con espíritu de reparación y por la salvación de todos. Incluso en el momento en que oyó los gritos: “Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos” Ella se unía a la oración del Salvador por sus verdugos: “Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen” (Lc 23, 34).⁹⁸

Ninguna pasión desordenada, ninguna vana inquietud, ninguna distracción, venían a atenuar el ímpetu de su amor por Dios; y su celo por la restauración de la vida sobrenatural de las almas (LG, 61) era proporcional a ese impulso, y se ofrecía incesantemente y ofrecía a su Hijo por nuestra salvación. “Nuestra Madre –desde la embajada del Ángel hasta la agonía al pie de la Cruz– no tuvo más corazón ni más vida que la de Jesús”.⁹⁹

«María sufrió intensamente con su Hijo y se unió a su sacrificio con corazón de Madre que, llena de amor, daba su consentimiento a la inmolación de su Hijo como víctima».

A los crueles insultos lanzados contra el Mesías crucificado, Ella, que compartía sus íntimas disposiciones, responde con la indulgencia y el perdón, asociándose a su súplica al Padre: “Perdónalos, porque no saben lo que hacen”. (Lc 23, 34). Participe del sentimiento de abandono a la voluntad del Padre, que Jesús expresa en sus últimas palabras en la Cruz: “Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu” (Lc, 23, 46), Ella da así, como observa el Concilio, un consentimiento de amor «a la inmolación de su Hijo como víctima (LG, 59)» (AG 2-IV-1997).

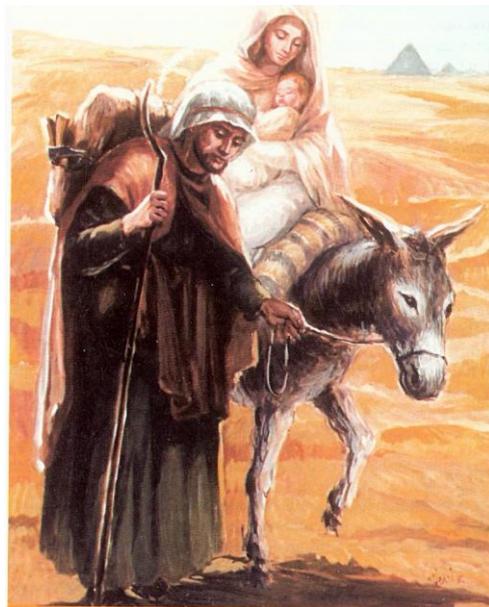
⁹⁸ Cf. R. GARRIGOU LAGRANGE, o.c., p. 163. “Es, en verdad, “*Mater pulchrae dilectionis*”.

⁹⁹ S. JOSEMARÍA E., *Vía Crucis*, p. 114.

3.2.2 “La fe, la caridad y la esperanza, ejes de la vida de San José” (“Es Cristo que pasa”, n. 42)

La vida teologal de San José puede ilustrarse por analogía con la de María, como Madre espiritual que es de su esposo. Por esta razón he creído conveniente, por no decir necesario, dedicar la atención debida al estudio y la contemplación de la vida teologal de la Inmaculada Corredentora, que es el alma de su participación única y singular en la obra salvadora de su Hijo, desde Nazaret hasta el Calvario. (Recordemos que la inicial –y progrediente– plenitud de gracia de San José, que calificábamos de paternal y mesiánica –condición de posibilidad de su función corredentora indisociable de la de su Esposa–, deriva de la gracia capital del Redentor, el nuevo Adán, a través de la mediación materna de la Corredentora, la nueva Eva. José es –no lo olvidemos– hijo espiritual de su Esposa).

Ya nos referimos antes a su respuesta de fe al anuncio de Ángel. Sus angustiosas dudas al advertir el estado de su Esposa recuerdan la noche oscura de los sentidos descrita magistralmente por San Juan de la Cruz.¹⁰⁰



El anuncio del Ángel empieza con la solemne invocación: “José, hijo de David”, como manifestándole la razón misma de su presencia junto a María y al Niño: como consta en las genealogías de Mateo y Lucas, Jesús se vincula a la estirpe de David por José; y por éste se convierte en el heredero directo de las promesas mesiánicas.

No temas: reaparece la alegría. Así tranquilizó Gabriel a Zacarías (Lc 1, 13) y a María (1, 30); con una sola fase elimina el peso que abrumaba a José.

Recibe a María, tu esposa: la respuesta es exactamente la que conviene a la pregunta obsesionante que se hacía: ¿qué va a ser de nuestro matrimonio? Sí; ese matrimonio forma parte del plan de Dios y va a ser, al mismo tiempo, un auténtico matrimonio humano, una intimidad cotidiana.

Pues lo concebido en ella es obra del Espíritu Santo. José ya lo sabía, pero esta gran luz lo ilumina todo, revelando al mismo tiempo la auténtica maternidad divina de María y la auténtica paternidad virginal de José.

Dará a luz un hijo. Y le pondrás por nombre Jesús. La primera anunciación a María había confirmado la maternidad virginal de María y revelado que su virginidad era la condición imprescindible para su maternidad. La segunda anunciación a José no sólo preserva el matrimonio virginal, sino que les revela la fecundidad de la fe y el amor virginal de los dos esposos, que florecía en el Emmanuel anunciado por Isaías, el tallo de la raíz de Jesé, que había sido confiado al amor de los dos esposos: a los cuidados paterno y materno del matrimonio formado por María y José.¹⁰¹

«El nombre de José –escribe San Josemaría en su conocida homilía sobre el Santo Patriarca– significa, en hebreo, *Dios añadirá*. Dios añade, a la vida santa de los que cumplen su voluntad, dimensiones insospechadas: lo importante, lo que da valor a todo, lo divino. Dios, a la vida humilde y santa de José, añadió –si se me permite hablar así– la vida de la Virgen María y la de Jesús, Señor Nuestro. Dios no se deja ganar nunca en generosidad».

¹⁰⁰ Cfr. El interesante estudio de Román LLAMAS, *José sólo ante el misterio*, en el vol. I de la Actas del IX Simposio internacional de San José, Kevelaer (25-IX-2005), 161 a 181. El A. traduce acertadamente el verbo griego “enzimenzentos”: “habiendo pensado estas cosas”, no “decidió” (dejarla en secreto).

¹⁰¹ Cfr. H. CAFFAREL, *No temas recibir a María tu esposa*, Madrid 1993, 53, 54 ss.

La dimensión divina, que iba a emparar todas sus relaciones de Esposo y Padre, por fuerza tuvo que comportar un ejercicio excepcional de las tres grandes virtudes que hacen teológica la vida humana.

Son modelo de comentario las páginas que San Josemaría Escrivá dedica a pormenorizar estas virtudes en la homilía *En el taller de José*, que estamos siguiendo.

“La historia del Santo Patriarca fue una vida sencilla, pero no una vida fácil. Después de momentos angustiosos, sabe que el Hijo de María ha sido concebido por obra del Espíritu Santo. Y ese Niño, Hijo de Dios, descendiente de David según la carne, nace en una cueva. Ángeles celebran su nacimiento y personalidades de tierras lejanas vienen a adorarlo, pero el Rey de Judea desea su muerte y se hace necesario huir. El hijo de Dios es, en la apariencia, un niño indefenso, que vivirá en Egipto” (*“Es Cristo que pasa”*, 41)

“Al narrar estas escenas en su Evangelio, San Mateo pone constantemente de relieve la fidelidad de José, que cumple los mandatos de Dios sin vacilaciones, aunque a veces el sentido de esos mandatos le pudiera parecer oscuro o se le ocultara su conexión con el resto de los planes divinos.

En muchas ocasiones los Padres de la Iglesia y los autores espirituales hacen resaltar esta firmeza de la fe de San José. Refiriéndose a las palabras del Ángel que le ordena huir de Herodes y refugiarse en Egipto¹⁰², el Crisóstomo comenta: Al oír esto, José no se escandalizó ni dijo: eso parece un enigma. Tú mismo hacías saber no ha mucho que El salvaría a su pueblo, y ahora no es capaz ni de salvarse a sí mismo, sino que tenemos necesidad de huir, de emprender un viaje y sufrir un largo desplazamiento: eso es contrario a tu promesa. José no discurre de este modo, porque es un varón fiel. Tampoco pregunta por el tiempo de la vuelta, a pesar de que el Ángel lo había dejado indeterminado, puesto que le había dicho: estate allí –en Egipto– hasta que yo te diga. Sin embargo, no por eso se crea dificultades, sino que obedece y cree y soporta todas las pruebas alegremente.

La fe de José no vacila, su obediencia es siempre estricta y rápida. Para comprender mejor esta lección que nos da aquí el Santo Patriarca, es bueno que consideremos que su fe es activa, y que su docilidad no presenta la actitud de la obediencia de quien se deja arrastrar por los acontecimientos. Porque la fe cristiana es lo más opuesto al conformismo, o a la falta de actividad y de energía interiores.) sé se abandonó sin reservas en las manos de Dios, pero nunca rehusó reflexionar sobre los acontecimientos, y así pudo alcanzar del Señor ese grado de inteligencia de las obras de Dios, que es la verdadera sabiduría. De este modo, aprendió poco a poco que los designios sobrenaturales tienen una coherencia divina, que está a veces en contradicción con los planes humanos.

En las diversas circunstancias de su vida, el Patriarca no renuncia a pensar, ni hace dejación de su responsabilidad. Al contrario: coloca al servicio de la fe toda su experiencia humana. Cuando vuelve de Egipto oyendo que Arquelao reinaba en Judea en lugar de su padre Herodes, temió ir allá¹⁰³. Ha aprendido a moverse dentro del plan divino y, como confirmación de que efectivamente Dios quiere eso que él entrevé, recibe la indicación de retirarse a Galilea”. (San Josemaría E., *“Es Cristo que pasa”*, 42”).

Como resumiendo las escenas que el Evangelio aporta, y que muestran cómo San José ejerció esas virtudes hasta poder llegar a ser tenido por el santo más grande, naturalmente, después de María Santísima, escribe: “Así fue la fe de San José: plena, confiada, íntegra, manifestada en una entrega eficaz y obediencia inteligente. Y, con la fe, la caridad, el amor. Su fe se funde con el Amor: con el amor de Dios que estaba cumpliendo las promesas hechas a Abraham, a Jacob, a Moisés; con el cariño de esposo hacia María, y con el cariño de padre hacia Jesús. Fe y amor en la esperanza de la gran misión que Dios, sirviéndose también de él –un carpintero de Galilea–, estaba iniciando en el la redención de los hombres.

¹⁰² Cfr. Mt II, 13.

¹⁰³ Mt II, 22.

Fe, amor, esperanza: estos son los ejes de la vida de San José y los de toda vida cristiana. La entrega de San José aparece tejida de ese entrecruzarse de amor fiel, de fe amorosa, de esperanza confiada”.(Ibid.).

3.3 La fe –con la esperanza y ardiente caridad– de María y José –“alma” de su singular participación en la obra redentora de Cristo–, como causa “salutis” ejemplar, meritoria y eficiente, subordinadamente al amor obediente del Redentor, de la vida de fe de los miembros de la Iglesia peregrina.



Huida a Egipto
Villelgrand Tepozlán (Mexico) S. XVII

«La Iglesia desde el primer momento miró a María a través de Jesús como miró a Jesús a través de María, como la que *ha sido la primera en creer*, como testigo singular de la infancia y vida oculta de Jesús cuando “conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón”. Para la Iglesia de entonces y de siempre María ha sido y es sobre *todo la que ha sido primera en creer*» (RM, 26).

¿Qué se entiende aquí por “primera”?

En primer lugar se hace referencia a una *prioridad temporal* de precedencia en su camino de peregrinación en la fe, que se inicia en el fiat, que es el primer acto explícito de fe cristiana, seguido muy pronto por el de su Esposo virginal ,que le constituye Padre del Hijo de su Esposa no según la carne, sino según el espíritu.

Pero debe entenderse, sobre todo, en el sentido de una verdadera *prioridad causal*. En primer lugar *de ejemplaridad*, como espejo y paradigma que la Iglesia debe siempre contemplar e imitar (RM, 26). “Mientras la Iglesia en la persona de la Bienaventurada Virgen, ha llegado ya a la perfección de no tener ya mancha ni arruga, los cristianos todavía han de esforzarse por vencer el pecado y crecer en santidad; y por ello levantan sus ojos hacia María que va brillando ante ellos como ejemplar de virtudes. La iglesia meditando piadosamente en Ella y contemplándola a la luz del Verbo hecho hombre, en actitud de veneración... cuando se predica de Ella y se la venera, con ello se impulsa a los fieles a incorporarse al Sacrificio de su Hijo y al amor del Padre. Y la Iglesia en busca de la gloria de Cristo se asemeja cada día más a su excelso Modelo, progresando de continuo en la fe,

la esperanza y la caridad, al mismo tiempo que busca y sigue en todo la voluntad divina” (LG, 65 cit. en RM 44).

Lo mismo cabe decir de José como modelo vivo del cristiano. Así lo hace San Josemaría. “Como el Santo Patriarca, debe imitarle en la fidelidad a su vocación, sin condicionar su entrega”. La fe y la vocación de cristianos afectan a toda nuestra existencia, y no sólo a una parte. Las relaciones con Dios son necesariamente relaciones de entrega y asumen un sentido de totalidad. La actitud del hombre de fe es mirar la vida, con todas sus dimensiones, desde una perspectiva nueva: la que nos da Dios”. (Ibíd.).

Pero se refiere también a un influjo de la fe de ambos esposos de Nazaret, de *causalidad moral satisfactoria y meritoria* y –en ella fundada– sino también de *causalidad eficiente* instrumental respecto a la fe de los miembros de la Iglesia, verdadero inicio y fundamento, según el C. de Trento, de la gracia de filiación al Padre que nos justifica en la Caridad, que hace a la fe viva operativa, más allá de la concepción luterana –al menos la tónica– de la “sola fides” fiducial luterana. Eficiencia, no solo moral, de intercesión; sino también a título de instrumento físico “indisociable”, participe de su mediación capital, como mediadores, maternal y paternal. En la escuela franciscana, ejemplar personal –no meramente moral– de la donación del Espíritu a la Iglesia en la Hora de la glorificación del Hijo e hombre en la Cruz gloriosa, sacramentalmente presente en la Eucaristía de la que vive la Iglesia.

Por eso, Juan Pablo II ve en la fe de María –y por el principio de analogía por participación indisociable, cabe afirmarlo también de José– más allá de la estrecha perspectiva de Lutero, que ve en ella el modelo supremo de la fe que justifica al pecador que confía en Cristo Salvador, encubriendo su corrupción, el ejemplar y la causa activa subordinada a la infusión del Paráclito en sinergia con su Esposo, el Espíritu Santificador, de la fe de los cristianos, que les transforma, unida a la caridad, en hijos de Dios en Cristo. “Nadie tiene a Dios por Padre, sino tiene a María por Madre”.

El fundamento de la maternidad divina de María y de su maternidad espiritual respecto a los hombres –y subordinadamente de la paternidad del Santo Patriarca, “nuestro Padre y Señor”–, no es otro, en efecto, que su obediencia de la fe que, con la esperanza y ardiente caridad, es la razón formal de su asociación única y enteramente singular de María con José a la obra redentora, como mediadores –maternal y paternal– indisolublemente unidos a la mediación capital de Cristo por su participación en la constitución de su ser teándrico y en su obrar salvífico –“Unus Mediator”– en la restauración de la vida sobrenatural perdida en el pecado de los orígenes.

3.4 Singular valor del mérito y satisfacción corredentivos de San José.

Según el principio paulino (cf 1 Cor 12, 4 ss) de que a cada función específica dentro del cuerpo místico de Cristo corresponde una gracia también específica, la gracia maternal de María y paternal de José, que les fue otorgada para participar en la redención objetiva como corredentores –a semejanza de Cristo– y por tanto no sólo para su santificación propia, sino también para la santificación de todos los demás.

De esta ordenación divina de la gracia de María a merecer la gracia y satisfacer por el pecado de los demás algunos AA. deducen con toda razón –como el P. Cuervo y ya antes S. Buenaventura– que sus actos corredentivos tienen un valor de verdadera condignidad, tanto en el mérito de la gracia como en la satisfacción por el pecado, inferior al de Jesucristo, que es de justicia estricta, pero superior al nuestro que, tratándose de los demás, sólo podemos merecer para ellos la gracia con un mérito de mera conveniencia fundada en la amistad con el único Mediador, llamada de congruo. La Virgen

pertenece en efecto, a un orden muy superior al nuestro, hipostático relativo, e inferior al de Jesucristo, que es el hipostático sustancial.¹⁰⁴

No parece suficiente la opinión tradicional, de que se hace eco S. Pío X (Ad diem Illud, Marín. n. 487) por la cual María mereció de congruo lo que su Hijo mereció de condigno. Si así fuera la Corredención sería –observa Galot– un duplicado en copia–carbón numéricamente distintas y yuxtapuestas, pero no una participación de la plenitud fontal del único Mediador constituido como tal por la unión hipostática –con la esencial cooperación de la fe de María y de José, libremente queridas por Dios por hondas razones de conveniencia –tales como hacer partícipes a las criaturas de los planes de la Providencia enalteciéndoles como causas segundas–; pero sin olvidar que la Mediación capital de Cristo, es plenamente suficiente en sí misma y esencialmente única, a la cual ninguna otra puede añadirle nada; no es la más perfecta como la más grande en una serie de instancias numéricas. El es la fuente de toda mediación y de toda gracia salvífica, que admite diversos grados de participación, el mayor de los cuales es la redención preventiva de la Inmaculada, ordenada a su cooperación activa en la divina maternidad y en la obra de la redención, en todo el proceso, desde la concepción del Salvador a su exaltación sobre la Cruz y la glorificación de su Cuerpo, que es la Iglesia.¹⁰⁵

Respecto a los ángeles, la Corredención de la Inmaculada, no siendo liberativa, sino preservativa, no hace referencia –como es obvio– a su dimensión expiatoria de liberación del pecado, sino sólo a su valor meritorio de verdadera condignidad, que alcanza su vértice en el amor supremo –decretada “ab aeterno” por Dios, como el modo más perfecto de corredención– de su compasión en el Calvario cuando “una espada traspasó su alma” (Lc 2, 35). De la ardiente caridad de los dos corazones unidos del Redentor y de la Corredentora, brota el agua viva del Espíritu que vivifica “la Iglesia” como instrumento y arca de salvación universal.

La dignidad a que fue elevado San José por su pertenencia directa e inmediata al orden hipostático, fundamento de las gracias singularísimas del orden de la justificación santificadora de las almas, que brota de aquél –que podemos englobar en la expresión “gracia paternal”–, sobre todo su caridad y su celo por la salvación de los hombres, hace que su mérito sea incomparablemente superior al de los demás santos de la antigua y nueva Alianza.

Los santos del Antiguo Testamento merecieron con su oración la venida del Mesías, cooperando de esta forma preparatoria a la obra de la redención. Todo esto lo mereció también San José en tanto que hijo de David, padre mesiánico del Salvador prometido, en cuya casa comienzan los misterios de la nueva alianza, en grado muy superior.¹⁰⁶ Aunque San José es el último de los padres descendientes de David, en cuya Casa y en su Familia se inaugura la Nueva Alianza, de mayor rango de santidad que el último de los profetas, Juan Bautista. Por eso no sólo pertenece a la Nueva Alianza, sino que es un elemento esencial de su piedra angular, la trinidad de la tierra, imagen perfecta y camino de regreso a la Trinidad el Cielo.

¹⁰⁴ Cf. CUERVO, *Maternidad divina y corredención mariana*, Pamplona 1967; S. LLAMERA, “El mérito corredentivo de María, *Est. Mar.*, 1951, p. 83s. En el libro que aquí resumo reivindico la soterología tomista, que entiende la satisfacción anselmiana –en términos paulinos– como expiación vicaria de Cristo nuevo Adán solidario de la humanidad, obra de justicia y misericordia, en polémica con la nueva teología –tan falsa como superficial– del misterio pascual, carente de fundamento bíblico.

¹⁰⁵ Cf. FEHLNER, *Il cammino della verità di Maria Corredentice*, AA. VV., Maria Corredentice. Storia e Teologia, (Vol. V, pp 33–119) 54 ss. Según la Escuela Franciscana, María Santísima sería también corredentora de los ángeles por una especie de “corredención preventiva” (como Cristo es su Redentor por sí). El mérito corredentor de María alcanzaría pues, todas las gracias de todas las criaturas, salvo la plenitud de santidad inmaculada que recibió por su más perfecta redención –preservativa– fundada en su predestinación a ser asociada, como Madre del Redentor a la salvación del universo.

¹⁰⁶ <<Los méritos de los Padres fueron causados en el orden de la intención por los de Jesucristo, y, al mismo tiempo, son disposición y causa de aquéllos en el orden de la ejecución>>. S. Th., III, 8,1.

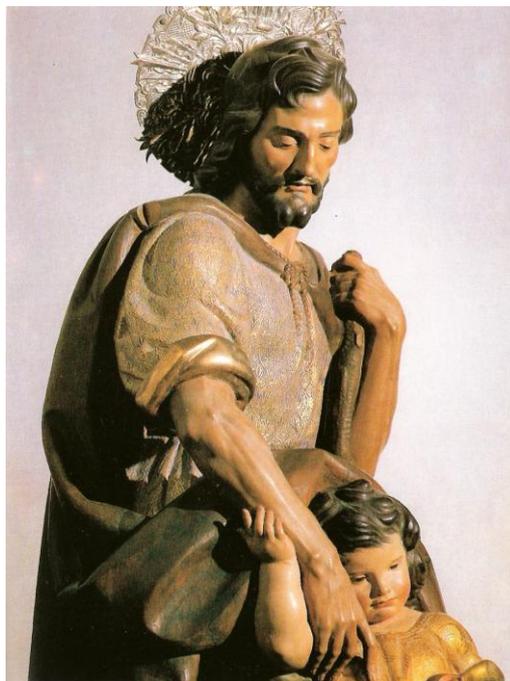
El mérito corredentor de San José, muy superior y trascendente a cualquier otro santo –por su pertenencia, como uno de los Tres, al orden hipostático de la Encarnación redentora–, no es limitado y particular. Su puesto en la economía de la redención, por su íntima unión a Jesús y a María, le ponen también en un plano universal, abarcando su colaboración a todas las gracias y a todos hombres, como la misma Iglesia ha reconocido al nombrarlo su Patrono universal. Además no se reduce su cooperación meritoria a la redención subjetiva, es decir, a la aplicación de las gracias merecidas por Cristo y subordinadamente por María, sino que se extiende también a la redención objetiva, ya que su vida y sus sufrimientos físicos y morales –que evoca la tradicional devoción de sus dolores y gozos, unidos a los de Cristo y a los de su esposa, forman parte del tesoro de gracias redentoras de todo el género humano–. El agua viva del Espíritu Santo brota de los Tres Corazones unidos en la “hora de la glorificación del Hijo del hombre”, el Hijo virginal de José y de la Inmaculada Corredentora, en la que todo lo atrae a Sí desde el trono triunfal de la Cruz.

Algunos piensan, creo que con razón, que en virtud del principio de indivisibilidad de los Tres, el mérito, la satisfacción corredentores de San José participan de la condignidad de los de María, también en cuanto que su gracia paternal, fundamento de su singular valor meritorio y satisfactorio, deriva de los méritos de la Corredentora, Madre espiritual de su Esposo.

No se aparta de la verdad la piedad de las almas sencillas que encomiendan a determinados santos una necesidad específica. La intercesión de los santos «depende muy particularmente de los méritos accidentales que adquirieron en sus diversos estados y ocupaciones de la vida –enseña Santo Tomás» (S. Th. Supl, 72, 2, 2)–. El que mereció extraordinariamente padeciendo una enfermedad o desempeñando un oficio particular, debe tener especial virtud para ayudar a aquellos que padecen y le invocan en la misma enfermedad o se ejercitan en el mismo oficio y cumplen los mismos deberes.¹⁰⁷

¹⁰⁷ B. LLAMERA, *Teología de San José*, 311.

CAPITULO V



3. (II parte) COOPERACIÓN DE SAN JOSÉ A LA REDENCIÓN OBJETIVA, DESDE LOS PRIMEROS MISTERIOS DE LA SALVACIÓN HASTA EL SACRIFICIO DEL CALVARIO. (3.5 A 3.7).

La Humanidad de Cristo asumida por el Verbo en la Encarnación redentora es instrumento eficaz de la divinidad en orden a la santificación de los hombres: «En virtud de su Divinidad, las acciones humanas de Cristo fueron salvíficas para nosotros, produciendo en nosotros la gracia tanto por razón del mérito, como por una cierta eficacia».¹⁰⁸

Ahora bien, “entre estas acciones los evangelistas resaltan las relativas al misterio pascual”, que recapitula todos los misterios “gozosos” de su vida oculta en Nazaret, “luminosos” de su vida pública y “dolorosos” de su existencia en la tierra hasta el holocausto del Calvario, pero “tampoco olvidan subrayar la importancia del contacto físico con Jesús en orden a la curación (cfr. por ejemplo, Mc 1, 41) y el influjo ejercido por Él sobre Juan Bautista, cuando ambos estaban aún en el seno materno (cfr. Lc 1, 41–44). El testimonio apostólico no ha olvidado la narración del nacimiento de Jesús, la circuncisión, la presentación en el templo, la huida a Egipto y la vida oculta en Nazareth, por el «misterio de gracia contenido en tales «gestos», todos ellos salvíficos, al ser partícipes de la misma fuente de amor: la divinidad de Cristo. Si este amor se irradia a todos los hombres a través de la humanidad de Cristo, los beneficiados en primer lugar eran ciertamente: María, su madre, y José, su padre...” (RC 27). Pero teniendo en cuenta su esencial referencia al misterio Pascual, la “hora del paso de este mundo al Padre” (Jn 13, 1), en la que todo lo atrae a sí desde la Cruz gloriosa (cfr. Jn 12, 31), la hora en la que se consuma y cumple la obra de la Redención.

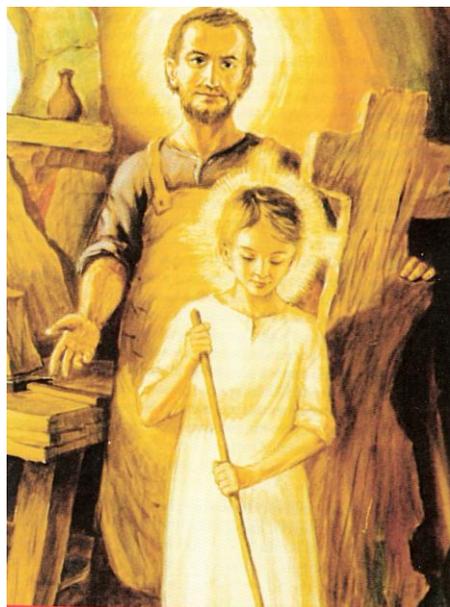
Por eso Juan Pablo II dice en la exhortación *Redemptoris Custos*, que “*si bien el camino de la peregrinación en la fe (de san José) concluyó antes*” de la Cruz del Gólgota y los acontecimientos pascuales, pues le fueron confiados a su fiel custodia los misterios salvíficos de la vida oculta de Jesús

¹⁰⁸ S. Th., III, q. 8 a. I, ad I.

“sigue (después de su muerte) en la misma dirección”; es decir, proyectándose intencionalmente más allá de los primeros misterios de salvación, hasta el Calvario, como depositario singular del misterio de salvación (en su integridad) escondido desde los siglos en Dios (Ef. 39), cuyo vértice es, al llegar la plenitud de los tiempos, la encarnación redentora consumada en el misterio pascual (Cfr. RC 6).

3. 5 Participación de San José en los misterios salvíficos de la vida oculta de Nazaret. Su valor corredentor.

La Pascua del Señor es el misterio recapitulador de todos los “acta et passa Christi” (CEC. 115). Todos los instantes de su existencia histórica eran revelación del Padre y modelo ejemplar para imitar y causa eficiente moral de salvación, en virtud de su valor infinitamente satisfactorio y meritorio. Pero aunque infinitamente salvíficos en sí mismos, por disposición divina, no eran redentivos –como antes decíamos– sino en cuanto intencionalmente referidos al Sacrificio del Calvario, que en la medida decretada por Dios para el rescate de las almas al precio de su Sangre, que mereció la resurrección de entre los muertos, su ascensión a la derecha del Padre; y, para nosotros, el envío del Espíritu –fruto de la Cruz–, que nos reconcilia con Dios y nos hace partícipes de la novedad de vida de Cristo glorioso.



Todo lo que Jesús hizo, dijo y sufrió tuvo como finalidad restablecer al hombre caído en su vocación primera. Cuando se encarnó en el seno de María y se hizo hombre, creciendo en la casa de José, y en toda su existencia histórica hasta su vuelta al Padre, recapituló en sí mismo la larga historia humana y todas las edades del hombre procurándonos en la propia historia la salvación de todos. Así, lo que perdimos en Adán, lo recuperamos en Cristo Jesús (S. Ireneo, haer 3, 18) devolviendo a todos los hombres la comunión con Dios; es decir, la gracia de la Filiación divina –la semejanza sobrenatural con Dios– y la restauración de su imagen en su naturaleza caída deteriorada (“in deterius immutata”) por el pecado de los orígenes. Todo lo que vivió y sufrió por nosotros, de una vez por todas, permanece presente para siempre “ante el acatamiento de Dios en nuestro favor”.¹⁰⁹

La realización histórica del designio salvífico de Dios, se cumple haciéndonos participar de los misterios de la vida de Cristo, no sólo porque son *modelo y ejemplo* para la nuestra, sino también *causa activa* meritoria y eficiente de la gracia significada por ellos –en tanto que recapitulados en el misterio Pascual– por el ministerio de la Palabra y los Sacramentos, cuya eficacia salvífica deriva de la presencialización eucarística del Sacrificio Pascual, de la cual vive la Iglesia (más adelante volveremos sobre ello). De este modo todo lo que Cristo vivió hace que podamos vivirlo en Él y que Él lo viva en nosotros. Cfr. S. Juan Eudes, regn. (CEC 521).

Toda la vida de Cristo es revelación del Padre, redención y recapitulación que reconcilia con Dios a la humanidad dispersa por el pecado: Toda ella es, pues –en todos y en cada uno de sus misterios– “causa salutis aeternae” (Heb 5, 9. Cfr. CEC 516–518). Pero sin olvidar que la Pascua del Señor es el misterio recapitulador de todos los “acta et passa Christi”. Cuando llegó su hora (Cfr. Jn 13, 1; 17,1) vivió el único acontecimiento de la historia que no pasa... El acontecimiento de la Cruz y

¹⁰⁹ Hb 9, 24. Cfr. CEC 519-521..

de la Resurrección permanece y atrae todo hacia la vida (Cfr. CEC 1085). Es el centro del misterio del tiempo y recapitulación de la historia salvífica hasta al Parusía.¹¹⁰

“Quod conspicuum erat in Christus transivit in Ecclesiae Sacramenta” (“Lo que era visible en Cristo, pasó a los sacramentos de la Iglesia”. San León Magno, Sermón 74, 2. Cfr. CEC 1115). *Los misterios de su vida no tienen sólo una razón paradigmática o ejemplar, sino de eficiencia de la gracia por ellos significada, que nos conforma a Cristo en uno u otro aspecto de su vida, cuya ejemplaridad activamente presente el Espíritu Santo, nos asimila a Cristo identificándonos con Él; haciéndonos ser –en una u otra dimensión– “el mismo Cristo”, “ipse Christus” (por participación).*

Así, el Verbo asume en la Encarnación redentora todas las dimensiones esenciales del hombre para redimirlas, en especial la familiar y su vocación de dominio cuasi creador del Universo (trabajo en el sentido más amplio que engloba todos los ámbitos de la cultura que precisa para su desarrollo perfecto en sociedad), constitutivas ambas de la condición humana, con vistas a restaurar la imagen de Dios en el hombre, varón y mujer; y haciendo de ellas realidades santificadas y santificadoras (según la conocida sentencia tan repetida por los padres “lo que no es asumido, no es salvado”).

Pocos datos nos da la Escritura sobre aquellos treinta años de oscuridad de Jesús, la mayor parte del paso salvífico en su existencia histórica redentora entre sus hermanos los hombres.¹¹¹ *“Treinta años de sombra, pero para nosotros claros como la luz del sol. Mejor, resplandor que ilumina nuestros días y les da una auténtica proyección, porque somos cristianos corrientes que llevamos una vida ordinaria, igual a la de tantos millones de personas en los más diversos lugares del mundo... Y ese el “fabri filius” (Mt 12, 35). Era Dios y estaba realizando la redención del género humano, atrayendo a Sí todas las cosas (Jn 12, 32)”*.¹¹²

Se dicen tres cosas: *obedecía, crecía, trabajaba*, referidas a su vida en Nazaret, además de la referencia al *cumplimiento de sus deberes religiosos*, peregrinación a Jerusalén,¹¹³ etc., de quien estaba bajo la ley, como nacido de Mujer, desposada con el hijo de David, José de Nazaret.

Desde hace tiempo me llamó la atención que en esos breves trazos se hace referencia a las dimensiones constitutivas propias de todos y cada uno de los hombres. He aquí porqué la vida de la familia de Nazaret sea imitable por cualquier hombre en cualquier estado y género de vida y de modo especial por los cristianos corrientes (cfr. RC 24 y 33).

Siete son, a mi modo de ver, las *dimensiones esenciales del hombre como persona* mutuamente implicadas, (fundadas en la primera las otras seis): “Homo religatus” por su respecto creatural a Dios, que funda su esencial dimensión religiosa; “Homo socialis”, por su esencial respecto de socialidad a los otros (cuyo fundamento originario no es otro que la coexistencialidad esencial a la persona y la dimensión coexistencial y corpórea o reiforme del “hombre”, en la necesaria disyunción constituyente de la diversidad más radical de la persona humana, varón, mujer) fundamento de la familia, célula de la sociedad, llamada por Dios a constituirse en Familia de familias –la familia humana–, imagen de la comunión de la Familia Trinitaria; “Homo sapiens”, por su constitutiva apertura al orden trascendental; “Homo viator”, por su libre autorrealización ética heterónoma; “Homo faber et oeconomicus”, por sus relaciones de dominio cuasi-creador al cosmos infrahumano mediante la ciencia y la técnica; “Homo historicus”, por su libre autorrealización en sociedad, desde la temporeidad propia de su condición psicosomática; y finalmente, “Homo ludicus”, que en virtud de su condición “tempórea” –por la que asume consciente y libremente la duración temporal propia de lo material– precisa de espacios “festivos” de distensión y de más intensa contemplación de la Belleza. Aquí se incluye el arte, la poesía y la

¹¹⁰ Sobre este tema J. FERRER ARELLANO, *La Resurrección de Cristo centro del misterio del tiempo*. VV. AA. “Escatología y vida cristiana”, XXII Simp. Int. De Teología de la Universidad de Navarra de 2001, 357-405, la versión más amplia vide Studium Legionense 48 (2007).

¹¹¹ T. STRAMARE, *Il Vangelo della Vita Nascosta di Gesù*, Bornato di Franciacorta 1998.

¹¹² *Es Cristo que pasa*, cit, n. 14.

¹¹³ Cfr. RC 15,25–27.

contemplación mística. Si bien los dos primeros inciden en el ámbito de la “*techne*” –los griegos incluían en ella el arte y la técnica– y la ética en la dimensión sapiencial. La “apertura religada” al Fundamento debe ser omniabarcante. La dimensión cultural o religiosa se actúa no sólo de modo directo, sino en la mediación de toda la existencia personal, en unidad de vida.¹¹⁴

(Aquí sólo expondremos, de estas dos dimensiones, en el *excursus* que sigue, la constitutiva dimensión familiar y social del hombre como realidad personal imagen de Dios, no finalizadas por la especie humana, sino –de modo inmediato– por Dios).

He aquí porqué –escribe San Josemaría– “esos años ocultos del Señor no son algo sin significado, ni tampoco una simple preparación de los años que vendrían después: los de su vida pública”. No trabajó viviendo una sencilla vida de familia para redimirnos a continuación –le oíamos decir– sino que nos redimió trabajando, obedeciendo y creciendo en libre aceptación –amor obediente– (el alma de la Redención) a la voluntad el Padre que así lo había decretado por nuestra salvación. “Desde 1928 comprendí con claridad que Dios desea que los cristianos tomen ejemplo de toda la vida del Señor. Entendí especialmente su vida escondida, su vida de trabajo corriente en medio de los hombres: el Señor quiere que muchas almas encuentren su camino en los años de su vida callada y sin brillo. Obedecer a la voluntad de Dios es siempre, por tanto, salir de nuestro egoísmo; pero no tiene por qué reducirse principalmente a alejarse de las circunstancias ordinarias de la vida de los hombres, iguales a nosotros por su estado, por su profesión, por su situación en la sociedad”.¹¹⁵

“Sueño –y el sueño se ha hecho realidad– con muchedumbres de hijos de Dios, santificándose en su vida de ciudadanos corrientes, compartiendo afanes, ilusiones y esfuerzos con las demás criaturas. Necesito gritarles esta verdad divina: si permanecéis en medio del mundo, no es porque Dios se haya olvidado de vosotros, no es porque el Señor no os haya llamado. Os ha invitado a que continuéis en las actividades y en las ansiedades de la tierra, porque os ha hecho saber que vuestra vocación humana, vuestra profesión, vuestras cualidades, no sólo son ajenas a sus designios divinos, sino que Él las ha santificado como ofrenda gratísima al Padre”. (Cfr. *Es Cristo que pasa*, p. 61)

¹¹⁴ Cfr. Joaquín FERRER ARELLANO, "Curso policopiado de Antropología filosófica de 1970" profesado en la Universidad de Navarra y *Metafísica de la relación y de la alteridad*. (Persona y relación). Pamplona 1998 (Eunsa).

¹¹⁵ Cfr. San Josemaría E. *Es Cristo que pasa*, p60–61

Excursus antropológico



El hombre -y sus dimensiones esenciales, familiar, laboral, ética, cultural, etc...- es superior a la especie por su dignidad personal, en tanto que espíritu encarnado, dotado de inteligencia y libre voluntad.

La clave de la humanización –o personalización– es la siguiente: el hombre se caracteriza por ser inteligente. Es un dato obvio (incluso un evolucionista lo debería aceptar). La imaginación de los antropoides es diferente de la capacidad de universalizar, a la cual es inherente otra característica muy importante: según la capacidad de universalizar, el hombre puede interrumpir su acción práctica, es decir, puede desencadenar una actividad que es puramente mental. Eso no se puede hacer con sólo la imaginación (también está suficientemente demostrado). En el animal, el conocimiento sensible es una fase de su comportamiento, no desarrolla una actividad cognoscitiva pura.

El animal infrahumano no ejerce ninguna actividad intelectual. Porque lo característico de la actividad intelectual es justamente que se independiza de la conducta. La inteligencia puede describirse –dice L. Polo– como la interrupción de la conducta práctica por otro tipo de actividad vital que nos pone en frente de lo universal. Es abstraer; y abstraer es justamente suspender la relación directa con el entorno o con la conducta práctica.

A este respecto es muy ilustrativo un experimento muy curioso que se ha hecho con chimpancés: una isla en medio de un lago se rodea con fuego (mecheros de gas). Dentro de la isla está el alimento para el chimpancé. Al chimpancé se le enseña que el alimento está ahí. Por tanto, en situación famélica el chimpancé intentará ir a la isla. Pero (como a todo animal) el fuego le da miedo; entonces, se construye una balsa en la que se encuentra un recipiente y una cuchara; el recipiente se llena de agua, y se le enseña que si toma agua con el cazo y la arroja al fuego, el fuego se apaga (esto se prepara para que el chimpancé pueda imaginar la relación condicional). Entonces desembarca y come el alimento colocado ahí.

Pues bien, si se le da al chimpancé el cubo sin agua, repite automáticamente la operación: intenta tirar agua con el cazo, aunque evidentemente no tira nada. Así pues, el chimpancé no ha hecho

una cosa que cualquier ser humano hubiera hecho: ¿cual? Tomar agua del lago. No sabe *lo que es* el agua. Sí A,B. Pero, para el mono, A no es general; si ejerciera la inteligencia, pensaría que el fuego se apaga con el agua, que el agua esté en el cubo o no esté en el cubo es igual: en cualquier caso, es agua. Y además hay otra cosa: si me falta agua, me la procuraré, lo que al chimpancé no se le ocurre.

El agua es la misma: esté aquí o allí, el agua apaga el fuego. Pero para conocer esto hace falta tener la idea de agua. *La inteligencia humana* se comprende ante todo así. *Es la aparición del universal.*

Pensar es tomar contacto con un ámbito que no es el mundo real físico, sino inmutable: el mundo de las ideas. Desde ese mundo se interviene en el plano práctico de una manera nueva y mucho más eficaz. Desde luego, si no me he parado a pensar en el agua en general, si no conozco sus propiedades, no puedo realizar una actividad más perfecta, de mayor alcance, en orden a lo real concreto, que la desarrollada por un mono; es decir, por un animal dotado, a lo más, de imaginación.

La vida intelectual es la suspensión de la acción práctica, que es sustituida por otro tipo de actividad que se caracteriza precisamente porque es capaz de llegar a objetos universales o a ideas generales, a considerar consistencias, como que el "agua es agua" (por tanto, que el agua esté en un cubo, o que el agua esté en un lago no la modifica en sí misma). El agua práctica, física, es siempre particular; el agua pensada, aunque no ahogue ni calme la sed, es agua en general, abstracta, y no una realidad física práctica¹¹⁶.

Es indudable que nosotros tenemos inteligencia, que nosotros universalizamos; pero habérselas con universales es detener la conducta práctica. Un arquitecto antes de hacer un edificio piensa un plano. Pensar un plano no es hacer un edificio, sino el modelo del edificio. Y de acuerdo con el modelo, luego puede tener lugar la actividad práctica de construirlo. Pero la elaboración del modelo, del plano, no es una actividad práctica, sino una actividad teórica. La diferencia entre las dos actividades es clara: se pueden conectar, pero de entrada son distintas.

Asimismo, *si no hay dirección teórica de la conducta, no hay ética*. Lo que hacemos de un modo instintivo, sin darnos cuenta de ello (lo que se llaman los *primo primi* en teología moral, tentaciones en las que no fija uno la atención o los actos reflejos) no comporta responsabilidad.

También *el arte* tiene que ver con la inteligencia precisamente porque el arte es una precisa suspensión del carácter utilitario de la obra.

La inteligencia trasciende la especie. Por ser la inteligencia propia de cada ser humano, no se transmite genéticamente; el origen de la inteligencia es divino. Ahora bien, por ser el hombre un animal, es generado. La relación del padre y la madre con su hijo es un tipo de reproducción transido de sentido ético. La generación de un ser humano tiene una dimensión biológica inmediatamente trascendida: tanto los padres como el hijo son seres inteligentes. Las relaciones integrantes de la institución familiar son posibles por ello.

Homo, pues, significa biológicamente esto: *animal que domina su entorno, el ambiente; este acontecimiento no tiene lugar en ningún otro tipo de ser vivo*. Las leyes de la evolución (en la hipótesis cada vez más cuestionada de que la haya) –radiación, adaptación, fijación de caracteres, selección– en el hombre no juegan, porque el hombre *es capaz de hacer*, y esta *es una característica intrínseca sin la cual no hay hominización*. No podemos considerar *nuestra actuación técnica* como un sobreañadido accidental, del que podríamos prescindir por extraño a nuestra constitución somática, sino que *forma parte de nuestra biología*. Su cuerpo no está cerrado, sino que está abierto no al ambiente, sino a una factura suya.

El hombre fue hecho *ut operaretur*, y para dominar el mundo (que es lo mismo). El hombre está hecho para dominar el mundo, vive trabajando, es capaz de trabajar para los otros, y además tiene que hacerlo, porque de otro modo el largo período que va desde el nacimiento del hombre a su viabilidad práctica no quedaría satisfecho (depende de las culturas, pero durante los 10 o 12 años primeros no está en condiciones de tomar parte en las actividades productivas). Para desempeñar las actividades

¹¹⁶ ANTONIO MILLÁN PUELLES, acentúa la irrealidad objetiva y la extiende a los proyectos. Véase su libro *Teoría del objeto puro*, Rialp, Madrid 1990.

complejas de nuestra sociedad hacen falta lo menos 23 ó 24 años: durante esa etapa de su vida, el hombre se forma para ser hombre "hábil", capaz de encargarse de tareas.

Las especies homínidas anteriores al hombre, el *habilis* y el *erectus*, se extinguieron seguramente porque su capacidad fabril no fue suficiente para competir con la adaptación.

En cambio, es patente que el *homo sapiens sapiens* no se extingue por dicha razón, sino que se puede extinguir justamente por la razón contraria: por hacer inhabitable su entorno. Dicho esto de otro modo, nosotros no tenemos de ninguna manera nicho ecológico, lo que tenemos son problemas de tipo ecológico.

Comparado con el hombre, un animal es un ser inerte; el hombre es un ser mucho más vivo que un animal precisamente porque está llamado a la acción; su vida no le está simplemente dada, sino que la tiene que encauzar activamente; de lo contrario se extingue. El animal se mueve sólo para comer y beber o para procrear, y el resto del tiempo no hace nada. El único que hace algo es el hombre.

Adán tumbado en el paraíso es un simple absurdo, si lo pensamos un momento. Aunque Adán era feliz porque lo tenía todo al alcance de la mano, no hay tal. Adán, antes del pecado original, fue encargado de una tarea por Dios, una tarea que es importantísima: poner nombre a las cosas. Eso es lo primero que hizo. Nombrar, como siempre se ha sabido, es ejercer poder posesivo.

El hombre puede considerarse una especie única, precisamente porque tiene inteligencia; sin inteligencia, evidentemente, no se puede hablar. Con el lenguaje se va instruyendo al otro, y se da una relación recíproca: decir y escuchar¹¹⁷. El lenguaje hace posible el trabajo en común (cfr. Gn 2), la organización del trabajo, mandar y obedecer.

El hombre no es un ser vivo por adaptación, sino que es vivo en cuanto que *faber*, en cuanto que trabaja en reciprocidad complementaria de servicios; si no, no puede subsistir la especie.

El hombre es un ser superior a su especie.¹¹⁸ Ser superior a su especie quiere decir, ante todo, que en él hay algo que es superior a su corporalidad viviente.

La teoría de la evolución (siempre como hipótesis cuestionada de manera creciente por no pocos autores, por razones científicas y no religiosas) no puede explicar cómo surge la vida por primera vez, sino solamente cómo aparecen especies vivas diferentes. Tampoco puede explicar la inteligencia, pues la inteligencia no se reduce a la determinación genética de una especie, sino que comporta una peculiaridad completamente distinta, a saber, que los individuos sean superiores a su especie. Esta tesis se puede expresar de la siguiente manera: el ser humano no está finalizado por su especie. De ahí su peculiar dignidad como persona.

El individuo humano no se agota en ello: no se limita a ocuparse de mantener la especie a través de su vida, sino que tiene su propia existencia a su cargo. Su existir activo está en sus propias manos vive entregado a su propio dominio, a su propio albedrío.

El individuo humano sobresale por encima de la especie: es persona y queda abierto a unas leyes cuya adhesión no implica necesidad automática, sino que puede cumplir o no cumplir. Las normas éticas, en tanto que no son leyes físicas ni psicológicas que dependan de la biología animal, son leyes del ser libre para el ser libre. De manera que si estas leyes no existieran, o un ser humano se empeñara en decir que no hay normatividad ética, o que tal normatividad no se explica por su carácter de ser personal libre, sino por convención o tradiciones culturales, o por acuerdos o pactos, entonces él mismo se limitaría a la condición de mero animal, se aceptaría reducido a ese nivel¹¹⁹.

¹¹⁷ El lenguaje tiene que ver con las manos y el cerebro. He aquí por qué la boca humana es como es para permitir la articulación de voces y de esa manera la discriminación de sentidos verbales.

¹¹⁸ Resumo aquí el estudio sobre este tema de mi libro "El misterio de los orígenes. Pamplona. Eunsa, 2001, 430 ss. Desarrollo en él algunas valiosas observaciones de la antropología de Leonardo Polo. Cfr. Especialmente *Sobre el hombre, y Ética*.

¹¹⁹ F. J. AYALA, una autoridad mundial en evolucionismo, (Cfr. *La evolución del hombre*, en "Ciencia y sociedad", Madrid 1998, 246 ss.), argumenta, desde su personal condición de no-creyente, que las normas de la moralidad no son productos de la evolución biológica, sino de la cultural; emergen como consecuencia de las tradiciones sociales y religiosas. Estas emergen del libre comportamiento del hombre en sociedad ("animal político", que precisa de los demás hombres y de las tradiciones culturales de su entorno convivencial para existir y realizarse como hombre) constitutivamente religado a su Creador.

La libertad abre un ámbito diferente, que no tiene nada que ver con lo físico o biológico infrahumano. Es ahí aparece la normatividad ética que comporta una oposición o alternativa: cumplir la norma o no cumplirla; pues si bien, señala obligatoriedad –una vinculación categórica (necesaria) con lo absolutamente bueno–, no es de forzoso cumplimiento: una atadura, de orden moral, que nos deja “suelos”. Bien o mal son nociones estrictamente éticas que sólo se captan si se es libre. El ser humano es un ser personal, capaz de entender su destino y el camino que conduce a él.

Primaria, estricta y propiamente, decimos bueno y malo de lo que hacemos según las decisiones libres. Esto está en estrecha relación con la existencia de una norma primaria: haz el bien, no hagas el mal; si haces esto, bien; si no lo haces, mal. Hacer el mal, lo que no conviene, es opuesto a hacer el bien. Bienes, males; normas cumplidas, normas conculcadas.

De una manera traslaticia se puede hablar de una buena mesa o de una mala mesa, de un buen clima o de un mal clima, pero son acepciones secundarias. Donde realmente aparece su original sentido es en la ética. Es el hombre en su totalidad personal el que "se hace" por libre decisión, bueno o malo (autodeterminándose en hábitos perfectivos: virtudes; o defectivos: vicios) con el concurso de la educación en la familia y otras instituciones. Las normas técnicas, lógicas, artísticas, etc., no afectan –de suyo y directamente al menos, pues pueden estar imperadas por la normatividad ética– a una calificación absoluta de la persona como buena o mala, sino sólo relativa a una determinada dimensión de su obrar. Es la clásica diferencia entre el "bonum honestum" –el bien plenario de la persona absolutamente tal, que se impone a la conciencia de modo categórico y absoluto, señalando una necesidad moral a la conducta humana– y los bienes útiles y delitables: aquellos lo son sólo como medio, y estos son una repercusión o redundancia en los poderes afectivos del sujeto, de algo bueno o malo absolutamente, “de suyo”, (honesto–deshonesto) y del que aquellos recibirán su clasificación moral. Aquí está el “lugar” privilegiado de emergencia en el plano de la conciencia –en la voz del imperativo moral “la palpación sonora” de la voz de un Dios trascendente y personal– de la dimensión religiosa de la persona humana.

La intersubjetividad es justamente la relación entre individuos que son –todos ellos–, por su condición personal, superiores a la especie. Y eso es sociedad. La sociedad no se origina por un pacto entre individuos previamente aislados. Los hombres nacen en una *primera institución social* que es la familia; sus relaciones, por personales, son dialógicas, marido–mujer, padres–hijos.

El hombre es *zôon politikon*, animal social. Ningún animal es social como lo es el hombre. Los otros animales están finalizados por la especie y, por tanto, conviven, se ayudan unos a otros y combaten con los extraños. Pero eso no es la sociedad. La única sociedad en sentido estricto es la humana: *sociedad significa metaespecificación: relación entre seres vivos subjetivamente inteligentes*, que trascienden la especie “homo sapiens” a que pertenecen. El hombre es un ser social porque es un ser dialógico, es decir, capaz de expresar lo que piensa a los demás y establecer así una red comunicativa. La sociedad, en última instancia, es la manifestación de lo interior a los demás en régimen de reciprocidad.

Evidentemente, la generación humana sirve a la especie, pero no se agota en ello, sino que está presidida por relaciones solamente posibles si el hombre es un ser dotado de inteligencia y voluntad, capaz de amor constante. La unión entre una hembra y un macho en ninguna especie pasa de la época de celo, o de una nidificación intermitente. En cambio, la mujer es siempre receptiva. De ahí la institución matrimonial. *La unión estable de la pareja que da origen a la familia es, entre los mamíferos, exclusiva del hombre, así como el cuidado de la prole mediante la educación*, es decir, la puesta en funcionamiento de las capacidades del hijo en orden a la sociedad.

Es significativo que en la complementariedad sexual, por la que un hombre y una mujer se hacen potencial y mutuamente fecundos, las personas no se encuentran, se dan y se reciben sólo, ni principalmente como productores y donadores de células complementarias, sino como personas.

Al hacerse *una caro* un hombre y una mujer viven ese encuentro como entrega personal, como expresión genuina del amor entre personas iguales y complementarias. El mismo gesto corporal que permite engendrar es el mismo gesto que expresa propiamente el amor sexuado. Significa, por tanto, que no se trata simplemente de un proceso que dará origen a un nuevo organismo, como en el caso de la reproducción de los animales y derivado de ello de los mecanismos, sino que se trata del origen de una persona que es corporal. No se trata, pues, ni de cómo se reproducen ni de cómo se aisló

reproductivamente la especie humana, sino cómo tiene principio cada nuevo ser humano personal desde que aparecieron Adán y Eva, que postula una intervención creadora de cada hombre y mujer llamado por su nombre por el Creador.

El primer reconocimiento entre dos seres humanos fue el reconocimiento entre Adán y Eva. Y esto “no fue una casualidad, pues la pluralidad primigenia –la alteridad sexual– no estaba llamada a agotarse en sí misma, sino que debía ser principio de multiplicación”. Sólo ellos son *primeros padres* de todos los humanos al reconocerse como varón y mujer. No hay seres previos (en la presunta línea de antecesores del primer hombre y de la primera mujer) que sean partícipes y colaboradores, *concausas* del poder creador del Amor de Dios (*procreación*). Antes de ellos sólo hubo *reproducción* –entrega de células– y sólo a partir de ellos comienza *la procreación de personas que reflejan la imagen de Dios* dotadas de alma espiritual (capaces de comunión personal): los hijos son el fruto del Amor de Dios y de la expresión del amor mutuo, de la entrega personal al otro de cada uno de los progenitores¹²⁰

El hombre, a diferencia del animal, sabe de quién procede, como también los padres conocen que el hijo procede de ellos. *La relación del hijo con el padre, por ser constitutiva y originaria, remite inevitablemente al origen del propio ser: el hombre es interpelado por su propio origen*, interpelación que le encamina al *reconocimiento de su carácter de ser generado por un padre en una madre*, del que no puede hurtarse: no puede soslayarlo o sustituirlo. *La identidad personal es, por tanto, indisociable de ese reconocimiento*. Sin embargo, uno de los fenómenos más notorios de las ideologías actuales es el *no querer ser hijo*, al considerar la filiación como una deuda intolerable y el correlativo *eclipse del padre*, y la *abdicación de la responsabilidad paterna*. Es uno de los frutos más amargos –“flores del mal”– del olvido de la antropología cristiana del hombre “imagen de Dios”: del Dios revelado en Jesucristo que es uno y único, pero no un solitario, sino una Familia, cuyo origen es Dios Padre, “de quien procede toda familia en el cielo y en la tierra (Ef, 3, 15).

*La familia es una prueba de que el hombre no está finalizado por la especie.*¹²¹

Otra prueba irrefutable, aunque negativa, es que el hombre puede atentar contra su especie. *Si el hombre puede ir contra su especie, es evidente que no está finalizado por ella; ningún animal va contra su especie*. El único animal que organiza guerras es el hombre. *La guerra es un hecho humano, no un hecho intraespecífico*. La guerra es del hombre contra el hombre. La sentencia de Hobbes: *Homo homini lupus*, no es correcta, porque el lobo no es un lobo para el lobo. En los combates por el mando de la manada o por la hembra, la lucha termina cuando uno está vencido; es una lucha que no mira a la muerte. Pero el hombre no es así. En la historia del hombre acontece un episodio tan monstruoso como es la guerra, *prueba –trágica–* de que no está finalizado por la especie, riesgo –inevitable en la libertad personal creadora– del mal uso –mal moral– del don de la libertad, que otorga el Creador a la criatura inteligente que refleja su imagen.

La guerra es un claro indicio del estado actual de la humanidad, que es de naturaleza elevada, caída y redimida por Cristo. El pecado de los orígenes explica la lucha anunciada a la puerta del Paraíso después de la caída en el Protoevangelio en la que se promete el triunfo final en el árbol de la Cruz del nuevo Adán y de la nueva Eva (de Cristo, con María y José, y derivadamente de la Iglesia) sobre la antigua serpiente que había vencido en el árbol de la ciencia del bien y del mal, y sobre su descendencia: el triunfo del amor obediente sobre la rebeldía del “non serviam”.

La cruz gloriosa –desde la que se derrama el Espíritu de Verdad y Comunión, que “atrae todo hacia Cristo”, formando progresivamente el Cristo total– *es, así, eje, centro y motor del mundo creado*, pues “si la voluntad de Dios es un acto que se llama mundo, su intención es la salvación de los hombres y se llama Iglesia”¹²², que en su plenitud escatológica será el reino consumado de los hijos del Altísimo en un universo transfigurado –nuevos cielos y nueva tierra– en

¹²⁰ Cfr. Antonio RUIZ RETEGUI, *La pluralidad humana*, “Annales Theologici”, vol. 11, 1997, 67–109. N. LÓPEZ MORATALLA, *Origen monogenista*, cit., 229 ss.

¹²¹ Cfr. J. FERRER ARELLANO, *Dios Padre, origen de la vida trinitaria, como fuente ejemplar y meta de la maternidad de María y de la Iglesia*, “Eph. Mar. 49 (1999) 53–125. Un resumen puede verse en *Actas del XX Simposio Int. De Teol. De 1999*. Pamplona, 324–342.

¹²² CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Pedagogo*, I, 6.

el que Dios "será todo en todos", cuando Cristo, Rey del universo creado haya puesto –vencida la muerte– sus enemigos debajo de sus pies. (Cf. Dn 7,18; 2 Pe 3,7; 2 Cor 15,28): *el Cristo total; la estirpe espiritual de la Mujer del alfa y del omega, del Génesis y del Apocalipsis*, que incluye –en la recapitulación final– desde el justo Abel al último de los elegidos¹²³. Es, pues, el fruto de la libre cooperación del hombre, con el don salvífico de Dios, que deriva de la plenitud desbordante de la gracia de Cristo constituido en la Cruz Cabeza de la nueva humanidad (nuevo Adán, con al cooperación de María, la nueva Eva y su esposo San José), que será, en su consumación final, el Reino escatológico de la Jerusalén celestial

No otra es la razón formal del misterio de la Iglesia peregrina como instrumento universal de salvación: la necesidad de cooperar con la gracia (con el *don del Esposo*), mediante la libre aportación del *don de la Esposa* (a imitación del "Fiat" de María), para que se realice la obra de la Redención, reuniendo a los hijos de Dios dispersos por el pecado del *primer Adán* bajo la capitalidad del *nuevo Adán*.

3.5.1 Cooperación de San José en la Redención de la dimensión familiar del hombre.

Junto con la ascensión de la humanidad, en Cristo está también «asumido» todo lo que es humano, en particular, la familia, como primera dimensión de su existencia en la tierra (Cf. RC 21), constitutiva de la persona humana, como acabamos de mostrar en el "excursus" antropológico anterior.

El hombre, en efecto, en cuanto creado a imagen de Dios, tiene estructura familiar, que refleja la gloria de Dios como su imagen creada que es el fundamento de su dignidad personal. "Nuestro Dios en su misterio más íntimo, no es soledad –es Uno y Único, pero no un solitario– sino una familia, puesto que hay en Él paternidad, filiación y la esencia de la familia que es el amor."¹²⁴

La teología latina ha recuperado recientemente (desde Scheeben, y después –sobre todo– por la catquesis de Juan Pablo II), la inteligencia analógica de la Comunión de Personas de la Trinidad, considerada en la Tradición griega como Familia trascendente, de donde toma nombre "toda familia" creada. Se ha podido hablar, justificadamente de la estructura familiar de la persona humana, que es en su "unidualidad" varón–esposo, mujer–esposa, fundamento de la familia que da origen a las diversas

¹²³ Sobre este tema he escrito un amplio estudio: *La doble misión conjunta del Verbo y del Espíritu como "Incarnatio in fieri"*, en "Ephemérides Mariologicae", 1998, Nov.

Dios ha dejado una huella de su ser trinitario en la obra de sus manos, no sólo en el hombre —única criatura (con el ángel) querida por sí misma, hecha a su imagen y partícipe de su espiritualidad—, sino también en el universo de la materia en lo "infinitamente pequeño" de su estructura atómica. Se ha descubierto la presencia en él de tres partículas que han sido llamadas "quarks". Tienen estas la particularidad de ser distintas, iguales entre sí e inseparables, y su carga total es equivalente a una unidad, a la manera de pálido reflejo de su origen, en "Aquél que es", uno y único, *en tres* Personas distintas.

En cuanto a la imagen de Dios en el hombre es especialmente conocida la analogía que toma como punto de partida para la explicación teológica de la Trinidad, la trinidad de potencias del alma, que desde S. Agustín, tanto ha influido en la Teología latina. Se ha señalado también como "marca" de su origen trinitario, la antropología bíblica que distingue la triple dimensión constituyente del hombre, *basar, nepthes y ruah*, equivalente a la triple dimensión del hombre –*soma* (sarx), *psyché, pneuma*– propia de la teología de San Pablo. Hay otras analogías tomadas de la dimensión comunal constitutiva del hombre, que refleja –y toma como norma de su expresión en la vida comunitaria– la Familia Trinitaria que es Dios "uno y único", pero no solitario. De este tema me ocupo en "Metafísica de la relación y de la alteridad", cit, Anexo II.

Algunos mariólogos han creído descubrir, además, una huella, en la estructura atómica del universo de la materia, de la peculiar *relación de la Trinidad con la Inmaculada* (presente, "inde ab initio" en la mente de Dios, en cuanto predestinada a ser madre del Verbo encarnado, e indisolublemente vinculada a Él en su ser y en su obrar salvífico), *en la relación bipolar del núcleo de cada átomo*, –de estructura ternaria, como decíamos–, *con un complemento de bipolaridad opuesta*, el electrón, que asegura el equilibrio y estabilidad de la materia (como –en el orden antropológico– ocurre con la unidualidad complementaria varón–mujer). Se trataría, claro está, de analogías de proporcionalidad impropia o metafórica pero de gran valor significativo para determinados espíritus científicos abiertos a la Trascendencia y sensibles al Espíritu.

¹²⁴ JUAN PABLO II, Homilía, 28–05–1979, en *Insegnamenti*, II (1979), 182.

formas de organización social en la que se plasma la dimensión constitutivamente comunitaria, y el consiguiente impulso de socialidad de la persona humana, un reflejo o reverbero analógico de la Comunión de personas del misterio Trinitario¹²⁵.

La imagen más perfecta de la Familia trinitaria es la Familia de Nazaret (la trinidad de la tierra) llamada a restaurar la imagen deformada por el pecado en la familia. José es el icono transparente del Padre como María lo es del Espíritu Santo y Jesús el mismo Unigénito del Padre.

La imagen de Dios en el hombre no se realizó solo –según insistía de modo recurrente Juan Pablo II en su catequesis– en su momento de soledad como persona inteligente y libre, sino sobre todo en su capacidad de amar, que le lleva a vivir en comunión. Solo realiza su esencia en plenitud existiendo, con otros y para otros, en una relación de don recíproco que comienza en la unión matrimonial. María y José viven la más plena comunión de personas en su unión matrimonial virginal, como la más perfecta y más profunda imagen de Dios en el ser humano. El amor sponsal de ambos es pleno. En ellos no se ejercita la dimensión generativa, pero la dimensión de comunión se cumple de modo insospechado.

Ya hemos tratado de este tema en el capítulo anterior en la perspectiva de la vocación de José a la paternidad virginal y mesiánica del Verbo encarnado en el seno de su Esposa y acogido en su casa, como Cabeza de la Familia de Nazaret, en tanto que el nexos sutil de mutuo amor virginal, al que ambos esposos estaban comprometidos; era condición esencial para la constitución del ser del Dios-hombre: del orden hipostático redentor, fundamento de la plenitud de gracia paternal en incesante aumento, con su libre cooperación. Ella hacía posible, recuérdese, el ejercicio de su sobrehumana misión de padre custodio –y salvador, (en la huída a Egipto), de su Redentor– de quien era, por constitución divina, su Hijo virginal y mesiánico. Aquí volveremos sobre lo mismo antes tratado, en otra perspectiva distinta: en el valor soteriológico corredentor –subordinadamente a María de su vida familiar–, en la obra de la Redención de Cristo (“Unus Mediator”) y en la consiguiente restauración de la constitutiva dimensión familiar del hombre que hemos fundado en el anterior “Excursus”.

3.5.1.1 Redención de la esponsalidad humana.¹²⁶

¹²⁵ Véase Anexo II de mi *Metafísica de la relación y de la alteridad*, cit. En la Patrística griega existe, en efecto, una consolidada tradición que relaciona la Procesión del Espíritu Santo con el origen de Eva, pues procede de Adán sin ser su hija. Junto a esa analogía muchos Padres de la Iglesia comparan a las tres personas de la Trinidad con Adán, Eva y su hijo.

La imagen familiar sirve a los Santos Padres, sobre todo al Nacianceno, para argumentar en favor de la consubstancialidad de las personas divinas. Eva salió de Adán por un proceso diverso de la generación; por tanto, no es hija de Adán pero es consubstancial a él. San Gregorio no se preocupa de establecer un paralelo explícito y preciso entre cada una de las tres personas divinas y cada una de las tres personas humanas, lo que sí hicieron otros Padres, que veían en Adán, el ingénito, una imagen del Padre, a Eva, procedente del Ingénito, la comparaban con el Espíritu Santo y en el hijo humano de Adán y Eva veían una imagen de Hijo divino. Cfr. O. CLEMENT, *Sobre el hombre*, Madrid 1983, 67. J. FERRER ARELLANO, *Eclesiología latente en el Protoevangelio (la imagen de la mujer como síntesis del misterio de la Iglesia: su valor ecuménico)*, en Actas del XV Simposio internacional de Teología, Pamplona, 1996, 538–564.

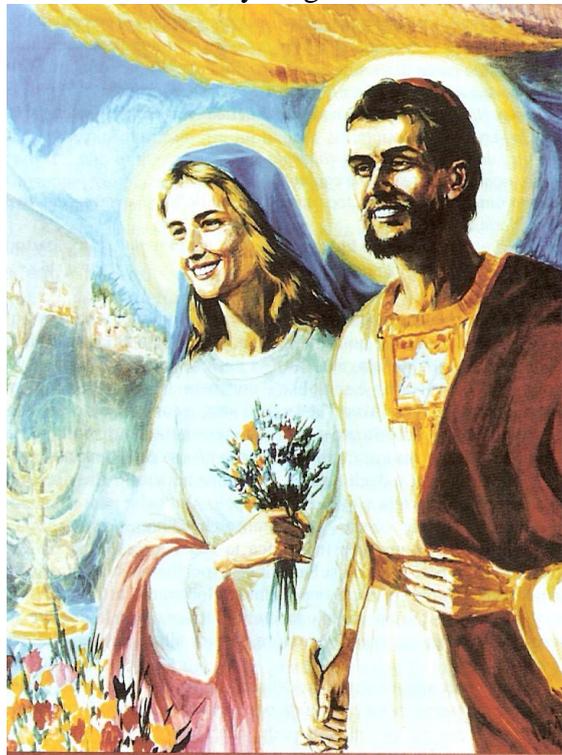
Como constata Y. CONGAR (*El espíritu Santo*, ed. Herder, Barcelona 1983, 594.), el hecho de comparar la Trinidad con una familia, padre, madre, hijo, era algo que se respiraba en el ambiente de los primeros siglos de la Iglesia. El primero que negó la analogía familiar fue SAN AGUSTÍN y tras él no pasó a la tradición occidental, pero ha vuelto con Scheeben y sobre todo, con JUAN PABLO II, hasta el punto que ha pasado al nuevo Catecismo de la Iglesia católica.

«El hombre se ha convertido en imagen y semejanza de Dios no sólo a través de la propia humanidad, sino también a través de la comunión de personas, que el hombre y la mujer forman desde el comienzo. La función de la imagen es la de reflejar a quien es el modelo, reproducir el prototipo propio.

El hombre se convierte en imagen de Dios no tanto en la soledad, cuanto en el momento de la comunión. Efectivamente, él es desde el principio no sólo imagen en la que se refleja la soledad de una Persona que rige el mundo, sino también y esencialmente, imagen de una inescrutable comunión divina de Personas» (JUAN PABLO II, *Audiencia General*, 14–XI– 1979, n. 3). (Cfr. Para todo este tema Blanca CASTILLA CORTÁZAR, que lleva años investigando esta perspectiva familiar –constitutiva de la persona– tan recurrente en el magisterio de Juan Pablo II, inspirándose en él. No son pocas las resistencias de la teología académica a aceptar sus conclusiones perfectamente legítimas si se entienden bien, con la debida flexibilidad analógica, que precisan, sin duda, una paciente maduración que evite posibles malentendidos).

El varón y la mujer, justificados por la presencia del Espíritu, están en grado de reintegrar en su originaria verdad el significado de su corporeidad y de su sexualidad, puesto que han sido capacitados –en virtud de la obra redentora, con la cooperación de María y José– para hacer de sí mismos, en el amor, un don total.

El estrecho y virginal vínculo de amor que ya existió desde los desposorios ya orientados por



inspiración del Espíritu Santo a una unión virginal – como ya expusimos en el capítulo III (así lo confirman los escritos inspirados de la sierva de Dios Madre María Cecilia Baij)– fue asumido por el misterio de la Encarnación. Cuando José estaba pensando en retirarse para no estorbar el misterio, en las palabras del Ángel en la anunciación vuelve a escuchar la verdad sobre su propia vocación, que confirma el vínculo esponsal. (Cfr. RC 19).

«El virginal vínculo de amor matrimonial, don del Espíritu Santo, que es el máximo consorcio y amistad, le fue dado a José como esposo de la Virgen, no sólo como compañero de vida, testigo de la común virginidad y tutor de la honestidad, sino también para que participara, por medio del pacto conyugal de la excelsa grandeza de Ella» (RC 20).

José, obediente al Espíritu Santo, encontró justamente en Él la fuente del amor, de su amor esponsal de hombre, y este amor fue más grande que el que aquél «varón justo» podía esperar según la medida del propio

corazón humano. (RC 19).

El vínculo esponsal es el mismo vínculo de caridad que ya existía desde los desposorios, y que fue confirmado en toda su fuerza y perfección cuando se le pidió renovar el sí del misterio de la Encarnación, animándole tal y como estaba previsto en los designios de Dios con el don esponsal de sí en la virginidad. Su amor esponsal a María fue asumido al servicio de los designios salvíficos constituyéndole en cabeza del santuario del amor del hogar familiar de Nazaret, que debía acoger a Jesús para prepararle a su misión redentora bajo la guía de José, como su padre virginal y mesiánico.

«No estoy de acuerdo –protestaba con energía San Josemaría– con la forma clásica de representar a San José como un hombre anciano, aunque se haya hecho con la buena intención de destacar la perpetua virginidad de María. Yo me lo imagino joven, fuerte, quizá con algunos años más que nuestra Señora, pero en la plenitud de la edad y de la energía humanas.

» (...) Joven era el corazón y el cuerpo de San José cuando contrajo matrimonio con María, cuando supo del misterio de su maternidad divina, cuando vivió junto a Ella respetando la integridad que Dios quería legar al mundo, como una señal más de su venida entre las criaturas. Quien no sea capaz de

¹²⁶ J. A. CARRASCO, *Matrimonio y paternidad de San José*, Valladolid 1999. El A. expone el “status quaestionis” sobre el tema resumiendo bien lo que se ha escrito hasta entonces. Cfr. también los cuadernos de *Estudios Josefinos* de las Carmelitas de Valladolid, nn 15, 16,17 del año 1954–55, con bibliografía antigua abundante sobre el matrimonio virginal de María y José. B. LLAMERA, *Teología de san José*, Madrid 1953. E. LLAMAS (Enrique del Sagrado Corazón), *La paternidad josefina en los escritores de los siglos XVI y XVII*, en *Estudios Josefinos II* (1952), 152–158, dedicado a este tema. Las novedosas perspectivas abiertas por la antropología teológica de Juan Pablo II, de extraordinaria fecundidad, que apenas ha comenzado a explorarse, está en el trasfondo de los estudios de B. CASTILLA CORTÁZAR, tales como *Maternidad y paternidad virginales de María y José*, cit en cap. II.

entender un amor así, sabe muy poco de lo que es el verdadero amor, y desconoce por entero el sentido cristiano de la castidad». (Cfr. *Es Cristo que pasa*, 40).

La fecunda virginidad de María, indisociable de la de su Esposo José, Padre Virginal de Jesús – padre no según la carne, sino según el Espíritu– está en el origen ejemplar y activo por su eficacia corredentora –subordinadamente al Redentor, que asumió la esencial dimensión familiar de la condición humana, para restablecerla según el designio originario del Creador–, de la fecundidad espiritual de la virginidad cristiana y de la redención del matrimonio cristiano, llamado a ser, en su plenitud, amor conyugal según el espíritu, que domina la carne en la plena libertad del ser por la plenitud de la filiación divina tal y como estaba previsto por el plan originario de Dios “en el principio”, hasta llegar a la armonía conyugal del estado de justicia original.



Como observa C. Cafarra, la destrucción causada por el pecado en el cuerpo y la sexualidad humana consiste en la desintegración de éstos y la persona humana en cuanto tal, en su «degradación» a meros objetos susceptibles de cualquier uso, y cuya raíz es la decisión del hombre de no permanecer en confianza y verdad en sus relaciones con Dios creador. En consecuencia, la redención del cuerpo y de la sexualidad tiene su principio en la reconstrucción del hombre hacia aquella verdad y confianza. Y esto sólo puede ocurrir de un único modo: mediante la revelación del Amor de Dios al hombre, mediante la manifestación de su rostro de Padre. Una manifestación que no resuene solamente en los oídos de quien la escucha, sino que logre penetrar hasta el fondo del corazón del hombre, y le de así esa experiencia del Amor del Padre que lo atraiga interiormente hacia Sí por el envío del Espíritu Santo, que brota de la Cruz: de los tres Corazones unidos de Jesús, María y José). La consecuencia de esta «inhabitación» es que el cuerpo humano se vuelve templo del Espíritu Santo y que, de esta manera, el hombre es liberado de aquellas esclavitudes respecto de sí mismo que le impiden abrirse, darse y constituir una verdadera

comunidad con el otro.

La antigua Ley de Moisés muestra siempre al hombre hacía qué cosas y valores está realmente llamado. Sin embargo, por su incapacidad de sanar o restaurar la libertad humana, la ley acaba haciendo concesiones a la malicia de esa libertad: éste es el sentido del pacto con la dureza del corazón del hombre. «La ley fue dada por medio de Moisés, pero la gracia y la verdad han venido por medio de Jesucristo». En esta «gracia y verdad», venidas solo a través de Cristo, la corporeidad y la sexualidad humanas son redimidas y pueden, en consecuencia, ser reconducidas a la obediencia de aquella ley prevista «al principio»,¹²⁷ con la cooperación de María y José, la pareja del umbral del nuevo Testamento, por medio de la cual la santidad de esparce por toda la tierra, anulando la fuente del mal –destructora de la familia- que inunda el mundo por el pecado de la primera pareja (S. Ireneo, cit. en RC, 7).

3.5.1.2 Dimensión soteriológica de la paternidad virginal de José según el Espíritu.

¹²⁷ “Si no fuese por el fomes no se alabaría la virginidad por encima de la paternidad que hace al hombre más semejante a Dios en cuanto el hombre mediante ella procede del hombre como Dios de Dios por origen natural y vital”. S. Th., I, 93, 3c. Cfr. C. CAFARRA, *Sexualidad a la luz de la antropología y de la Biblia*, Madrid, 3ª ed. 1992, 45 ss

“La Familia de Nazaret, inserta directamente en el misterio de la Encarnación, constituye un misterio especial. En esta Familia José es el padre; no es una paternidad derivada de la generación; y sin embargo, no es «aparente» o solamente «sustitutiva», sino que posee plenamente la autenticidad de la paternidad humana y de la misión paterna en la familia. En ello está contenida una consecuencia de la unión hipostática: la humanidad asumida en la unidad de la Persona divina del Verbo-Hijo, Jesucristo. En este contexto está también «asumida» la paternidad humana de José” (RC 21).

El hijo de María es también hijo de José en virtud del vínculo matrimonial que les une: «A raíz de aquel matrimonio fiel ambos merecieron ser llamados padres de Cristo; no sólo aquella madre, sino también aquel padre, del mismo modo que era esposo de su madre, ambos por medio de la mente, no de la carne.

Con la potestad paterna sobre Jesús, Dios ha otorgado también a José el amor correspondiente, aquel amor que tiene su fuente en el Padre, «de quien toma nombre toda familia en el cielo y en la tierra» (Eph 3, 15).

“Toda la paternidad en los cielos y en la tierra procede de Dios” (Ef 3, 15). “Solemos incurrir en un error cuando, al querer hacernos una idea de la paternidad de Dios respecto a los bautizados, pensamos en lo que es la paternidad humana para luego intentar trasladar esta imagen a Dios. Es un error porque la realidad es exactamente lo contrario”.¹²⁸ El Hijo de Dios realmente es *generado* por el Padre, su generación no es igual al acto generativo del hombre. En cuanto Dios constituyó a José como padre, y ésta era una función en la Sagrada Familia, la paternidad de San José era una “auténtica” paternidad, de la que no podemos decir más: era una paternidad fundada en la vocación divina de José.

“Hay algo que no me acaba de gustar en el título de padre putativo, con el que a veces se designa a José, porque tiene el peligro de hacer pensar que las relaciones entre José y Jesús eran frías y exteriores. Ciertamente nuestra fe nos dice que no era padre según la carne, pero no es esa la única paternidad. «A José —leemos en un sermón de San Agustín (Sermo 51, 20, PL 38, 351)— no sólo se le daba el nombre de padre, sino que se le debe más que a otro alguno. Y luego añade: ¿Cómo era padre? Tanto más profundamente padre, cuanto más casta fue su paternidad». (*Es Cristo que pasa*, 42).

Los Evangelios nombran a San José como *padre* en repetidas ocasiones.¹²⁹ Este era, sin duda, el nombre que habitualmente utilizaba Jesús en la intimidad del hogar para dirigirse al Santo Patriarca. Jesús fue considerado por quienes le conocían como *hijo de José*.¹³⁰ Y de hecho, él ejerció el oficio de *padre* dentro de la Sagrada Familia: al imponer a Jesús el nombre, en la huida a Egipto, al elegir el lugar de residencia a su vuelta... Y Jesús obedeció a José como a padre: *Bajó con ellos y vino a Nazaret y les estaba sujeto*.¹³¹ Como escribe Francisco Suárez el Doctor eximio, fundador de la Mariología.

«Advierte San Agustín que, aunque la creencia de San José padre del Hijo de María la tenían solamente los que ignoraban la divinidad y admirable concepción de Cristo, el nombre de padre de Jesús se lo dieron no sólo los que por tal le



¹²⁸ F. SUAREZ VERDAGUER, *José Esposo de María*, Madrid 1997, 215.

¹²⁹ Lc 2, 27; 33; 41; 48.

¹³⁰ Cfr Lc 3, 23..

¹³¹ Lc. 2, 51.

tenían, sino también el evangelista y aun la misma Virgen María. Porque Ella fue quien dijo: Tu padre y yo te buscábamos con dolor; y el mismo evangelista San Lucas escribe: Llevándole sus padres a Jerusalén; y poco después: su Padre y su Madre estaban admirados las cosas que de él se decían. De donde se puede entender que no sin especial ordenación de Dios se impuso a San José este nombre, porque ni la Santísima Virgen ni San Lucas hablaron sin especial instinto e inspiración del Espíritu Santo.

Por la misma razón juzgó San Bernardo que la dignidad y santidad de San José se había de deducir de este nombre de “padre de Cristo”. (...)

Y es que los nombres sabiamente impuestos suelen indicar la dignidad, naturaleza y condiciones de la cosa a que se aplican. Y como el Padre eterno comunicó a San José con suma sabiduría y providencia el nombre del padre, que era suyo propio, manifestó bien a las claras la gran dignidad a que le sublimó, atribuyéndole en gran parte, a una con el nombre, el oficio y cuidados de padre».

Jesús fue concebido milagrosamente por obra del Espíritu Santo y nació virginalmente para María y para José, por voluntad divina. Dios quiso que Jesús naciera dentro de una familia y estuviera sometido a un padre y a una madre y cuidado y educado por ellos. Y de la misma manera que escogió a María para que fuese su Madre, escogió también a José para que fuera su padre, cada uno en el terreno que le competía.

San José tuvo para Jesús verdaderos sentimientos de padre; la gracia encendió en aquél corazón bien dispuesto y preparado un amor ardiente hacia el Hijo de Dios y hacia su esposa, mayor que si se hubiera tratado de un hijo por naturaleza. José cuidó de Jesús amándole como a su hijo y adorándole como a su Dios.

Amaba a Jesús como si realmente lo hubiera engendrado, como un don misterioso de Dios otorgado a su pobre vida humana. Le consagró sin reservas sus fuerzas, su tiempo, sus inquietudes, sus cuidados. No esperaba otra recompensa que poder vivir cada vez mejor esta entrega de su vida. Su amor era a la vez dulce y fuerte, tranquilo y ferviente, emotivo y tierno. Podemos representárnoslo tomado al Niño en sus brazos, meciéndole con canciones, acunándole para que duerma, fabricándole pequeños juguetes, prodigándole sus caricias como actos de adoración y testimonio más profundo de afecto.¹³² Constantemente vivió sorprendido de que el Hijo de Dios hubiera querido ser también su hijo. José amó a Jesús como un padre ama a su hijo, le trató dándole todo lo mejor que tenía. José, cuidando de aquel niño, como le había sido ordenado, hizo de Jesús un artesano: le transmitió su oficio.

a/ Autoridad paterna de José (“Les obedecía”).

El Verbo de Dios se sometió a José, le obedecía y le dio aquel honor y aquella reverencia que le deben los hijos a los padres.

Jesús compartió, durante la mayor parte de su vida, la condición de la inmensa mayoría de los hombres: una vida cotidiana sin aparente importancia, vida de trabajo manual, vida religiosa judía sometida a la ley de Dios (cf. Ga 4, 4), vida en la comunidad. De todo este período se nos dice que Jesús estaba “sometido” a sus padres y que “progresaba en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y los hombres” (Lc 2, 51–52). Cfr. CEC 531.

Jesús veía en su padre José la sombra de la gloria del Padre, su Icono transparente. Bossuet lo expresa elocuentemente: “¿De donde le viene la audacia para mandar a su Creador? De que el auténtico Padre de Jesucristo, el Dios que lo ha engendrado desde la eternidad, habiendo elegido a José para hacer de padre de su único Hijo en el tiempo, le ha iluminado con un resplandor, con una chispa del amor infinito que siente por su Hijo”. (Sermón sobre San José de 1661).

¹³² Cfr. M. GASNIER, *Los silencios de San José* Palabra, 5ª ed, Madrid 1988, 137–138.

La paternidad que refleja y participa de la Paternidad divina inaugurada por Abraham, en José – llamado por los padres de la Iglesia luz de los Patriarcas– llega a su punto culminante. Es la suya una paternidad que no se pone por delante, sino que por el contrario sabe ocultarse y como desaparecer para que emerja la personalidad del hijo, ayudándole a encontrar su propia identidad y misión.

Así deber ser toda paternidad, sea biológica, intelectual o espiritual. Su función no debe ser otra que liberar a los hijos de sus miedos, sus bloqueos, sus tentaciones, sus odios, para abrir a cada uno de ellos –a ese “ser único” e irrepetible que es cada ser personal– la puerta de la confianza, de la fecundidad, de la libertad y del amor, para que sea plenamente hijo –o hija– de Dios, responsable de su vida; ayudándole de este modo a ser el (o ella) mismo, según el designio único e irrepetible que tiene Dios para cada persona. Solo el amor liberador puede ayudarle a ser el (ella) mismo. Mas para ello es preciso recibir de Dios, con la misión, una fuerza como la de la fe de Abraham con la humilde disponibilidad de José de Nazaret.



Es el ejemplo y camino seguro para descubrir la voluntad de Dios y ponerla en práctica para llegar a ser servidor y “coadjutor” de sus planes salvíficos. El es el Padre, guía y educador de la familia de los hijos de Dios, la Iglesia que tuvo su origen en el hogar de Nazaret.¹³³

b/ *José, maestro y educador de Jesús (“Crecía en edad, sabiduría y gracia”).*

Además Jesús, en cuanto hombre “crecía en sabiduría”. ¿Cómo era esto posible y que alcance tenía ese crecimiento?

La mayor parte de los teólogos, como San Buenaventura, Sto. Tomás de Aquino en sus obras primeras, e incluso en tiempos posteriores, como Escoto y Suárez, negaron –sin apoyo alguno en la gran Tradición– que Cristo tuviese una ciencia verdaderamente adquirida, pues, pensaban que era más congruente con la dignidad del Verbo hecho carne afirmar que su Humanidad había poseído desde el principio todos estos conocimientos por ciencia infusa.¹³⁴

Sin embargo, el mismo Tomás de Aquino, para no lesionar la radicalidad con que el Verbo se hace hombre, afirma en sus obras de madurez, rectificando sus anteriores tesis, que hubo en Cristo una verdadera ciencia adquirida, siendo connatural al hombre la actividad abstractiva del intelecto agente, con las características propias de este saber experiencial, en especial, su carácter progresivo. Fue precisamente esa preocupación por salvaguardar la plena humanidad del Salvador la que condujo a Sto. Tomás de Aquino a admitir en su madurez (rectificando en la Suma Teológica su negación anterior) la ciencia experimental adquirida de Cristo. Pero aún entonces rechazó que pudiera aprender algo de cualquier hombre como contrario a su dignidad de “Caput Ecclesiae, quinimmo omnium hominum”.

Esta negación era inaceptable. La piedad cristiana siempre ha intuido que Jesús aprendió de María y de José, a quienes estaba sujeto.¹³⁵ Sto. Tomás, participaba de la idea, teñida de platonismo –

¹³³ Cfr. Guilles LE CARDINAL, *Vivre la paternité. Construire la confiance*, Desclée, París, 23—134 y prólogo.

¹³⁴ Cf. H. SANTIAGO-OTERO, *El conocimiento de Cristo en cuanto hombre en la teología de la primera mitad del siglo XII*, Eunsa, Pamplona 1970; J.T. ERNST, *Die Lehre der hochmittelalterlichen Theologen von der vollkommenen Erkenntnis Christi*, Herder, Friburgo, 1971. Cfr. S. TOMÁS DE AQUINO, *In Sent III*, d.14, q.5, a.3, ad 3; d.18, q.1, a.3, ad 5; S. BUENAVENTURA *In III Sent.*, d.14, a.3, q.2; J. ESCOTO, *In III Sent*, d.14, q.3; F. SUAREZ, d.30, s. 2. Véase la excelente exposición que hace sobre el tema F. OCARIZ, L. F. MATEO SECO, J.A. RUESTRA, *Cristología*, Pamplona, 1991, 214 ss.

común entonces–, de que para ser verdaderamente hombre, sería suficiente satisfacer al tipo intemporal de humanidad, dejando en la sombra un aspecto que es esencial al hombre “viator”: la noción de desarrollo o crecimiento en el tiempo, si –como el propio Santo Tomás enseña– la noción de “ratio” implica la de movimiento y progreso. De ahí su negación de todo aumento de gracia y sabiduría en la vida del Señor –salvo en sus efectos– que parece contraria al texto de S. Lucas, y contradice la condición –necesariamente progresiente, en cuanto “viator”– de quien es plenamente “verus homo”, aunque no “merus homo”.

Si es verdad que podemos distinguir ciencia de visión, ciencia infusa y ciencia adquirida, con todo, no podemos separarlas: “Por el hecho de no existir más que una sola facultad de conocer, esas tres ciencias no forman más que un único conocimiento total, de la misma manera que dicho conocimiento humano total se une al conocimiento divino en la unidad de un solo agente conocedor que es el Verbo encarnado”¹³⁶.

Como hiciera ya en el s. XVII el gran Doctor de Alcalá, Juan de Sto. Tomás, la teología de entreguerras ha estudiado de manera convincente la necesaria conexión entre los tres tipos de conciencia como funciones vitales complementarias para hacer posible el ejercicio de su misión reveladora, parte esencial de la tarea salvífica del Mediador, Sacerdote, Profeta (Maestro) y Rey.

No faltan, por fortuna, esclarecimientos y desarrollos actuales de aquella teología clásica que avanza en la buena dirección, intentando superar sus insuficiencias sin abandonar perennemente válido de aquella fecunda tradición. Una teología renovada ha de compensar con esa atención a la existencia histórica de Jesús de Nazaret las deficiencias de que adolece gran parte de la especulación cristológica del pasado, pero sin abandonar sus logros y riquezas, como tantos han hecho sin el debido control de las fuentes teológicas con una hermenéutica adecuada. Ha de recuperar, en especial, la dimensión histórica de la vida humana de Jesús en su estado de *kenosis*, el aspecto personal de sus relaciones con Dios, su Padre, en obediencia y libre sumisión a María y José, y finalmente, el motivo soteriológico que constituye el fundamento de su misión mesiánica. Esta vuelta y esta mirada renovada al Jesús real de la historia someten a la teología de su psicología humana a una cierta

¹³⁵ Baste este conocido testimonio de Mons. ESCRIVÁ DE BALAGUER: "Pero si José ha aprendido de Jesús a vivir de un modo divino, me atrevería a decir que, en lo humano, ha enseñado muchas cosas al hijo de Dios. Hay algo que no me acaba de gustar en el título de padre putativo... Ciertamente nuestra fe nos dice que no era padre según la carne, pero no es esa la única paternidad" y cita a S. Agustín... "Por eso dice S. Lucas: se pensaba que era padre de Jesús. ¿Por qué dice solo se pensaba? Porque el pensamiento y juicio humanos se refieren a lo que suele suceder entre los hombres. Y el Señor no nació del germen de José. Sin embargo, a la fe y a la caridad de José, le nació un hijo de la Virgen María, que era Hijo de Dios" (Sermón 50,20. PL 38, 351).

"José amó a Jesús como un padre ama a su hijo, le trató dándole todo lo mejor que tenía. José, cuidando de aquel Niño, como le había sido ordenado, hizo de Jesús un artesano: le transmitió un oficio... Jesús debía parecerse a José: en el modo de trabajar, en rasgos de su carácter... No es posible conocer la sublimidad del misterio... ¿Quién puede enseñar algo a Dios?. Pero es realmente hombre, y vive normalmente: primero como un niño, luego como un muchacho, que ayuda en el taller de José; finalmente como un hombre maduro, en la plenitud de su edad.. "Jesús crecía en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres" (Luc. 2,52). José ha sido en lo humano, maestro de Jesús" (Es Cristo que pasa, n.55)

¹³⁶ E. MERSCH, *La Théologie du corps mystique*, t. I, p. 290. La persona divina del Verbo conserva la plenitud de su divinidad en su estado de encarnación. Conserva, pues, la actualidad y la plenitud de su <<ciencia>>, de su <<pensamiento>> común a las tres Personas divinas. Pero si la persona divina asume la naturaleza humana es para existir, actuar y vivir humanamente.

¿Habría que concebir en Jesús dos conocimientos, dos vidas de pensamiento paralelas y sin comunicación alguna entre ellas? No. La unidad de la persona y de la vida personal se opone a tal concepción. Por otro lado, la luz de toda inteligencia creada es participación en la inteligencia divina. Las *tres ciencias* que la tradición teológica atribuye a Cristo hombre: la adquirida por su inteligencia en virtud de sus fuerzas naturales, que son humanas y semejantes a las nuestras; los conocimientos que le vienen infundidos por Dios mismo (connatural a los ángeles), y el conocimiento inmediato e intuitivo de su propia divinidad. No son sino tres grados de participación en el pensamiento divino, pero que constituyen en realidad una sola vida de pensamiento, un solo ser que piensa, una verdadera unidad de conciencia. Cf. M.J. NICOLAS, o. c. 206.

revisión. Es preciso prestar más atención a los misterios de su vida, felizmente recuperados en el nuevo catecismo oficial, muy rico en la mejor teología bíblica.¹³⁷

Si José ha aprendido de Jesús a vivir de un modo divino, me atrevería a decir que, en lo humano, ha enseñado muchas cosas al Hijo de Dios. No es posible desconocer la sublimidad del misterio. Ese Jesús que es hombre, que habla con el acento de una región determinada de Israel, que se parece a un artesano llamado José, ése es el Hijo de Dios. y ¿quién puede enseñar algo a Dios? Pero es realmente hombre, y vive normalmente: primero como niño, luego como muchacho, que ayuda en el taller de José; finalmente, como un hombre maduro, en la plenitud de su edad. Jesús crecía en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres (Lc II, 52).

Jesús debía parecer a José: en el modo de trabajar, en rasgos de su carácter, en la manera de hablar. En el realismo de Jesús, en su espíritu de observación, en su modo de sentarse a la mesa y de partir el pan, en su gusto por exponer la doctrina de una manera concreta, tomando ejemplo de las cosas de la vida ordinaria, se refleja lo que ha sido la infancia y la juventud de Jesús y, por tanto, su trato con José. (*Es Cristo que pasa*, 55,56).



“Con María José estaba destinado –escribe J. Galot– a ofrecer al Niño, para su crecimiento, el cuadro de una vida familiar”, santuario del temor y cuna de la vida que acoge para su crecimiento y educación. “Según el designio del Padre, que había decretado que la Encarnación se habría de cumplir por medio de una generación virginal, no era suficiente que el Niño tuviera únicamente junto a sí, para su desarrollo, la presencia de una madre. Un crecimiento armonioso tiene necesidad del influjo de un padre y de la madre (en íntima comunión de amor). Cuando este influjo conjunto no es posible, el niño no dispone del ambiente familiar necesario para su desarrollo equilibrado”.¹³⁸ Era precisa la influencia educadora no sólo de una madre, sino también de “aquél que a sus ojos representaba más especialmente al Padre celestial, que le había enviado para ser acogido en su familia bajo su autoridad y su amor paterno”.

En él Jesús podía reconocer una perfecta imagen de Padre. He aquí la grandeza de José: a los ojos de Jesús, en el cuadro de una existencia humana muy ordinaria, él era su “abba” (papá, como sin duda le llamaba): representaba el rostro invisible del Padre. De tal modo que José no ha contribuido

¹³⁷ Son muchos los teólogos de nuestros días que ignoran, de modo llamativo, claros datos evangélicos acerca de la misteriosa psicología de Cristo (“verus, sed non purus homo”) –cuando no los someten a una exégesis inadecuada, reductiva, y a veces, corrosiva– no faltan interesantes planteamientos actuales más sensibles a aquellas exigencias. He seleccionado, por su indudable interés, algunas propuestas de J. Maritain (que tanto agradaron, e hizo suyas, poco antes de morir, el gran Teólogo Charles Journet). Estos, y otros autores que no he abordado en mi estudio, ayudan a colmar aquellas lagunas de un modo convincente y respetuoso con la gran tradición, a la cual enriquecen sin abandonarla, en homogéneo y feliz desarrollo.

Cfr. J. FERRER ARELLANO, *Sobre la inteligencia humana de Cristo. Examen de las nuevas tendencias*, en Actas del XVIII Symp. de Teología de la Universidad de Navarra, Pamplona 1998, 465–517. Muestro ahí como la perspectiva alejandrina (de arriba abajo) si bien complementaria a los de inspiración antioquena (de abajo arriba), –más atenta a la plena historicidad de la condición kenótica de siervo del “perfectus homo”–, debe primar sobre esta última, pues no es “purus homo”. De lo contrario encontraremos notables desviaciones como puede comprobarse en numerosas cristologías de abajo arriba no calcedonianas que ahí se examinan, junto con otras propuestas muy valiosas (J. Maritain, V. Balthasar, González Gil, p. ej.) que toman en consideración el pleno reconocimiento de la condición histórica de la existencia pre-pascual de Cristo, superando las deficiencias de la Teología clásica –poco sensibles a la condición histórica del hombre y a la profundización de la noción de conciencia–, pero sin abandonar la gran Tradición en continuidad de homogéneo desarrollo, en la línea ya emprendida antes en la Cristología francesa de entreguerras.

¹³⁸ J. GALOT, *Giuseppe, l'educatore*, en *Gesù nuovo*, Napoles (Marzo–Abril 1995, 74).

sólo al desarrollo humano del Niño de Nazaret, sino que le ha ayudado a comportarse como el Hijo del Padre,¹³⁹ que le había enviado como Redentor al hogar de José, para que lo educara, preparándolo para su misión redentora hasta la inmolación en el Calvario, en armoniosa obediencia a la voluntad del Padre que le había enviado para nuestra salvación, desde el “he aquí que vengo” de su ingreso en este mundo, hasta el “todo está consumado” en su muerte en la Cruz, trono triunfal de su Realeza.

Esta cooperación de S. José —en unión con María su esposa en la educación de Cristo— Cabeza de la Iglesia, forma parte de su participación como Corredentor en la Redención del hombre, que comienza en Nazaret y llega a su culminación en el Calvario, en una de sus dimensiones esenciales. El Redentor salva al hombre asumiendo las dimensiones esenciales de la condición humana (lo que no ha sido asumido no ha sido redimido, según la sentencia patristica). Entre ellas, su condición tempórea e histórica, por la que está llamado a crecer en madurez humana y sobrenatural contando el tiempo.

Este es el fundamento del valor soteriológico —ejemplar y efectivo— del Patriarca de la familia de Nazaret —educador de Jesús nuestro Cabeza— que se prolonga a lo largo del tiempo y del espacio en la educación de los miembros de su Cuerpo místico en orden a la regeneración de la familia; especialmente en este tiempo de dimisión de la función paterna que Paul Josef Cordes califica de “eclipse del padre”, que deja un vacío de orfandad que se encuentra en la raíz del actual desequilibrio personal y social.¹⁴⁰

Trataremos de éste tema en el capítulo VII, en el contexto de la participación del Santo Patriarca —como Padre y Señor de la Iglesia— en la fase subjetiva o aplicativa de la Redención, en el tiempo de la Iglesia peregrinante hasta la Parusía, que es el tiempo de la progresiva dilatación del Reino de Dios hasta su consumación escatológica.

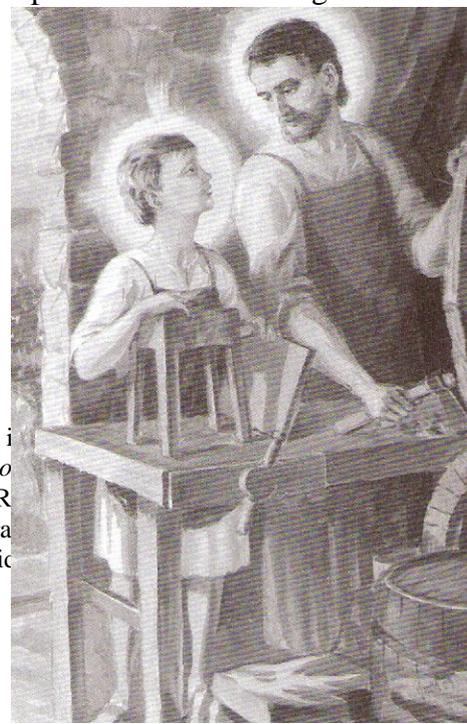
3.5.2 Participación de José en la redención del trabajo humano. “Fabri Filius”.(Cfr. RC, 22 a 24)

Según el axioma patristico “quod non est assumptum, non est redemptum”, la realidad humana del trabajo, dimensión también constitutiva del hombre, según el proyecto divino de la creación fue asumido en la Encarnación del Verbo junto con su dimensión familiar, haciendo de él una realidad redimida y redentora.

El trabajo humano y, en particular, el trabajo manual tienen en el evangelio un significado especial. Junto con la Humanidad del hijo de Dios, el trabajo ha formado parte del misterio de la Encarnación, y también ha sido redimido de modo particular. Gracias a su banco de trabajo, en el que ejercía su profesión con Jesús, José sumió el trabajo humano en el misterio de la Encarnación redentora, haciendo de él una realidad redimida y corredentora.

“El trabajo —escribe San Josemaría—, como dimensión de la persona creada a imagen de Dios, llamado a participar en la obra creadora de Dios es un don de Dios, testimonio de la dignidad del hombre, ocasión de desarrollo de la propia personalidad. Es vínculo de unión con los demás seres, fuente de recursos para sostener a la propia familia; medio de contribuir a la mejora de sociedad, en la que se vive, y al progreso de toda la humanidad”.

Su oficio en aquella época requería destreza y habilidad. En Palestina, un «carpintero» era un hombre singularmente hábil



¹³⁹ J. GALOT, *Padre ed educatore*, Osservatore Romano, 19-III-2005, 8.

¹⁴⁰ P. J. CORDES, *L'ecclesi, un grido*. Milano 2002, 52; son de un gran i SPIRITO, O. F. M. en “Una presenza di la Paternità per l'uomo postmo internazionale sw San José, en Kevelaer, cit (980-1001) también Frère EPHR padre, Ancona 1998, que estudia, en este contexto, el que califica el más gra rechazo de llegar a ser adultos; es decir, asumir la responsabilidad de la paternic

y muy estimado. Construía objetos tan diversos, y tan necesarios y útiles, como vigas, arcas donde guardar la ropa, mesas, sillas, las tablas donde se amasaba la harina antes de llevarla al horno, yugos, artesas... Y utilizaba instrumentos tan distintos como la sierra, el cepillo, la garlopa, el escoplo, la lima, el formón, la azuela, el martillo... Sabía encolar, ensamblar... Conocía bien las diferentes maderas: su calidad, su dureza, para qué era más apropiada cada una.¹⁴¹

“Pero, además de ser participación en la obra creadora de Dios, al haber sido asumido por – Cristo, el trabajo se nos presenta como realidad redimida; no sólo es el ámbito en el que el hombre vive, sino medio y camino de santidad, realidad santificable y santificadora”.¹⁴²

Después del nacimiento de su Hijo san José santificó su trabajo en Cristo y realizándolo con Jesús, durante largos años: “Gracias a su banco de trabajo sobre el que ejercía su profesión con Jesús, José acercó el trabajo humano al misterio de la redención” (RC 22). Se santificó con su trabajo y contribuyó a la Obra de la Redención, ofreciendo su fatigosa tarea a Dios por los hombres.

Si el trabajo es medio de santificación, es porque el trabajo lo santificó y redimió Jesucristo, la Palabra Divina, como todo lo humano que hizo y tocó; este trabajo lo aprendió y comenzó a realizarlo Jesús en compañía y bajo la dirección de José, que fue quien le introdujo en el campo del trabajo, pues era su padre.¹⁴³ Así dice Rafael Matesanz, “trabajaste rezando, rezaste trabajando / en síntesis vital de palabra encarnada. / Al Padre le agradaba la oración de tus manos / esculpiendo latido de afecto familiar”.¹⁴⁴

Tal dimensión divina le fue dada al trabajo a partir de la vida redentora de Cristo. Pero –no está de más recordarlo– los efectos de la redención se anticiparon en su Madre, y por mediación de Ella, en José. Y, por la misma razón teológica, hay que decir que en María y José su virtud era ya cristiana. Así se entiende que de San José se pueda afirmar que su vida profesional, el trabajo, fue el cauce de esa santidad ordinaria que, aprendida precisamente del Evangelio, predicaba el Fundador del Opus Dei y que resumía en su triple lema: santificar el trabajo; «santificarse con la profesión, santificar la profesión y santificar a los demás con la profesión». Es más: su obediencia de la fe unida a la caridad, por la que divinizaba toda su actividad, no era sólo causa ejemplar, sino “causa salutis” para nosotros, contribuyendo subordinadamente a las acciones humanas de Cristo Redentor a la restauración de la vida sobrenatural perdida, “tanto por razón del mérito, como por una cierta eficacia” (Cfr. S. Th., 8,1,1).

El trabajo si es verdaderamente humano, no es un castigo ni un mal necesario, sino un don de Dios. Un trabajo así, no esclaviza, sino que libera y perfecciona al hombre. Es más, si se realiza con perfección humana y sobrenatural, adquiere también un valor divino de santificación y corredención.

El Catecismo de la Iglesia Católica expone esta misma doctrina con palabras parecidas: “El trabajo humano procede directamente de personas creadas a imagen de Dios y llamadas a prolongar, unidas y para mutuo beneficio, la obra de la creación dominando la tierra (cf Gn 1,28; GS 34; CA 31). El trabajo es, por tanto, un deber: “Si alguno no quiere trabajar, que tampoco coma” (2 Ts 3,10; cf. 1 Ts 4,11). El trabajo honra los dones del Creador y los talentos recibidos. Puede ser también redentor. Soportando el peso del trabajo (cf Gn 3,14–19), en unión con Jesús, el carpintero de Nazaret y el crucificado del Calvario, el hombre colabora en cierta manera con el Hijo de Dios en su Obra redentora. Se muestra discípulo de Cristo

¹⁴¹ H. DANIEL–ROPS, *Vida cotidiana en Palestina*, París 1961, 295.

¹⁴² *Es Cristo que pasa*, cit.

¹⁴³ Véase sobre las obligaciones y derechos de un padre en E. JENNI y C. WESTERMANN, *Theologisches Handwörterbuch zum Alten Testament*, Tomo 1, München 1971, col. 1–17. Cfr. también p.e. L. CHRISTIANI, *San José, Patrón de la Iglesia Universal*, Madrid 1978, 101–115.

¹⁴⁴ R. MATESANZ MARTIN, *Siete poemas confidenciales*, en : L. M. HERRÁN, *San José en los poetas españoles*, BAC, Madrid 2001, 271.

llevando la Cruz cada día, en la actividad que está llamado a realizar (cf LE 27). El trabajo puede ser un medio de santificación y una animación de las realidades terrenas en el espíritu de Cristo”. CEC 2427.¹⁴⁵

El trabajo de San José por ser el primero que trabajó con Jesús y para Jesús, merece ser llamado con razón el primer trabajador cristiano. Pío XII le proclamó su patrono al instituir la fiesta de San José obrero el 1 de Mayo.

S.S. Juan Pablo II en la festividad de San José de 1.990 se dirigía a un numeroso grupo de obreros, con estas palabras:

“San José, la persona más cercana al Señor, después de María, Madre Virgen de Jesús, era un trabajador: no un científico ni un doctor de la ley, ni un líder político, ni un sacerdote, sino un “carpintero”.

Y esto no por casualidad, sino por voluntad de Dios Padre. Con ello se pone de manifiesto cuánto cuenta el trabajo humano, por más humilde que sea, a los ojos de Dios, a los ojos de su Hijo Jesucristo, que quiso nacer en una familia de trabajadores y que, como enseña San Pablo, “siendo rico –porque era Dios– por vosotros se hizo pobre a fin de que os enriquezcáis con su pobreza” (2 Cor 8,9).

“¿En qué sentido ricos? En un sentido que sobrepasa el simple dato material y toca la dimensión espiritual de hombre, que es aquella en la que se funda su dignidad de persona. Al elegir para sí como “padre nutricio” un carpintero, y hacerse El mismo carpintero, Cristo ha enriquecido el trabajo humano con una dignidad inigualable. Ahora quien trabaja sabe que realiza algo divino, que puede ponerse en relación con la obra inicial del Creador.

Ya sabemos que en el mundo pagano el trabajo manual era poco estimado, hasta el punto de que era considerado como una actividad indigna de hombres libres. El cristianismo ha cambiado totalmente esta valoración. Desde que el Hijo de Dios aceptó inclinarse sobre el banco de trabajo junto al “carpintero” José, el cansancio físico ha dejado de ser considerado algo innoble, y más bien ha comenzado a ser tenido como un motivo legítimo de orgullo.

Ahora quien se fatiga en el cumplimiento de su deber profesional –cualquier deber, con tal de que sea honesto– puede sentirse “rico” en la dignidad que el Señor ha conferido a todo trabajo y a todos los trabajadores.¹⁴⁶

3.6 Alma sacerdotal de San José.

Desde el descubrimiento de su vocación de padre virginal y mesiánico del Redentor, José “no tuvo otro corazón ni otra vida” (San Josemaría E.) que la de Jesús y María, entregado por entero a un servicio de corredención, que se proyecta intencionalmente, desde los primeros misterios de salvación de la vida oculta de Jesús, confiados a su cuidado directo y autoridad paterna, a los misterios de luz de su vida pública hasta su culminación en el holocausto de la Pasión.

El singular *sacerdocio de José* como parte del triple oficio de su mediación sacerdotal participa –a través de la mediación materna de María, su Esposa– del sacerdocio capital de Cristo –Sacerdote, Profeta y Rey–, “Unus Mediator“, de manera única y singular –siempre en la indisociable unidad de los Tres – que podemos calificar, muy adecuadamente, de paternal; como la gracia que postulaba, haciéndolo posible, su sobrehumano ejercicio, con total dedicación y empeño: “alma sacerdotal” (según la sugerente y una expresión, muy suya, de San Josemaría). “San José –repetía– tenía alma sacerdotal: debía tratar a Jesús como le trato yo en el altar”. (LMH, 28).

José era, en el designio salvífico de Dios, mediador paternal, partícipe del Sacerdocio del Mediador capital de su Hijo y de la Mediación maternal de María su Esposa y Madre espiritual. Hizo de su vida una ininterrumpida oblación como hostia viva agradable a Dios, unido a la entrega sacrificial de su Hijo virginal, en obediencia a la voluntad salvífica del Padre, hasta la muerte y muerte

¹⁴⁵ Cfr. LMH, 27

¹⁴⁶ JUAN PABLO II, *A los obreros de Ivrea*, 19–III–1990.

de Cruz, que conoció antes de su muerte, que ofreció uniéndola intencionalmente a la de su Hijo virginal y a la compasión de su Esposa, la Inmaculada Corredentora.

Creo que aciertan quienes piensan que, como su alma sacerdotal se unía anticipada e intencionalmente al Sacrificio del Calvario, “abdicó” –como María lo hizo con los suyos maternales– de sus derechos paternos, y ofreció –en libre obediencia a la voluntad del Padre de quien era representante y como intérprete en la tierra– a su Hijo en sacrificio. Como otro Abraham, consintió a la muerte de su Hijo; ofreciéndose a sí mismo con María, unido a la oblación sacrificial de Cristo Mediador –junto con María, su Esposa–, como víctima secundaria de propiciación por el pecado. Este gesto de verdadera mediación sacerdotal implica una participación de la mediación sacerdotal de Cristo –llamada capital– que cabe calificar de mediación paterna, unida y derivada de la mediación materna de María, superior y trascendente –por ser de orden hipostático– al sacerdocio ministerial que de ellas deriva como fundamento trascendente.



A esta mediación paterna junto a María y Jesús hacía referencia frecuente San Leonardo de Puerto Mauricio (muerto en 1751). Inspirado por San José, este famoso predicador franciscano del S. XVIII proponía al Santo Patriarca como maestro de vida cristiana y como remedio principal contra el jansenismo de la época, deplorable deformación de la fe cristiana. ¡Alegraos! —decía en sus sermones—, porque el paraíso está cerca de vosotros; la escala que conduce al cielo tiene sólo tres gradas: Jesús, María y José. He aquí cómo *se sube y se desciende por esta escala* (obsérvese *la alusión a la triple mediación sacerdotal*). Para *ascender* vuestras súplicas han de ser antes confiadas a las manos de San José; José las entrega a María; y María a Jesús. En el *descenso*, las respuestas de Jesús las recibe María, y María se las confía a José.... Todos los cristianos pertenecen a José, porque Jesús y María le han pertenecido>>. ¹⁴⁷

Hizo de su vida entera una ofrenda sacerdotal. Siempre estaba en oración. Ni el trabajo en el taller o en los hogares vecinos; ni el descanso, ni siquiera el sueño, impedían su coloquio amoroso con los moradores del Cielo, siempre– día y noche – con la mente y el corazón puestos en Dios, mientras tenía los ojos muy atentos a los acontecimientos de la tierra en perfecta unidad de vida. De ahí su paz y serenidad habituales. “El bien plantado y el del encogimiento de hombros”. Así le oí calificarlo alguna vez a San Josemaría.

¿Como, si no, hubiera podido el Ángel hablarle en sueños cuando hubo que huir a Egipto o volver a Nazareth? Supo con toda certeza que no era un sueño lo que oyó cuando dormía. Era tan habitual en él tener metida la mente en Dios que hasta dormido podía escuchar su voz, entender sus designios y la oración contemplativa vivida en la más sublime intimidad con Jesús y María. Según María Cecilia Baij – en la obra editada por el Beato Ildefonso Schuster que antes citábamos– las manifestaciones de la voluntad divina en sueños como los tres que se describen en el Evangelio de San Mateo –por ministerio angélico– fue habitual en su vida (al estilo, diríamos, de lo que le ocurría a San Juan Bosco).

María tenía un celo apostólico mayor que el de los Doce y si no hubiera sido por razones de decoro, ella sola hubiera recorrido y convertido el mundo. Ahora bien: el orden de la caridad exigía que él fuera el primer sujeto y el único durante todo este tiempo. “Ese gran fuego capaz de abrasar la tierra sólo quemó y consumió el corazón de José durante muchos años” (S. Claude de la Colombière).

¹⁴⁷ San LEONARDO DE PUERTO MAURICIO, *Sermones*, Casterman, 1858, t. II, 24. Este santo ha sido rescatado del olvido por A. DOZE, *Giuseppe. Una paternità discreta*. Trad. It. 1998, 46. Según el A., San José tiene en la Iglesia la función de hacer crecer a sus hijos en la vida espiritual, de modo tal que la madurez y la infancia espiritual crecen en la misma medida.

Y esa *unidad de vida*, esa coherencia e íntima compenetración de la fe y amor encendido en ardiente celo por la salvación de las almas, con la conducta –trabajo, vida familiar y oración– eran consecuencia, quizá inadvertida en lo reflejo, del misterio que se cumplió en su hogar llenándolo de Luz.

José es, pues, ejemplo eminente de la más alta contemplación y de la perfecta unidad de vida entre acción y contemplación, que Santa Teresa pone como característica de las almas que llegan a la meta del camino, hacia la íntima comunión con Dios, que describe en las séptimas moradas, y últimas, del castillo interior.

“De San José dice Santa Teresa, en el libro de su vida: "Quien no hallare Maestro que le enseñe oración, tome este glorioso Santo por maestro, y no errará en el Camino". –El consejo viene de alma experimentada. Síguelo”.¹⁴⁸

«Quiere mucho a San José, quíerele con toda tu alma, porque es la persona que, con Jesús, más ha amado a Santa María y el que más ha tratado a Dios: el que más le ha amado, después de nuestra Madre.

»Se merece tu cariño, y te conviene tratarle, porque es Maestro de vida interior, y puede mucho ante el Señor y ante la Madre de Dios». ¹⁴⁹

Sta Teresa de Liseux, en la fiesta de San José anterior a su muerte, pidió al Santo Patriarca –¡y vaya si fue aceptada su oración!– “la gracia de pasar mi cielo haciendo el bien la tierra”. (Correspondence, II, 966)

Pedro Rodríguez reporta en su monumental edición crítica de “Camino” –comentando el origen del punto 555-¹⁵⁰ un interesante testimonio de la “guía” de San José en la oración de San Josemaría: “Era en Burgos, 6–VI–1938. Iba hacia el Monasterio de las Huelgas, donde investigaba su tesis doctoral. Caminaba despacio, por la mañana, haciendo oración. Lo anotó telegráficamente por la noche.

«Lunes 6 de Junio. Mi oración de la mañana camino de las Huelgas: guiado por S. José, me he metido, con la luz del Espíritu Santo, en la Llaga de la mano derecha de mi Señor».

El acontecimiento le dejó transido todo el día. Cuando por la noche escribe en el cuaderno sigue en la Llaga de Cristo. Por la tarde escribió sobre el tema a Juan Jiménez Vargas, el más antiguo miembro del Opus Dei: «Querido Juanito: esta mañana, camino de las Huelgas, a donde fui para hacer mi oración, he descubierto un Mediterráneo: la Llaga Santísima de la mano derecha de mi Señor. Y allí me tienes: todo el día entre besos y adoraciones. ¡Verdaderamente que es amable la Santa Humanidad de nuestro Dios! Pídele tú que El me dé el verdadero Amor suyo: así quedarán bien purificadas todas mis otras afecciones. No vale decir: ¡corazón en la Cruz!: Jesús mío, ¡que no harán las cinco abiertas en el madero? ¡Corazón, en la Cruz!: Jesús mío, ¡qué más querría yo! Entiendo que, si continúo por este modo de contemplar (me metió S. José, mi Padre y Señor, a quien pedí que me soplara) voy a volverme más chalao que nunca lo estuve. ¡Prueba tú [...] Un abrazo. Desde la Llaga de la mano derecha, te bendice tu padre, Mariano». El A. cita este testimonio para explicar el origen del conocido punto de Camino¹⁵¹

¹⁴⁸ J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Camino*, n. 561.

¹⁴⁹ J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Forja*, n. 554.

¹⁵⁰ “Verdaderamente es amable la Santa Humanidad de nuestro Dios! -Te "metiste" en la Llaga santísima de la mano derecha de tu Señor, y me preguntaste: "Si una Herida de Cristo limpia, sana, aquieta, fortalece y enciende y enamora, qué no harán las cinco, abiertas en el madero?". Camino, 555.

¹⁵¹ Cfr. P RODRÍGUEZ, *Edición crítico-histórica de CAMINO*, Madrid, Rialp, 2002, 684–685. “Verdaderamente es amable la Santa Humanidad de nuestro Dios! —Te "metiste" en la Llaga santísima de la mano derecha de tu Señor, y me preguntaste: "Si una Herida de Cristo limpia, sana, aquieta, fortalece y enciende y enamora, qué no harán las cinco, abiertas en el madero?". Camino n. 555.

<<Sigamos el ejemplo -exhorta Juan Pablo II (RC 31)-, de las almas más sensibles a los impulsos de amor divino», las cuales «ven con razón en José un luminoso ejemplo de vida interior»¹⁵². <<Sé siempre, San José, nuestro protector –le invocaba Juan XXIII-. *Que tu espíritu interior de paz, de silencio, de trabajo y oración, al servicio de la Santa Iglesia, nos vivifique y alegre, en unión con tu Esposa, nuestra dulcísima Madre inmaculada, en el solidísimo y suave amor a Jesús, nuestro Señor.*¹⁵³

Benedicto XVI, gran devoto también del Santo Patriarca, en el Ángelus de 18–XII–2005, quiso subrayar entre los aspectos de la fisonomía espiritual del Santo Patriarca a los que hace referencia su predecesor, el silencio interior contemplativo, maestro de oración en las circunstancias cotidianas de su vida de familia y de trabajo de operario en Nazaret:

“El amado Papa Juan Pablo II, que era muy devoto de san José, nos ha dejado una admirable meditación dedicada a él en la Exhortación apostólica *Redemptoris Custos*, “Custodio del Redentor”. Entre los muchos aspectos que pone de relieve, pondera en especial el silencio de San José”. Su silencio estaba impregnado de contemplación del misterio de Dios, con una actitud de total disponibilidad a la voluntad divina. En otras palabras, el silencio de San José no manifiesta un vacío interior, sino, al contrario, la plenitud de fe que lleva en su corazón y que guía todos sus pensamientos y todos sus actos. Un silencio gracias al cual, san José, al unísono con María, guarda la palabra de Dios, conocida a través de las sagradas Escrituras, confrontándola continuamente con los acontecimientos de la vida de Jesús; un silencio entretejido de oración constante, oración de bendición del Señor, de adoración de su santísima voluntad y de confianza sin reservas en su providencia.

No se exagera si se piensa que, precisamente de su “padre” José, Jesús aprendió, en el plano humano, la fuerte interioridad que es presupuesto de la auténtica justicia, la “justicia superior”, que Él un día enseñará a sus discípulos (cf. Mt 5, 20). Dejémonos “contagiar” por el silencio de San José. Nos es muy necesario en un mundo a menudo demasiado ruidoso, que no favorece el recogimiento y la escucha de la voz de Dios”.

A. Doze, *Le mystère du Saint Joseph*, cit 383-402. El A. hace esta sugerente reflexión, comentando un texto de San Juan de la Cruz: “Una sola Palabra habló Dios Padre, que fue su Hijo, y esto habla siempre en eterno silencio y en silencio ha de ser oído del alma” (Puntos de amor, 21): San José, el hombre del silencio, imagen de Dios Padre, dice también en su vida una sola palabra: Jesús, que contiene todos “los tesoros de sabiduría y ciencia” (Rm. 11,33. De una Sabiduría “oculta a los príncipes de este mundo” (1 Co 2, 7-8), que habitó en su Casa, escondida durante treinta años, la mayor parte de su vida. “Cuando se fue de la casa de José, a ser bautizado, lo hizo con la finalidad de que, por nuestro Bautismo, pudiésemos entrar en ella”: la casa de José, imagen de la Trinidad del Cielo y camino para llegar a él. Ella es el único mundo en el que es posible tener acceso a la sabiduría que se revela a los pequeños; “a aquella infancia espiritual necesaria para entrar en el Reino de Dios (Mt 18, 3). Es ahí, en ese “mundo” (la Casa de José) del Unigénito del Padre e Hijo de María, donde aprendemos a vivir confiadamente como hijos de Dios Padre.

En su interesante estudio, A. Doze hace notar que fue María la que reveló las maravillas ocultas en la casa de José a dos mujeres: la gran Teresa de Jesús –en el proceso de la fundación del monasterio de su Ávila, en los orígenes fundacionales de la reforma del Carmelo–¹⁵⁴ y a la hermanita Bernardette, cuando atribulada por su marcha a Nevers, lejos de la gruta de Lourdes que tanto añoraba, se sintió misteriosamente atraída por la

¹⁵² JUAN PABLO II, Exhor. Apst. *Redemptoris custos*, 15–VIII–1989, 31.

¹⁵³ Juan XXIII, AAS, 53, 1961, 262.

¹⁵⁴ Sta Teresa es, sin duda, una de las primeras mujeres de la historia que entró, gracias a la Virgen, en el misterio de San José, el cual la salvó de la muerte, como lo hizo con el Niño Jesús. (Ella le atribuyó su curación en la grave enfermedad que pasó en casa de su padre, a poco de entrar en el Carmelo). Fue el Señor –según cuenta en el libro de su vida el que le pidió en la Comunión, que trabajara con todas su fuerzas en la fundación de un monasterio dedicado a San José. Él –le dijo– protegería una de sus puertas, nuestra Señora la otra, “Jesús estaría en medio, en nuestra Casa”. Este monasterio sería una estrella que brillaría con gran esplendor: un pequeño Nazaret en el que no entraría el espíritu del mal.

Después de confesar en la Iglesia de Sto Domingo en la que tantas veces lo había hecho –muy afligido por las miserias pasadas que había confesado ahí– percibió la presencia de la Virgen a su derecha y a su padre San José a la izquierda, que la cubrían con una vestidura que significaba que estaba ya purificada de sus pecados. Ela le aseguró de la protección de San José comunicándola cuanto le agradaba su devoción su devoción al glorioso San José.

ermita de San José del jardín de nueva residencia conventual, donde se refugiaba con frecuencia y a donde conducía a sus enfermos. Ahí “se sentía más feliz que una reina en su trono”, como un anticipo del Cielo.

Es en ese “mundo” de la casa de José donde el Santo Patriarca sigue protegiendo –a los que pertenecen a ella de modo consciente y voluntario, por gracia especial de Dios– de los ataques y engaños del enemigo. Ahí encontró Bernardette la escuela que enseña la oración sencilla de los hijos de Dios que conduce principalmente a la perfecta unión de acción y contemplación que tan admirablemente describe Teresa de Jesús en la séptimas moradas del castillo interior, en las que desaparecen todos los fenómenos externos extáticos. A ese ideal de vida cristiana conduce, San José, maestro de oración y de confiado abandono al amor providente y paternal de Dios. San Josemaría E. decía a sus hijos “a esa familia pertenecemos”. Con su ejemplo y su palabra enseñó el modo de encontrar ese “mundo de José” sin salir de las tareas ordinarias de “este mundo”, en perfecta unidad de vida, haciendo de la ofrenda de su propia vida –unida la de la trinidad de la tierra sacramentalmente presente en el Sacrificio eucarístico–, con alma sacerdotal, un servicio de glorificación de Dios y corredención, poniendo la Cruz en las entrañas del mundo, para salvarlo.

3. 7 José, Corredentor con María en el Sacrificio del Calvario.

El “fiat” inicial de María y José -con silenciosa obediencia- es el comienzo de un proceso de cooperación a la obra redentora –con alma sacerdotal– que abarca todos y cada uno de los instantes de la vida su Hijo desde la Encarnación hasta su Pasión y muerte en el Calvario. En la Cruz llega a su consumación toda una vida de fe y amor que dan valor corredentor a todas y cada una de las acciones y sufrimientos de María y José en íntima asociación a su Hijo (RM 39). En la cumbre del Calvario se consuman y alcanzan cumplimiento acabado el “ecce venio” (Heb. 10,7) con que Jesucristo, el Hijo de Dios, empezó su mortal carrera, el “ecce ancilla” (Lc 1,38) con que María se pliega a los planes redentores del Altísimo y el elocuente silencio de José que hizo cuanto se le había ordenado aceptando como proveniente de Dios (RC 4) el misterio -que ya presentía- realizado en María, su esposa, “escondido desde siglos en Dios”. La doble anunciación a María y a José, en Nazaret con que comienza la acogida del Verbo encarnado en el seno de María en la casa de José para nuestra salvación, *proyectó* junto al Hijo, a su Madre y a su padre virginales a la cumbre del Gólgota, íntimamente asociados en el doloroso alumbramiento de la vida sobrenatural restaurada, que brota de los Tres Corazones unidos de la trinidad de la tierra, el camino –no hay otro– hacia la comunión salvífica en la *Verdad* y la *Vida* de la Trinidad del Cielo.

Fué en la Cruz cuando “emergió de la definitiva maduración del misterio pascual” (RM,23) aquella radical maternidad espiritual de la Inmaculada Corredentora –y subordinadamente a ella, la paternidad singular y única a que estaba llamado su esposo–, respecto a la Iglesia; que comenzó a constituirse en germen, cuando María y José consintieron en acoger en su familia al Verbo encarnado, como cabeza de un organismo en plenitud de vida comunicativa cuando llegó “la hora de Jesús” en la Cruz gloriosa de la que iba a vivir su Cuerpo, la Iglesia¹⁵⁵.

Fueron grandes las privaciones sensibles y sufrimientos que en vida padeció San José, de carácter más interior y espiritual que físico. Pero entre todos ellos el más agudo fué sin duda su consentimiento anticipado de la Pasión y muerte de su Hijo en amor obediente a la voluntad del Padre que le había enviado, tal y como estaba dispuesto en el decreto de predestinación de la Familia de

¹⁵⁵ Aunque formalmente constituida en el misterio pascual –en acto segundo– puede decirse que “la generación de Cristo es –en acto primero– el origen del pueblo de Dios, y el natalicio de la Cabeza, el natalicio del Cuerpo” (San LEÓN, *Sermo de Nat. Dni.*, PL 54,213). Son elementos constitutivos de ese “acto 1º”, con la gracia de la humanidad de Cristo –que contiene de manera virtual toda la mediación sacerdotal y vida de la Iglesia, que es su “pleroma”–, los planes fundacionales– ideas, resoluciones, actuaciones presentes en la mente, voluntad y poder de Jesús –en virtud de los cuales se iría edificando la Iglesia nacida, en “acto 2º”, del misterio Pascual. María, asociada a Cristo en todo el proceso salvífico, participó en todo él “con su fe obediente y su ardiente caridad” (LG 61) de corredentora, que es la razón formal de su maternidad, respecto al Cuerpo místico, Esposa de su Hijo primogénito. Lo mismo cabe decir de la vida teológica de José, hecha posible por su plenitud progresiva de gracia paternal que recibió de Dios para cumplir su misión de padre virginal y mesiánico del Redentor, que es el fundamento de su paternidad respecto a la Iglesia de la que es Padre y Señor.

Nazaret a realizar la Redención del mundo. Fue, sin duda, un agudo dolor para José el no estar presente en aquella “hora”.

“Simeón les anuncia que aquel Niño de pocos años será *signo de contradicción*, porque algunos se obstinarán en rechazarlo, y señala también que María habría de estar íntimamente unida a la obra redentora de su Hijo: *una espada atravesaría su corazón*. La espada de que les habló Simeón expresa la participación de María en los sufrimientos de su Hijo; es un dolor inenarrable, que traspasa su alma. María vislumbró enseguida la inmensidad del sacrificio de su Hijo y, por lo mismo, su propio sacrificio. Dolor inmenso, sobre todo, porque en aquel momento en que es llamada Corredentora sabe que algunos no querrán participar de las gracias del sacrificio de su Hijo. El anuncio de Simeón, «la espada en el corazón de María –y añadimos inmediatamente: en el corazón de José, que es uno con ella, *cor unum et anima una*– no es más que el reflejo de la lucha por o contra Jesús. María está, así, asociada (...) al drama de los cien actos diversos que será la historia de los hombres. José está asociado a ello, en la medida en que un padre le es posible estar asociado a ello, en la medida en que un esposo fiel y amante puede estar asociado a todo lo que atañe a su esposa».¹⁵⁶ Mucho más en el caso de San José: cuando oyó a Simeón, también una espada atravesará su corazón.



Aquel día se descorrió un poco más el velo del misterio de la Salvación, que llevaría a cabo aquel Niño que se les había confiado. Por aquella nueva ventana abierta a su alma contempló el dolor del Hijo y de su esposa. Y los hizo suyos. Nunca olvidaría ya las palabras que oyó aquella mañana en el Templo”.¹⁵⁷

José conoció y vivió anticipadamente el drama de la pasión desde los primeros misterios de la infancia de Jesús. Y acepta la parte que le corresponde en él, que fue precisamente sufrido en su corazón, a la vez que preparaba la víctima y compadecía a nuestra Madre dolorosa. El no asistir a él fue quizá uno de sus grandes dolores. Pero aceptó siempre los planes divinos de la Providencia. Y cuando Dios dio por cumplida su misión en la tierra, salió silenciosamente, inmolando su vida por la regeneración del mundo.

Con toda justicia el cardenal Lepicier, verdadero y profundo teólogo entre los escritores de San José, le llama «Corredentor perfectísimo». Dios le dio un conocimiento especial de este misterio, valorando a la luz del mismo el ministerio para el que era elegido, pues le correspondía preparar y custodiar la víctima, participando en grado eminentísimo en los frutos de su sacrificio y cooperando en la misma forma para el bien del género humano.

San José no solo coopera –como todos estamos a hacerlo– a la redención subjetiva del género humano, que es la aplicación de los méritos adquiridos por Cristo a cada uno de los hombres, sino también a la redención objetiva o adquisitiva, a la obra redentora en general, poniendo su parte unida a Cristo y a María, en reunión del tesoro de gracia, que constituye la fuente donde brotan los bienes de la redención, dispensados después a cada uno de los redimidos.

¹⁵⁶ L. CRISTIANI, *San José, Patrón de la Iglesia universal*, Rialp, Madrid, 1978, 66.

¹⁵⁷ F. Fz CARVAJAL, *Hablar con Dios*, t. IV190–1.

También San José, a semejanza de María, prestó su libre consentimiento a los planes divinos. Cuando el ángel le revela el misterio obrado en su esposa por obra del Espíritu Santo, la acoge inmediatamente en su casa y se entrega con su mayor solicitud a ministerio que se le pide, el cual comprende su colaboración a la obra salvadora de Jesús, ya que el ángel le dice: «Dará a luz un Hijo, a quién pondrás por nombre Jesús, porque salvará a su pueblo de sus pecados». (Mt. 1, 23).

José entrega todo su ser en manos de Dios y acepta los sufrimientos que le deben corresponder en el plan salvífico divino, ofreciéndolos en unión del sacrificio de Cristo Redentor. Su sacrificio, aún sin presenciar el drama sangriento de la pasión, fue perfecto. El Santo se inmola a sí mismo silenciosamente, viviendo anticipadamente en su corazón la crucifixión dolorosísima de Cristo, las amarguras indecibles de su santa esposa.¹⁵⁸



Puede afirmarse -con el Cardenal Lepicier- que San José participó más que ningún otro, después de la Santísima Virgen, en la Pasión de Cristo, cuyos dolores, en conjunto, fueron los mayores que pudo padecer ninguna criatura por su inseparable e íntima unión con Jesús y con María. El mar de amargura de ambos se refleja en el corazón de San José. Y en proporción a la unión está, por otro lado, el mayor conocimiento de este tremendo misterio del dolor que tuvo el Santo ya por la revelación del ángel y la profecía de Simeón, ya también por las confidencias íntimas de Jesús y por los presentimientos que en su alma ponía el Espíritu Santo. Por su voluntaria aceptación de su vocación de Padre y Señor de Familia predestinada a ser instrumento de salvación del mundo entero (“causa salutis”) y generoso ofrecimiento a participar en la cruz del Señor, para satisfacer más abundantemente, por todos los hombres, la cooperación dolorosa de San José es la mayor después de la de María -y como ella única y singular en cuanto participante con el Redentor en la redención objetiva, no solo aplicativa-, e incomparablemente mayor que la que puede atribuirse a otros santos.¹⁵⁹

¹⁵⁸ B. LLAMERA, *Ibid.*

¹⁵⁹ Cfr. B. LLAMERA, o. c., que cita numerosos AA. que defienden esta doctrina, que creo teológicamente cierta. El Beato Ildefonso Cardenal SHUSTER editó y prologó la inspirada “Cida de San José” de la sierva de Dios María Cecilia BAIJ (1694–1776), abadesa durante 20 años del monasterio de las religiosas de San Benito en Montefascone, de cuyas inspiradas obras fue el santo Cardenal de Milán estudioso atento y divulgador. En esa obra de elevada inspiración mística aparece confirmada la tesis de numerosos autores que, como el Cardenal Lepicier de la participación corredentora de María y de José en el Sacrificio del Calvario. He aquí algunos textos significativos entre otros muchos

“Yo seré tratado como ya está escrito de Mí y se cumplirán perfectamente todas las Escrituras” -le oía decir a Jesús Niño-. Todo esto significaba para nuestro José un continuo dolor, que como espada le hería su amoroso corazón.

Su corazón estaba traspasado por un agudo dolor al pensar cuánto el Divino Redentor habría sufrido a lo largo de su vida y decía a menudo a su esposa: -“¡Oh esposa mía, cómo nuestro Dios me tiene en un mar de consuelo por las muchas Gracias que nos comparte y por haberse dignado estar con nosotros queriendo nacer de tí, mi querida y amada esposa!, pero al mismo tiempo me tiene en un mar de amargura, haciéndome saber por tí, lo que Él sufrirá y padecerá en el transcurso de su vida.

Deseo que llegue pronto el tiempo para mostrar al mundo cómo Yo amo a mi Padre Divino y cómo amo al mundo; mientras tanto para redimirlo he bajado del Cielo a la tierra, me he encarnado y me he hecho hombre, y de buena gana abrazaré el sufrimiento y la misma muerte para cumplir la obra de la Redención humana”, oía repetir con frecuencia a su Hijo. José quedó herido en su corazón al oír las palabras proféticas que el anciano Simeón dijo a su esposa, porque recibió de alguna manera lo que significaba esto y aunque procuraba mostrarse valeroso, se afligió sin embargo el Santo y lloró amargamente y de allí en adelante siempre llevó gravadas en su corazón esas palabras, las cuales le sirvieron de continua pena y de agudo dolor.

Luego, al estar solos, San José le manifestó a su esposa lo que le había sucedido en el Templo, los misterios que había entendido, y el dolor con el cual había quedado traspasado su corazón por la profecía de Simeón. Todo se lo narraba con muchas lágrimas y suspiros y le decía a menudo: -“¡Ah, esposa mía, que grande será el dolor que deberás sufrir!, no sé que será de mí, y si estaré presente en tus penas, pero si esto fuera, ¡cómo podrá soportarlo mi corazón!-. Lloraba

CAPÍTULO VI

amargamente el Santo y la Divina Madre lo consoló, diciéndole que no temiera, porque su Dios proveerá todo y los asistirá con su Divina Gracia. –“Dios está con nosotros, le decía, no tenemos que temer, remitámonos todos a su Divina Voluntad. Por ahora gocemos y alegrémonos de que a vuestro Jesús lo hemos rescatado y es todo nuestro, por lo cual podemos gozar de su Presencia y gustar su amabilidad y dulzura. El pensamiento de que Jesús está con nosotros, que es todo nuestro, nos tiene que mitigar toda amargura”–.

La vida de José es un continuo itinerario de dolores y gozos, de los que son especialmente significativos los siete clásicos de la difundida e inspirada devoción popular recomendada e indulgenciada por los Pontífices. J. A. DEL NIÑO JESÚS, *San José, su misión, su tiempo, su vida*, Valladolid 1965 (sobre el Niño perdido y hallado en el templo, 247 ss).



C.Giaquinto

4 A AQUELLOS QUE JUSTIFICÓ, LOS GLORIFICÓ.

Participación singular de S. José glorificado en la redención subjetiva, por mediación de la Eucaristía “que hace la Iglesia” peregrina –edificada sobre Pedro– principio e instrumento del Reino de Dios, hasta su plenitud escatológica en la Parusía. (Parte I, 4–1 a 4–3)

4.1 Muerte y glorificación de S. José.

San José murió poco antes de comenzar Jesús su vida pública, pues no vemos que aparezca, por ejemplo, en las bodas de Caná –hubiera sido, de no ser así lógica su asistencia–, ni en tantas otras narraciones de milagros y hechos de Jesús, y, sobre todo, cuando Él muere en la Cruz ¡jamás habría abandonado San José a Jesús en ese trance si hubiera vivido!. Que San José ya había muerto, nos lo confirma el hecho de que Jesús encomienda los cuidados de su propia Madre a Juan, dando a entender que ya no existía José, pues si no, es obvio que la hubiera confiado a su Castísimo Esposo.

La Tradición sitúa la muerte de San José entre los 50 o 55 años, asistido por Jesús y María. Jesús mismo le animaría a esperar la felicidad eterna, prometida a los que aman al Señor. Su muerte fue la más apacible y tranquila que pueda gozar el justo. El sentido de la fe del Pueblo de Dios lo ha considerado, desde tiempo inmemorial, patrono de la buena muerte.

También nos dice la Tradición que el cuerpo de San José no sufrió la corrupción y resucitó el mismo día de la resurrección de Jesús, entre ellos Gerson y Suarez, quienes lo incluyen en el número de resucitados aquél día (Mt 27,53). Todos estos honrarían la resurrección del mismo Jesús, y el día de la Ascensión subirían con Él al cielo, y el primero de todos, San José, por ser el padre virginal de Jesús.

La intimidad familiar con que contemplaba San Josemaría la vida del hogar de Nazaret le llevaba también a contemplar «la muerte del Santo Patriarca, que según la tradición, estuvo acompañado de Jesús y de María», en su dichoso tránsito al “seno de Abraham”, donde anunció de parte del Señor la próxima redención que abriría las puertas del cielo a todos los justos que esperaban el advenimiento del Mesías esperado. «Y los justos se estremecerían de esperanza y de agradecimiento. Rodearían a José y entonarían un cántico de alabanza que ya no se interrumpiría en los siglos venideros».

Aunque no todos aceptan esta opinión, se ha ido imponiendo cada vez más la afirmación de muchos autores que piensan, con argumentos sólidos, que *el cuerpo* de San José, unido a su alma - con corazón paternal-, se encuentra también glorioso en el Cielo, compartiendo con Jesús y con María la eterna bienaventuranza.

Consideran que la plena glorificación de San José tuvo lugar probablemente después de la resurrección de Jesús. Uno de los fundamentos en que se basa esta doctrina, moralmente unánime desde el siglo XVI, es el dato que aporta San Mateo de los sucesos que ocurrieron a la muerte del Señor; ... *muchos cuerpos de los santos, que habían muerto, resucitaron*.¹⁶⁰ Doctores de la Iglesia y teólogos piensan que Jesús, al escoger una escolta de resucitados para afirmar su propia resurrección y dar más realce a su triunfo sobre la muerte, incluiría en primer lugar a su padre adoptivo. ¿Cómo sería el nuevo encuentro de Jesús y San José! «El glorioso patriarca –afirma San Francisco de Sales– tiene en el cielo un crédito grandísimo con aquel que tanto le favoreció, conduciéndole al Cielo en cuerpo y alma (...). ¿Cómo iba a negarle esta gracia a quien toda la vida le obedeció? Yo creo que José, viendo a Jesús (...), le diría: “Señor mío, acuérdate de que cuando bajaste del Cielo a la tierra te recibí en mi familia y en mi casa, y cuando apareciste sobre el mundo te estreché con ternura entre mis brazos. Ahora tómate en los tuyos y, como te alimenté y te conduje durante tu vida mortal, cuida tú de conducirme a la vida eterna.”¹⁶¹ Jesús se sentiría dichosísimo al complacerle.



La excelsitud y el grado de gloria –consumación de la plenitud de gracia paternal– que recibió el Santo Patriarca, proporcionalmente a su misión y a los dones otorgados, ha de colocarse, después de la Santísima Virgen, en el más alto lugar.

A San Josemaría le daba mucha alegría ver plasmada esta gloria de San José en los numerosos cuadros que encontró por América. Cuando alguien le preguntaba directamente donde estaría el cuerpo de San José, le contestaba:

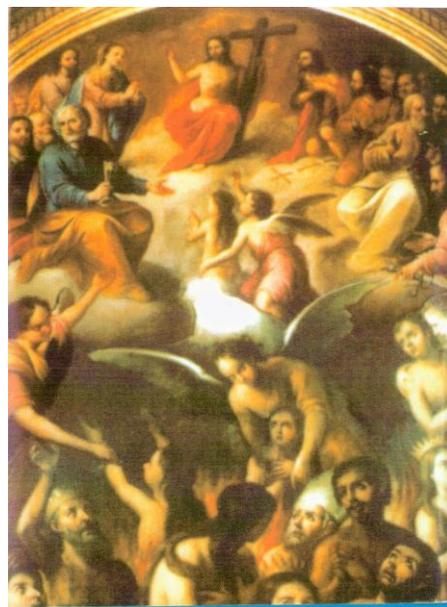
“En el Cielo hijo mío. Si hubo muchos que resucitaron –lo dice la Escritura– cuando resucitó el Señor, entre ellos estaría, seguro, San José”. (...) “Cada vez que medito el misterio de la Asunción de Nuestra Señora, lo hago unido a San José, que tendría como una especie del complemento de gloria accidental, al ver que subía su Esposa Santísima. De modo que una alegría muy grande. El es hombre. No era, es. Es hombre. Ponte tú en su caso y piensa”.

¹⁶⁰ Mt 27, 52.

¹⁶¹ SAN FRANCISCO DE SALES, *Sermón sobre San José*, 7, en *Obras selectas de ... BAC*, Madrid 1953, vol 1, 351.

“Es natural que sea así. No puede ser de otra manera, comentaba en Quito al contemplar una imagen de San José con el Niño Jesús que le coronaba”.¹⁶²

La Asunción de María al cielo no fue otra cosa que el efecto pleno de su progrediente plenitud de gracia “paternal” en su momento terminal. Ésta que fue la causa de aquella íntima comunión gloriosa con Cristo glorificado en el ser y en el obrar, en virtud de una “refluencia” o redundancia en la carne de la plena divinización del alma (Cfr. Sto. Tomás, in Ev. Jo. c.1, X). Lo mismo puede decirse, por analogía, de la glorificación en cuerpo y alma del Santo Patriarca –en esta hipótesis más que probable, en tanto que siempre asociado a su Hijo y Esposa virginales–, forman con Cristo glorioso, Cabeza de la Iglesia, un sólo instrumento de la donación del Espíritu Santo a la Iglesia, en unidad indisociable con la mediación capital de Cristo y –en ella fundadas– *materna* y *paterna* de María y José. Como fueron asociados a tener parte activa e inmediata en la Redención que culmina en el holocausto del Calvario (la mediación ascendente o redención objetiva) es lógico que, ya glorificados, lo sean también en la aplicación de sus frutos, por su indisociable mediación –descendente– de los Tres en el misterio de la Iglesia nacida del costado abierto de Cristo, que es tanto como decir –en sentido pleno inclusivo– de los tres Corazones unidos de Jesús, María y José. Ocáriz juzga, con razón, demasiado débiles y metafóricas, expresiones tales como “cuello” o “acueducto” para referirse a la Mediación Materna de María, Madre de la divina gracia.¹⁶³



José, en su momento, fue el custodio legítimo y natural, cabeza y defensor de la Sagrada Familia. Si está indisociablemente unido con su Hijo y Esposa virginales en la Redención objetiva desde los inicios de Nazaret –semilla de la Iglesia nacida en la “hora de Jesús” (Jn 12, 23; 13,1)– hasta el Calvario, es lógico también que proteja ahora y defienda con su celeste patrocinio en la aplicación de sus frutos salvíficos en el tiempo de la Iglesia peregrina nacida del costado abierto de los tres Corazones unidos de la trinidad de la tierra hasta la Parusía, tanto a los vivos como a los difuntos que se purifican en el purgatorio. La Iglesia de Cristo, San Josemaría la veía como la familia de los hijos de Dios, prolongación de la Familia de Nazaret. “A esa familia pertenecemos”, repetía de continuo.¹⁶⁴

San José es realmente Padre y Señor, que protege y acompaña en su camino terreno a quienes le veneran, como protegió y acompañó a Jesús mientras crecía y se hacía hombre, hasta su ingreso en el cielo. Se trata, pues, de la presencia salvífica que ejerce sobre la Iglesia, como exponemos a continuación –en y a través de la Eucaristía de la que vive la Iglesia–. En ella se funda su Patrocinio sobre la Iglesia Universal, del que trataremos en el próximo capítulo.

Son varias las veces en que repite San Josemaría: «Quiero que vosotros y yo formemos parte de esa familia de Nazaret», la familia predestinada a acoger en la historia al Redentor. De esa familia humana de la que formó parte Dios Hijo formamos parte todos los cristianos –porque el Bautismo nos ha hecho hijos de Dios en Jesucristo, primogénito entre muchos hermanos–. Y Él y nosotros somos el

¹⁶² LMH, 44 ss. Sobre la glorificación de S. José, su historia y su problemática, puede consultarse *Teología de San José*, del P. B. LLAMERA, BAC 108, que el c. 6 expone con seriedad y detenimiento todo lo que los teólogos de San José han ido exponiendo sobre el tema. Citando al cardenal Lepicier, estima “que dentro de la fe católica puede defenderse que ha resucitado ya en carne, contándose en el número de aquellos de que habla San Mateo”. Y cita, entre los que defienden esta sentencia, a Gerson, San Bernardino de Siena, Isolani, Cartagena, Bernardino de Bustis, Suarez, Selmayr, Trombelli, San Francisco de Sales, San Alfonso María de Ligorio.

¹⁶³ Cf. F. OCÁRIZ, “*La Mediazione materna*”. Romana, 1987, II p. 317.

¹⁶⁴ León XIII, Carta Encicl. *Quamquam pluries* (15 de agosto de 1889): l.c., pp. 177–179.

Cristo total, según la expresión definitiva de San Agustín. San José entonces tendrá para nosotros, en el orden místico –sacramental, de las mediaciones eclesiales (de ellas trataremos en el epígrafe siguiente)–, las mismas relaciones que tuvo con Jesús. Es nuestro Padre y Señor, cabeza de la Familia de Dios, Familia de Familias, en la que fructifica, por obra del Espíritu que brota del Costado abierto de Cristo en la Cruz gloriosa, la semilla de la Familia de Nazaret. A esa familia pertenecemos: “la casa de José”. (Cfr. LMH, 56)

4.2 Inserción del ministerio paterno de San José glorificado en la triple mediación, de la Inmaculada, la Eucaristía y el ministerio petrino, en la edificación de la Iglesia peregrina hasta la Parusía.

Son tres las mediaciones necesarias e indisolubles para la edificación de la Iglesia, como instrumento de la dilatación del Reino hasta su plenitud escatológica en la Parusía del Señor– que algunos movimientos de la Iglesia llaman, con sugerente y amoroso simbolismo, “las tres blancuras”: la Inmaculada, la blanca Hostia y la blanca sotana del Papa –, según un orden de prioridad fundante; que derivan –y participan– de la Única Mediación Capital de Cristo.

La primera, la mediación materna de la Inmaculada –participada por la mediación paternal de S. José–, hace posibles las otras dos, comenzando por la Eucaristía, que aplica, en el orden de la redención subjetiva, los frutos salvíficos del Sacrificio de Cristo en el Calvario que María, la Inmaculada Corredentora, con la cooperación de José, cabeza de la Familia de Nazaret, contribuyó a adquirir en el orden de la relación objetiva. Su presenciarización sacramental en la Eucaristía, de la que vive la Iglesia, incluye, pues, la presencia de la trinidad de la tierra en el ejercicio de su dinamismo salvífico – capital, materno y paterno – sobre la Iglesia.

La Eucaristía –la segunda mediación– es, a su vez, la razón formal de la tercera, el ministerio petrino, que fue instituido por Cristo para asegurar la unidad en la fe y en la comunión que dan vida a la Iglesia. Pedro, la roca firme, garantiza la recta celebración del sacrificio eucarístico –del que vive la Iglesia– hasta que Él venga (cfr. 1 Cor 11, 26), como *principio de unidad en la fe y en la comunión* del sacerdocio jerárquico capacitado, por el carácter del orden, a renovar, *in persona Christi*, el divino Sacrificio del Calvario.

Las tres mediaciones –participadas y subordinadas al Único Mediador, Cristo redentor– son universales. Creo que nadie, verdaderamente católico, dudaría la doble impronta mariana y petrina en toda la actividad salvífica de la Iglesia en su integridad. Pero, no todos lo admitirían –como lo afirma la más genuina tradición que, según mi interpretación, hace suya Juan Pablo II– respecto a la Eucaristía.¹⁶⁵ Veamos porqué.

4.2.1 Universalidad de la mediación eucarística hasta la Parusía.

Cristo Redentor según el designio salvífico de Dios, ha querido asociar a la Iglesia, su Esposa, como corredentora, en la dispensación del tesoro Redentor, mediante la celebración del Sacrificio eucarístico en el que radica el mismo origen y existencia de la Iglesia y toda su actividad salvífica, que se ordena a la Eucaristía como a su fuente, centro y culminación. “La Cruz lo hace todo, la Misa lo aplica todo”¹⁶⁶. La primera es sacrificio de Cristo solo, al que quiso asociar a su Madre, la Inmaculada

¹⁶⁵ Según la tesis que aquí exponemos, también debe afirmarse lo mismo de San José y, de modo indisoluble y participado respecto a la de María, su Madre según el Espíritu.

¹⁶⁶ E. SAURAS, ver nt.10. Véase el capítulo II de la Encíclica “Ecclesia de Eucharistia”. La *Resurrección* no merece la gracia que reconcilia con Dios, ni satisface por el pecado (*mediación ascendente*), sino que lleva –en cuanto es *merecida* por el amor obediente del Redentor a lo largo de todos los “acta et passa” de su vida, de un infinito valor

Corredentora. La segunda es sacrificio de Cristo y de su Esposa, la Iglesia, que debe aportar, como corredentora –en el orden de la redención subjetiva–, lo que falta a la Pasión de Cristo (Gal 1, 14), “para que se realice la obra de la redención”, aplicando sus frutos a través del tiempo y del espacio. Como María, su tipo y figura perfecta, fue asociada en la redención objetiva a todos los dolores del nuevo Adán –que ofreció heroicamente en unión de su Hijo con amor obediente, como nueva Eva– también la Iglesia peregrina –edificada sobre Pedro, y siempre bajo Pedro y en Pedro– debe intervenir en la aplicación del tesoro redentor –en el orden de la redención subjetiva–, de modo tal que Cristo nos comunique –por su Espíritu, fruto de la Cruz– su Vida y sus otros dones a ella ordenados (caracteres, carismas, etc.), con la cooperación de su Esposa, que lo hace presente sacramentalmente entre nosotros, por el ministerio del sacerdote, en el misterio eucarístico: es decir, precisamente en cuanto sacramentado.

¿Porqué ha querido Dios aplicar el tesoro de gracia del Espíritu vivificante que brota de la Cruz de Cristo contando siempre y en todo con la cooperación de la Iglesia que celebra la Eucaristía por el ministerio de los sacerdotes? La respuesta que da el Magisterio es: para mayor gloria de su Esposa inmaculada (que nace de su Costado abierto y de la espada de dolor de la Mujer) San Agustín afirma, de modo sugerente, que como buen Esposo, no hace nada sin contar con su Esposa, que adquirió al precio de su Sangre. Por eso, quiere hacerla partícipe de su triunfo en la Cruz gloriosa (cfr. Jn 12, 23) sobre la potestad de las tinieblas (Col 1, 13), del príncipe de este mundo, al que “echa fuera” en el progresivo establecimiento de su Reino hasta su plenitud escatológica (cfr. Jn 12,30). Es decir, no sólo en cuanto está en el cielo, sino –siempre y sólo– en cuanto “sacramentado”, por la acción litúrgica de la Iglesia que celebra la Eucaristía, fuente, raíz y centro de la gracia, que vivifica la Iglesia, en su integridad: tanto las gracias de mediación –caracteres sacramentales, carismas–, como de santificación, como instrumento y arca universal de salvación del mundo entero; pues “la Iglesia hace la Eucaristía y la Eucaristía hace la Iglesia”.¹⁶⁷

Sin embargo, parece imponerse, del examen atento de las fuentes teológicas, que hemos estudiado detenidamente en otros estudios aquí citados,¹⁶⁸ la respuesta afirmativa, que es sostenida por

satisfactorio y meritorio– a su plenitud (en el orden de la *mediación descendente*), el triunfo de Cristo sobre el pecado y el “príncipe de este mundo” en la Cruz gloriosa, en la “hora” de la glorificación del Hijo del hombre (Jn 12, 31), que nos reconcilia con Dios. Por eso dice el Apóstol: “murió por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación” Rm 4, 25).

¹⁶⁷ DE LUBAC, *Meditation sur l'Eglise*, París, 1968, p. 101. *Corpus Mysticum: l'Eucharistie et l'Eglise au Moyen age*, 1946, del mismo A. La frase, acuñada por De LUBAC. (*Ibid*), ha sido asumida por la catequesis de Juan Pablo II, y por el mismo Catecismo de la Iglesia Católica de 1992 (CEC 1396). Cfr. J. FERRER ARELLANO, *La Eucaristía hace la Iglesia* en *Scripta Theologica* XXXIII (2001), 243–258. *Almas de Eucaristía*, Madrid, Palabra 2004, Palabra 2004.

De este tema he tratado frecuentemente en otros escritos. En especial en *Almas de Eucaristía* (reflexiones teológicas sobre el significado de esta expresión en San Josemaría Escrivá. Madrid).

No todos los teólogos admiten esta doctrina que acabo de exponer en breve compendio, según la cual Cristo glorificado, al realizar la aplicación del tesoro redentor, *lo hace siempre contando con la activa cooperación de la Iglesia, su Esposa*, único instrumento de redención universal (L G 9b), precisamente –y sólo– *en tanto que sacramentado*; es decir, *en relación con el misterio eucarístico (cuya raíz es la renovación sacramental del Sacrificio de Cristo, en “la hora” de la glorificación del Hijo del hombre (Jn 12,13) para aplicar sus frutos en cooperación con su Esposa la Iglesia)*. Toda la gracia deriva, sí, –dicen– de Cristo glorioso, fuente de la gracia, sacramentalmente presente en la Eucaristía. Pero no la dispensa en su totalidad “en tanto que sacramentado” *“prout et quatenus adest sub speciebus. Probandum esset rem ita disposuisset ut gratiam nullam concederat nisi in conexione cum praesentia sacramentali”*. (J. A. ALDAMA, *De Eucharistia* p. 398). La misma posición –por no distinguir entre la Eucaristía sacrificio y la Eucaristía sacramento de la presencia permanente (ambos aspectos de efecto universal), de la comunión sacramental como uno de los siete sacramentos (de efecto específico), aparece reflejada en el libro del Comité para el jubileo del año 2000, *La Eucaristía, sacramento de la vida nueva*. “No podremos sacar la conclusión de que la Eucaristía es manantial de la gracia para los demás sacramentos, o manantial de toda la vida de la gracia. Sólo Cristo es la fuente, y no lo es únicamente a través de la Eucaristía. La Eucaristía no puede ser vista como el canal a través del cual pasan todas las corrientes de la gracia. Ella, sin embargo, da la presencia de Cristo, que, a su vez, es el dueño soberano de la efusión de la gracia. Aquél que quería nutrir a la humanidad con la propia vida ha elegido la Eucaristía como medio *privilegiado* para ahondar en toda la profundidad de la vida humana y transformarla en vida divina”.

¹⁶⁸ Un resumen de la argumentación puede verse en *Mariam Corredemption and sacramental Mediation*, en actas del IV Simposio 2003. En español apareció en *Inmaculata mediatrix*, 1993

Santo Tomás, brillantemente expuesta por Juan de Sto. Tomás y otros muchos autores; muy especialmente, por E. Sauras, que ha estudiado profunda y extensamente el tema en otros estudios.¹⁶⁹

A la luz de estas reflexiones se entiende, quizás con más hondura, el sentido y el alcance de la radicalidad de las enseñanzas del fundador del Opus Dei, San Josemaría Escrivá, sobre la centralidad de la Eucaristía como fuente de toda la gracia salvífica en el plan divino de salvación del mundo. He aquí dos textos especialmente significativos en los que se hace eco de las tesis que hemos reivindicado aquí de la más antigua tradición, que con tanto vigor expone Sto. Tomás y tantos AA. después de él (bastante olvidada en estas últimas décadas y vigorosamente propuesta en la reciente Encíclica de Juan Pablo II, “Ecclesia de Eucaristía”):

«El sacrificio (eucarístico) de Cristo, ofrecido al Padre con la cooperación del Espíritu Santo, eterniza en nosotros la Redención... *El amor de la Trinidad a los hombres hace que de la Eucaristía nazcan*, para la Iglesia y para la humanidad, *todas las gracias*»¹⁷⁰

«Cristo vive en su Iglesia... en sus sacramentos, en su liturgia, en su predicación, en toda su actividad. De modo especial Cristo sigue presente en nosotros, en su entrega diaria de la Sagrada Eucaristía... La presencia de Jesús vivo en la Hostia Santa es la garantía, la raíz y la consumación de su presencia en el mundo»¹⁷¹.

Precisamente porque es *raíz de toda la vida sobrenatural* –o su fuente (“Eucharistia fons, cetera sacramenta rivuli”, había escrito el Catecismo del C. de Trento)– *no existe* –tal es el sentido del texto que acabamos de citar– *otra “garantía” de la presencia salvífica de Cristo salvador en el mundo, por cualesquiera medios de santificación, que su presencia eucarística*, pues de ella derivan eficientemente –y a ella se ordenan como fin y culmen de la vida de la Iglesia–, tanto de origen sacramental como extrasacramental. *Si desapareciera la Eucaristía, desaparecería la Iglesia.*



Pero la Iglesia es indefectible; las potestades de las tinieblas jamás podrán conseguirlo. (Cfr. Mt. 16, 18). Quizá por eso el Señor ponga en relación el enfriarse de la caridad y la apostasía de los últimos tiempos “¿acaso encontrará fe sobre la tierra?”, que da lugar a la tribulación suprema “cual no la ha habido ni la habrá” –cuyo tiempo será abreviado en gracia a la oración de los elegidos –con “la abominación de la desolación en el lugar sagrado” (Mt 24, 21 ss)¹⁷², predicha por Daniel. Esta no es otra que “la desaparición de la Hostia y el sacrificio perpetuo”: del Sacrificio eucarístico, según la exégesis patristica a Dan. 9,27¹⁷³.

¿No se da a entender ahí (Mt 24, 21 ss.) que la abominación en el culto, cuyo centro, culmen y raíz es el misterio eucarístico, da lugar a la desolación en el mundo, que redimido por Cristo, se convierte en un “desierto salitroso e inhabitable” (Jer. 17, 6) por secarse las fuentes de agua de vida (Jer. 2, 13–15)? Desde esta perspectiva, la intervención del castigo purificador del mundo de

¹⁶⁹ Cfr. E. SAURAS, Comentarios a q. XIII de la S. Th. de la edición bilingüe de la BAC (que cita y resume otros escritos del A.), al que es de justicia destacar entre otros AA. como De la Taille, Filagrassi, Dieckamp, K. Rahner, De Lubac, Journet, etc... Este último autor escribe “*toda la gracia santificante del mundo depende de la gracia de la Iglesia, y toda la gracia de la Iglesia depende de la Eucaristía*” (*L’Eglise du Verbe Incarné*, París 1986, 145 ss, t. II, p. 670), cit. por PABLO VI. (Alocución 15–IX–65)

¹⁷⁰ *Es Cristo que pasa*, n. 86. Los subrayados son míos (también en la cita siguiente).

¹⁷¹ *Es Cristo que pasa*, n.102. El subrayado es mío.

¹⁷² Cfr. Mt. 24 y lugares paralelos.

¹⁷³ Cfr. Dan. 8,12; 11,32.

la tribulación suprema “cual no la ha habido ni la habrá” (Mt 24, 21) que va unida a la justicia divina, aparece como una gran misericordia, pues se impide así una destrucción del mundo total e inevitable, por haber perdido su única razón de ser: la glorificación de Dios, que solo el sacrificio eucarístico propiciatorio por el pecado puede procurar.

Sin olvidar que como enseñó Ezequiel con tanta fuerza, Dios no permite este “retirarse” del templo, de su presencia salvífica en él (la “schekinah” en el arca de la alianza, prefiguración de la Inmaculada y de la Eucaristía, confiados a la fiel “custodia de San José”, terror de los demonios), sino como castigo por la infidelidad de su pueblo, y muy especialmente por la degradación del sacerdocio instituido para asegurar el culto de alabanza, gratitud y desagravio por el pecado, que le es debido; tan relacionados aquélla con éste, por otra parte.¹⁷⁴ En la nueva y definitiva alianza en su Sangre, el Señor nos ha garantizado su presencia entre nosotros hasta el fin de los siglos por “el Sacrificio eucarístico”. Por eso, la amenaza de desaparición del mismo por la abominación de la desolación en el lugar sagrado, le “obliga” a intervenir en el curso de la historia, para evitar que la abundancia del mal enfríe la vida teologal de caridad y de fe sin la que, en justo castigo, desaparecería su presencia salvífica en la Eucaristía, y –con ella– la misma Iglesia, pues la Iglesia hace la Eucaristía y la Eucaristía hace la Iglesia.¹⁷⁵ He aquí la razón última de la “tribulación suprema, cual no la ha habido ni la habrá”,¹⁷⁶ del “final del tiempo de los gentiles”,¹⁷⁷ que alude al fin de la ocupación de la ciudad Santa “por ellos hollada” coincidente con la apostasía de las naciones convertidas al cristianismo, necesitadas de una nueva evangelización.

En esta perspectiva, los “dolores” de la tribulación suprema aparecen como una oportunidad que ofrece la misericordia divina para purificar la humanidad –el “resto fiel” de la misma, aumentado y acrisolado con el crisol de la tribulación– y preparar así la humanidad renovada como primicias del Reino consumado que establecerá el Señor con su venida.

Puede considerarse, pues, esa suprema tribulación como el período culminante de la Pasión mística de la Iglesia –de Cristo glorioso en sus miembros– que completa la medida prevista por la Providencia de sufrimientos corredentores que faltan a la Pasión de Cristo, como preludio de la Resurrección triunfante de la Iglesia, una vez completado el número de los elegidos que forman el Cristo total.

La justicia divina exige que haya una especie de “compensación”, en la balanza divina, de la falta de expiación voluntaria corredentora, por expiaciones producidas a modo de castigo medicinal, que contribuyan a la salvación de muchos en virtud de su libre aceptación como medio de purificación y corredención. “El amor sustitutorio es un dato central en el cristianismo”, –del dogma cristiano de la comunión de los santos–, “y la doctrina del purgatorio dice que para ese amor no existe la frontera de la muerte”¹⁷⁸. “La intercesión de los santos ante el juez no es algo meramente externo, cuyo éxito quede pendiente del imprevisible parecer del juez. La intercesión es, ante todo, un peso interno que se echa en la balanza y que puede hacerla ladearse de su parte”¹⁷⁹. Sólo por la intensidad de los dolores y del amor

¹⁷⁴ Cf. L. BOUYER, *La Biblia y el Evangelio*, 1977, c. v, el problema cultural.

¹⁷⁵ La frase de De LUBAC. (*Ibid*), ha sido asumida por la catequesis de Juan Pablo II, y por el mismo Catecismo de la Iglesia Católica de 1992 (CEC 1396). En los apocalipsis sinópticos (Mt 24,21 y Cfr. Mr 13, y Lc 21), se dice que si no se acortasen aquellos días de la gran tribulación, cual no ha habido ni la habrá, no se salvaría nadie, pero en atención a los elegidos se acortarían. Son los días de la *abominación* desoladora en el lugar sagrado: “la desaparición de la Hostia” y el Sacrificio eucarístico, del que vive la Iglesia, profetizada por Cristo en vísperas de su Pasión. Esa abominación es desoladora porque tiene, como consecuencia, la *desolación*: la corrupción y la muerte a la vida sobrenatural –que sobreviene cuando se ciega la fuente de aguas vivas que brotan de su Costado abierto en la Cruz gloriosa, salvíficamente presente a lo largo del tiempo y del espacio en virtud de la renovación sacramental eucarística del Sacrificio del Calvario, “*que hace*” *el sacerdocio ministerial, de la que vive la Iglesia*, la cual que, como “sacramentun salutis mundi”, está llamada a recapitularlo todo en el Cristo total por redundancia de la plenitud de la gracia de Cristo presente en ella.

¹⁷⁶ Mt, 24, 21; Dan, 12, 1 Joel 2, 2

¹⁷⁷ Luc. 21, 24.

¹⁷⁸ RATZINGER, *Escatología*, 216.

¹⁷⁹ H. U. Von BALTHASAR. o. c., II, 441.

reparador de ese tiempo escatológico de tribulación está justificada la denominación del mismo como "la Pasión de la Iglesia" por excelencia¹⁸⁰, pues los sufrimientos redentores la acompañan desde el comienzo, –y además– los actos realizados en la caridad tienen un valor y unas repercusiones ilimitadas y trascienden el espacio y el tiempo¹⁸¹.

Por eso, Jesús invita a sus discípulos a levantar la cabeza con gozo "cuando sucedan estas cosas", por que "se aproxima vuestra redención": Con la "redención del cuerpo" (Rm, 8,23), que sería "transformado a semejanza del cuerpo glorioso de Cristo" (Fil. 3,21), la llegada en plenitud del Reino, por el que clamamos en el padrenuestro, con la victoria definitiva del Señor sobre el pecado, el demonio y la muerte. Ese Reino que ha tenido comienzo en la Iglesia como sacramento universal –y única arca– de salvación, que no es idéntico al progreso humano –sin que le sea, por otra parte, indiferente (G. S. 39)– no llegaría a su plenitud sin los "dolores de parto de toda la creación", que "gime y sufre", sometida a vanidad, especialmente en los sufrimientos de la tribulación suprema hasta ser "liberada de la servidumbre de la corrupción, anhelando la manifestación de los hijos de Dios"¹⁸².

Se cumplirá entonces la plegaria del Señor por la unidad (Jn 19), que anunció proféticamente en su parábola del buen Pastor; "y al final habrá un sólo rebaño y un sólo Pastor" (Jn 10, 21), que alimenta la esperanza ecuménica de la Iglesia, pues judíos y gentiles formarán un sólo pueblo de Dios (Rom. 11,25 ss.) identificado con la humanidad –los elegidos, cuando se complete su número que sólo Dios conoce– renovada por el triunfo de la Cruz operante en el misterio eucarístico. Como dice la declaración "Nostra aetate", del profético Concilio Vaticano II, "*la Iglesia, juntamente con los profetas y el mismo Apóstol, espera el día, que sólo Dios conoce, en que todos los pueblos al Señor con una sola voz y le servirán como un solo hombre*" (n. 4).

4.2.2 *Presencia fundante de la mediación materna y paterna de María y José en la Eucaristía.*

En el capítulo VI de la Encíclica de Juan Pablo II "Ecclesia de Eucharistia" ("En la escuela de María, Mujer Eucarística") hace notar el Papa de María la profunda relación que tiene María con la Eucaristía, no sólo por razones de ejemplaridad –que expone de modo admirable en la mayor parte de su contenido–, sino de verdadera presencia en ella, personal y salvífica, cuya naturaleza no precisa el Santo Padre (tratándose de un tema todavía poco estudiado, en un documento magisterial es lógico que no lo haga). He aquí un resumen de la sobria enseñanza de la Encíclica sobre esta misteriosa presencia.

Al ofrecer su seno virginal para la Encarnación redentora, consintiendo a cooperar con su Hijo a la obra de la salvación desde el "fiat" de Nazareth, hasta el "fiat" del Calvario, "estaba haciendo suya la dimensión sacrificial de la Eucaristía"¹⁸³ que hace salvíficamente presente, la compasión de María unida –cor unum et anima una– a la Pasión redentora del Señor, para aplicar sus frutos con la cooperación de la Iglesia. Por ello, "María está presente en todas nuestras celebraciones eucarísticas" (n. 57). "En el memorial del Calvario ("haced esto en conmemoración mía" Lc 22, 19) está presente todo lo que Cristo

¹⁸⁰ Cf. A. PACIOS, *La Pasión de la Iglesia*, Madrid 1970.

¹⁸¹ "Ese movimiento de la gracia, que me salva de un grave peligro, ha podido ser determinado por ese otro acto de amor realizado esta mañana o hace quinientos años por un hombre muy oscuro cuya alma correspondía misteriosamente a la mía, y que recibe así su salario". Así escribió de manera profunda y sugerente León BLOY, en *Meditation d'un solitaire*. Y así mismo en *Le Désespéré*: "todo hombre que produce un acto libre proyecta su personalidad en el infinito... un acto de caridad, un movimiento de verdadera piedad canta por él las alabanzas divinas desde Adán hasta el fin de los siglos, sana a los enfermos, consuela a los desesperados, calma las tempestades, rescata a los cautivos, convierte a los infieles y protege al género humano" (Cit. Ch. JOURNET, *L'Eglise du Verbe Incarné*, t. II, 666).

¹⁸² Rom. 8,21 ss. Cf. JUAN PABLO II, *Redemptor hominis*, n.8.

¹⁸³ "Con toda su vida junto a Cristo y no solamente en el Calvario hizo suya la dimensión sacrificial de la Eucaristía. En la presentación oyó al anciano Simeón el anuncio de la espada de dolor del Calvario, realizado en el "Stabat Mater" de la Virgen al pie de la Cruz (n. 56 a).

ha llevado a cabo en su Pasión y muerte. Por tanto no falta lo que Cristo ha realizado en colaboración con su Madre para beneficio nuestro” (n. 5.7 a).

Con respecto a la dimensión más propiamente sacramental de la Eucaristía como tabernáculo de la presencia permanente de Cristo en estado de víctima, la Encíclica hace notar que está en continuidad con la encarnación redentora¹⁸⁴. “Al recibirlo en la Eucaristía debía significar para María como un acoger de nuevo el Corazón que había latido al unísono con el suyo cuando preparaba en Ella el Espíritu Santo un cuerpo apto para el sacrificio expiatorio,¹⁸⁵ y revivir lo que había experimentado en primera persona al pie de la Cruz”.¹⁸⁶

Profundicemos en los presupuestos e implicaciones de estas afirmaciones de la Encíclica con algún detenimiento.

María es cooferente –a lo largo de toda su vida corredentora, que culmina en el supremo desgarramiento de su Corazón en la Pasión– del sacrificio de Cristo y de su propia compasión. La Santa Misa, renovación sacramental del sacrificio del Calvario a lo largo del tiempo y del espacio para aplicar sus frutos, con la cooperación de la Iglesia –en el orden de la redención subjetiva–, incluye, por tanto, la cooperación corredentora de la nueva Eva asociada al nuevo Adán –de manera única (“*prorsus singularis*” LG 61) en la restauración de la vida sobrenatural, en el orden de la redención adquisitiva.

La mediación materna de María, incluye, pues, la más alta participación de la Mediación capital de Cristo, sacerdotal, profética y real, que es superior (no sólo de grado, sino en esencia, por ser “de orden hipostático”), a la que es propia del sacerdocio ministerial que participa de ambas –capital y maternal– en unidad dual. Según el Magisterio, en efecto. María no sólo aceptó –asociándose a él– el sacrificio de la cruz consumado en un determinado momento de la historia, sino también en su extensión en el tiempo. Por eso es tan real su presencia –como Corredentora, Mediadora en el Mediador– en la Santa Misa como en el Calvario¹⁸⁷. Es más, esa presencia activa de la Corredentora en el Sacrificio Eucarístico continúa de modo inefable en el Santísimo Sacramento, en íntima unión con Cristo sacramentado, “corazón viviente de la Iglesia”, que vive de la Eucaristía”.¹⁸⁸

Cristo no está solo en estado de víctima, sino que “se está inmolando”, “*in actu signato*”. Cristo Nuestro Señor continua pidiendo, en el Sagrario y con un incesante clamor –en unión –“*Cor unum et anima una*”– con la Inmaculada Corredentora– de compensación propiciatoria, que se apliquen sus satisfacciones y méritos infinitos pasados a tales o cuales almas. “*Interpellat pro nobis primo representando humanitatem suam quam pro nobis assumpsit*”. Pero no sólo lo hace así presentando sus llagas como credenciales de los méritos pasados. También lo hace “*exprimendo desiderium quae de salute nostra habet*”. De este deseo participan los bienaventurados, según el grado de su caridad. (S. Th. III, 83,1).¹⁸⁹

¹⁸⁴ León XIII, en la C. Enc. “*Mirae Charitatis*”, decía que según el testimonio de los Santos Padres: “*Eucharistia continuatio et amplificatio quaedam Incarnationis censenda est*”.

¹⁸⁵ Cf. Hb 10, 5–7.

¹⁸⁶ n. 56 b.

¹⁸⁷ Es muy amplia la bibliografía sobre el tema, G. CROCETTI, *Maria e l'Eucaristia nella Chiesa*, Bologna 2001, AA.VV, *Maria e l'Eucaristia*, Roma 2000, a cura di E. M. TONIOLO, que ofrece al final del volumen una amplia bibliografía, que comienza con los estudios publicados en la Actas del Congreso mariológico de 1950, *Alma Socia Christi*, y de diversas sociedades mariológicas sobre este tema y concluye con amplio elenco de publicaciones sobre él, en orden alfabético de autores (pp. 310–330).

¹⁸⁸ Cfr. CH. JOURNET, *Entretiens sur Marie*, Parole et Silence, Langres–Saint–Geosmes, 2001, que afirma : <<*l'Eucharistie, Marie, le Pape, "c'est tout un", c'est à dire cela forme une unité indissociable*>> (« Les Trois Blancheurs »).

¹⁸⁹ Cfr. H. DE LUBAC, *Catolicismo. Los aspectos sociales del dogma*, Madrid 1988, 81 ss. Sobre este tema trato ampliamente en mi libro, *La doble dimensión petrina y mariana de la Iglesia*, de próxima publicación, completada y actualizada.

La oración siempre viva en Cristo glorioso presente en la Eucaristía, –participada por sus miembros bienaventurados, expectantes activamente de la consumación del Reino de Dios (cfr. Apoc. 6, 10, que nos habla de su clamor debajo del altar, para acelerar su advenimiento)– es el “alma” del santo sacrificio de la Misa y continúa activamente eficaz en un incesante clamor en el tabernáculo, “hasta que vuelva” (1 Cor 11, 26). Entonces, cuando se haya dicho la última Misa, continuará la oración de Cristo glorioso y sus miembros glorificados, en la Jerusalén celestial, en permanente alabanza a la Trinidad en torno a Cristo Rey, María, Reina del Corazón del Rey, y José, gran patriarca y soberano junto a su Esposa e Hijo virginales de la Jerusalén celestial. Sólo cesará la oración de petición, porque ya Dios será todo en todos, después de haber puesto sus enemigos debajo de sus pies y entregado su Reino ya consumado al Padre cuando Él vuelva. (1 Cor 15, 17–18). Por eso hay una presencia de la Iglesia celeste que participa en el sacrificio eucarístico, como también de la Iglesia purgante y militante, que se benefician de su valor propiciatorio, por vivos y difuntos durante el tiempo histórico de la Iglesia peregrina”. *Panis ille... corpus Christi... si bene accepistis, vos estis quod accepistis. Apostolus enim dicit: “Unus panis, unum corpus multi sumus”. Sic exposuit sacramentum mensae dominicae*”.¹⁹⁰ Pero la presencia de María en la Eucaristía es singular y trascendente a la del resto de los bienaventurados, en virtud de su asociación única de la Madre del Redentor a su obra salvífica, que se hace sacramentalmente presente en la Eucaristía para aplicar sus frutos.

Este es el fundamento teológico de la experiencia de fe de almas marianizadas –cada vez más frecuente, a juzgar por autorizados testimonios–, que perciben *junto a la presencia del Señor en la hostia*¹⁹¹ *consagrada una “singular” presencia inefable de María*, real también. No se trata, obviamente, de una presencia por transubstanciación, sino por inseparabilidad en la oblación sacrificial de los Corazones unidos del Corredentor y la Corredentora, “*Cor unum et anima una*”. *E incluso –en el fundador del Opus Dei– de S. José –en tanto que pertenece también al orden hipostático*.¹⁹²

En la Eucaristía, donde Jesús está real y verdaderamente presente, descubre la presencia de San José: de *una manera inefable*. Tal es la calificación teológica que da San Josemaría a esta luz que afirma haber recibido de Dios.

«Siempre, cuando venimos a verte, ahincar las rodillas en tierra, tenemos la pena de estar poco tiempo cerca de Ti; y agradecemos a ese coro de Ángeles que hay en torno tuyo que te hagan la corte.

«Pero en estos últimos tiempos, el Señor me ha hecho ver más. Me ha mostrado, piadosamente, que, de alguna manera inefable, a Él –inerte, mucho más inerte que en la cuna de Belén– María y José no le dejan. Alguna presencia hay de la Madre de Dios y del que hizo las veces de padre. ¡Cerca de Ti están! ¡Cerca de nosotros! ¡Yo les agradezco la compañía que te hacen! Y no puedo separar la Hostia de la Sagrada Familia, de esa Familia de Nazaret que me enamora, que me entusiasma, que es como el corazón de la familia del Opus Dei».¹⁹³

¹⁹⁰ S. AGUSTÍN, PL, 33, 545. El Espíritu Santo, que “conduce a la verdad completa” (Job. 16. 13), va iluminando con creciente profundidad esa idea de la tradición patristica a las almas especialmente dóciles a sus mociones, sobre una presencia especialmente intensa y operativa de María y de José en el Sagrario, los cuales forman con Jesús una “trinidad de la tierra”. Es sintomático el autorizado testimonio del fundador del Opus Dei, que citábamos en el texto, sobre su seguridad en la presencia inefable y real, aunque, claro está, no sustancial como la del Señor en la Eucaristía, de la Santísima Virgen y de San José”. Si durante su vida en la tierra no se separaron de Él su Madre y el Santo Patriarca, ahora seguirán acompañándole en el tabernáculo, donde está más inerte todavía. Otro testimonio interesante es, en el mismo sentido, el Hno de Estanislao José, de las escuelas cristianas, , que aparece en la biografía que de él ha escrito el Hno. Ginés María, Madrid 1981. Se trata de una presencia única y singular respecto a la que es propia del resto de los bienaventurados, que depende –y se funda– de la compasión de la Corredentora, en la que participa de modo inefable su esposa.

¹⁹¹ Cfr. Card. JOURNET, *Entretiens sur Marie*, cit. C. III. (Valga –como ejemplo entre muchos– Mgr. O. MICHELINI, “Confidencias de Jesús” –3 volúmenes–, traducido a numerosas lenguas).

¹⁹² Puede consultarse sobre el tema la conocida *Teología de S. José* del P. B. LLAMERA de la BAC, o la más reciente de F. CANALS VIDAL, *San José, Patriarca del Pueblo de Dios*, Barcelona 1988.

¹⁹³ Son estas palabras un fragmento de la breve homilía que pronunció antes de administrar la Comunión en la Misa del día de Corpus Christi, en la Chacra, Buenos Aires, en 1974. Resumen concentrado de todo el <<cariño teológico>>, que había aumentado de un modo impetuoso, según el testimonio de D. Álvaro del Portillo. Cit por LMH, Ibid .

Esta singular presencia de María y José en la Eucaristía podría explicarse –en efecto– teniendo en cuenta esta indisociable inseparabilidad de la trinidad de la tierra en todas y cada una de las fases de la obra redentora, tanto objetiva –exclusiva de los Tres que concurren en la constitución del orden hipostático redentor hasta el Calvario– como subjetiva –hasta la Parusía–, aplicando a Ella la doctrina de Sto. Tomás sobre la necesaria concomitancia –natural o sobrenatural– con respecto a la presencia “per modum substantiae” del Cuerpo y la Sangre de Cristo Sacerdote (que renueva de modo sacramental incruento la entrega redentora de su vida en el holocausto del Calvario por el derramamiento de su preciosísima Sangre), que acontece “vi verborum” (por la fuerza de las palabras de la doble transustanciación).¹⁹⁴ El Aquinatense hace referencia solo a la indisociable inseparabilidad en Cristo glorioso de su cuerpo, sangre, alma, su Humanidad, unida hipostáticamente a la divinidad del Verbo que se encarna para redimirnos en María.

Pero puede extenderse, obviamente, también a la Madre y al Padre Virginal del Redentor, por la pertenencia indisociable de los Tres al orden hipostático en el ser y en el obrar salvífico, si bien de modo diverso en cada uno de ellos.

José pertenece también, recuérdese, al orden hipostático, pero no como María, de modo intrínseco –relativo, por su cooperación maternal en la constitución del ser teándrico del Dios–hombre, único Mediador entre Dios y los hombres–, y (“operari sequitur esse”) en su obra salvífica, como Mediadora en el Mediador; sino de modo extrínseco–relativo.

Desde el punto de vista de su dimensión biológica; pero con una relación a él no meramente extrínseca y mediata – por razón de su matrimonio con María– sino directa, esencial e inmediata con la Encarnación. José es padre de Jesús no por generación, sino por constitución divina. Y ello en una doble dimensión.

Ésta es la razón formal constitutiva de su paternidad virginal –y mesiánica–, no según la carne y según el Espíritu, como la divina Maternidad de María, sino sólo según el Espíritu –por la fe y la caridad–, que no puede menos de tener repercusiones en el orden operativo salvífico, con alguna asociación con María –su Esposa– en la línea corredentiva, participada de la Corredentora.

S. José (“la sombra de Dios Padre”, o “su Icono transparente”, se le ha llamado) es, en efecto, de modo no accidental, sino constitutivo de su identidad, en el ser y en el obrar, custodio del “arca de la alianza” (María su Esposa, Madre del Redentor); a modo de “Querubín” de flameante espada (cfr. Gn 3, 24), que guarda el “huerto sellado” de la fecunda Virginitad de María, que contiene al que nos redimió en el el “árbol de la vida” -la Cruz salvadora plantada en el monte Calvario, al final del Via Crucis” del Hijo virginal de José que comienza en la angustia del “huerto de los olivos”- el Mesías Salvador, que quiso ser acogido y educado para su misión de “Redentor del hombre” en el hogar familiar de José –no según la carne, pero sí según el espíritu–, asociándolo –con su Madre, la Corredentora, de manera misteriosa– a su obra salvífica de restauración de la vida sobrenatural perdida en el pecado de los orígenes en el “huerto de las delicias”.

4. 3 La oblación de los Corazones unidos de Cristo, la Inmaculada y su Esposo Virginal, es el alma del sacrificio eucarístico, del que vive la Iglesia peregrina, edificada sobre Pedro. El anhelo expectante de los Bienaventurados por el Reino consumado.

En el momento culminante de la muerte “in fieri” de Cristo en el Calvario, acto infinitamente meritorio, en una mirada panorámica esclarecida por la visión beatífica, conoció uno a uno todos los ofrecimientos que la Iglesia haría de su muerte expiatoria en el rito del sacrificio eucarístico,

¹⁹⁴ “Ex supernaturali concomitantiae” –diría Sto Tomás del alma y la divinidad de Cristo con respecto a la presencia “per modum substantiae” del Cuerpo y la Sangre de Cristo Sacerdote (que renueva de modo sacramental incruento la entrega de su vida en el holocausto del Calvario por el derramamiento de su preciosísima Sangre), que acontece “vi verborum transubstantationis””. Véanse textos en A. PIOLANTI, *El Misterio Eucarístico*, Madrid 1958, t.I, 327–334.

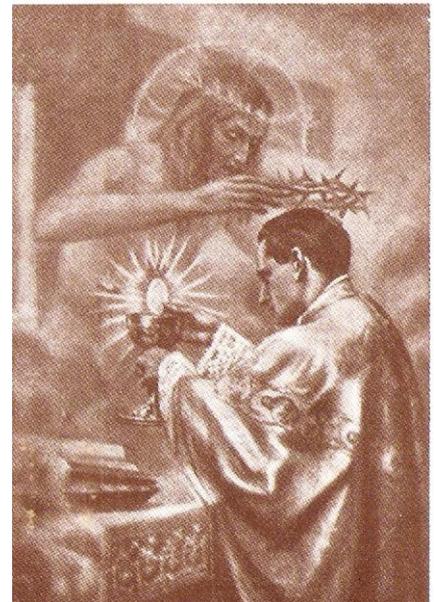
multiplicado en el tiempo y en el espacio hasta su segunda venida y las atrajo hacia sí y las presentó al Padre. En aquel momento indivisible cesó para Cristo el estado de viador y comenzó el estado de plena glorificación. Cesó por consiguiente su disposición de entrega redentora alimentada con continuos actos de ofrecimiento y comenzó a cristalizar en un estado de perenne oblación en la inmutabilidad y eternidad, participadas, propias de la gloria. Tal es la oblación viva del corazón eucarístico de Cristo presente sobre el altar, siempre actual como la visión beatífica; acto eminentemente simple, donde no hay sucesión ni innovación, sino inmutable continuación de lo que ya era. Esta única oblación interior, que fue como el alma del sacrificio de la Cruz, perdura ,siempre en el corazón de Cristo. “Con una sola oblación perfeccionó para siempre a los santificados”¹⁹⁵ constituye el alma del sacrificio de la Misa.

Lo mismo puede decirse –de modo dependiente y subordinado– del Corazón de la Inmaculada asunta al Cielo; y – como puede piadosamente creerse, con tantos y tan autorizados testimonios de teólogos y santos – de San José, glorificado en cuerpo y alma, “*Cor unum et anima una*” con su Hijo en la obra de la redención en todas sus fases, objetiva y subjetiva, hasta la Parusía. Es pues, una oblación –del Redentor y los Corredentores– idéntica a la del sacrificio del Calvario (en la que se fija y culmina la orientación sacerdotal de toda su vida redentora hacia su consumación pascual), actualmente una y simplicísima, aunque virtualmente múltiple en la reiteración del rito litúrgico sacramental en el tiempo y en el espacio.

Cristo –en unión con María y José– continúa actualmente queriendo ofrecerse en cada Misa. Como enseña Pío XI, en la Encíclica “*Quas primas*”: “*Christus sacerdos se pro peccatis hostiam obtulit, perpetuoque se offert*”¹⁹⁶, precisando así las palabras del Concilio de Trento: “*Idem nunc offerens sacerdotum ministerio, qui seipsum tunc in cruce obtulit...*”. Es decir, después de haberse ofrecido cruentamente en la Cruz, Cristo continúa ofreciéndose sacramental e incruentamente mediante el ministerio de sus sacerdotes. Podemos aplicar estas palabras en el sentido anteriormente explicado, fundado en la Escritura –pleno inclusivo– a María y José.

Así pues, Cristo es Sacerdote principal en el sacrificio de la Misa, no sólo porque ha concurrido de una manera remota, en tanto que instituyó la Eucaristía, sacramento y sacrificio; ni sólo en cuanto que antaño ordenó ofrecer el sacrificio en su nombre hasta el fin del mundo (como sostiene la teoría de la oblación virtual de la escuela oblacionista francesa (de la Taille)), sino en cuanto que concurre en él actualmente, en la hora presente, como instrumento consciente y voluntario, siempre unido a la Divinidad para producir actualmente la transubstanciación y las gracias que se derivan del sacrificio de la Misa, con el que quiere continuar ofreciéndose, para aplicar a las generaciones humanas que se sucedan y a las almas del Purgatorio los méritos de su Pasión y muerte. Al continuar ofreciéndose así no cesa, en unión con María y José, de interceder por nosotros (cfr. la Epístola a los Hebreos,¹⁹⁷ totalmente consagrada a exponer la grandeza de su Sacerdocio).

Expliquemos cómo. La oblación eucarística del sacrificio del altar, que es idéntica a la de la Cruz (Cf. C. Trento Den 2 940), debe considerarse también subordinada a la del Gólgota, puesto que si en su existencia histórica de “viador” toda su vida tenía valor satisfactorio del pecado y meritorio de la gracia que nos reconciliaba con Dios, en el momento en que entró en su fase gloriosa su oferta a Dios perdió el modo satisfactorio y meritorio



¹⁹⁵ Hb. 10,14.

¹⁹⁶ Dz. 2195

¹⁹⁷ Cf. Hb. 7, 25, 25. R. GARRIGOU LAGRANGE. *An Christus non solum virtualiter sed actualiter offerat Missas, quae quotidie celebrantur*, en “*Angelicum*”, 19 (1942), 105–118.

para revestir el carácter de *oración al Padre, para que aquella satisfacción y aquel mérito tuviesen en cada uno de los hombres redimidos “de iure”, una aplicación “de facto”* (“in acto secundo”). Recordemos que el acontecimiento pascual (paso de este mundo al padre) es (cfr. CEC 1085) el único acontecimiento de la historia que no pasa y es permanentemente actual, en su presencialización sacramental. Según la conocida imagen patristica grata a Pío XII en la *Mediator Dei* (30–XI–1947), si antes de alcanzar la meta de la muerte preparaba el depósito de aguas saludables para todo el linaje humano, desde el momento de su glorificación pide al Padre que sumerja en aquellas aguas a todos los hijos de Adán –vivos y difuntos, que esperan el fin de su purificación total–necesaria para su glorificación en el purgatorio– para regenerarlos en una vida nueva.

La oblación interior, que no cesa en el alma santa de Cristo y de su Madre y su Padre virginales –cor unum et anima una– es, pues, una oración de adoración, de petición y de acción de gracias, y constituye el alma del sacrificio de la Misa, que es en sustancia el mismo sacrificio que el de la Cruz, ofrecido de modo incruento o sacramental, como corresponde a la humanidad gloriosa de Cristo, que es también sustancialmente la misma, pero no sometida ya como antes al dolor y a la muerte.

Resumiendo, Cristo – con María y José– continúan adorando, dando gracias, rogando por nosotros como lo hicieron sobre la tierra. No merecen ni satisfacen por nosotros, pues ya no son viadores; pero continúan rezando para que los méritos de la Pasión sean aplicados a los vivos y a los difuntos en compensación por los pecados. Por eso es también sacrificio propiciatorio, y esto “de dos maneras: primero presentando a su Padre su humanidad, humanidad que tomó por nosotros y en la que sufrió por nosotros; intercede también expresando a su Padre el deseo que tiene de nuestra salvación, aplicándonos sus méritos” a vivos y difuntos. (Sto. Tomás, In Heb. 7, 25). Y en la *Suma Teológica* comenta: “Como la oración por los demás procede de la caridad, mientras más alta es la caridad de los santos en el cielo, más ruegan por nosotros, y sus plegarias son más eficaces tanto que están más unidos a Dios. Según el orden establecido por la Providencia, la excelencia de los seres superiores redundando sobre los inferiores, como la luz del sol resplandece alrededor suyo. Así de Cristo se dice que intercede por nosotros cerca del Padre” (II–II, 83, 11).

El sacrificio redentor de Cristo es aceptado por el Padre, y nuestra reconciliación está siempre presente ante su eterna mirada llena de complacencia. “En el instante supremo del Santo sacrificio de la Misa el tiempo se une con la eternidad: Jesús, con gesto de sacerdote eterno, atrae hacia sí todas las cosas, para colocarlas, “divino afflante Spiritu”, con el soplo del Espíritu, en la presencia de Dios Padre”¹⁹⁸. Es ahí donde se une la entrega redentora de Cristo –y corredentora de María y José–, que culmina en el Calvario, que se hace sacramentalmente presente en el altar, con “aquello que falta a su Pasión”, que no es sino la participación en ella de sus miembros, para que se realice la obra de la salvación aplicando sus frutos, contribuyendo a la dilatación de la Iglesia su Cuerpo místico.

Tal es la pasión mística de la Iglesia de Cristo en sus miembros, realizada, hasta que El vuelva, mediante su Pasión eucarística, es decir, por la presencialización sacramental en el tiempo y en el espacio de la acción redentora de Cristo, eternamente actual, de la que hizo partícipe a María y a José. Cumplida por El, como Cabeza, de una vez por todas, en el Calvario, se realiza y se hace activamente presente en la Iglesia peregrina, instrumento universal de salvación, por la Santa Misa, fuente de la gracia.

¹⁹⁸ San JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, n. 69. En otro lugar completa ese pensamiento. "Jesús quiere ser levantado en alto, ahí en el ruido de las fábricas y de los talleres, en el silencio de las bibliotecas, en el fragor de las calles, en la quietud de los campos, en la intimidad de las familias, en las asambleas, en los estadios... Allí donde un cristiano gaste su vida honradamente, debes, pues, poner con su amor la Cruz de Cristo, que atrae a sí todas las cosas" (*Vía Crucis* 96, 3).

"Cuando luchamos por ser verdaderamente ipse Christus, el mismo Cristo, entonces en la propia vida se entrelaza lo humano con lo divino. Todos nuestros esfuerzos –aún los más insignificantes– adquieren alcance eterno, por que van unidos al sacrificio de Jesús en la Cruz" (Ibid. 101,5).

El sentido eucarístico de esos pasajes lo subraya autorizadamente su sucesor al frente del Opus Dei resumiendo muy bien el pensamiento del Fundador: "Si toda nuestra existencia debe ser corredención, es en la Misa donde adquiere esa dimensión corredentora. Ahí toma su fuerza y se pone especialmente de manifiesto. Por eso la Misa es la raíz de la vida interior. El Altar donde se ejercita constantemente nuestra alma sacerdotal es el lugar de trabajo, el hogar de familia, el sitio donde convivimos codo a codo con las demás personas. (Palabras pronunciadas el I–IV–1986).

En este instante supremo de la doble consagración –cuya virtualidad se distiende a lo largo del tiempo continuo por el sacrificio permanente del sagrario –, se une el tiempo con la eternidad, el cielo con la tierra, para “redimir el tiempo”. (Ef. 5,16). Las actividades temporales quedan así abiertas a una progresiva purificación y elevación al plano sobrenatural del Reino de Dios, que se cumple con la libre cooperación de los redimidos, en su salvación propia y ajena. Tal es el corazón mismo del misterio de la Iglesia, que se auto—realiza en el misterio eucarístico hasta la plenitud del Reino consumado, cuando El vuelva.

Los Bienaventurados intervienen activamente especialmente María y José en esa progresiva construcción del Reino de Dios, en espera de su plenitud escatológica, con un celo expectante, encendido en el fuego de la contemplación, por la gloria de Dios, inseparable de un odio proporcional de abominación al pecado que se la arrebató¹⁹⁹. Por eso, el estado de bienaventuranza es un descanso activo en el que tiene lugar una efectiva participación del oficio regal de Cristo, que contribuye eficazmente a la edificación de la Iglesia²⁰⁰. Este amor activo, abrasado en el celo por la salvación de las almas que sigue a la visión de Dios es el fundamento del anhelo expectante del Reino consumado de los bienaventurados presente en el misterio Eucarístico. Este celo por la gloria de Dios y la dilatación del reino de Dios en las almas es –como he estudiado en otro lugar– el equivalente analógico del dolor de los Justos viadores por la tremenda realidad del pecado. Se ha dicho, con este fundamento, que si a un bienaventurado se le diera la oportunidad de volver a la tierra, renunciando a las delicias de la visión beatífica, para salvar una sola alma al precio de mil torturas, lo aceptaría al instante, sin dudarle. El estado de bienaventuranza es hasta la Parusía, un descanso activo de constante intercesión por la Iglesia militante.

Justamente ha señalado H. de Lubac, que el alma separada, ya glorificada en el gozo de la visión beatífica, sólo llegará a la perfecta posesión de Dios cuando supere una doble separación: la separación de su propio cuerpo por la propia resurrección corporal, y la separación (el “todavía no”) respecto a la plenitud del Cuerpo místico de Cristo, plenamente vivificado por el Espíritu – que llevará a su pleno despliegue y fructificación las primicias de la vida eterna propia de la inhabitación de la Trinidad en la oscuridad de la fe –; separación que sólo cesará cuando se complete el número de los hermanos. Ambos aspectos son coincidentes, ya que nuestra resurrección no será un fenómeno aislado, sino que tendrá lugar en la Parusía, cuando el número completo de los elegidos esté corporalmente glorificado, en un universo transfigurado , en el que “Dios sea todo en todos” (1 Cor 15, 30).²⁰¹

Los bienaventurados “esperan”, pues, la consumación del reino de Dios en la recapitulación escatológica de todas las cosas del cielo y de la tierra en Cristo (Ef 1, 10)²⁰². Según S. Agustín, se

¹⁹⁹ El pecado, en cuanto está de su parte, crucifica de nuevo al Hijo de Dios y lo expone a escarnio (Heb. 6,6). El pecado grave –decía Mons. Del Portillo– es una lanza que clavan otra vez al Señor... y el pecado venial deliberado es por lo menos como esas espinas conque representan a veces su Sagrario Corazón; espinas que no matan, pero que se hincan y que hacen mucho daño. Yo sufro al ver esas faltas porque significan indiferencia. Es como decirle al Señor, en cosas pequeñas: en eso que no me lleva al infierno, hago lo que quiero. (Palabras pronunciadas en 1980).

Un sólo pecado, sobre todo mortal, –pero también los veniales– constituye un desorden peor que el más grande cataclismo que asolará el universo, porque –como escribe Sto. Tomás– el “bien de gracia de un solo hombre es mayor que el bien natural del universo entero” (S. Th. I–II, 113, 9, 12). Se comprende a esta luz, la reacción del salmista: “Ríos de lágrimas derramaron mis ojos, porque no observaron tu ley” (Ps. 118, 136).

²⁰⁰ Cf. L.G. 49.

²⁰¹ I Cor 15,28. Santo TOMÁS no es ajeno a esta perspectiva. Pese a su acentuación de la escatología individual, escribe en C. Gentes (IV, c.50) que “*el fin de la criatura racional es llegar a la bienaventuranza, la cual no puede consistir sino en el reino de Dios, que no es a su vez otra cosa que la sociedad ordenada de los que gozan de la visión divina*”, en un universo transfigurado que sigue, por redundancia, a la resurrección gloriosa de toda carne (en los elegidos). Cf. S. Th. III,8,3,2.: “*Esse Ecclesiam gloriosam, non habentem maculam tneque rugam, est ultimus finis ad quem perducimur per passionem Christi*”. Cfr. H. DE LUBAC, *Catolicismo. Los aspectos sociales del dogma*, Madrid 1988 (Encuentro) C. IV, 81 ss

²⁰² Cfr. H. De LUBAC, o.c. p. 101.

daría entonces también un aumento intensivo de la visión beatífica²⁰³ por una nueva comunicación del Espíritu –también por mediación de la trinidad de la tierra– que llevaría así a su plenitud la filiación divina en Cristo, que redundaría en la redención – transformación – del cuerpo (cfr. Rm 8), en un universo transfigurado (nuevos cielos y nueva tierra), cuando se cumpla al fin el número de los elegidos.

²⁰³ Cfr. C. POZO, *Teología del más allá*, Madrid BAC, 2 ed. 1992.

CAPÍTULO VII

LA SINGULAR PARTICIPACIÓN DE SAN JOSÉ EN LA REALEZA DE CRISTO



Santuario de S. José. Kalisz (Polonia)

4.4 Singular participación de San José en indisociable unión con María, Reina del Corazón del Rey, en la realeza de Cristo, su Hijo. El Patriarca de la Familia de Nazaret, Padre y Señor del Pueblo de Dios. Participación de sus miembros, diversa y complementaria, en la realeza de la “trinidad de la tierra”.

4.4.1 Realeza de Jesús, María y José en orden jerárquico e indisociable subordinación.

Durante su existencia histórica de viador Cristo en cuanto hombre era *Rey y Juez universal por derecho nativo*, por la Persona divina del Verbo de Dios, Rey universal del universo creado, unida hipostáticamente a su Humanidad santísima; pero había venido para salvar, no para juzgar; y no era el momento de ejercer su realeza universal, porque había tomado forma de siervo en carne pasible y en humildad para sufrir y rescatar al precio de su sangre a la humanidad, esclava del pecado y del demonio.

En la Cruz adquiere, por derecho de conquista, la realeza universal venciendo al pecado, a la muerte, y al príncipe de este mundo. La cooperación de María y José en la victoria de Cristo en “la hora de la glorificación del Hijo del hombre” (Jn 12, 31) –en el trono triunfal de la Cruz Gloriosa, en la cual llega a su consumación toda su vida redentora, desde el “ecce venio” de su ingreso en este mundo en la Encarnación– es el fundamento de su *realeza por derecho de conquista*,²⁰⁴ que “echó fuera al príncipe de este mundo” (Jn 12, 31); en cuya virtud, participan de la realeza de su Hijo de

²⁰⁴ Pío XI, “Quas Primas” AAS, 17 (1925) 441-317.

manera singular y única: (María, la Inmaculada Corredentora siempre Reina del Corazón del Rey (recuérdese la tipología veterotestamentaria de la Reina Madre (la Gebirá), desde Betsabé, madre de Salomón. Cfr. Infra. C. I); y José, en tanto que corredentor con su Esposa hasta el holocausto de la Cruz, como intercesor “omnipotente” ante su Hijo, que continúa siendo para Él –en cuanto Hombre– la Sombra y el Icono transparente de su Padre celestial y al cual sigue obdeciendo en el Cielo), como soberanos y dispensadores –subordinadamente a su Hijo– de la gracia salvífica. Desde la Resurrección y gloriosa Ascensión a los cielos, Cristo Rey ejerce su realeza salvífica –con María y José– directamente sobre la Iglesia, e incoativa e indirectamente sobre el mundo.

En el Misterio Eucarístico Cristo glorioso, en indisociable unión con María y José –la trinidad de la tierra–, desde el trono triunfal de la Cruz, atrae a Sí todas las cosas, edificando *la Iglesia*, instrumento de la progresiva dilatación del Reino de Dios en la historia. En la permanente lucha contra el Cristo, presente en su Iglesia, *con las fuerzas del mal desencadenadas por el Maligno, es constantemente combatido, pero nunca vencido; porque hace servir al mal a un bien más grande*, produciendo siempre, aunque no sin pérdidas, algo misteriosamente santo, que manifiesta y acrecienta la santidad de la Iglesia peregrina, indefectiblemente santa, sin mancha ni arruga, aunque formada de pecadores: No sin razón se dice que “el diablo arrastra piedra”; “le está sirviendo –repetía con frecuencia San Josemaría– hasta Satanás, en la dilatación del reino de Dios. En la Iglesia, Esposa y Cuerpo de Cristo, pone sus complacencias la Trinidad del Cielo, porque ve en su misterio sacramental la imagen de la trinidad de la tierra, en el misterio de su doble dimensión mariana y petrina.

En lo que se refiere al mundo, la realeza de Cristo, se ejerce de modo indirecto y con avances y retrocesos, porque hay en él –por intervención de su Príncipe– progreso en el mal, llegado un tiempo –así lo anunció Jesús en su discurso escatológico en vísperas de la Pasión– en el que será tal la abundancia de la maldad que se enfriará la caridad de muchos provocando la apostasía de las naciones. (Juan Pablo II la califica –en la exhortación de 2003 “Ecclesia in Europa”– de silenciosa). Pero también hay progreso en el bien, ya que nunca faltarán santos en alguna parte de la estructura de la Iglesia indefectiblemente santa; el “resto fiel” que preparará su triunfo definitivo en la plenitud del Reino, cuando venga Cristo vencedor, por la mediación materna del Corazón Inmaculado de María, Reina de los ángeles y de los hombres y de su Padre y Señor San José (de los Corazones unidos de la Trinidad de la tierra, si entendemos de manera plena –según la figura en “sinédoque” de la clásica formulación oracular (Gn, 3,15) –, que aplastará la cabeza del dragón infernal. Así está profetizado en la Escritura (como recuerda la promesa de Fátima).²⁰⁵

4.4.2 Participación de los miembros de la Iglesia triunfante y militante en la función real de la trinidad de la tierra. Relación con María y José de la doble dimensión mariana y petrina de la Iglesia

Cristo glorioso sentado a la derecha del Padre ejerce, como Rey, su señorío universal sobre la Iglesia peregrina, junto a su Madre –Reina del Corazón del Rey– y a su Padre Virginal, como intercesores y como soberanos dispensadores –en jerárquica subordinación, de mayor a menor dignidad, como decíamos –de todas las gracias de santificación y de mediación. También participan –subordinadamente a la trinidad de la tierra– de la realeza de Cristo glorioso, presente en la Eucaristía, el resto de los bienaventurados (1), y los miembros de la Iglesia peregrina (2) con una realeza que se ejerce, como decíamos, de modo pleno y directo sobre su Iglesia, y de modo incoativo e indirecto sobre el mundo, hasta que El venga; “¿no sabéis que juzgaremos a los ángeles?”(1 Co 6,3). La Providencia salvífica divina dispensa, por la triple e indisociable mediación, como dice la conocida

²⁰⁵ Cfr. A. M. APOLONIO, *La consacrazione a Maria*, en “Inmaculata Mediatrix”, I (2001) 3, pp. 49–102. B. GHERARDINI, *Sta la Regina alla sua distra* Saggio storico–teologico sulla regalatà di Maria, Roma 2002, p. 172 ss, y el amplio comentario que hace de este magistral ensayo Stefano M. MANELLI, *Maria Regina ieri, oggi, sempre*, en “Inmaculata Mediatrix”, IV (2004) n.1, pp 121–134. Sobre este tema, cfr. J. MARITAIN, *De la grâce et de l’Humanité de Jesuchrist*. París 1970, 127 ss.

oración litúrgica, “con orden admirable los diversos ministerios de los ángeles y de los hombres”, con vistas a la dilatación del reino de Cristo hasta su plenitud escatológica en la Parusía.

1. Nuestros hermanos bienaventurados que nos han precedido en la señal de la fe, ya han aportado su libre cooperación a lo que faltaba a la Pasión de Cristo; y son asociados instrumentalmente a esta Providencia salvífica con la oración de petición, avalada por sus méritos consumados, y participan en la realeza de Cristo con su activa presencia entre sus hermanos de la Iglesia militante colaborando a la construcción del Reino de Dios. Los que han vuelto a la casa del Padre permanecen especialmente cerca de los que estaban cerca durante la vida de peregrinación, y de los que los misteriosos designios de Dios confían a su cuidado según la afinidad de las misiones diversísimas a las que Dios llama en el seno del Cuerpo místico. A ellos dirigen su amor y su oración con especial intensidad²⁰⁶.

Los Espíritus puros colaboran también como miembros del Cuerpo místico de Cristo en la construcción del reino de Dios. “Son seres esencialmente orientados a Dios, pero no están petrificados en muda adoración ante El; su ser propio no consiste en estarse quietos, sino en moverse, en aletear, con esas alas que Isaías describió por primera vez en un raptó de inspiración”.²⁰⁷ Al asociarse a la Iglesia peregrina en el tiempo en la Liturgia eucarística, a la Liturgia celeste –al cántico nuevo, en la eternidad participada la visión beatífica– se cumple esa divina armonía de glorificación a Dios y actividad salvífica solidaria, de progresiva dilatación del Reino de Dios, en la que todos los bienaventurados participan hasta que El venga.

2. También nosotros, los miembros de la Iglesia peregrina, recibimos del Espíritu Santo, en la Inmaculada y a través de la Inmaculada, con la cooperación de nuestro Padre y Señor San José, no sólo la filiación al Padre participada de la del Unigénito del Padre y primogénito de la Mujer, la vida de la gracia que salva “fructus salutis”, sino también gracias de mediación (“medium salutis”), que nos hace partícipes –por los sacramentos consecratorios (caracteres sacramentales) y carismas– de la triple mediación de la trinidad de la tierra, capital, materna y paterna– en inseparable y jerárquica subordinación. Somos así capacitados a cooperar también –con “alma sacerdotal” aportando el don de la Esposa– en la obra de la salvación de nuestros hermanos, con vistas a la progresiva dilatación del Reino hasta su consumación escatológica –en una reciprocidad de servicios “organice structa” (LG 11) de dones jerárquicos y carismáticos (LG, 4) en la comunidad sacerdotal que es la Iglesia institución– contribuyendo así también a la renovación del mundo, expectante, en los dolores de parto, de la plena manifestación de los hijos de Dios que le librarán de la servidumbre de la corrupción, para participar, en un universo renovado, en la libertad y gloria de los hijos de Dios (Cf. Rm 8,20–21).

El sacerdocio de Jesucristo, ejercitado a lo largo de toda su vida ofrecida en libre amor obediente de su Humanidad santísima a la Voluntad salvífica del Padre que le había enviado (cfr. Hb 10, 5–10) –que es el “alma” de la Redención a la que asoció a su Madre Inmaculada y a su Padre Virginal, José– y plenificado o consumado (Hb 5, 9) en el Sacrificio del Calvario –en “la hora de la glorificación del Hijo del hombre” (Jn 12, 31)²⁰⁸–, se prolonga así hasta el fin de los tiempos a través

²⁰⁶ En la antigüedad cristiana este hecho es especialmente comentado por S. Jerónimo, In II Cor. 5, n. 6; Carta 29, 7. Cf. SCHMAUS, o. c.

²⁰⁷ PETERSON, *El libro de los ángeles*, trad. Rialp. 1958.te

²⁰⁸ El Prof. A. Aranda ve la distinción entre sacerdocio *común* y el *ministerial* en que el primero participa del sacerdocio de Cristo en *los misterios de su vida*, y el *ministerial* en su consumación en el *misterio de la Pascua*. Efectivamente, si toda la vida del Señor es “causa salutis aeternae” (Hb, 5, 9), Dios ha querido que sólo en el supremo holocausto de Cristo (“la hora de la glorificación del Hijo del Hombre” (Jn 13, 31) se produjera la reconciliación con Dios y el rescate de la Humanidad pecadora. *Son, pues, redentivos –infinitamente satisfactorios y meritorios– todos los “acta et passa Christi”*. Pero lo son en cuanto orientados al misterio Pascual y en él recapitulados. En esta perspectiva me parece justa la distinción de A. Aranda (que él explica de modo que creo insuficiente). *De ahí la necesidad del ministerio sacerdotal que actualiza el Sacrificio eucarístico pascual –sólo él está capacitado para ello (el muro sacramental) y –en*

de la Iglesia, que es esencialmente –en su fase peregrina– pueblo sacerdotal, consagrado a imagen de Cristo Sacerdote, Profeta y Rey, Mediador de la nueva y eterna alianza, para continuar con Él su misión redentora –con una mediación sacerdotal participada de corredención–, en una complementaria conjunción de dones jerárquicos y carismáticos, orgánicamente estructurada –bajo Pedro–, al servicio de su misión salvífica como instrumento del Reino Dios para la vida del mundo. Tal es la esencia y razón de ser de la Iglesia peregrina hasta, como sacramento universal de salvación, su consumación escatológica.

El ministerio ordenado tiene la función de asegurar de modo infalible ("opus operatum") –recordémoslo– la presencia de Cristo, Cabeza y Esposo de la Iglesia, "para hacer que el entero pueblo sacerdotal de Dios pueda ofrecer su culto y oblación espiritual" como don de la Esposa²⁰⁹. En la potestad y eficacia salvífica del sacerdocio ministerial, que está intrínseca y esencialmente ordenado al sacrificio eucarístico –y en él se funda– descansa y se alimenta la vida de la Iglesia. Está al servicio del sacerdocio real del entero pueblo de Dios, haciendo posible el cumplimiento de su misión corredentora como instrumento universal de salvación.

A través de los ministros consagrados, que participan sacramentalmente en la autoridad y en la acción de Cristo Esposo Cabeza de la Iglesia –como "su alter-ego sacramental"–, viene a todos sus miembros –si cooperan con el don del Esposo que les capacita a aportar su propio don (el don de la Iglesia-Esposa)– la vida sobrenatural y la eficacia apostólica. El ministerio consagrado es, pues, absolutamente necesario para el ejercicio –con "alma sacerdotal"– de la misión corredentora de todos y cada uno de los miembros de la Iglesia Esposa de Cristo, que deben aportar el don de la Esposa, cooperando con el don del Esposo –que culmina en el Sacrificio del Calvario sacramentalmente presente por mediación del sacerdocio ministerial– para que se realice la obra de la salvación, incluídos los portadores del ministerio, en tanto que fieles.

Una consecuencia de esta bipolaridad «sacerdocio–común, sacerdocio–ministerial» –en su esencial diferenciación y mutua exigencia de complementariedad–, es la impronta en toda la actividad cotidiana de la Iglesia peregrina de la *doble dimensión petrina* (reflejo de la mediación paterna de José), y *mariana* (reflejo de la maternidad de María) *de la misma* que vive de la Eucaristía con la necesaria mediación, materna y paterna de María y José, y del ministerio petrino que deriva de ellas.

La institución orgánicamente estructurada por los sacramentos, carismas y ministerios –bajo Pedro– cuya raíz fontal es el misterio Eucarístico, que "hace la Iglesia", es constantemente recreada por aquella corriente vital Trinitaria de la doble misión del Verbo y del Espíritu Santo²¹⁰, siempre

consecuencia– hace presente como "alter ego" sacramental, a Cristo Cabeza en un "ministerium Verbi et sacramentorum", para hacer posible el culto y oblación espiritual –con alma sacerdotal– del entero pueblo de Dios (la totalidad de los fieles, que incluye a los portadores del ministerio en cuanto fieles). Cfr. A. ARANDA, *Sacerdocio de Jesucristo, en los ministros y en los fieles*, Actas del XI Simp. Teol. 1989, Univ. Navarra, 207–247.

La teoría de Von BALTHASAR (*El misterio Pascual*, en "Mysterium salutis", III, 2, 143–168) que distingue ambos sacerdocios según el *doble aspecto formal* del sacerdocio de Cristo *subjetivo* (entrega filial al Padre) participada por el sacerdocio común; y *objetivo* (presencialización sacramental de la Pascua) por el sacerdocio ministerial apunta en la misma dirección, pero con una fundamentación más débil, a mi parecer.

²⁰⁹ Mons.A.del PORTILLO, *Escritos sobre el sacerdocio*, Madrid, 1970,115. De ahí la ineludible necesidad del ministerio ordenado (su "prioridad funcional" en terminología de Pedro RODRÍGUEZ, que está al servicio de la "prioridad sustancial" del sacerdocio común, en cuya actuación se obtiene la comunión salvífica con Dios: la santidad a la que todos están llamados. (Cfr. *El Opus Dei en la Iglesia*, en colaboración con F. OCÁRIZ y J. L. ILLANES, 5ª ed. Madrid 1997).

²¹⁰ En Occidente se ha dado en los últimos siglos una tendencia –que va remitiendo, afortunadamente– a describir la Iglesia en términos cristológicos, o a considerarla como constituida completamente por Cristo mientras que el Espíritu parece sobrevenir una vez establecidas las estructuras, para darles a éstas impulso y vida. Una tal óptica haría creer que el Espíritu pertenece a un segundo momento de la constitución de la Iglesia. No es suficiente asignar al Espíritu una función subsiguiente de animador y unificador de una "previa" estructura institucional de origen unilateralmente cristológico. Hay una presencia, siempre conjunta e inseparable, de Cristo –el Verbo encarnado– y su Espíritu que excluye cualquier dualismo dualismo entre jerarquía y carisma en el seno de la Iglesia, porque el Espíritu que la anima derramando libremente sus carismas no institucionales en cualquier fiel (los que Rahner llama "carismas libres") –sea simple fiel o

conjunta e inseparable; ante todo en su *movimiento descendente* de oferta de salvación a través de *gracias de mediación sacerdotal, profética y regal*.

El Espíritu asocia sacramentalmente a Cristo a personas concretas por la Palabra y los sacramentos, otorgándoles dones jerárquicos y carismáticos (que aquí hemos llamado gracias de mediación) para que tenga parte cada una de ellas en la obra de la salvación. En ellas toma cuerpo *la institución* (cambian las personas, pero ella permanece) como comunidad sacerdotal orgánicamente estructurada por *los caracteres sacramentales y los carismas que los modalizan y orientan al cumplimiento de la vocación particular de cada miembro* a lo largo de la historia, según la manera propia de participar en la misión salvífica de la Iglesia, para común utilidad. Tal es la *dimensión petrina* de la Iglesia, reflejo de la paternidad de San José, siempre al servicio de *la comunión* salvífica con Dios y de los hombres entre sí que la caridad opera, que refleja su dimensión maternal mariana. Veámoslo.

4.4.3 Reflejo de la realeza de San José en la dimensión petrina de la Iglesia, subordinada a su dimensión mariana.

Las *gracias de mediación* –los dones jerárquicos y carismáticos orgánicamente estructurados bajo Pedro, en la comunidad sacerdotal que es la Iglesia (LG, 4 a)–, por las que recibe de continuo el Pueblo de Dios, en su fase histórica, una estructura orgánica institucional como sacramento de salvación –pertenecen a la figura de este mundo que pasa, son meros medios instrumentales, a manera de andamios (San Agustín)²¹¹ –obviamente provisionales–, que se usan sólo mientras dura la construcción, al servicio de la edificación de la Iglesia –germen e instrumento del Reino de Dios–, según el “*ordo Charitatis*”.

Tal es *la dimensión petrina, institucional, de la Iglesia*, que está al servicio de la comunión salvífica con Dios, que la caridad opera por el libre “*fiat*” del hombre a la voluntad salvífica de Dios, haciendo propio, con la libre respuesta de fe, el fiat de María en nombre de la humanidad (*dimensión o principio mariano de la Iglesia*). Es decir, de las gracias de santificación, que se actúan por la libre cooperación del hombre con el don del Esposo –ofrecido a través de aquella mediación institucional de la Iglesia (sacramento de la doble misión descendente del Verbo y del Espíritu)–, que reclama y posibilita el libre don de la esposa, con el que contribuye así a la dilatación del Reino de Dios, cada

perteneciendo quizás a la jerarquía–, es el mismo Espíritu “de Cristo”, que ha recibido el poder de comunicarlo al ministerio pastoral de los apóstoles, como precio de su sufrimiento redentor.

Pueblo de Dios no debe entenderse –toda insistencia es poca en este punto capital– como algunos han hecho, en clave política; pues, expresa –como, acabamos de ver– *el misterio de la Iglesia en su integridad. No es una categoría sociológica que se opone al gobierno*. Significa todos los bautizados, Papa y obispos incluidos, que comprende la totalidad de los *Christi fideles* que tienen por cabeza a Cristo y la *común dignidad* de hijos de Dios en los que habita el Espíritu santo como en un templo (LG 9b). Las distinciones que se dan en su seno son de orden funcional (unidad de misión y diversidad de ministerios o funciones (AA 2, 2)). En el itinerario del Pueblo de Dios *los pastores tienen una función propia*, un servicio específico que prestar que concierne a la unidad visible de la Iglesia en la fe y en la comunión, por el que preserva la continuidad de la identidad del cristiano en el tiempo y su armonía en el espacio, evitando así la caída en el iluminismo y en el individualismo. Por eso deben estar especialmente atentos en el Espíritu a los “signos de los tiempos” y a los testimonios proféticos que se manifiestan, *para discernir lo auténtico –sin ahogar el Espíritu– e integrarlo en el conjunto de la Iglesia para la progresiva construcción del reino de Dios*. El Espíritu Santo es el que anima a los pastores en sus decisiones para que sean conformes al Evangelio, inspirándoles –si no se cierran a sus luces y mociones– a acoger todas las manifestaciones del Espíritu. “Es el que impide constantemente a la Iglesia considerarse como un fin en sí misma y quien la mantiene en referencia final al Reino que viene y a su único Señor Jesucristo”. Cfr. L. SUENENS, *Une nouvelle Pentecote?*, París 1973, 20. K. RAHNER, *Lo dinámico en la Iglesia*, Barcelona 1968. Una excelente exposición de conjunto actualizada con la mejor bibliografía sobre el tema, ofrece la ponencia de R. PELLITERO, *El Espíritu Santo y la misión de los cristianos, los carismas: unidad y diversidad*, en el simposio sobre “el Espíritu Santo y la Iglesia” de 1998 (Cfr. Actas).

²¹¹ S. AGUSTÍN, *Sermo* 362, 7; PL, 37, 1904. También los compara a los vendajes que suprime el médico una vez alcanzada la curación. (Cfr. *In Psal.* 146, 8; PL, 37, 1904).

uno según su vocación particular en un *movimiento ascendente* de retorno al Padre de fe, esperanza y amor que opera la comunión salvífica con Él, por la que coopera libremente en la oferta salvífica de las gracias de mediación (descendente). Tal es el "*rostro o dimensión mariana*" de la Iglesia, que refleja su más íntima esencia, *a cuyo servicio ha provisto su divino Fundador la dimensión jerárquica-petrina*. Éste tiene como raíz de su eficacia salvífica –y culmen de toda actividad eclesial (cfr. SC9)– la participación en el Cuerpo eucarístico de Cristo, con la que se forma su Cuerpo místico (cfr. 1 Cor 10,7). Se une así el don del Esposo –nuevo Adán– con la necesaria cooperación del don de la Esposa –nueva Eva– para que "se realice la obra de la redención" en la génesis y formación de la estirpe espiritual de la Mujer, hasta que se complete el número de los elegidos en el Reino consumado²¹².

En su virtud, la colectividad de la Estirpe espiritual de la Mujer (Gn 3,15) –el Pueblo de Dios, la Familia de los hijos de Dios, la casa de José, nuestro Padre y Señor– refleja, en un todo uno y armónico, ontológicamente autónomo –radiante de belleza– el misterio de la familia de Nazaret–²¹³, cuya imagen trascendente de santidad –filiación divina por la gracia– y de fecunda virginidad –mediación sacramental y carismática²¹⁴– va progresivamente recibiendo, habilitándole para cooperar en la restauración sobrenatural de la humanidad caída, que instaura progresivamente en la historia salvífica el Reino de Dios, con vistas al Reino consumado de sus bodas escatológicas con el Cordero.

“En el ámbito del “gran misterio” de la Iglesia, todos están llamados a responder –como una esposa, según el paradigma de María “primera de la Iglesia” (Ratzinger)– con el don de sí, al don inefable del amor de Cristo Redentor, único Esposo de la Iglesia, contribuyendo activamente a la obra de la salvación de sus hermanos los hombres por la *comunión de los santos*. Así se expresa el sacerdocio real, que es universal, que concierne, obviamente, también a los que reciben el sacerdocio ministerial” (MD, 27) (o cualquiera de los otros dones sacramentales o carismáticos, que no son sino concreciones particulares de la vocación genérica cultural –santificadora– que radica en los caracteres de los tres sacramentos de consagración permanente e indeleble).

En la actuación de aquel sacerdocio común a todos los “*Christi fideles*” –simples fieles y Pastores–, se va edificando, por el recto ejercicio de las gracias de mediación –que pertenecen a la figura de este mundo que pasa–, el “*ordo charitatis*” de la comunión salvífica con Dios. “*Caritas numquam excidit*” (1 Cor 13, 8). En la Iglesia celestial escatológica no habrá otra jerarquía que la del amor en la plena comunión del Cristo total *in unitate Patris, Filii et Spiritus Sancti plebs adunata* en un universo transfigurado, la “recapitulación” escatológica de todo en Cristo, del Reino consumado.

Por eso, la dimensión mariana de la Iglesia –la respuesta de fe del pueblo de Dios abierta por la fe de María– *antecede a la petrina* (CEC,773), aunque esté estrechamente unida a ella y le sea contemporánea. Y ello no sólo porque María, “la Inmaculada” precede en el camino de la fe junto con José, que le sigue inmediatamente, con su silenciosa obediencia de fe en la fiel respuesta al don de Dios a cualquier otro miembro de la Iglesia, incluyendo a Pedro y los Apóstoles (que siendo pecadores, forman parte de la Iglesia “*sancta ex peccatoribus*”), sino también porque el “triple munus” del

²¹² Por eso la comunión jerárquica es la que hace legítima la comunidad que celebra la Eucaristía; no es un añadido exterior a la Eclesiología eucarística, sino su condición interna. Cfr. *Communio* notio “Institución de la Congregación para la doctrina de la fe” de 1994. *No es otra la razón formal del “munus petrinum”; asegurar esa unidad de fe y de comunión garantizando así la legitimidad del culto eucarístico, fuente y culmen de la actividad salvífica de la Iglesia (SC10)*. El primado de jurisdicción de Pedro asegura la unidad en la fe y en la comunión jerárquica de la Comunidad Sacerdotal orgánicamente estructurada con vistas a recibir la salvación como el don de Dios; la entrega redentora del Señor actualizada sacramentalmente en el misterio eucarístico. Cf. J. RATZINGER, *Iglesia, ecumenismo y política*, cit, p.12 ss. P. RODRÍGUEZ, *Iglesia y ecumenismo*, ibid. *Iglesias particulares y prelaturas personales*, Madrid 1984. Sobre este tema escribe Juan Pablo II ampliamente en la Encíclica que comentamos en el capítulo III.

²¹³ Véase J.FERRER, *La mediación materna de María, esperanza ecuménica de la Iglesia. Hacia el quinto dogma mariano*. Madrid, Arca de la Alianza, 2006, III parte.

²¹⁴ Cf. J. FERRER ARELLANO, *Corredención mariana y mediación sacramental en “Inmaculata Mediatrix”* 2003, 1, pp 59–106, publicada en inglés en las actas III Simposio –sobre Corredención mariana– de Downside

ministerio jerárquico no tiene otro cometido que "formar a la Iglesia en ese ideal de santidad que ya está formado y configurado en María"²¹⁵.

Ella no pretende los poderes apostólicos, pero *es Reina de los Apóstoles porque los poderes jerárquicos derivan de su materna mediación*²¹⁶; participada (y a ella subordinada) por la paterna mediación de José, Padre y Señor de la Iglesia entera, de los fieles y de los Pastores. No es sólo Madre de la gracia de la Filiación divina (de las virtudes y dones) como "*fructus salutis*", sino también de todas las gracias de mediación. *El sacerdocio ministerial orgánicamente estructurado en virtud del ministerio petrino principio de unidad en la fe, los sacramentos y la comunión eclesial, refleja la autoridad de José, icono transparente de Dios Padre, de quien procede toda paternidad en el cielo y en la tierra.* Todos los dones jerárquicos o carismáticos ("*media salutis*") *derivan de la mediación maternal y paternal de María y José. Es Madre de la Iglesia entera en, y a través de la cual –como sacramento y arca universal de salvación– ejerce su Maternidad sobre todos y cada uno de sus miembros, incluido San José, su Esposo.*²¹⁷

Como afirmó Benedicto XVI en su alocución en la Plaza de España el día de la Inmaculada (8–XII–2005)", <<el aspecto "petrino", de la Iglesia está incluido en el aspecto "mariano">>. María es, en efecto, Madre de la Iglesia entera, también de los pastores *en cuanto pastores*, como dijo Pablo VI cuando proclamó el título mariano al final de la III sesión del Cc. Vaticano II. Y en una ocasión tan solemne como el reciente Consistorio a los quince nuevos cardenales, el mismo Benedicto XVI les dijo que "el anillo cardenalicio simboliza la unión de las dimensiones mariana y petrina de la Iglesia". Y añadió: «Todo en la Iglesia, cada institución y ministerio, comprendido el de Pedro y sus sucesores, esta "envuelto" (cubierto) por el manto de la Virgen, en el espacio lleno de gracia de su sí a la voluntad de Dios».²¹⁸ En ese ámbito, junto con María, se sitúa, sin duda, la paternidad espiritual de San José sobre la Iglesia entera, desde su supremo Pastor, hasta el último de sus miembros, como Padre común de la Iglesia universal.

4.5 San José es el Padre y Señor del Cristo total, y el Patrono, por excelencia, de la Familia de Dios que es la Iglesia. Su patrocinio universal sobre la Iglesia peregrina y la Iglesia purgante hasta la Parusía. Culto de protodulia.



El patrocinio de San José sobre la Iglesia es la prolongación del que él ejerció sobre Jesucristo, Cabeza de la misma, y sobre María, Madre de la Iglesia en el hogar de su casa, como cabeza de la Sagrada Familia de Nazaret, en el que el Magisterio de los Papas desde Pío IX ven la célula o semilla de la Iglesia nacida del Costado abierto de Cristo en la Cruz gloriosa, que quiso asociar

de María incluye la más alta participación del sacerdocio de Cristo, superior (no orden hipostático), al común y al ministerial (como la mediación paterna de José, antes expuesto). Según el Magisterio, en efecto, María es, con José, coferente del ión; todo lo cual se hace presente en la Misa, que hace sacramentalmente presente el peración corredentora de la nueva Eva asociada al nuevo Adán en la restauración de . nacida del Costado abierto y de la espada de dolor de la Mujer cuya imagen refleja. dinadamente a Cristo Mediador– todas las dimensiones de la Iglesia, incluidos los ice Pablo VI, al proclamarla Madre de la Iglesia, es Madre de los pastores en cuanto

²¹⁶ Cf. H. Urs. Von BALTHASAR, *New Klosterlungen*, p.181 de la trad. it. (cit. por Juan Pablo II –tema recurrente en su Magisterio– en la "Mulieris dignitatem". nt.55). El nuevo CEC (n.773) se hace eco del tema resumiendo MD 27, cuya doctrina se recoge en el texto.

²¹⁷ De este tema trato más ampliamente en "La persona mística de la Iglesia", en *Scripta Theologica*, 27 (1993) 830 ss.

²¹⁸ L'Observatore Romano, n. 13, 28–III–2006, 3.

en su triunfo sobre el príncipe de este mundo a su Madre y a su Padre virginales. Por esta razón fue declarado *Patrono universal de la Iglesia*²¹⁹. Esta declaración fue hecha en momentos difíciles por los que pasaba nuestra Madre la Iglesia, circunstancias y motivos que hoy subsisten.²²⁰ Por eso debemos acudir siempre a él, pero de modo particular cuando veamos que es más atacada, menospreciada, cuando se la quiere arrinconar fuera de la vida pública, y se intenta volverla inoperante en las vidas de los hombres; vidas que debe iluminar y conducir hasta Dios.²²¹ Los papas han alentado siempre esta devoción a San José.²²² Aquella casa de Nazaret, que José gobernaba con potestad paterna, contenía los principios de la naciente Iglesia. Conviene, pues, que José, así «como en otro tiempo cuidó santamente de la Familia de Nazaret en todas sus necesidades, así ahora defienda y proteja con celestial patrocinio a la Iglesia de Cristo».²²³

La misión de San José se prolonga a través de los siglos, y su paternidad alcanza a cada uno de los hombres redimidos. La Iglesia fue tomando conciencia progresiva de ello en un “crescendo” que avanza incontenible en el sentido de la fe del Pueblo de Dios y las intervenciones magistrales en los últimos siglos, porque a ello la impulsó con creciente intensidad el Espíritu Santo que nos conduce a la verdad completa. De la devoción a San José se hallan vestigios desde los primeros siglos del cristianismo, empezando por Oriente y extendiéndose después a Occidente. En los siglos IV y V y siguientes encontramos panegéricos del Santo predicados por Doctores y Santos Padres de la Iglesia, como son, entre otros: San Agustín, San Jerónimo, San Juan Crisóstomo, y les siguen San Epifanio, San Bernardo, San Bernardino de Siena, el Célebre Juan Gerson, místico, canciller de la universidad de París, etc. Y en nuestro siglo de Oro, hallamos a la gran doctora de la Iglesia Santa Teresa de Jesús,

²¹⁹ Cfr. Pío IX, Decreto *Quemadmodum Deus*, 8–XII–1870; *Carta Apost. Inclytum Patriarcam*, 7–VII–1871. **DECRETUM. URBIS ET ORBIS. QUO. S. IOSEPH DEIPARAE VIRGINIS IMMACULATAE SPONSUS CATHOLICAE ECCLESIAE PATRONUS CONSTITUITUR.** Quemadmodum Deus Iosephum illum a Iacob Patriarcha progenitum praepositum constituerat universae terrae Aegypti ut populo frumenta servaret, ita temporum plenitudine adveniente, cum Filium suum Unigenitum mundi Salvatorem in terram missurus esset, alium selegit Iosephum, cuius iile primus typum gesserat, quemque fecit Dominum et Principem domus ac possessionis suae, principalemque thesaurorum suorum custodem elegit. Siquidem despositam sibi habuit Immaculatam Virginem Mariam, ex qua de Spiritu Sancto natus est Dominus Noster Iesus Christus, qui apud homines putari dignatus est filius Ioseph, illique subditus fuit. Et quem tot reges ac prophetae videre exoptaverant, iste Ioseph non tantum vidit, sed cum eo conversatus, eumque paterno affectu complexus, deosculatusque est; nec non solertissime enutrivit quem populus fidelis uti panem de caelo descensum sumerat ad vitam aeternam consequendam. Ob sublimem hanc dignitatem, quam Deus fidelissimo huic servo suo contulit, semper Beatissimum Iosephum post Deiparam Virginem eius Sponsam Ecclesia summo honore ac laudibus prosecuta est, eiusdem interventum in rebus anxiiis imploravit. Verum cum tristissimis hisce temporibus Ecclesia ipsa ab hostibus undique insectata adeo gravioribus opprimatur calamitatibus, ut impii homines portas inferi adversus eam tandem praevalere autumnarent, ideo Venerabiles universi Orbis Catholici sacrorum Antistites suas ac Christifidelium eorum curae concreditorum preces Summo Pontifici porrexerunt, quibus petebant ut Sanctum Iosephum Catholicae Ecclesiae Patronum constituere dignaretur. Deinde cum in Sacra Oecumenica Synodo Vaticana easdem postulationes et vota enixius renovassent, Sanctissimus Dominus Noster PIUS Papa IX nuperrima ac luctuosa rerum conditione commotus, ut potentissimo Sancti Patriarchae Iosephi patrocinio Se ac Fideles omnes committeret, Sacrorum Antistitum votis satisfacere voluit, eumque CATHOLICAE ECCLESIAE PATRONUM solemniter declaravit; illiusque festum die decimanona Martii occurrens, in posterum sub ritu duplici primae classis, attamen sine octava ratione Quadragesimae, celebrari mandavit. Disposuit insuper ut hac die Deiparae Virgini Immaculatae ac castissimi Iosephi Sponsae sacra huiusmodi declaratio per praesens Sacrorum Rituum Congregationis Decretum publici iuris fieret. Contrariis non obstantibus quibuscumque. –Die VIII. Decembris anni MDCCCLXX.– C. Episc. Ostient. En Velit. Card. Patrizi S.R.D. Praef. *D. Bartolini S. R. C. Secretarius.*

²²⁰ Cfr. JUAN PABLO II, *Exhort Apost. Redemptoris Custos* 15–VIII–1989, 31.

²²¹ F. Fz. CARVAJAL, *Ibid.*, 214.

²²² San PÍO X, *Carta al Cardenal Lepicier*, II–III1908; BENEDICTO xv, *Breve Bonum sane*, 25–VII–1920; Pío VI, *Discurso*, 21–IV–1926.

²²³ LEÓN XIII, Enc. *Quamquam pluries*, 15–VIII–1889. “Es, por tanto –concluye Juan Pablo II después de citar ese pasaje de León XIII – conveniente y sumamente digno del bienaventurado José que, lo mismo que entonces solía tutelar santamente en todo momento a la familia de Nazaret, así proteja ahora y defienda con todo su celeste patrocinio a la Iglesia de Cristo” (RC, 28).

que, movida por su amor a este insigne Patriarca, logró que se acrecentara extraordinariamente en la Iglesia de Dios esta devoción en su honor.

Esta Santa, que puso varias de sus fundaciones el nombre de San José, y en todas colocó su imagen, dijo: <<No me acuerdo hasta ahora haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer. A otro santos, parece que les dio gracia el Señor para socorrer en una necesidad; de este glorioso santo, tengo experiencia que socorre en todas y que quisiese el Señor darnos a entender que, así como le estaba sujeto en la tierra...., y le podía mandar, así hace cuanto él pide>>²²⁴

«Querría yo persuadir a todos fuesen grandes devotos de este glorioso santo –escribe la Santa de Ávila–, por la gran experiencia que tengo de los bienes que alcanza de Dios; no he conocido persona que de veras le sea devota y haga particulares servicios, que no la vea más aprovechada en la virtud; porque aprovecha en gran manera a las almas que a él se encomiendan. Parece ha algunos años que cada año en su día le pido una cosa, y siempre la veo cumplida; si va algo torcida la petición, él la endereza para más bien mío.

»Si fuera persona que tuviera autoridad de escribir, de buena gana me alargara en decir muy por menudo las mercedes que ha hecho este glorioso santo a mi y a otras personas (...). Sólo pido, por amor de Dios, que lo pruebe quien no creyere, y verá por experiencia el gran bien que es encomendarse a este glorioso Patriarca y tenerle devoción; en especial personas de oración siempre le habían de ser aficionadas, que no sé como se puede pensar en la Reina de los Ángeles, en el tiempo que tanto pasó con el Niño Jesús, que no den las gracias a San José por lo bien que les ayudó a ellos».²²⁵

Cuando nos llegamos a José para implorar su auxilio,²²⁶ no titubeemos ni temamos, sino tengamos fe firme, que tales ruegos han de ser gratísimos al Dios inmortal y a la Reina de los Ángeles».²²⁷ Nuestra Señora, después de Dios, a nadie amó más a San José, su esposo, que la ayudó, la protegió, y gustosamente le estuvo sometida. ¿Quién puede imaginar la eficacia de la súplica dirigida por José a la Virgen su esposa, en cuyas manos el Señor el Señor ha depositado todas las gracias? De aquí la comparación que se complacen en repetir los autores: «como Cristo es el mediador único ante el Padre, y el camino para llegar a Cristo es María, su Madre, así el camino seguro para llegar a María es San José: De José a María, de María a Cristo y de Cristo al Padre».²²⁸ Santa Teresa del Niño Jesús dejó en sus manuscritos que de pequeña pedía que San José fuese su custodio. <<Mi devoción hacia él desde mi infancia, son una misma cosa con mi amor a la Santísima Virgen. Que delicia conocer en el Cielo cuanto acaeció en la intimidad de la Sagrada Familia>>.

La Iglesia busca en San José el mismo apoyo, la fortaleza, la defensa y la paz que supo proporcionar a la Sagrada Familia de Nazaret²²⁹, que fue como el germen en que ya se encontraba contenida toda la Iglesia. El patrocinio de San José se extiende a la Iglesia universal militante y

²²⁴ SANTA TERESA, Vida, 6. Nos cuenta Ana de Jesús (Lobera), compañera de la Santa, en los procesos de beatificación, cómo se le apareció San José cuando iban camino de Beas de Segura, para fundar en aquella villa un nuevo «palomarcico»: «Perdidos en los riscos de Guadalinierno, y abocados a unos precipicios horriblos de corte vertical de unos 300 metros de profundidad, la Santa recomienda a las ocho monjas que pidan a Dios a nuestro Padre San José que nos encaminen, porque íbamos perdidos, y en esto oyen una voz que sale desde la abisal hondanada, «una hondura muy honda», que les dice: «Tenéos, tenéos, que vais perdidos y os despeñaréis si pasáis por ahí». Con las indicaciones del misterioso personaje, surgido de improviso, se encuentran en camino franco; algunos quieren ir a buscar al hombre para agradecerles el haberles salvado la vida. Mientras ellos buscan al hombre, la Santa dice a sus monjas con mucha devoción y lágrimas: «No sé para qué le dejamos ir, que era mi padre San José y no le han de hallar». Realmente San José iba al lado de la Santa para protegerla.

²²⁵ SANTA TERESA, Vida, 6.

²²⁶ El Papa Benedicto XV nombró en el año 1920 a Sa, José Patrono de los obreros, de los padres de familia (su fiesta suele celebrarse como el “día del padre”), y de los moribundos.

²²⁷ ISIDORO DE SOLANO, *Suma de los dones de San José*, IV, 8.

²²⁸ B. LLAMERA, o. c., 315.

²²⁹ Cfr. E. S. GIBERT, *San José, un hombre para Dios*, Balmes, Barcelona 1972, 175.

purgante de todos los tiempos y en todas y cada una de sus necesidades, sin excepción, pues es Corrededor universal y Mediador paternal –en indisoluble unión con el Mediador Capital y la Mediadora maternal, en la jerárquica subordinación de la trinidad de la tierra, de la dispensación del tesoro redentivo que ha contribuido a adquirir para nosotros; pero suele señalarse de modo más particular su piadoso influjo en las almas que aspiran a la santidad en medio del trabajo ordinario, en las familias cristianas y en los que se encuentran próximos a dejar este mundo camino a la Casa del Padre.²³⁰

José, Padre de Cristo, es también tu Padre y tu Señor. –Acude a él.²³¹

Pero es en nuestro tiempo, calificado por Juan Pablo II en la exhortación “Iglesia en Europa” de apostasía silenciosa –a la que tanto contribuye el relativismo nihilista de la cultura dominante del pensamiento débil- denunciado con especial insistencia desde comienzos de su pontificado por S.S. Benedicto XVI, cuando todo parece indicar que Dios quiere poner en primer plano, como remedio, al humilde artesano de Nazaret (“Juan Pablo II”). Aquél al que la Iglesia invoca en las letanías dedicadas a él como “terror de los demonios”, protagonista de los inicios de la Iglesia naciente, en las primicias de la Redención, como Cabeza de la Familia de Nazaret, ha recibido de la Providencia salvífica de Dios la misión de intervenir en la Iglesia, el Cuerpo místico de su Hijo virginal –de la que también es Padre y Señor–, y de modo especial en la urgente tarea pastoral de regeneración de la familia, insidiosamente atacada en la actual cultura relativista post-moderna.

La antigua serpiente quiere destruir la Iglesia –“Familia de familias”, cada una de las cuales es una iglesia doméstica, prefigurada por la Familia de Nazaret– arrancando *a los sacerdotes* del altar del Sacrificio, del que vive la Iglesia, para dedicarse a tareas más bien propias de asistentes sociales; *a la mujer* –esposa y madre– del corazón de hogar; y *al varón* –esposo y cabeza de familia– haciéndole desistir de su autoridad paterna como Cabeza de familia. Se ha hablado del “eclipse del padre” –a todos los niveles: biológico, espiritual y eclesial– como uno de los factores clave del deterioro caótico de la sociedad civil y eclesiástica.

El que fue para Jesús “icono y sombra” del Padre, en el hogar familiar de Nazaret; semilla de la Iglesia, quiere Dios que lo sea también para la humanidad de todos los tiempos. Pero de modo especial en la tarea urgente de la nueva evangelización de nuestra sociedad postmoderna, a que nos convoca el Sucesor de Pedro,²³² para que recupere el sentido de su Filiación al Padre, en la fraternidad –la Familia– de los hijos de Dios en Cristo, que es la Iglesia. Para que así sea es decisiva la experiencia de la paternidad humana en todas sus dimensiones, que deriva y participa de la Paternidad de Dios, de la que es imagen creada, desfigurada por el pecado ha sido regenerada por Cristo según el modelo arquetípico ejemplar y eficientemente activo de San José, Padre del Cristo total, Cabeza y miembros.

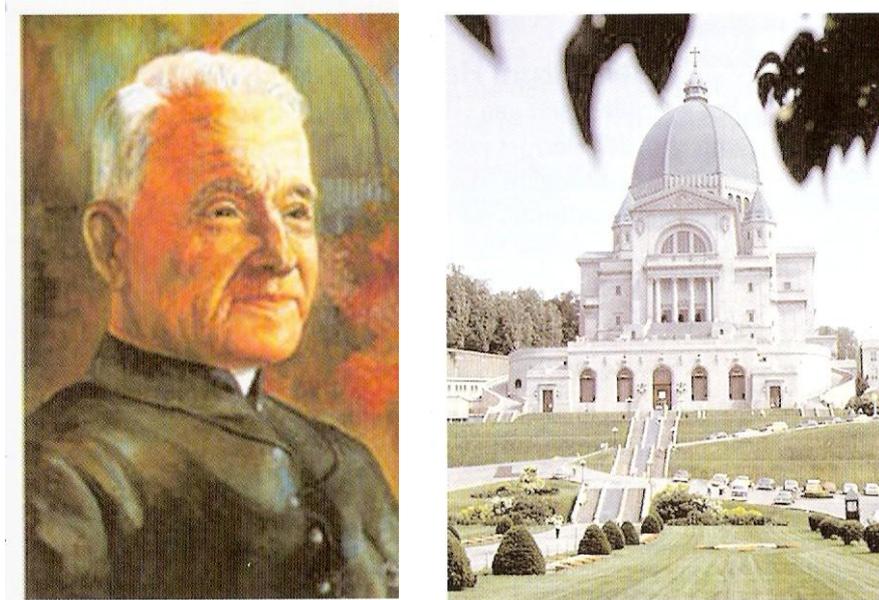
La paternidad del Santo Patriarca en el hogar familiar de Nazaret, participación y reflejo de la de Dios, sigue activa en la Iglesia, inseparable siempre de la maternidad de María. Ambas están llamadas a regenerar, madurar, sanar y hacer crecer al hombre actual liberándole de sus “angustias”, ayudándole con su doble e inseparable mediación materna y paterna –en sinergia con el Espíritu Santo, fruto de la Cruz Redentora de Cristo, “Señor y dador de vida”–, a conquistar la “libertad” y dignidad de hijos de Dios. El hombre y la mujer están llamados en el seno de la familia –en todos los niveles, no sólo el biológico, de la paternidad y la maternidad, como María y José, a participar del “providente” amor –paterno y materno a la vez (cfr. CEC 231), de Dios Padre. El camino para que así sea pasa por el empeño en ser buenos hijos de María –“nadie tiene a Dios por Padre, si no tiene a María por Madre”– y de José, “nuestro Padre y Señor”; frecuentando el trato con la trinidad de la tierra, Jesús, María y

²³⁰ F. Fz CARVAJAL, *Ibid*, t. VI, 212–3.

²³¹ Camino, 559.

²³² Guillermo SPIRITO, *Una presenza de paternità per l'uomo postmoderno*, en Actas del IX Simposio sobre San José, Kevelaer 2006, vol. II, 999.

José, misteriosa e indisolublemente unidos en el plan salvífico de Dios: imagen perfecta de la Trinidad del Cielo y camino de retorno hacia Ella.



* * *

Guillermo Spirito, uno de los propagadores de la devoción a San José más activos de nuestros días, confió en su interesante intervención en el IX Simposio sobre San José de Kevelaer (2005) su experiencia personal de la presencia de San José en la Iglesia actual. Al cabo de veinte siglos –decía– San José se manifiesta discretamente, pero continuamente en la Iglesia y en el mundo. El acompaña el nacimiento y el crecimiento, siempre tan misteriosos de su Hijo en la humanidad por mediación de la Iglesia. De este acompañamiento misterioso de San José, especialmente tangible en nuestros días –del que el autor de este libro ha tenido experiencia directa en la vivencia sapiencial de San Josemaría E (cuyo gran influjo en miles de personas es de sobra conocido)²³³, habló en su ponencia este conocido profesor franciscano en Roma y Asís, entre otros testimonios –como especialmente significativo–, de la experiencia impresionante del *hermano Andrés* humilde hermano lego de la Congregación de la Santa Cruz, que fue instrumento providencial en la construcción del mayor santuario de San José del mundo, en Montreal (Canadá), que tantos frutos de conversión y renovación de la vida cristiana está dando.²³⁴ Todo este movimiento espiritual que comenzó en el siglo XX, “florece, fructifica, se difunde a través del “Oratoire”: como un río de agua viva que no cesa de irrigar. José es como una presencia de paternidad para el mundo postmoderno en el que la reconstrucción de la humanidad perdida, y precisa, como elemento fundamental, la recuperación de la capacidad perceptiva de la dignidad inconmensurable de ser hijos de Dios Padre, a través de la experiencia de la paternidad sobre Jesús y sobre nosotros de José, el icono de la paternidad de Dios “de quién procede toda familia en el cielo y en la tierra, que quiere hacer partícipes a los hombres de su amor paterno y materno en el santuario del amor y una vida que está llamada a ser el hogar familiar, para que refleje la luz y el calor de la Casa de José, nuestro Padre y Señor.

²³³ Cfr. entre otros testimonios sobre este influjo en la Iglesia de San Josemaría en propagar la devoción al Santo Patriarca, Leon CRISTIANI, *San José, Patrono de la Iglesia universal*, Madrid 1978, 170 ss. Más adelante (3–2, 220 ss) describe el A. un elenco de las Congregaciones religiosas josefinas masculinas y femeninas.

²³⁴ F. DERROY—PINEAU, *L'étrange destin d'Alfred Basette*, Quebec, 20047, 141. “Es algo que sorprende y conmociona el hecho de que frère André es simplemente un mediador porque es San José quien quiere que se construya un santuario, en otros términos. José se muestra como una persona viviente, identificado, con deseos, reacciones, iniciativas: toda su experiencia apunta hacia una persona existente, “no configurada” por el proyecto, ni como recuerdo del pasado, sino como presente actualmente, que interacciona con el mundo material visible... Cfr. G. SPIRITO, *Una presencia de paternidad*, cit, 999, que refiere también la experiencia del Hno. CRISTOPHE, uno de los tres monjes martirizados en Argelia, y del fundador de la comunidad del Arca, Jean Vanier, entre otros interesantes testimonios sobre el Frère André de Montreal. Son también de especial interés los que dio en el Simposio de Kevelar del 2005 el superior general de los Misioneros de San José del Padre VILASECA sobre la presencia especial de San José en México, de la que es patrono desde la primera evangelización, o el P. Franco VERRI, de los Josefinos de MURIARDO.

La Iglesia tributa a San José consecuentemente con cuanto aquí hemos dicho un singular culto de “protodulía”, esto es, perteneciente al primer santo, después de la Virgen María, a la que corresponde el culto de “hiperdulía”, muy por encima del culto con el que veneramos a los ángeles y santos. De todos modos con el culto de “protodulía”, asignado para San José -indisociable del que le es debido a su Esposa-, afirmamos a su vez que es el primero de todos los santos, e incluso muy por encima de los ángeles,²³⁵ pues pertenece al orden hipostático, como María, si bien en grado inferior y subordinado en el sentido antes explicado.

4.6 San José, Padre y Señor del Cristo total en el reino escatológico de la Jerusalén celestial, cuando Dios sea todo en todo.

La Iglesia es, en su consumación escatológica, el Cristo total, la estirpe espiritual de la Mujer profetizada en el Protoevangelio, y contemplada por el discípulo amado en su visión del capítulo 12 de su Apocalipsis, que incluye –en la recapitulación final– a todos los elegidos desde el justo Abel, en comunión perfecta con Cristo Cabeza en un universo transfigurado por la fuerza del Espíritu que brota de los tres Corazones unidos de Jesús, María y José, en la Cruz gloriosa.



La trinidad de la tierra es el camino de retorno de la humanidad caída a Dios Padre, de quien todo procede y a quien todo torna en el Espíritu en el misterio de la maternidad de María y de la paternidad de San José, que refleja la paternidad maternal del Padre.²³⁶ “Nadie tiene a Dios por Padre si no tiene a María, a la Iglesia (y a Sara, cf. Gal 4 *in fine*) por Madre”; y cabría añadir, “a José por Padre y Señor”.

La paternidad de San José –la sombra de Dios Padre– se refleja en la dimensión petrina de la Iglesia, en tanto que institución orgánicamente estructurada por dones jerárquicos y carismáticos -bajo Pedro-, pertenece a la figura de este mundo que pasa. El tabernáculo o morada escatológica de Dios con su Pueblo de la Jerusalén celestial²³⁷ que describe el discípulo amado, es también la casa de José, prolongación y pleno desarrollo del germen de la Familia de Nazaret Padre y Patriarca de la Familia del Pueblo de Dios en la que será venerado como Padre y Señor de todos los elegidos en la Jerusalén celestial. “Pues así como la voluntad de Dios es un acto que se llama mundo, así su intención es la salvación de los hombres y se llama Iglesia” (S. Clemente de A. Pedagogo, 1, 6; CEC 760), cuya “célula madre” o “célula seminal” era la casa de José, cabeza de la Sagrada Familia.

Después de la resurrección de los muertos, en la Parusía del Señor, Cristo rey ejercerá –con María y José– su Señorío universal directamente, y con un pleno esplendor divino, sobre el mundo transfigurado en la Jerusalén celestial descrita al final del Apocalipsis de San Juan. El tiempo histórico de nuestro mundo habría sido ya redimido y llegado a su fin por el “anuncio de la muerte del Señor hasta que venga” del misterio eucarístico, que edifica la Iglesia peregrina hasta la Parusía (Cor 11, 17); los elegidos habrán entrado en la plenitud de la gloria con la “redención del cuerpo”²³⁸ (RM 8); la

²³⁵ F. RAGUSA, *San José merecedor del Culto de Protodulía*, México 1928.

²³⁶ Cf. CEC, 239. J. FERRER ARELLANO, *Dios Padre, origen de la vida trinitaria, como fuente ejemplar y meta de la maternidad de María y de la Iglesia*. “Ephemerides Mariologicae” 49 (1999), pp. 53–125. Sitio Web: www.filosofiayteologia.com

²³⁷ Cfr. Ap, 21, 2–3.

²³⁸ Rom. 8,23. Cf. J. MARITAIN, *De la grâce et de l’Humanité de Jesuchrist*, cit 147..

duración de la materia transfigurada habrá pasado a la condición del espíritu, en un tiempo discontinuo como el de los Ángeles. Habrá entonces pleno ejercicio, absolutamente total, de la realeza de Cristo glorioso, conquistada en la Cruz gloriosa con la cooperación de María y José, título de la realeza única, singular y trascendente de la trinidad de la tierra en virtud de su pertenencia al orden hipostático redentor.

De ella participarán, “miro ordine”, la sociedad de los Ángeles y de los Santos cuando Dios sea ya todo en todo (1 Cor 15, 28); que se ejercerá sobre el mundo y sobre la Iglesia, que serán ya una sola cosa. Ya no habrá ejercicio del poder judicial universal propio de su realeza, porque habrá tenido lugar el Juicio final, y estará completo el número de los elegidos. Su predestinación –y sus efectos: vocación, justificación y glorificación (cfr. Rm 8, 19–20)– dependió de la Familia constituida por los primeros predestinados, *los Tres de la Familia de Nazaret, primicias de la nueva creación; que – una vez vencidos el dolor y la muerte, después de haber puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies – llegará a su plenitud escatológica en los nuevos cielos y nueva tierra de la nueva Jerusalén* de los ciudadanos del Reino cuando sea completado el número de los elegidos –ángeles y hombres– presididos por los tres celestes soberanos, Jesús, María y José. “ubi pax erit, unitas plena atque perfecta”, en un incesante cántico nuevo de glorificación a Dios en el que participará toda la creación.²³⁹

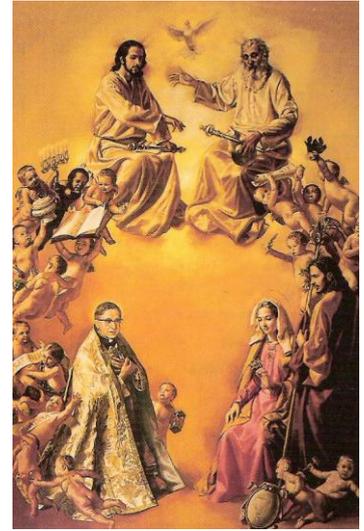
Todos los hombres –¿y los ángeles?– predestinados a la gloria deberán su salvación eterna a Cristo y a María, con José. No sólo en cuanto que su misma predestinación dependió de la de los tres, sino también porque Cristo les mereció y María les conmereció, con la cooperación de José, todas las gracias habituales y actuales que, a través de toda su vida de viadores y de sus propios méritos personales por su libre cooperación a la gracia propia de la vocación de cada uno de ellos, les condujeron de hecho a la perseverancia final y a la consecución efectiva de la gloria eterna en el Reino de la Jerusalén celestial.

²³⁹ CF. S. AGUSTÍN, trad. 26 in Ioam. sub finem. El documento "sobre libertad cristiana y liberación", del entonces Cardenal Ratzinger aprobado por Juan Pablo II, describe así la justicia del Reino consumado: "La Iglesia es el germen y el comienzo del Reino de Dios aquí abajo, que tendrá su cumplimiento al final de los tiempos con la resurrección de los muertos y la renovación de toda la creación... En la nueva Jerusalén que esperamos con ansia, "Dios enjugará las lágrimas de sus ojos, y la muerte no existirá más, ni habrá duelo, ni gritos, ni trabajo, por que todo esto es ya pasado" (Apoc. 21,4). La esperanza es la espera segura de "otros cielos nuevos y otra nueva tierra, en la que tiene su morada la justicia..." La espera vigilante y activa en la venida del Reino es también la de una justicia perfecta para los vivos y los muertos, para los hombres de todos los tiempos y lugares, que Jesucristo, constituido Juez supremo, instaurará. Esta promesa que supera todas las posibilidades humanas, afecta directamente a nuestra vida en el mundo, porque una verdadera justicia debe alcanzar a todos y debe dar respuesta a los muchos sufrimientos padecidos por todas las generaciones" ("Libertatis conscientiae", S. C. para la doctrina de la fe, de 22–III–86, nn. 58 y 60).

REFLEXIONES CONCLUSIVAS

Decía en la Introducción que en este estudio me proponía exponer de modo sistemático una reflexión teológica, de muchos años, sobre San José, inspirada de modo especial en la profunda vivencia sapiencial de San Josemaría sobre el santo Patriarca, con vistas a una profundización mayor en el dato revelado con el método propio de la Teología especulativa –indisociable siempre de la histórica, en la perspectiva de la histórico-positiva de la salvación, la cual urge recuperar, atendiendo al urgente reclamo de la “Fides et ratio” de Juan Pablo II .

He intentado esclarecer en él, mediante la razón ilustrada por la fe, las dimensiones esenciales –sistemáticamente articuladas en una completa Teología josefina– de la extraordinaria riqueza teológica sapiencial, doctrinal y espiritual, subyacente a las enseñanzas de San Josemaría –al menos, en mi personal recepción de ella a lo largo de veinticinco años– en torno al “misterio” de San José. (Fueron muchas, en efecto, las luces que recibió del Señor –siempre en la perspectiva de la inseparabilidad de los Tres de la Familia de Nazaret, la “trinidad de la tierra”–; de modo especial en sus últimos años, en los que el Espíritu Santo hacía crecer en su alma, “de forma impetuosa” –según el testimonio del que fue su sucesor, el siervo de Dios Alvaro de Portillo–, la constante devoción al Santo Patriarca que caracterizó toda su vida).



Lo he escrito con plena conciencia de que el “misterio inefable” de San José, –tan elocuentemente silencioso, tan poco conocido todavía, y extrañamente marginado por no pocos mariólogos– debe ser antes objeto de contemplación, devoción y gratitud –“casto silentio venerantes”²⁴⁰– que de reflexión teológica o científica; en la convicción de que ambas aproximaciones teológicas –sapiencial y científico-sistemática– son, sin embargo, irrenunciables y complementarias; en una circularidad “virtuosa” (Cfr. Fides et Ratio” de Juan Pablo II). Parece evidente que la Providencia divina quiere poner en primer plano, siempre unido a su Esposa, la siempre Virgen María –la Inmaculada Mediadora–, en esta hora grave y resolutive de la historia de la salvación, al humilde artesano de Nazaret, al que la Iglesia invoca en las letanías a él dedicadas como “terror de los demonios”.

Me ha parecido conveniente concluir este estudio subrayando –a modo de recapitulación– algunas de las *tesis capitales* que subyacen a la Teología sistemática sobre el misterio de San José que

²⁴⁰ <<En aquella casa él era el cabeza de familia delante de Dios y de los hombres, el varón justo delante de la ley, el artesano de Nazareth. Pero de puertas adentro se vivía en otro ámbito: el de la unión hipostática del Hombre–Dios. Jesús no era puro Hombre, María era más que simple madre del Niño, José no era un padre como los demás. Aquella Familia era el *Sacramentum absconditum a saeculis in Deo* (Ef. 3,9), el *Mysterium quod absconditum fuit a saeculis et generationibus* (Col. 1, 26); y el depositario de este *Mysterium* y de los demás misterios que el mundo y los mismos Rabinos y Doctores de la ley desconocían, era José. Y como depositario de los más altos y divinos misterios, el mismo llevaba una existencia *abscondita*, oculta, misteriosa como todo lo que rodea la mansión santa de Nazareth. Nada se sabe de su nacimiento y de su muerte. Si San Juan Bautista, precursor del Mesías, tiene la historia del que era la “Voz que clama en el desierto”, San José tiene la voz del silencio; silencio que parece era necesario para la venida del Salvador. La Iglesia lo dice en la Liturgia navideña: *Cum quietum silentium contineret omnia et nox in suo cursu medium iter haberet, omnipotens sermo tuus de caelo a regalibus sedibus... in mediam... terram prosilivit* (Sap. 18, 14–15)>>. F. SOLA, cit por F. CANALS VIDAL, o. c., 274.

aquí se propone como parte esencial de la dispensación del misterio de Cristo –inspirada en la vivencia sapiencial de san Josemaría, para la mejor comprensión del dato revelado-, a la luz del Magisterio que converge en la Carta Magna de la Josefología, la exhortación apostólica “Redemptoris Custos” de Juan Pablo II. La hemos intentado exponer ordenadamente, en la secuencia lógica de los (que señala la Carta a los Romanos) *cuatro pasos sucesivos* (cfr. Rm 8,20–30); *cada uno de los cuales es el fundamento del siguiente*:

(1) Su *predestinación* –en un mismo decreto con Cristo y su Madre-，“ante mundi constitutionem” (Ef 1, 3), a ser Cabeza de la Familia que iba a acoger en la historia al Verbo encarnado para redimir a la humanidad caída, comenzando por su esencial dimensión familiar; reflejo o reverbero de la Trinidad en el Hombre, su imagen creada que quiso asumir para restaurarla según el plan originario de Dios.

(2) Su *vocación*, en el tiempo, a la excelsa misión de padre virginal y mesiánico del Unigénito del Padre, encarnado en el seno virginal de su Esposa, que le encumbra de modo misterioso al orden hipostático de la Encarnación redentora. Tal es el *fundamento de la plenitud inicial de gracia* que recibió de Dios –en constante crecimiento, por su heroica respuesta de fe– proporcionada al cumplimiento de su sobrehumana vocación, *que calificamos de “paternal”*; la mayor santidad entre las puras criaturas, después de la plenitud de santidad inmaculada de la Madre de Dios.

(3) Su *justificación* efecto de la *redención* universal –*objetiva o adquisitiva*– consumada en el Sacrificio del Calvario, de la que Dios quiso hacer partícipes, de manera única y singular –con su heroica respuesta de fe, esperanza y ardiente caridad a aquella inicial plenitud materna y paterna de gracia– , a María y a José, de modo diverso en ambos, como Corredentores, subordinadamente al Redentor (que lo fue también de ellos, con una más perfecta redención que hacía posible que tomaran parte activa en la de los demás redimidos).

(4) Su *glorificación* , en especial, la singular participación de San José, ya glorificado –en cuerpo y alma- en la *redención subjetiva*: en la progresiva edificación de la Iglesia peregrina, por mediación de la Eucaristía –siempre en unión indisoluble con su Hijo y su Esposa virginales, hasta la Parusía del Señor, cuando entregue el reino consumado (de “los santos del Altísimo”) al Padre. (En este contexto hemos tratado de la participación, también singular, del Santo Patriarca en la Realeza de Cristo, como Padre y Señor de la Iglesia universal, tanto en su fase peregrina, como en su consumación escatológica en la Jerusalén celestial

He aquí las tesis capitales que me interesa subrayar, que vertebran todo este estudio teológico a lo largo de los cuatro niveles de su desarrollo sistemático.

1. *El principio fundamental*, orgánico, que estructura la Teología de San José, (latente en la vivencia teologal de San Josemaría): es a *la inseparabilidad de los Tres –la trinidad de la tierra– , como vértice del plan salvífico de Dios y piedra angular de ambos testamentos; imagen perfecta de la Trinidad del Cielo, y camino de retorno salvífico a Ella*: hasta la meta última de la eterna Bienaventuranza a la luz de la gloria, en la claridad radiante de la visión beatífica, en el Reino consumado de la Jerusalén celestial, consumada en la plena glorificación escatológica, cuando se complete el número de los elegidos.

2. *El Verbo encarnado constituye* –en cuanto Verbo hecho carne por nuestra salvación, en virtud de la gracia de unión por obra del Espíritu Santo– *el orden hipostático redentor, de modo absoluto*; en cuanto Mediador y Cabeza de la nueva creación. *María pertenece también a ese orden, de modo intrínseco–relativo*, en virtud de su cooperación maternal –con la libre aceptación del “fiat”de la Encarnación redentora– en la constitución del ser teándrico del Dios–hombre, y –“ operari sequitur esse”– en su obra salvífica; como Mediadora maternal en el Mediador capital. También S. José pertenece a ese orden (trascendente –y fundante– respecto al orden de la gracia santificante de la justificación), *de modo extrínseco–relativo, desde el punto de vista de su dimensión biológica; pero con una relación a él no meramente extrínseca y mediata – por razón de su matrimonio con María–*

sino directa, esencial e inmediata con la Encarnación. José es padre de Jesús no por generación, sino por constitución divina. Y ello en una doble dimensión.

La primera *dimensión* es la relación de *causalidad instrumental de José, como hijo de David, en orden a la constitución de la condición mesiánica del Hijo* concebido “en” su matrimonio virginal –no “de” él según la carne, sino según el espíritu, por la fe y la caridad– con María, por la imposición del nombre por el Patriarca de la Familia de Nazaret que es constitutiva de su paternidad mesiánica, por serlo del mesianismo real de Hijo de David, en cumplimiento del vaticinio de Natán y de los profetas que le siguen.

La *segunda dimensión* – ya aludida en la anterior, pues son indisolubles, como ha mostrado brillantemente F. Canals – es *la necesidad de su consentimiento, en la oscuridad de la fe, a su matrimonio virginal con María*, como condición esencial prevista por Dios –en el decreto de la divina predestinación de la Encarnación del Verbo en el seno virginal de su Esposa– *a que fuera acogido en la casa y familia del hijo de David. Ésta es la razón formal constitutiva de su paternidad virginal –y mesiánica–, no según la carne y según el Espíritu, como la divina Maternidad de María, sino sólo según el Espíritu –por la fe y la caridad–, que no puede menos de tener repercusiones en el orden operativo salvífico, con alguna asociación con María –su Esposa– en la línea corredentiva, participada de la Corredentora.*

3. *San José (“la sombra de Dios Padre”, o “su icono transparente”, se le ha llamado), es, en efecto – de modo no accidental, sino constitutivo de su identidad, en el ser y en el obrar –custodio del “arca de la alianza” (María su Esposa), a modo de “Querubín” de flameante espada (cfr. Gn 3, 24), que guarda el “huerto sellado” de su fecunda Virginitad²⁴¹– que contiene –también en virtud de su libre consentimiento a la voz de Dios– el “árbol de la vida”, el Mesías Salvador en su consumación pascual. El Dios hecho hombre para nuestra salvación quiso ser acogido y educado para su misión sacerdotal salvífica, consumada en el holocausto del Calvario –al final del Vía Crucis que comenzó en el huerto de los olivos– en el hogar familiar de José; asociándolo, como su Padre virginal y mesiánico –con su Madre, la Corredentora– de manera singular, única y misteriosa, a su obra salvífica de restauración de la vida sobrenatural perdida en el pecado de los orígenes en el huerto de las delicias.*

4. *Los Tres están presentes en la obra de nuestra redención; tanto objetiva o adquisitiva, consumada en el Sacrificio del Calvario, como aplicativa o subjetiva –en la edificación de la Iglesia peregrina hasta la Parusía del Señor, cuando Dios sea todo en todos–, por la triple mediación, en jerárquica subordinación – capital, maternal y paternal–, de la Trinidad de la tierra, presente en la Eucaristía; la última de las cuales– la paterna mediación del Santo Patriarca, Padre y Señor de la Iglesia–, se refleja, de modo misterioso, en el ministerio petrino. San José es, –para Jesús (y debe serlo para los miembros de su Cuerpo místico) – como la sombra y el icono transparente de Dios Padre, de quien procede toda paternidad –autoridad y potestad– en el Cielo y en la tierra (Ef 3,15) y partícipe, con María, Reina del Corazón del Rey, su Hijo, de manera única y singular en la realeza de Cristo. Es, por eso, Padre y Señor de la Iglesia entera, incluida la dimensión institucional y jerárquica de su “principio petrino” –subordinado al “principio mariano” (Benedicto XVI), cuya semilla estaba en la familia de Nazaret.*

5. *De la misteriosa presencia salvífica de los tres Corazones unidos de Jesús, María y José en el misterio eucarístico, brota el agua viva del Espíritu Santo, del que vive la Iglesia peregrina, como sacramento y arca universal de salvación,²⁴² en la progresiva edificación del Reino de Dios, que “todo*

²⁴¹ Cfr. E. M. ROSCHINI, *La mariologia di María Valtorta*, Isola dei Liri 1985.

²⁴² Cfr. J. FERRER ARELLANO, “Unicidad y universalidad de Cristo y de la Iglesia, centro y fundamento irrenunciable de la teología de las religiones”. *Studium Legionense*, 45 (2004), 185–222.

lo atrae hacia Sí” (Jn 12, 32), desde el trono triunfal de la Cruz gloriosa, salvíficamente presente en su renovación sacramental eucarística, *hasta la Parusía, cuando vuelva a entregar su Reino al Padre, después de haber puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies* (Cfr. 1 Co 15, 23ss).

Dios te salve José, lleno eres de gracia, el Señor está contigo, bendito tú eres entre todos los hombres, y bendito es el fruto del vientre de tu santísima Esposa la Virgen María, Jesús.

Santo José, padre de Dios y padre nuestro, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte, Amén.

Joaquín FERRER ARELLANO. Madrid, 2006.

II PARTE

VENERACIÓN A SAN JOSÉ

Oraciones tradicionales y recientes a San José.



Como decíamos al principio, ofrezco en esta segunda parte devocional, una selección de oraciones, tradicionales y modernas, que refleja y expresa en el “lenguaje de *la esperanza*”, propio de la oración cristiana (“interpretativa *spei*”, la llama Sto Tomás) la precedente reflexión doctrinal, propia de la de “teología de *la fe*”.

Están expresamente elegidas con la intención de mostrar la interdependencia entre la *lex credendi*, la *lex orandi* y la *lex celebrandi*; que —como subraya el reciente compendio del Catecismo de la Iglesia Católica—, es guía segura de la “*lex vivendi*” —*la caridad*—, en el camino de retorno de la humanidad caída a la *Trinidad del Cielo*, que no es otro que la *trinidad de la tierra*, la indisociable unidad de los Tres de la familia de Nazaret en el plan salvífico de Dios. Ella es, en efecto —como hemos mostrado en el precedente estudio- teológico—, vértice y piedra angular de la historia entera de la salvación en todas las fases de su desarrollo histórico, hasta la Parusía del Señor, cuando Dios sea todo en todos en el Reino consumado de la Jerusalén celestial (cuyos soberanos seguirán siendo Jesús, María y José —la trinidad de la tierra, icono transparente de la Trinidad del Cielo—, ya plenamente glorificada en el pleno esplendor de su realeza universal).

INTRODUCCIÓN

En la Sagrada Escritura se nos habla de otro José, al que llamaron Salvador de Egipto, el cual, vendido por sus hermanos, se vió exaltado a la más alta dignidad después de la persona del Faraón, por haberle descifrado unos sueños misteriosos que nadie le había sabido explicar. Díjole el Faraón: *“Tú serás quien gobierne mi casa y todo mi pueblo te obedecerá; sólo por el trono seré mayor que tú”* Y añadió: *“Mira, te pongo sobre toda la tierra de Egipto”* Quitóse el Faraón el anillo de su mano y lo puso en la de José; hizo que lo vistieran de blancas vestiduras de lino, y le puso en su cuello un collar de oro, mandando asimismo que montando en el segundo de sus carros, se gritara ante él: ¡Abrek! Y así fue puesto al frente de toda la tierra de Egipto.



Cuando se produjo una gran escasez y hubo hambre en todas partes, cosas ambas que José había profetizado, en Egipto pan en abundancia gracias a las medidas de previsión que se habían tomado, y cuando los egipcios y los extranjeros recurrían al Faraón en demanda de trigo, les decía: *“Id a José y haced lo que él os diga”* (Gen XLI).

¡Cuantos fueron los honores que se tributaron a aquel José del Antiguo Testamento y cuanto poder tuvo en Egipto!

Pues bien, una gloria y un poder semejantes tiene ahora en el Cielo el patriarca San José. A él también le dijo Dios: *“Tú serás quien gobierne mi casa y mi Reino. Todos los ángeles y los santos, y todas las criaturas se inclinarán ante ti, y a tu disposición tendrás el tesoro de mis gracias”*.

El gran escritor y teólogo Gerson dejó escrito: *“Para Dios los ruegos de San José son un mandato”*. Y Santa Teresa, que eligió a este santo como protector especial de su orden, para animarnos a recurrir constantemente a San José, se decía: *“No recuerdo haber pedido cosa alguna a San José, que no la haya alcanzado. El que no me crea que haga la prueba y verá que gran bien es el ser devoto de este santo patriarca”*. De *“La devoción a San José”*. (Apostolado Mariano. Sevilla).

TESTIMONIOS. Sobre el valor salvífico de la devoción a San José.

Santa Teresa de Jesús

Libro de la Vida, c.6.

«Yo tomé por abogado y señor al glorioso San José, y me encomendé mucho a él. Ví claro que de esta necesidad como de otras mayores, como de honra y pérdida de alma, este padre y señor mío me sacó con más bien del que yo sabría pedir. Hasta ahora no me acuerdo de haberle suplicado cosa alguna que la haya dejado de hacer.

Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio de este bienaventurado, de los peligros que me ha librado, así de cuerpo como de alma; que a otros santos parece les dio el Señor gracia para socorrer en una necesidad, más a este glorioso santo tengo experiencia que socorre en todas, y que quiere el Señor darnos a entender que así como tenía nombre de padre, siendo siervo, y le podía mandar, así ahora en el cielo hace cuanto le pide.

Esto han visto también otras personas a quienes yo decía se encomendasen a él, también por experiencia, y aún hay muchas que le son de nuevo devotas experimentando esta verdad...

Por eso querría yo persuadir a todos fuesen devotos de este glorioso Santo, por la gran experiencia que tengo de los bienes que alcanza de Dios. No he conocido persona que de veras le sea devota y le haga particulares servicios, que no la vea más aprovechada en la virtud; porque aprovecha en gran manera a las almas que a él se encomiendan. Me parece que desde hace algunos años, que cada año en su día le pido una cosa, y siempre la veo cumplida; si la petición va algo torcida, él la endereza para mi mayor bien.

Si yo fuera una persona que tuviera autoridad para escribir, de buena gana me alargara en decir por muy menudo las mercedes que este glorioso Santo nos ha hecho a mí y a otras personas... Sólo pido, por amor de Dios, que lo prueba quien no me creyere, y verá por experiencia el gran bien que es encomendarse a este glorioso Patriarca y tenerle devoción.

En especial personas de oración siempre la habrían de ser aficionadas; que no sé como se puede pensar en la Reina de los ángeles, el tiempo que tanto pasó con el Niño Jesús, que no den gracias José por lo bien que les ayudó.

Quien no hallare maestro que le enseñe oración, tome este glorioso Santo por maestro y no errará el camino. Plegue al Señor no haya yo errado en atreverme a hablar de él; porque aunque publico serle devota, en los servicios y en imitarle siempre he faltado».

San Alfonso María de Liguorio
(Serm. De la festividad de San José)

“¿Quién ignora que San José es entre todos los santos, después de María Santísima, el más apreciado de Dios para impetrar las divinas gracias a favor de sus devotos?

Bien nos cumple venerar a San José, a quien el propio Hijo de Dios quiso honrar llamándole padre (Org. Hm.17). Idéntica denominación le dan los evangelios (Lc 2,33) y con ese mismo nombre lo designó también la Santísima Virgen (Ibid.. 2, 48). Si el Rey de los reyes encumbró, pues, a José a tan elevada honra, justo y debido es que nosotros procuremos ensalzarlos en cuanto podamos.... ¿Qué ángel a qué santo, dice San Basilio, mereció ser llamado padre del Hijo de Dios? ¿Puede darse mayor dignidad ni más encumbrada celsitud, prosigue diciendo, como la de mandar al que impera sobre todos los reyes. ¡Gran confianza debemos colocar en la protección de San José por el señalado amor que le mereció de Dios en su inminente santidad!

Y pues siendo María, como aseguran los santos, la dispensadora de todas las gracias que Dios concede a los hombres, ¿con cuánta profusión no es de creer enriquecerse de ellas a su esposo, a quien tanto amaba y del que era respectivamente amada? Y ¿Cuánto no es de creer aumentase la santidad de José el trato familiar que tuvo con Jesucristo en el tiempo que vivieron juntos? ¿Qué llamas de caridad no debemos suponer ardiesen en el pecho de San José por aquel trato continuo que durante tantos años vivió unido al Hijo de Dios?

Oración: *Acordaos, oh purísimo esposo de María Virgen y protector mío, que jamás se ha oído decir que habiendo alguno invocado tu protección y pedido tu ayuda, no haya sido consolado. Con esta confianza vengo a tu presencia y me encomiendo fervorosamente a ti ¡Oh! No desprecies mi oración, oh Padre virginal del Redentor, sino recíbela piadosamente. Amén.*

1. MES DE SAN JOSÉ. SAN JOSÉ, MAESTRO DE VIDA INTERIOR. Reflexiones y oraciones a San José para cada día del mes.

Si queréis un consejo que repito incansablemente desde hace muchos años, *Ite ad Ioseph* (Gen 41,55), acudid a San José: él os enseñará caminos concretos y modos humanos y divinos de acercarnos a Jesús[...].

Tratándole se descubre que el Santo Patriarca es, además, Maestro de vida interior: porque nos enseña a conocer a Jesús, a convivir con Él, a sabernos parte de la familia de Dios. San José nos da esas lecciones siendo, como fue, un hombre corriente, un padre de familia, un trabajador que se ganaba la vida con el esfuerzo de sus manos. (San José M^a Escrivá de Balaguer, *Es Cristo que pasa*, 38—39).

El presente ejercicio devocional publicado en Costa Rica por Helena Ospina de Fonseca, reúne 31 oraciones dedicadas en cada día del mes de marzo dedicado tradicionalmente a San José, recogidas de viejos archivos, cuyo autor —dice la recopiladora— no nos ha sido posible desvelar, que sin duda podrán ser de mucho bien a numerosas personas.

DÍA 1: PODER DE SAN JOSÉ.

Un minuto de reflexión: Profundiza e erat subditus illis. ¿Quién? Jesucristo. ¿A quién? A José. ¿Puede ser cierto? Sólo su Padre eterno puede mandar a Cristo...Pero el Padre eterno delega su autoridad. La deposita...¿en José! Y desde ese momento José manda con estricto derecho... y Jesús obedece con estricto deber.

¡Qué poder el de José! Ahora también perdura ese poder. A una señal de José, cristo derrama a torrentes desde el cielo, desde el sagrario, los tesoros de su corazón.

¿Es que tú no los necesitas? ¡Mira tu vocación! ¡Necesitas un Pentecostés de bendiciones para llenarla! Obténlas por medio de San José. Atrae hoy hacia ti sus miradas con algún obsequio especial: rezar sus letanías...

Pídele: Oh, fidelísimo José, alcánzame del corazón de tu Hijo gracia abundante para llenar mi fin excelso, para esculpir en mí el hombre desnudo de sus afectos que vive sólo a Cristo, que reclama mi vocación.

¡Joseph potentissime, ora pro nobis!

DÍA 2: EDUCADOR DE JESÚS.

¿No te lo has figurado nunca así: José en un banco de piedra y Jesús sobre sus rodillas? Era una escena diaria. Muy dulce, divina... ¡y diaria! Y en aquellos momentos ¡José educaba a Jesús! Misterio. Y Jesús crecía en sabiduría, en vigor juvenil y en gracia...¡José era quien con María lo formaba! Y así...¡cuantos años! Formación larga en el silencio de un taller...

¿Por qué no escoges al Maestro, e imitas al Discípulo de Nazareth?

Tu formación, una y triple... como la de Jesús: En ciencia — ¡te es tan necesaria para luchar por Cristo!—. En edad— crecimiento del hombre, avance hacia la madurez perfecta: Prudencia, afabilidad, entereza, vigor de cuerpo y de carácter—. En gracia – santidad de tonos definidos y valientes...

Pon estos tres aspectos de tu “crecer” bajo la protección de José...

Y dile con fe: Que imite yo, santísimo José, a tu Discípulo y modelo mío supremo Jesucristo.

Preceptor del Hijo de Dios, ruega por nosotros.

DÍA 3: SAN JOSÉ Y LA EUCARÍSTIA.

José volvía del pueblo hacia su casa. Una obsesión dulce en su corazón. “Jesús está en casa; ¡estaré esperándome!” Y San José – otro día— trazaba “suplan” para unas horas de descanso: “ ¡estar con Jesús!”.

Clava esa obsesión en tu alma. “¡Jesús está en el sagrario, y me aguarda, y me quiere hablar!”.

¿Te has convencido realmente de que está? Medita un minuto sobre este “adest”: está. ¿Estás persuadido de que tiene algo que decirte?.

Esto bastará para que en tus “planes” de las horas desocupadas, de los minutos libres, tenga siempre la primacía...¡Como en los planes de José! “Estar con Jesús”.

Pídele: Santísimo José, graba a fuego en mi alma esa palabra: “magister adest”, como estaba en la tuya.

Y luego enséñame a hablar en su sagrario como tú en tu taller.

Sancte Joseph, ora pro nobis.

DÍA 4: SAN JOSÉ MODELO DE ECUANIMIDAD

¿Puedes figurarte a José buscando fuera de su casita la distracción y el descanso de su trabajo? Recuerda lo que te hace buscar en las criaturas tu consuelo: Tedio, aburrimiento, tibieza.

José no conoció el tedio ni el aburrimiento. ¡Era tan sublime su ocupación: alimentar, robustecer a Jesús!

Si quieres sentir el gozo pleno de la posesión perfecta de Jesús ¡fuera tedio y aburrimiento! También tú tienes una obra sublime entre tus manos: la obra “divinísima entre las divinas...” ¿aburrido y tibio y mezquino...? tú ¡imposible! Si lo que podía hacer gemir tu naturaleza, la Cruz, debe ser tu mayor alegría...

Enséñame, Santísimo José, a llevar a cabo “mi obra de Redentor con entusiasmo, sin desfallecimiento,

Joseph fortissime, ora pro nobis.

DÍA 5: SAN JOSÉ, MODELO DE ENTREGA A LA VOCACIÓN

José tenía un ideal de vida puro y honrado: vivir en perpetua virginidad con María.

El banco de carpintero les daría lo suficiente. Sin problemas, sin preocupaciones, serían dichosos...

Un ángel se interpuso en su camino: *Pariet Filium et vocabis nomen eius Jesum*. El horizonte cambia por completo. ¡Qué responsabilidad! Dicha infinita en la posesión de Dios, pero trabajo incesante para alimentarle menos indignamente. ¡Cómo cambia la vida de San José! Y la abraza, con alegría, con humildad.

¿Has pensado en serio en el cambio de tu vida? Recuerda el : *Veni et sequere me* de tu vocación. ¡Qué responsabilidad! Piensa hoy mucho en ella...como lo haría San José.

Y pídele: Enséñame a entregarme a mi “vocación” de un modo absorbente. ¡Adiós, ideales de la Tierra! Quiero vivir una vida de entrega total a mi oficio de redentor con Cristo.

José fidelísimo, ruega por nosotros.

DÍA 6. EL CUERPO MÍSTICO DE CRISTO

¡Qué sabroso era el pan de Nazareth! Estaba amasado con el sudor abnegado de José...¿Para qué tanto esfuerzo? ¡Para que Jesús creciese, se desarrollase pujante de vida!

Medita un instante. En la Teología de San Pablo hay un dogma central: el del Cuerpo Místico de Jesucristo. Piensa en Él.

El Cuerpo de Cristo tiene miembros. Y éstos han de crecer en santidad, humildad, mortificación, unión con Dios, caridad...

¿Crees que es indiferente a José el crecimiento del Cuerpo de Cristo? ¡Si trabajó en la tierra con este único fin!

Hoy durante el día pídele con insistencia: Sigue trabajando, santísimo José, sigue procurando el crecimiento de Cristo: Hazme miembro suyo, robusto, con santidad heroica...Y haz que tantas almas arrancadas de Cristo formen un cuerpo con él. No permitas que ninguna de las vinculadas por Cristo a mi correspondencia se pierda para siempre por mi desidia y descuido.

Filli Dei nutritie, ora pro nobis.

DÍA 7. PATRONO DE LA IGLESIA

Jefe de la familia de Cristo en su extensión más restringida: la Trinidad de Nazareth. Jefe, Patrono, Abogado de la misma familia extendida por la Tierra; Patrono de la Iglesia.

El Padre Eterno le eligió para cabeza de aquel hogar divinamente idílico y ¡cómo cumplió su misión! Jesucristo y el Espíritu Santo le han elegido Patrono de la Iglesia. Y, él vela solícito sobre la gran familia de la Tierra. ¿Y tú oras?

¿No te interesan sus problemas? Reconocimiento de sus derechos por los Estados; santidad de sus sacerdotes y de sus fieles; misiones: infieles y mahometanos, herejes y cismáticos.

Vibra, estremécete ante el problema del Reino de Cristo en la Tierra por medio de la Iglesia...

Suplica sin cesar a San José: Que venga el Reino de Cristo. Derrama tus gracias; protege a tu familia de la Tierra; protege a Nuestro Santísimo Padre el Papa. Protector Sancte Ecclesiae, ora pro nobis.

DÍA 8. ESPOSO DE MARÍA

¡Cuántas veces les has contemplado! El llevando del ronzal a la asnilla. Ella recogida, transparentando el divino Sol que lleva en su seno. Camino de Belén.

Oye los comentarios que dejan tras sí al pasar: “¡Dos jóvenes esposos!” Y no se equivocaban.

¿Has pensado hondamente en que José es el Esposo de la Madre de Dios? Lazos entre esposos dicen: amor, confianza sin límites, entrega natural, espontánea, confiada... ¡Cuánto debe María a José!: Su custodio, el testigo y garante de su virginidad, su apoyo, su paño de lágrimas...

La gratitud de María no se apagó con la vida de José en Nazareth. Su agradecimiento es eterno.

Y ella es el Canal por donde el Corazón de Cristo derrama sus tesoros.

Pídele hoy lo que más te interesa: ¡Escúchame, gloriosísimo José! Acuda a María... Háblale de mí, de mis necesidades.

San José, Esposo de la Madre de Dios, ruega por nosotros.

DÍA 9. APROVECHÓ TODO SU TIEMPO

No puedes pensar en un San José ocioso. Tampoco en un San José febril, acongojado... Piensa necesariamente en el Carpintero diligente, sin altibajos, sereno, sin nerviosismo. ¡Ni un minuto desperdiciado!

¿Por qué no imitas a San José en tu modo de trabajar, de estudiar? Piensa un rato en el tiempo: ¿Concibes su valor? Gloria de Dios. Sangre de Cristo, almas, santidad propia, grados de felicidad eterna...

Al dividir tu tiempo quedarán momentos perdidos. Esos minutos pueden salvar almas, pueden saciar la sed asfixiante de amor que atormenta al Corazón de Cristo.

Aprende de José a trabajar y a aprovechar el tiempo.

Dile con toda el alma: José bendito: quiero seguir tus ejemplos, pero soy débil, inconstante. Préstame tu ayuda poderosa.

San José, modelo de laboriosidad, ruega por nosotros.

DÍA 10. APOSENTADOR DE JESÚS

Antes de nacer Jesús, José prepara la cuna para el niño...Madera tosca. Pero labrada... ¡con qué cariño!

Y ¿la cueva de Belén? Fría, sucia, destartalada... José... ¡qué esmero en limpiarla, en adecentarla un poco! Y luego... en Egipto y en Nazareth... ¡Preparar la habitación de “su Jesús”! ¡Qué oficio más dulce!

¿Nunca te has fijado – qué rubor en tu rostro— en el desorden de tu corazón de “tu casa”, en la que ha de entrar Jesús? ¿Y no te has fijado en el desorden –la hediondez quizá— de esas almas— ¡tantas!— vinculadas por Dios a tu apostolado de hoy y de mañana? Él quiere entrar ahí...De ti depende que halle una casa comfortable.

¿Por qué no acudes a José ¿ ¡Cuánto sabe él de preparar habitaciones para Jesús!

Hazlo en estos momentos con fervor: Santísimo José: Mira mi alma. Pon orden en ella...Limpia mis faltas, calma mis pasiones, mis turbaciones. Dispón en mi corazón un hogar comfortable para Jesús, donde se halle, de veras, “a gusto”.

San José, aposentador de Jesucristo, ruega por nosotros.

DÍA 11. NADA ECHAN DE MENOS JESÚS Y MARÍA

En la persecución, refugio. En la pobreza, sostén. En la perplejidad, consejo, en la tribulación, alegría. Eso fue San José par su familia. En él todo lo tenían, nada echaban de menos...

¿No has palpado nunca tu pobreza?

¿Nunca te has sentido torturado por la duda?

¿Nunca ha asomado la tristeza – quizá la incomprensión, o la persecución. Por tu alma?

Jesús y María lo hallaron todo en José... y tú, ¿no lo habías de encontrar?

Acude hoy... Quizá la duda y la tristeza, no... pero, al menos, la pobreza sí que la encontrarás hoy a tu paso.

Ayúdame, bendito José:

Soy pobre...

¡Sé mi riqueza!

Soy inconstante...

¡Sé mi fortaleza!

¡Sé mi luz en las tinieblas,

mi alegría en la tribulación!

San José, sostén y apoyo de la Sagrada Familia, ruega por nosotros.

DÍA 12. SANTIFICADO AL CONTACTO CON JESÚS

El roce de la túnica de Jesús – ligero, instantáneo— sanaba los enfermos.

¿Y el contacto de treinta años? ¿Sus abrazos, sus cuidados, su presencia, su conversación íntima, el rodar suave de sus gotas de sudor...?

José supo –mejor aún que la Hemorroísa— tocar a Jesús.

Pídele ayuda para tus comuniones: Contacto estremecido de emoción divina, contacto de confianza absoluta, de amor ternísimo, de fe incommovible...¡Tú también te harás santo al contacto con Jesús...!

Hoy especialmente haz en compañía de José tu comunión:

¡Oh José, que sepa yo tratar a Jesús como tú, tocarlo como tú... y que mi contacto o sea pasajero, sino injerto vivo que dure!

¡San José, íntimo confidente del Corazón de Jesucristo, ruega por nosotros!

DÍA 13. APASIONADO POR JESÚS

José absorbido por una idea: “¡Jesús!”.

Al levantarse – aún era de noche—, una mirada a la cuna... y ¡a trabajar...! alegremente, tenazmente.

“Jesús ¡Todo por Él! “ En cada minuto, en cada “hora” poniendo con toda el alma un trabajo tenso, amoroso, enderezado a Él.

Y así un año... y otro... ¡y otro!

¡Apasionado, absorbido por Jesús!

Fíjate bien en José. Y mete — tú también— esta obsesión en tu corazón. ¡Qué suave se te hará todo! ¡ Jesucristo!

Pídele con fervor: Haz que me entusiasme en Cristo, que esculpa en mi corazón su nombre santísimo, que enfoque hacia Él, de un modo exclusivo e intransigente, todos y cada uno de los “ahora” de mi vida, y que le sienta internamente como mi obsesión única y mi ideal arrebatador.

Amén.

San José, amante apasionado de Jesús, ruega por nosotros.

DÍA 14. REPARADOR

El corazón de José. ¡Si leyese allí dentro! El mundo ha corrompido su camino. ¡Cuántos pecados! Herodes persigue de muerte a Jesús. José lo sabe. ¡Qué ofensa más horrible! Lo sabe... y conoce la charca donde se revuelca el mundo pagano... ¡y los pecados del pueblo de dios! Junto al humo sucio de pecado, sube al cielo la oración de José.

Imita tú a José. ¡Qué vida más feliz! Y ¡qué vida más divina...! ¿Te sientes impotente para remediar el cúmulo hediondo de pecados que cubren el mundo? ¡ No lo eres! En medio de tu actividad lleva vida de reparador dentro de tu corazón.

Para esta vida solicita el apoyo de José: Santísimo José, enséñame a vivir como tú, reparando desde el silencio la gloria del Padre, consolando el Corazón de Jesucristo...

San José, reparador perfecto, ruega por nosotros.

DÍA 15. PADRE LEGAL DE JESUCRISTO

Recorre las jerarquías del cielo. Escucha el nombre que en sus alabanzas dirigen al Verbo de Dios: “¡Santo, Santo, Santo!”

Baja a Nazareth. Escucha. José – y es un hombre— llama al Verbo de Dios: “¡Hijo mío!” ¡Sólo José, fuera del Padre Eterno y María, puede pronunciar este nombre! Es su padre... Jesús lo llama así..., y él ¡ lo es de verdad!

No pases de largo. Piensa. Tú amas a Cristo. Y lo amas con pasión... ¿Amas al Padre con la delicadeza que reclama tu amor al Hijo? Sigue pensando: ¿Cómo demuestras ese amor? ¡Oh, cómo se lo demostraba el pequeño Jesús en Nazareth! ¿Por qué no lo imitas? ¡En algo al menos!

Dile con fervor: José bendito, Padre de mi único Bien, Jesús: desde hoy quiero tener en ti mi seguro refugio, mi camino cierto para ir a María y al Corazón de tu Hijo. Llévame a él.

Padre nutricio del Hijo de Dios, ruega por nosotros.

DÍA 16. EL SANTO DEL SILENCIO

Haz un esfuerzo. ¿Pedes figurarte a San José hablando largo y tendido, como por sistema, con los vecinos, lejos de Jesús y de María?

En cambio ¿verdad que concibes conversaciones íntimas, reposadas, con sus dos amores después del trabajo, o en las horas de reposo del sábado?

¿Por qué no imitas a José? ¡Hablar con los hombres! Hay sus tiempos para ello. Entonces, sí...alegría suave y sin estridencias; afabilidad condescendiente y sacrificada. Es tu deber. Tómallo como obra de apostolado.

Y... ¿con Jesucristo y su Madre? ¡Ah, eso sí! ¡Como José! No desperdicies un segundo. “Habla” largo, íntimo, reposado, caliente. En tu corazón, siempre, y en el sagrario, siempre que puedas.

Suplica a José: Enséñame a callar y a hablar con los hombres para traerlos a Cristo, o con el atractivo suave de mi alegría, o con el fervor de mi palabra encendida en Él. A hablar con Cristo y con su Madre siempre sin intermisión, como tú lo hacías...

Joseph prudentissime, ora pro nobis.

DÍA 17. CENTRÓ SUS PENAS Y ALEGRÍAS EN JESÚS

Piensa en las alegrías de José: Jesús ha nacido. Jesús es visitado y adorado. Jesús crece lleno de vida. Jesús lo llama “Padre”, lo llama, lo acaricia.

...y en las penas de José: Jesús blanco de odios. Jesús perseguido. Jesús perdido en el templo...

Un único motivo de gozo: Jesús... su bienestar, su amor.

Un único motivo de tristeza: Jesús... sus ofensas, su ausencia.

Centra tú también en Jesús tus alegrías y tus penas. Mira bien a José, y haz como él... Pena sólo de la ausencia de Jesús, de ofenderlo y de que lo ofendan.

Pon en esto lo más exquisito de tu devoción al santo Patriarca y...

Dile con toda el alma: Enséñame a centrar mi vida con sus dolores y alegrías en Jesús.

Sante Joseph, Christi Jesu amator, ora pro nobis.

DÍA 18. MODELO DE ADAPTABILIDAD ALEGRE A LAS CIRCUNSTANCIAS DE LA VIDA

Mira su rostro...¿Persecución? ¿Estrechez? Siempre sereno. Siempre flexible a la voluntad de Dios. Como la caña que se dobla al soplo del viento sin crujir..

Tu vida de apóstol... ¡Cuántos cambios de residencia, de situación, de oficio, te depara! Mira a José, imita a José. Serás flexible, adaptable. En todas partes estarás a gusto, siempre contento, siempre encajado, dispuesto a trabajar con toda tu alma...

Alcánzame de tu divino Hijo una facilidad alegre, una flexibilidad sin protestas y un querer siempre lo que él quiere, sin amarguras de corazón...

Modelo de conformidad con la voluntad de Dios, ruega por nosotros.

DÍA 19. SUAVIZÓ LAS CURCES DE JESÚS Y MARÍA

Destierro. Trabajo ingrato de Nazareth. Pobreza. San José todo lo dulcifica. Cogía de los hombros de Jesús y de María las cruces... ¡y se las cargaba sobre su espalda... !Él soportaba en silencio los tragos amargos de las situaciones duras. Una sonrisa amable por defuera... ¡Allí dentro... las preocupaciones, las congojas!

Entrégate tú también a José. El será el bálsamo de tus penas. Pero no te contentes con eso. Sé tú el José de los que te rodean... Alivia su carga, lleva sus cruces...

Santo Patriarca, que sea yo el Cirineo de todos..., y que lo sea sin aparato, sonriendo siempre, silenciosamente, como tú en Nazareth.

San José, ángel tutelar de la Sagrada Familia, ruega por nosotros.

DÍA 20. PATRONO DE LA VIDA DE ORACIÓN

¿Buscas hechos ruidosos, prodigios de celo, torturas atroces en la vida de San José? ¡Desiste de tu empeño! Vete más adentro. mira su corazón. Ahí está el secreto. Un fluir constante de amor abrasado, de entrega absoluta desde el corazón de José al de Jesús en medio de una vida ordinaria— hasta trivial— de trabajo... ¡Eso es todo! ¡Y eso hizo a José el mayor de los santos!

Y tú tienes que ser santo.

Necesitas vida interior, vida de oración sin esto, tu vida no tiene sentido. Sería la vida del sarmiento raquítrico y árido, si no está unido a la vid.

Toma a San José por patrono de tu vida, que es vida de oración. Pon bajo s amparo la meditación de la mañana. ¡Que envíe luz a tu mente, fuego a tu corazón... como el que recibía él del Corazón de su Hijo!

Dile con fe: “Doce me orare”. Enséñame a orara, con fe viva, con caridad abrasada, con esperanza indestructible.

San José, Maestro de oración, ruega por nosotros.

DÍA 21. HUMILDAD DE SAN JOSÉ

Una elección gratitud de Dios, y él – artesano oscuro de Nazareth— es ya padre nutricio del Hijo de Dios, custodio y defensa de la Omnipotencia impotente, sombra del Eterno Padre, es poso de la Madre Virgen... Y no se enorgullece. Cuanto más lo ensalza Dios, más él se abaja. Sólo sirve de fondo oscuro para que brillen y se destaquen Jesús y María.

Tú quizá sientes un atisbo de orgullo por el puesto que ocupas, de desestima a los que no rayan a tu altura. Agradece a Dios su dignación. Ten de los otros mayor estima que de ti mismo.

Imita a José en ese vivir oculto para que destaquen otros, sobre todo en ese inmolarse en la oscuridad para que brille Cristo. Luz verdadera del mundo.

Y dile con fervor: José humildísimo: enséñame la difícil ciencia del desprecio de mí mismo.

Sancte Joseph, humilitatis exemplar, ora pro nobis.

DÍA 22. POBREZA DE SAN JOSÉ

Mira el establo... Pajas. Boquetes por los que penetra el viento de diciembre. Cuna que es un pesebre...

Y la casita de Egipto...

Y la casita de Nazareth...

¿Ves allí lujo? ¿Comodidades? ¿Abundancia de bienes en la tierra? ¡Qué pobreza la de la familia de José! En el vestido, en la comida, en el ajuar. Trabajo duro y monótono para poder sustentarse.

Pobreza de tu vida. También en el vestido y en la comida, y en el ajuar de tu habitación. Pero, a cambio de las riquezas que no tienes, se te ha dado Cristo. Y con él lo tienes todo.

Piensa en la familia de Nazareth. Ni una queja asomará a tus labios.

Pídele con fervor a José: Enséñame a ser pobre de espíritu, desligado de los lazos de la tierra.
Sancte Joseph, amator paupertatis, ora pro nobis.

DÍA 23. PATRONO DE LA BUENA MUERTE

María sostiene su cabeza, separa los cabellos de su frente, Jesús estrecha su mano, y le dice al oído, pausado, con acento inefable: “Euge serve bone...” ¡Padre mío, “intra in gaudium Domini tui”! Suavemente, dulcemente José ah cerrado sus ojos.. Jesús y María besan su frente fría... Dulcemente: con el recuerdo de una viada santa.

Tú deseas su muerte, ¡Imita su vida!

Anhelas la muerte del santo. ¡Sé un santo durante la vida...!

Pide con fervor a José: ¡Patrono de una buena muerte santa y dichosa!, alcánzame la gracia de las gracias: la de morir en brazos de Jesús y el regazo de María.

Patrono de los agonizantes, ruega por nosotros.

DÍA 24. EL MAYOR DE LOS SANTOS

Uno fue el quehacer de Cristo –el Santo de los santos— en la Tierra: cumplir la voluntad de Dios.

Uno el quehacer de los santos, imitadores de Cristo: cumplirla, realizarla en sí mismo, hasta el último ápice.

Cuanto más se acercan al modelo, tanto más santos. Y tanto más parecidos cuanto mayor ha sido su contacto con él, más intenso su “mirarle”. Después de María, ¿quién ha tenido más íntima y más estrecha unión con Cristo? ¿y quién, después de ella, se le ha hecho más semejante? ¡Tampoco en el cielo hay quien se le acerque más en la gloria! ¡Ni en el poder...!

Pon, desde hoy al cuidado de José el trabajo de tu santidad.

Sé, poderoso José, mi amparo y, mi fuerza en mis combates por la santidad.

Sancte Joseph, Sanctorum exemplar, ora pro nobis.

DÍA 25. CONFIDENTE DEL CORAZÓN DE JESÚS

¿No has sentido nunca envidia santa hacia Juan, el discípulo amado? ¡Descansar sobre el pecho de Jesús, percibir sus latidos! Piensa en José. Para él este regalo era premio cotidiano a sus desvelos. ¡Cuántas veces en aquellos abrazos tiernos –contacto estrecho y apretado.— los dos corazones palpitaron al unísono.

Tú quieres ser devoto entusiasta de ese Corazón. Tienes que quererlo. Jesús te ha amado; te pide amor.

Acude a José. Él sabe mejor que nadie qué maravillas encierra ese Corazón y el camino para ir a Él. Pídele con insistencia, es capital para ti...

Y para las almas.

San José, padre de mi Señor Jesucristo, hazme amante y apóstol aguerrido de su Corazón, enséñame a olvidarme de mí, para sólo pensar en Él.

San José, amante fervoroso del Corazón.

DÍA 26. PATRONO DE LAS FAMILIAS

¡ Qué familia la de Nazareth! Amor tierno y fuerte. Unión íntima. Alegría sin estridencias, pero profunda, dulcísima. Colaboración espontánea, natural, abnegada, sonriente... Y José, la cabeza de aquella Trinidad de la Tierra...

¿Quieres ser buen hijo de familia? Mira la casita de José el carpintero.

Procura siempre –y hoy en especial, como obsequio a San José, calcar estas notas en tu trato: alegría y amor, unión y colaboración.

San José, “domesticae vitae decus” que aprenda yo a ver siempre en los que me rodean la imagen de Dios.

Patrono y sostén de la vida familiar, ruega por nosotros.

DÍA 27. VARÓN JUSTO

De un brochazo, el Espíritu Santo nos retrata a José: Vir justus. ¿Se puede decir más?

Varón justo: hombre que llena hasta el borde los planes de Dios, que realiza hasta el último perfil su misión. ¡Qué rara vez encuentra Dios esa masa que deja modelar sin resistir!

Piensa hoy despacio en lo sublime de tu vocación cristiana.

Promete ahora solemnemente a Cristo seguir siempre por costosas que sean sus inspiraciones, y hazlo hoy en honro de San José.

El te dará su ayuda:

Joseph dulcissime: ¡Tú ayuda mi flaqueza! ¡Los planes de Dios sobre mí...! A tu cuidado dejo su realización. ¡Sé tú mi fuerza ¡ Que mi vida sea un dejarme hacer pedazos antes de ser infiel a la menor inspiración de tu Hijo divino.

Justísimo José, ruega por nosotros.

DÍA 28. MAESTRO OBEDIENTE

Se ha promulgado un decreto de César Augusto. Es quizá despótico y arbitrario. No importa. San José, sin una murmuración, sin una protesta, toma a María y marcha a empadronarse a Belén.

Jesús ha nacido. Los Magos, después de adorarle, han vuelto a Oriente. Un ángel se aparece a José: “¡Levántate... Huye a Egipto...! Y aquella misma noche toma al Niño y a su Madre, y huye... sin una protesta, sin una murmuración. ¡Cuánto sabe José de obediencia pronta, alegre, ciega...!

La obediencia te es necesaria. Te obliga a caminar por un atajo brevísimo hacia la consecución de todas las virtudes. Fue la virtud predilecta de Cristo.

Mira a José. Pídele que albe en ti desde hoy al obediente perfecto.

San José, Maestro de obediencia, enséñame a conformarme siempre plenamente a la voluntad divina como tú: viendo en todo la voz de Dios.

José obedientísimo, ruega por nosotros.

DÍA 29. MODELO DE PUREZA ANGÉLICA

Los ángeles no tienen cuerpo. San José lo tenía. Y no obstante su vida fue más que de ángel. Pasa por la casita de Nazareth.. ¡Percibe el perfume de su pureza!

Este perfume debe embalsamar tu existencia. Has abrazado el estilo de vida de los que han de seguir un día al Cordero inmaculado doquiera que vaya, cantando siempre un cántico nuevo.

Mira a José. Imítalo. Recato en el mirar, en el leer, en el oír, en el tratar. Modestia. Cercenamiento despiadado de afectos desordenados no bien empiecen a brotar.

Suplica al santo Patriarca:

Castísimo José: Hazme un ángel en la tierra. Lo pide mi santidad. Lo necesito para mis ministerios.

Castísimo José, ruega por nosotros.

DÍA 30. EL SANTO CARPINTERO

De Nazareth... ¿Podría salir algo de bueno? ¿...y del taller del carpintero de Nazareth? ¡Y sin embargo de allí salió lo mejor, lo más santo y lo más puro: el Santo de los santos, el Redentor del mundo, y sus dos almas más íntimas...!

No separes tu vista de ese cuadro. A la luz de José, el santo carpintero, examina tus criterios.

¿Anhelas por puestos brillantes, ocupaciones de viso? Piensa en la oscuridad de aquella aldehuela entre montañas. Y ama tu puesto oscuro, retirado, sin brillo ninguno, de trabajo árido e ingrato.

De Nazareth pudo salir algo bueno, también podrá salir del rincón que la Providencia te ha señalado.

Ruega a José:

Que yo aprenda a apreciar como supremos los valores sobrenaturales, a anteponer mi santificación a todo lo demás.

Exemplar opificum, ora pro nobis.

DÍA 31. BLANCO DE LOS OBSEQUIOS Y TERNURA DE JESÚS Y MARÍA

Entra en aquel taller. Los besos y caricias de Jesús... para José. Los cuidados tiernos de María... para José. Recibían mucho de él... Pero, ¡cómo correspondían!

Al calor de este cariño piensa un momento: Jesús y María, ¿ven en ti al amante entusiasta de José?, ¿te miran como algo propio suyo? No lo dudes: eres para ellos como una prolongación del centro de sus amores... Sentirás las caricias de Jesús, los desvelos maternos de María...

Ama a José, enseñame a apreciar como único premio de mis desvelos el cariño de Jesús y María...

San José, objeto predilecto del amor de Jesús y María, ruega por nosotros.

DOLORES Y GOZOS DE SAN JOSÉ

INTRODUCCIÓN

Los Siete Domingos de San José, con la consideración de los Siete Dolores y gozos, es una sólida devoción de ayer y de hoy, que nos permite ir descubriendo la grandeza oculta de San José, a lo largo de los siete domingos que preceden y nos preparan a su gran fiesta del 19 de marzo.

A San José, como a los tesoros, hay que descubrirlo, porque fue la suya una vida oculta y sigue estando oculta para muchos. A medida que vayamos descubriendo y haciendo nuestro este Tesoro, la devoción al Santo Patriarca crecerá en nosotros y enriquecerá nuestra vida cristiana.

La grandeza oculta de San José radica en la singular y divina misión que le fue encomendada y en la heroica fidelidad con la que él supo corresponder.

Fue elegido para ser Esposo de la Madre de Dios y Padre virginal del Hijo de Dios. A él le encomendó el Padre de los Cielos el cuidado de las dos joyas más preciosas que tenía en la Tierra: a Jesús y a María. Y José fue el hombre justo que cumplió a la perfección este querer divino.

Pero la paternidad de San José, no sólo alcanza a Jesús, sino a toda la Iglesia, que continúa en la tierra la misión salvadora de Cristo. De ahí el gran poder de intercesión que San José ejerce ahora desde el Cielo a favor de toda la Iglesia.

A San José le invocamos también como patrono de la buena muerte, ya que, según se cree murió rodeado de la mejor compañía: de Jesús y de la Virgen Santísima.

Como ha escrito San Josemaría Escrivá: San José es realmente Nuestro Padre y Señor, porque protege y acompaña en su camino terreno a quienes le veneran, como protegió y acompañó a Jesús mientras crecía y se hacía hombre. (Cfr. *Es Cristo que pasa*, n.39)

Nota. Los mosaicotes que aquí reproduzco, que representan los 14 dolores y gozos de San José, están en Torreciudad dispuestos escalonadamente –cerca de Vía Crucis– para practicar esta devoción, por iniciativa de San Josemaría E.

Primer Domingo de San José



Las imágenes que siguen pertenecen a los mosaicos de Torreciudad, escalonadamente dispuestos en la misma ladera que desciende hacia Grado –palalelo al Via Crucis– por encargo de San Josemaría Escrivá.

Primer Dolor

José, como era justo y no quería difamar a su esposa, pensó repudiarla en secreto. Estando él considerando estas cosas, un ángel del señor se le apareció en sueños y le dijo: José, hijo de David, no temas recibir a María, tu esposa, pues lo que en ella ha sido concebido es obra del Espíritu Santo (Mateo.1,18—21).

Glorioso San José, Esposo de María Santísima. Las angustias de tu alma, ante la duda de abandonar a tu purísima esposa, se tornaron en inmensa alegría al conocer por el Ángel el misterio de la Encarnación.

Por este dolor y gozo, te rogamos nos consueles en las angustias de la última hora y nos concedas una muerte santa, y una vida semejante a la tuya junto a Jesús y María. (Padrenuestro, Avemaría y Gloria)



Primer Gozo

Invocaciones: Acudamos a San José, Esposo de María, diciéndole: *José glorioso, ampara a quien contempla tu pena y gozo.*

Lector: Porque supiste acatar – sin entender— el misterio obrado por Dios en tu purísima Esposa.

Todos: *José glorioso, ampara a quien contempla tu pena y gozo.*

Lector: Por tu buen obrar, al no querer difamar a tu Santísima Esposa.

Todos: *José glorioso, ampara a quien contempla tu pena y gozo.*

Lector: Por el dolor de tu corazón cuando pensaste abandonar a tu Esposa.

Todos: *José glorioso, ampara a quien contempla tu pena y gozo.*

Lector: Por tu inmenso gozo cuando Dios te reveló el misterio.

Todos: *José glorioso, ampara a quien contempla tu pena y gozo.*

Segundo Domingo de San José



Segundo Dolor

Y sucedió que estando allí, le llegó la hora del parto, y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo recostó en un pesebre, porque no hubo lugar para ellos en la posada (Lucas 2, 6).

Dichoso Patriarca San José, elegido para cumplir los oficios de padre con el Hijo de Dios hecho hombre. La extrema pobreza con que Jesús nació en Belén, te causó una gran pena, pero el anuncio del Angel en aquella luminosa noche te colmó de gozo.

Por este dolor y gozo, te suplicamos nos alcances la gracia de tratar en la tierra como amigo a nuestro Angel Custodio y de gozar siempre de su compañía en el Cielo. (Padrenuestro, Avemaría y Gloria).



Segundo Gozo

Invocaciones: Ofrezcamos nuestro corazón a Jesús, José y María, diciendo: ***Jesús, José y María, tomad como posada el corazón y el alma mía.***

Lector: Virgen Santa, concebida sin pecado para ser digna morada de Jesús.

Todos: ***Jesús, José y María, tomad como posada el corazón y el alma mía.***

Lector: Dichoso San José, que con amor de padre viviste sólo para Jesús.

Todos: ***Jesús, José y María, tomad como posada el corazón y el alma mía.***

Lector: José y María, por vuestro dolor al no encontrar posada para el Niño.

Todos: ***Jesús, José y María, tomad como posada el corazón y el alma mía.***

Lector: Por vuestra alegría inefable al ver a Dios nacido y hecho Niño.

Todos: ***Jesús, José y María, tomad como posada el corazón y el alma mía.***

Tercer Domingo de San José



Tercer Dolor

A los ocho días, cuando le circuncidaron, le pusieron el nombre de Jesús, el indicado por el ángel antes de ser concebido en el seno materno (Lucas 2, 21).

Glorioso San José, cumplidor obediente de la Ley de Dios. La Sangre preciosa derramada por Jesús en la circuncisión te traspasó el corazón; pero el nombre de JESUS que se le impuso, te llenó de consuelo.

Por este dolor y gozo, te rogamos nos alcances la gracia de vivir luchado contra la esclavitud de los vicios, para tener la dicha de morir con el nombre de Jesús en los labios y en el corazón.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria



Tercer Gozo

Invocaciones: Acudamos a San José, Padre virginal de Jesús, diciéndole: *José glorioso, ampara a quien contempla tu pena y gozo.*

Lector: Por la primera Sangre de Jesús, derramada por nuestra salvación.

Todos: *José glorioso, ampara a quien contempla tu pena y gozo.*

Lector: Porque en esas primeras gotas, José y María presintieron ya toda la Sangre derramada por el Redentor.

Todos: *José glorioso, ampara a quien contempla tu pena y gozo.*

Lector: Por el dolor de Jesús Niño, que traspasó el corazón de María y José.

Todos: *José glorioso, ampara a quien contempla tu pena y gozo*

Lector: Porque sólo el nombre de Jesús es salvación y gozo verdadero.

Todos: *José glorioso, ampara a quien contempla tu pena y gozo.*

Cuarto Domingo de San José



Cuarto Dolor

Simeón bendijo a Dios diciendo: ... Porque mis ojos han visto tu salvación, la que preparaste ante todos los pueblos (...) Después dijo a María: Este Niño está destinado a ser caída y resurrección de muchos en Israel – y a tu misma alma la traspasará una espada – para que se descubran los pensamientos de muchos corazones (Lucas 2, 30—34).

San José, cumplidor fiel de los planes de Dios. Grande fue tu dolor al saber por al profecía de Simeón, que Jesús y María estaban destinados a padecer; mas este dolor se convirtió en gozo al conocer que esos padecimientos serían causa de salvación para muchas almas.

Por este dolor y gozo y por los méritos de Jesús y María, te rogamos nos alcances la gracia de trabajar sin cansancio por la salvación de las almas.

(Padrenuestro, Avemaría y Gloria)



Cuarto Gozo

Invocaciones: Acudamos a San José, Esposo de María y Padre de Jesús, diciéndole: ***José glorioso, ampara a quien contempla tu pena y gozo***

Lector: Porque la espada anunciada a María, traspasó también tu corazón.

Todos: *José glorioso, ampara a quien contempla tu pena y gozo.*

Lector: Porque sufriste en tu corazón de padre la Pasión destinada a Jesús.

Todos: *José glorioso, ampara a quien contempla tu pena y gozo.*

Lector: Por el dolor de Jesús Niño, que traspasó el corazón de sus padres.

Todos: *José glorioso, ampara a quien contempla tu pena y gozo.*

Lector: Por tu gozo profundo, al saber que aquellos padecimientos serían precio de redención para innumerables almas.

Todos: *José glorioso, ampara a quien contempla tu pena y gozo.*

Quinto Domingo de San José



Quinto Dolor

El ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: Levántate, toma al niño y a su madre y huye a Egipto, y estate allí hasta que yo te avise, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo (Mateo 2, 13).

San José, Custodio y familiar íntimo del Hijo de Dios humanado. Grande fue tu sufrimiento para alimentar y servir a tu Familia, sobre todo en la huida a Egipto; de igual manera fue grande tu alegría al tener siempre contigo al mismo Hijo de Dios y a su Madre Santísima.

Por este dolor y gozo, te rogamos nos alcances la gracia de que, huyendo de las ocasiones de pecado, vencamos al enemigo infernal, y sirvamos a Jesús y a María viviendo solamente para ellos. (Padrenuestro, Avemaría y Gloria)



Quinto Gozo

Invocaciones: Acudamos a San José, Cabeza de la Sagrada Familia, diciéndole: *José glorioso, ampara a quien contempla tu pena y gozo*

Lector: Por tu obediencia diligente al tener que huir con tu Familia a Egipto

Todos: *José glorioso, ampara a quien contempla tu pena y gozo.*

Lector: Por tu dolor al ver sufrir a Jesús y a María, camino de Egipto.

Todos: *José glorioso, ampara a quien contempla tu pena y gozo.*

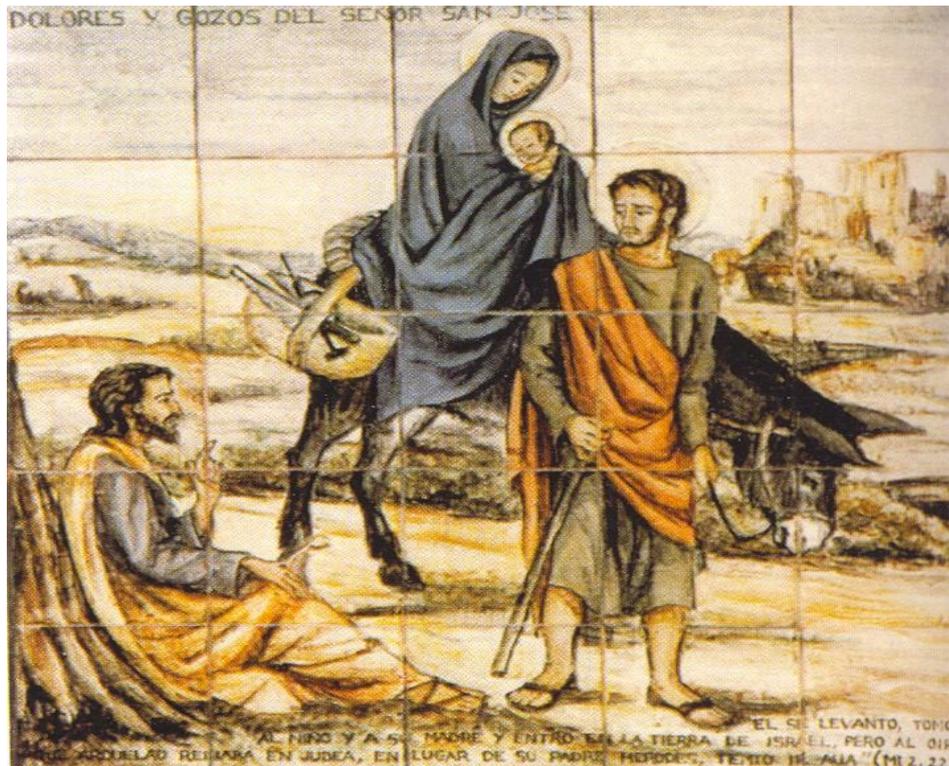
Lector: Por los apuros que soportaste de recién llegado a Egipto.

Todos: *José glorioso, ampara a quien contempla tu pena y gozo.*

Lector: Por tu inmenso gozo cuando el Ángel te anunció la hora de volver con los tuyos a tu Patria.

Todos: *José glorioso, ampara a quien contempla tu pena y gozo.*

Sexto Domingo de San José



Sexto Dolor

El se levantó, tomó al Niño y a su madre y vino a la tierra de Israel, pero al oír que Arquelao reinaba en Judea, en lugar de su padre Herodes, temió ir allá; y avisado en sueños se retiró a la región de Galilea, y fue a vivir a una ciudad llamada Nazaret: para que se cumpliera lo dicho por los profetas que sería llamado Nazareno (Mateo 2, 22—23).

Glorioso San José, que viste sujeto a tus órdenes al Rey de los Cielos. Si tu alegría al volver de Egipto se vio turbada por el miedo a Arquelao, después tranquilizado por el Ángel, viviste contento en Nazaret con Jesús y María.

Por este dolor y gozo, alcánzanos la gracia de vernos libres de temores, y gozando de la paz de conciencia, de vivir seguros con Jesús y María y morir en su compañía. (Padrenuestro, Avemaría y Gloria)



Sexto Gozo

Invocaciones: Invoquemos a San José, Custodio fiel de Jesús y María, diciendo: *José glorioso, ampara a quien contempla tu pena y gozo*

Lector: Por el temor, ante el riesgo de la vida del Niño al volver a Israel.

Todos: *José glorioso, ampara a quien contempla tu pena y gozo.*

Lector: Por las penalidades de los tres en el largo viaje de Egipto a Nazaret.

Todos: *José glorioso, ampara a quien contempla tu pena y gozo.*

Lector: Por la alegría que sentiste al volver a tu tierra de Israel.

Todos: *José glorioso, ampara a quien contempla tu pena y gozo.*

Lector: por vuestra vida en Nazaret, llena de paz, de oración y de trabajo.

Todos: *José glorioso, ampara a quien contempla tu pena y gozo.*

Séptimo Domingo



Séptimo Dolor

Le estuvieron buscando entre los parientes y conocidos y al no hallarle volvieron a Jerusalén. Y ocurrió que, al cabo de tres días, lo hallaron en el templo en medio de los doctores, oyéndoles y haciéndoles preguntas (Lucas 2, 44—46).

San José, modelo de santidad. Grande fue tu dolor al perder, sin culpa, al Niño Jesús y tener que buscarle, con gran pena, durante tres días; pero mayor fue tu gozo cuando al tercer día lo hallaste en el templo en medio de los doctores.

Por este dolor y gozo, te suplicamos nos alcances la gracia de no perder nunca a Jesús por el pecado mortal; y si por desgracia lo perdiéramos, haz que lo busquemos con vivo dolor, hasta que lo encontremos y podamos vivir en su amistad para gozar de El contigo en el Cielo eternamente.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria



Séptimo Gozo

Invoquemos a la Sagrada Familia, Modelo de todas las familias, diciendo: *Jesús, María y José, que esté siempre con los Tres.*

Lector: Por vuestro gran dolor, al perder, sin culpa, a Jesús, y tener que buscarlo durante tres días.

Todos: *Jesús, María y José, que esté siempre con los Tres.*

Lector: Por el amor que os unió en la tierra e hizo de vuestro hogar un anticipo del Cielo.

Todos: *Jesús, María y José, que esté siempre con los Tres.*

Lector: Porque sois el Modelo perfecto de todas las familias cristianas.

Todos: *Jesús, María y José, que esté siempre con los Tres.*

Lector: Porque sois reflejo de la trinidad del Cielo y camino para llegar a Ella.

Todos: *Jesús, María y José, que esté siempre con los Tres.*

SIETE DOMINGOS DE SAN JOSÉ (otra versión tradicional)

La Iglesia, siguiendo una antigua costumbre²⁴³, prepara la fiesta de San José, el día 19 de marzo, dedicando al Santo Patriarca los siete domingos anteriores a esa fiesta en recuerdo de los principales gozos y dolores de la vida de San José.

Primer dolor y gozo. *Mateo 1, 18—25.*

Glorioso San José, esposo de María Santísima. Como fue la grande angustia y el dolor de tu corazón, en la duda de abandonar a tu purísima Esposa, así fue inmensa la alegría cuando te fue revelado por el Ángel el soberano misterio de la Redención.

Por este dolor y gozo, te rogamos nos consueles en las angustias de nuestra última hora y nos concedas una santa muerte, después de haber vivido una vida semejante a la tuya junto a Jesús y María. (*Padre nuestro, Ave María y Gloria*).

Segundo dolor y gozo. *Lucas 2, 1—7.*

Dichoso Patriarca San José, elegido para cumplir los oficios de padre cerca del Verbo Humanado. Grande fue tu dolor al ver nacido a Jesús en tan extrema pobreza, pero este dolor se cambió en gozo celestial al oír los cantos de los ángeles y contemplar el resplandor de aquella luminosa noche.

Por este dolor y gozo, te suplicamos nos alcances la gracia de que, después de haber seguido nuestro camino en la tierra, podamos oír las alabanzas angélicas y gozar de la vista de la gloria celestial. (*Padre nuestro, Ave María y Gloria*).

Tercer dolor y gozo. *Lucas 3, 21.*

Glorioso San José, ejecutor obediente de la Ley de Dios. La Sangre preciosa que en la circuncisión derramó el divino Redentor, te traspasó el corazón; pero el nombre de Jesús, que se le impuso, te llenó de consuelo.

Por este dolor y gozo, te rogamos nos alcances la gracia de vivir luchando contra la esclavitud de los vicios, para tener la dicha de morir con el nombre de Jesús en los labios y en el corazón. (*Padre nuestro, Ave María y Gloria*).

Cuarto dolor y gozo: *Lucas 2, 22—35.*

San José, modelo de fidelidad en el cumplimiento de los planes de Dios. Grande fue tu dolor al saber, por la profecía de Simeón, que Jesús y María estaban destinados a padecer; mas este dolor se

²⁴³ Un antiguo y venerable autor italiano, Juan de Fanno, citado por el Padre Jerónimo Gracián, carmelita principal colaborador y confesor de Santa Teresa, autor de un libro que tituló «Josefina» -que será publicado en esta misma editorial "Arca de la Alianza", nos cuenta el siguiente episodio: «Fray Juan de Fanno, en su historia de San José cuenta que navegaban dos padres de la orden de San Francisco para Flandes, y naufragó la nave en que iban trescientas personas. Los dos se abrazaron a una tabla y anduvieron tres días con sus noches sobre las olas del mar; encomendándose al glorioso San José, de quién eran muy particularmente devotos. Al tercer día se apareció en medio de ellos, sobre la tabla, una figura de un hermosísimo joven, les saludó afablemente, confortó sus ánimos abatidos y alentó las fuerzas de sus cansados miembros, y sanos y salvos llegaron a salvo. Los buenos frailes, como se vieron en tierra, hincaron sus rodillas, dieron gracias a Dios por tan gran beneficio, y al joven que les acompañó le suplicaron encarecidamente les dijese su nombre: él les declaró ser San José, y les descubrió los siete grandes dolores y siete gozos que recibió en los siete misterios, de que se tiene gran devoción, prometiendo ayudar y favorecer en todas sus necesidades a cualquiera que en memoria de estos siete misterios dijese cada día siete Padres nuestros y siete Avemarías, y esta devoción usan muchos en Italia, principalmente los Padre Capuchinos». De aquí nació la piadosa devoción de los Siete Domingos, en que se recuerdan esos siete dolores y gozos de San José, que además del rezo, supone una meditación pausada de los mismos.

convirtió en gozo al conocer que los padecimientos de Jesús y María serían causa de salvación para innumerables almas.

Por este dolor y gozo, te rogamos que, por los méritos de Jesús y María, seamos contados entre aquellos que han de resucitar gloriosamente. (*Padre nuestro, Ave María y Gloria*)

Quinto dolor y gozo: *Mateo 2, 13—18.*

San José, custodio y familiar íntimo del Verbo del Dios encarnado. Grande fue tu sufrimiento para alimentar y servir al Hijo del Altísimo, sobre todo en la huída Egipto; de igual manera fue grande tu alegría al tener siempre en tu compañía al mismo Hijo de Dios y ver cómo caían en tierra los ídolos de Egipto.

Por este dolor y gozo, te rogamos nos alcances la gracia de que, huyendo de las ocasiones de pecado, vencamos al enemigo infernal y hagamos caer de nuestro corazón todo ídolo de pasiones terrenas, para que, ocupados en servir a Jesús y a María, vivamos únicamente para ellos y tengamos una muerte feliz. (*Padre nuestro, Ave María y Gloria*)

Sexto dolor y gozo: *Mateo 2, 19—23.*

Glorioso San José, que viste sujeto a tus órdenes al Rey de los Cielos. Si tu alegría al regresar de Egipto se vió turbada por el miedo a Arquelao, después, al ser tranquilizado por el Ángel, viviste contento en Nazaret con Jesús y María.

Por este dolor y gozo, alcánzanos la gracia de vernos libre de temores, y gozando de paz de conciencia vivir seguros con Jesús y María y morir en su compañía. (*Padre nuestro, Ave María y Gloria*).

Séptimo dolor y gozo: *Lucas 2, 40—52.*

San José, ejemplar de toda santidad. Grande fue tu dolor al perder, sin culpa, al Niño Jesús, y haber de buscarle, con gran pena, durante tres días; pero mayor fue tu gozo cuando al tercer día lo hallaste en el templo en medio de los Doctores.

Por este dolor y gozo, te suplicamos nos alcances la gracia de no perder nunca a Jesús por el pecado mortal; y si por desgracia lo perdiéramos, haz que lo busquemos con vivo dolor, hasta que lo encontremos y podamos vivir con su amistad para gozar de Él contigo en el Cielo y cantar allí eternamente su divina misericordia. (*Padre nuestro, Ave María y Gloria*).

V. Ruega por nosotros, San José.

R. Para que seamos dignos de las promesas de Jesucristo. Amén.

Oración: Glorioso San José, custodio fiel a quien fueron confiados Jesús, la inocencia misma, y María, Virgen de las vírgenes: te ruego y suplico que, con tu ayuda, sirva yo siempre a Jesús y a María con el corazón puro y el cuerpo casto. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén.

OTRAS ORACIONES A SAN JOSÉ

Puede rezarse alguna de ellas, al final de los Dolores y Gozos

Para implorar la protección sobre la Iglesia

San José, Esposo de la bienaventurada Virgen María.

Te hizo Dios como padre del Rey y Señor de toda su casa, ruega por nosotros.

Dios todopoderoso que confiaste los primeros misterios de la salvación de los hombres a la fiel custodia de San José; haz que, por su intercesión, la Iglesia los conserve fielmente y los lleve a plenitud en su misión salvadora. Por nuestro Señor Jesucristo.

“San José, nuestro Padre y Señor, ayuda a todos tus hijos de la Santa Iglesia de Dios”. (San Josemaría E.)

Para pedir la pureza de alma y cuerpo

San José, mi Padre y Señor, tú que fuiste guardián del Hijo de Dios y de su Madre Santísima, la Virgen María, alcánzame del Señor la gracia de un espíritu recto y de un corazón puro y casto para servir siempre mejor a Jesús y a María. Amén.

Para preparación a la Santa Misa

¡Oh feliz varón, bienaventurado José, a quien le fue concedido no sólo ver y oír al Dios, a quien muchos reyes quisieron ver y no vieron, oír y no oyeron, sino también abrazarlo, besarlo, vestirlo y custodiarlo!

Ruega por nosotros, San José.

Para que seamos dignos de alcanzar las promesas de nuestro Señor Jesucristo.

Oración: Oh Dios, que nos concediste el sacerdocio real; te pedimos que, así como San José mereció tratar y llevar en sus brazos con cariño a tu Hijo unigénito, nacido de la Virgen María, hagas que nosotros te sirvamos con corazón limpio y buenas obras, de modo que hoy recibamos dignamente el sacrosanto Cuerpo y Sangre de tu Hijo, y en la vida futura merezcamos alcanzar el premio eterno. Por el mismo Jesucristo nuestro Señor. Amén.

PARA DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Custodio y padre de vírgenes, San José, a cuya fiel custodia fueron encomendadas la misma inocencia, Cristo Jesús, y la Virgen de las vírgenes, María. Por estas dos queridísimas prendas, Jesús y María, te ruego y te suplico me alcances que, preservado de toda impureza, sirva siempre con alma limpia, corazón puro y cuerpo casto a Jesús y a María. Amén.

Para santificar el trabajo

¡Oh glorioso San José, modelo de todos los que se consagran al trabajo! Alcanzadme la gracia de trabajar con espíritu de penitencia en expiación de mis pecados; de trabajar a conciencia poniendo el cumplimiento de mi deber por encima de mis naturales inclinaciones; de trabajar con reconocimiento y alegría, mirando como un honor el desarrollar, por medio del trabajo, los dones recibidos de Dios.

Alcanzadme la gracia de trabajar con orden, constancia, intensidad y presencia de Dios, sin jamás retroceder ante las dificultades; de trabajar, ante todo, con pureza de intención y con desprendimiento de mí mismo, teniendo siempre ante mis ojos las almas todas y la cuenta que habré de dar del tiempo perdido, de las habilidades, inutilizadas, del bien omitido y de las vanas complacencias en mis trabajos, tan contrarias a la obra de Dios.

Todo por Jesús, todo por María, todo a imitación vuestra, ¡oh Patriarca San José! Tal será mi consigna en la vida y en la muerte. Amén.

A la Trinidad de la tierra, la familia de Nazaret

Jesús, María y José, que esté siempre con los Tres. (San Josemaría E.)

Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía.

Jesús, José y María, asistidme en mi última agonía.

Jesús, José y María, en vos descansen en paz el alma mía.

Oración al glorioso Patriarca San José Patrono de la Iglesia

“Esta plegaria (de León XIII) y la misma figura de José adquieren una renovada actualidad para la Iglesia de nuestro tiempo, en relación con el nuevo Milenio cristiano” .JUAN PABLO II, Redemptoris custos, n.32)

A Ti, bienaventurado San José, acudimos en nuestra tribulación, y después de implorar el auxilio de tu Santísima Esposa, solicitamos también confiadamente tu patrocinio.

Con aquella caridad que te tuvo unido con la inmaculada Virgen María, Madre de Dios, y por el paterno amor con que abrazaste al Niño Jesús, humildemente te suplicamos que vuelvas benigno los ojos a la herencia que con su Sangre adquirió Jesucristo, y con tu poder y auxilio socorras nuestras necesidades.

Protege la escogida descendencia de Jesucristo, aleja de nosotros, oh padre amantísimo, este flagelo de errores y de vicios. Asístenos propicio desde el cielo, en esta lucha contra el poder de las tinieblas; y como en otro tiempo libraste de la muerte la vida amenazada del Niño Jesús, así ahora defiende a la Santa Iglesia de Dios de las hostiles insidias y de toda adversidad.

Y a cada uno de nosotros protégenos con tu constante patrocinio, para que, a ejemplo tuyo, y sostenidos por tu auxilio, podamos vivir y morir santamente y alcanzar en los cielos la eterna bienaventuranza. Amén.

León XIII.

Oración a San Jose. Pablo VI.

«Oh San José, Patrono de la Iglesia: tú que, junto al Verbo encarnado, trabajaste todos los días para ganar el pan, del que sacabas la fuerza para vivir y fatigarte; tú que has probado la ansiedad del mañana, la amargura de la pobreza, la precaria condición del trabajador; tú que irradias hoy, en el día

de tu fiesta litúrgica, el ejemplo de tu figura, humilde ante los hombres pero grandísima a los ojos de Dios: mira a la inmensa familia que se te ha confiado. Bendice a la iglesia, ayudándola a seguir cada vez más fielmente el camino del Evangelio; protege a los trabajadores en su áspera lucha cotidiana, apartándoles del desaliento, de las reivindicaciones negativas, así como de las sugerencias del hedonismo; ruega por los pobres que continúan en la tierra, la pobreza de Cristo, despertando hacia ellos la continua ayuda de sus hermanos más dotados; y guárdanos la paz del mundo, esa paz que sólo puede garantizar el desarrollo de los pueblos y el pleno cumplimiento de las esperanzas humanas: para bien de la humanidad, para facilitar la misión de la Iglesia, para gloria de la Santísima Trinidad. Amén».

Letanías de San José

San José,	ruega por nosotros
Ilustre descendiente de David	ruega por nosotros
Luz de los Patriarcas	ruega por nosotros
Esposo de la Madre de Dios	ruega por nosotros
Casto guardián de la Virgen	ruega por nosotros
Padre nutricio del Hijo de Dios	ruega por nosotros
Celoso defensor de Cristo	ruega por nosotros
Jefe de la Sagrada Familia	ruega por nosotros
José, justísimo	ruega por nosotros
José, castísimo	ruega por nosotros
José, valentísimo	ruega por nosotros
San José,	ruega por nosotros
Ilustre descendiente de David	ruega por nosotros
Luz de los Patriarcas	ruega por nosotros
Esposo de la Madre de Dios	ruega por nosotros
Casto guardián de la Virgen	ruega por nosotros
Padre nutricio del Hijo de Dios	ruega por nosotros
Celoso defensor de Cristo	ruega por nosotros
Jefe de la Sagrada Familia	ruega por nosotros
José, justísimo	ruega por nosotros
José, castísimo	ruega por nosotros
José, obedientísimo	ruega por nosotros
José, fidelísimo	ruega por nosotros
Espejo de paciencia	ruega por nosotros
Amante de la pobreza	ruega por nosotros
Modelo de trabajadores	ruega por nosotros
Gloria de la vida doméstica	ruega por nosotros
Custodio de Vírgenes	ruega por nosotros
Protector de la Santa Iglesia	ruega por nosotros
Consuelo de los desgraciados	ruega por nosotros
Esperanza de los enfermos	ruega por nosotros
Patrón de los moribundos	ruega por nosotros
Terror de los demonios	ruega por nosotros
Sostén de las familias	ruega por nosotros
Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo	ten misericordia de nosotros
Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo	escúchanos, Señor
Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo	perdónanos, Señor
Le estableció señor de su casa	
Y jefe de toda su hacienda	

Oremos: Dios, que con inefable providencia te dignaste escoger al bienaventurado José por Esposo de tu Santísima Madre: concédenos que, pues le veneramos como protector en al tierra, merezcamos tenerle como intercesor en los cielos. Tú que vives y reinas en los siglos de los siglos. **Amén.**

Invocaciones a San José

Tomadas de la exhortación apostólica “Redemptoris Custos” del Papa Juan Pablo II.

Señor, ten piedad	Señor, ten piedad
Cristo, ten piedad	Cristo, ten piedad
Señor, ten piedad	Señor, ten piedad
Santa María	Ruega por nosotros
San José, Hijo de David	Ruega por nosotros
San José, hombre justo	Ruega por nosotros

San José, peregrino de la fe	Ruega por nosotros
San José, tutor de la honestidad de la Virgen	Ruega por nosotros
San José, partícipe de la excelsa grandeza de María	Ruega por nosotros
San José, fiel peregrino al Templo de Jerusalén	Ruega por nosotros
San José, partícipe del misterio de la salvación	Ruega por nosotros
San José, custodio de la vida privada de Cristo	Ruega por nosotros
San José, padre virginal de Cristo	Ruega por nosotros
San José, prudente y fiel siervo del Redentor	Ruega por nosotros
San José, padre legal del Verbo hecho hombre	Ruega por nosotros
San José, cabeza y defensor de la divina familia	Ruega por nosotros
San José, testigo privilegiado del Nacimiento de Cristo	Ruega por nosotros
San José, testigo de la adoración de los pastores	Ruega por nosotros
San José, testigo de la adoración de los Magos	Ruega por nosotros
San José, custodio del Hijo de Dios en el exilio en Egipto	Ruega por nosotros
San José, testigo del crecimiento de Jesús en sabiduría y gracia	Ruega por nosotros
San José, depositario del misterio de Dios	Ruega por nosotros
San José, custodio de la vida privada de Cristo	Ruega por nosotros
San José, padre virginal de Cristo	Ruega por nosotros
San José, prudente y fiel siervo del Redentor	Ruega por nosotros
San José, padre legal del Verbo hecho hombre	Ruega por nosotros
San José, que en la obediencia de la fe has sido un perfecto ejecutor de las órdenes divinas	Ruega por nosotros
San José, que en la circuncisión impusiste al Hijo de Dios el nombre de Jesús	Ruega por nosotros
San José, que fuiste instrumento y testimonio de la inscripción de Jesús en el censo del Imperio romano	Ruega por nosotros
San José, que en la presentación en el templo ofreciste a Jesús al Padre como precio de nuestro rescate	Ruega por nosotros
San José, que con fidelidad y pureza de corazón colaboraste en la obra de la salvación del verbo Encarnado	Ruega por nosotros
San José, que en la luz del Espíritu Santo has gustado el don inefable de la paternidad humana del Hijo de Dios.	Ruega por nosotros
San José, que llevaste en ti todo el patrimonio de la Antigua Alianza	Ruega por nosotros
San José, que en la luz del Espíritu Santo has gustado el don inefable de la paternidad humana del Hijo de Dios.	Ruega por nosotros
San José, que en tu vida conyugal has actuado con María una perfecta alianza y comunión de amor a imagen del misterio trinitario	Ruega por nosotros
San José, que obediente al Espíritu Santo, fuente del Amor, has vivido en virginal plenitud tu relación esponsal con María.	Ruega por nosotros
San José, que con tu esposa, la Virgen María, has vivido el misterio de la Iglesia, Esposa de Cristo.	Ruega por nosotros
San José, que en el matrimonio con María has vivido el misterio de la Alianza entre Dios y su pueblo.	Ruega por nosotros
San José, que en el sacrificio de ti mismo has expresado tu generoso amor a la Madre de Dios.	Ruega por nosotros
San José, que acercaste el trabajo humano al misterio de la Redención	Ruega por nosotros
San José, que estabas en cotidiano contacto con el misterio escondido desde los siglos en Dios	Ruega por nosotros
San José, que pusiste la libertad a disposición de los designios divinos	Ruega por nosotros
San José, que has experimentado el puro amor de la contemplación de la verdad divina	Ruega por nosotros
San José, que brillaste con todas las virtudes evangélicas	Ruega por nosotros
San José, modelo de los humildes	Ruega por nosotros
San José, auténtico seguidor de Cristo	Ruega por nosotros
San José, silencioso y luminoso ejemplo de vida interior	Ruega por nosotros
San José, singular maestro de vida contemplativa, laboriosidad y actividad apostólica en unidad de vida	Ruega por nosotros
San José, Patrono de la Iglesia Universal	Ruega por nosotros
Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo	Perdónanos, Señor
Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo	Escúchanos, Señor
Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo	Ten piedad de nosotros

Oremos

Ave, oh José, hombre justo, esposo virginal de María y padre virginal y davídico del Mesías, que seas bendito entre todos los hombres y bendito sea el Hijo de Dios que te fue confiado, Jesús. San José patrón de la Iglesia Universal custodia nuestras familias y socórrenos en la hora de nuestra muerte. Amén.

ANEXO I

P. Enrique Llamas, OCD.
*Prof. Emérito-Universidad
 Pontificia- Salamanca.*

EL MATRIMONIO DE JOSÉ Y MARÍA, Y SU PREDESTINACIÓN

I. PRESENTACIÓN.

1º)- El objetivo de este estudio es analizar el ‘matrimonio’ de José y María bajo un aspecto teológico, y en sus diversos aspectos y dimensiones. La dimensión fundamental de este matrimonio es su orientación, o su significado en la historia de la salvación. Mi propósito es, fundado en el valor y en la significación de este matrimonio singular, determinar el puesto que el Santo Patriarca ocupa en la historia de la salvación, y el que debe ocupar en la vida de la Iglesia, en todas sus dimensiones: en la legislación, en la liturgia, en la teología, en la vida de los fieles, ...Para esto hay que determinar antes el momento y el signo de su predestinación dentro del decreto de la predestinación de la Encarnación del Hijo de Dios.

Por desgracia, existen todavía –después del Vaticano II y de las enseñanzas del Papa Juan Pablo II- notables lagunas en la liturgia y en la teología, en particular en la mariología, que no incluye en sus esquemas la figura de San José. Una de mis intenciones es conseguir que la figura de San José, Esposo de María y padre virginal de Jesús el Salvador, esté presente, o entre a formar parte del esquema de la mariología, como una cuestión más para delinear y reflejar la figura auténtica y objetiva de la Madre de Jesús, que en muchos textos y en numerosas ocasiones se presenta como si fuera una madre soltera.

Se guarda en este aspecto un silencio injustificado sobre San José. Muchos escritores, al tratar de la Virgen María, y considerarla en los misterios de la infancia de Jesús, no hacen mención de su Santo Esposo, no lo tienen en consideración, siendo así que es Esposo de María, y que el matrimonio es un condicionante fundamental para toda su vida.

Esto no es una cuestión intrascendente, ni meramente externa, ni solamente de metodología científica. Es una cuestión fundamental, de cuya solución depende el que podamos conseguir una comprensión adecuada y objetiva del misterio de la Encarnación, según los designios de Dios, y a sus consecuencias.

Y a pesar de esto, el matrimonio de José y María, que es una cuestión teológica –no solo perteneciente a la historia, con el valor añadido de que se trata de la historia de la salvación-, y del decreto de la predestinación de la Encarnación: es decir, del hecho de la Madre desposada, que tiene el mismo rango que el hecho de la virginidad, o de la Madre Virgen. Y a pesar de todo, esto no ha entrado aún en el esquema de la mariología católica. Esta reflexión tiene su fundamento en una afirmación importante del Papa Juan Pablo II: “Para la Iglesia, si es importante profesar la *‘concepción virginal de Jesús’*, no lo es menos defender el *‘matrimonio de María con José’*”^[1].

Me gustaría citar algunos casos a propósito de esto, para darnos cuenta de lo importante y urgente que es definir el puesto de San José en la historia de la salvación, para situarlo después en conformidad con ello en la vida de la Iglesia, en todos sus aspectos. ¿Qué figura de María nos presenta la mariología católica, si hace omiso de su matrimonio con José, y no lo incluye entre sus cuestiones teológicas? Se presenta, al parecer, la imagen de una Madre Virgen soltera. Esto, solo decirlo, resulta

injurioso. Por lo cual, no hay que dar lugar a ese riesgo. Por eso, es urgente corregir ese silencio y esa ausencia de la figura de San José en la teología mariana, por exigencias de la misma mariología y de la teología josefina, y por el valor teológico de su matrimonio virginal, sintética y maravillosamente tratado con relación a sus principios por el Papa Juan Pablo II.

Esta falta de sensibilidad, y esa despreocupación para con la figura de San José, y ese pasar por alto, u omitir toda relación al Santo, tratando de la Virgen María y de algunos misterios de la infancia de Jesús, en los que el Santo Patriarca tuvo su intervención y su presencia, es bastante común; es una conducta bastante generalizada, en Europa y pienso que también en América. Serían muchos los casos que se podrían citar y referir. En el fondo creo que se trata de un desconocimiento objetivo de lo que fue el misterio de la Encarnación del Hijo de Dios, según los designios del Padre, y de la doctrina actual del magisterio de la Iglesia.

No me ha llamado la atención que el *Diccionario de María*, publicado en New Jersey^[2], haya incluido un registro: *Joseph and Mary* firmado por H. Caselles. Lo extraño hubiera sido lo contrario. Pero, me ha sorprendido, que hace veinte años, se haya contentado con recoger simplemente unos datos bíblicos, muy reducidos y sin aportar nada de su teología. Se incluye también un tema sobre los *Gozos de María*, firmado por J. Laurenceau^[3]. Recoge unos datos de la historia, que cifró las ‘alegrías’ de María en 7 (siglos XI-XII), reducidas a cinco por algunos autores en el siglo XIII. Formula esas ‘alegrías’, y ninguna hace referencia directa a San José. ¿Es que María no se alegró con su Esposo, aunque no fuera más que el día de su matrimonio?... En un caso como este, lo mismo que cuando se refiere a la ‘dimensión espiritual’, ¿cómo se puede silenciar totalmente a San José?

Esto mismo hace la mariología actual, aun después de la publicación de la ‘Exhortación Apostólica’ del Papa Juan Pablo II: *Redemptoris custos*, en 1985.

Algo parecido escribía en 1994 el P. Tarcisio Stramare, en un contexto similar. “Al escaso interés por la teología por la Sagrada Familia hay que añadir ciertamente el ‘silencio de la cristología’ -y de la mariología añadido por mi parte-, en la cual el mismo título de ‘Cristo’ depende de su paternidad; marginado aquel en la Familia es Esposo, padre y cabeza, ¿cómo se puede hablar de familia?”^[4].

2º) Estoy haciendo una presentación de mi tema de una forma, o en un contexto en cierta manera circunstancial. La teología de San José no ocupa un lugar en el esquema de la mariología actual, ni ha penetrado todavía en círculos de teólogos. Tampoco en los que escriben ensayos de carácter teológico y espiritual, dirigidos al gran pueblo de Dios. ¿Qué significa, y qué quiere decir todo esto? Necesitamos hacer presente la figura de San José en los ambientes teológicos, y demostrar la **necesidad** de su presencia en la mariología, y también en la liturgia, para tener una visión más completa y objetiva del misterio de la Encarnación del Hijo de Dios, y una contemplación más objetiva y realista de la imagen radiante de María de Nazaret, Madre Virgen y desposada, y más ajustada también al contenido de la revelación.

Esto es una conclusión y una exigencia también de dos textos fundamentales del Papa Juan Pablo II, sobre el matrimonio de José y María. Son la clave de la teología josefina, aparte de otros principios comunes a la teología. Por eso quiero transcribirlos aquí, ofrecerlos a la consideración de los lectores, y hacer una breve glosa de su contenido y su orientación. Dice el Papa:

“Antes de que comience a cumplirse el misterio escondido desde los siglos (Ef 3, 9), los Evangelios ponen ante nuestros ojos *la imagen del esposo y de la esposa...*

El hecho de ser Ella la ‘esposa prometida’ de José *está contenido en el designio mismo de Dios*. Así lo indican los dos evangelistas citados, pero de modo particular Mateo...

...para la Iglesia, si es importante confesar *la concepción virginal de Jesús*, no lo es menos defender *el matrimonio de María con José*, porque jurídicamente depende de este matrimonio la paternidad de José.

El *hijo de María* es también *hijo de José*, en virtud del vínculo matrimonial que les une ^[5].

* De estos dos textos se deduce, en primer lugar, la importancia que tiene el ‘matrimonio’ para interpretar y definir el significado que tiene la persona del Santo Patriarca en la historia de la salvación. Podríamos decir que toda su razón de ser, la razón de su existencia y la de su misión es el misterio de la Encarnación, tal como aparece delineado en los planes salvíficos de Dios.

* El ‘matrimonio’ expresa y manifiesta la vocación de los dos esposos, ratificada voluntaria y libremente ante la manifestación visible y extraordinaria de la voluntad del Padre. Dicha vocación tiene como objeto y contenido la realización el misterio de la Encarnación del Hijo de Dios, que se encarnó y nació en una familia, en una Virgen que estaba ya desposada con un varón, llamado José, llamado también a ser su Esposo y un Padre virginal (cf Lc 1, 27).

* Este hecho, puesto significativamente de relieve por el evangelista Lucas, en la Anunciación, y manifestado de forma no menos significativa a San José, en la anunciación en sueños, como refiere el evangelista Mateo, *pertenece a los designios de Dios*, como afirma expresamente el Pontífice. ¿De qué ‘designios’ se trata?...Sin duda de los designios salvíficos de Dios, del plan divino de la salvación del género humano, predeterminado y delineado por Dios desde toda la eternidad, en el decreto de la Encarnación. José está presente ahí, y pertenece a ese plan como el Esposo de la Madre del Hijo de Dios.

Desde este punto de vista el ‘matrimonio’ de José y María cobra una especial significación en los planes salvíficos de Dios, y la realización de la historia de la salvación, que corresponde y obedece a esos planes. No se trata de una mera circunstancia, más o menos oportuna y bella; se trata de un hecho, determinado por Dios, como cauce, o puerta de acceso para la entrada de su Hijo en el mundo: a través y en una familia, ligada por el vínculo matrimonial.

La afirmación del Papa Juan Pablo II, de tanto valor y transcendencia -si se reflexiona sobre ella en la perspectiva de la historia de la salvación- es plenamente coherente: con la misma fe con que la Iglesia profesa la virginidad de María defiende el matrimonio virginal de José y María^[6].

Pienso que queda delineado así fundamentalmente el objeto de mi estudio. Quiero contemplar la figura de San José, desde el punto de vista de su matrimonio con la Virgen Madre de Dios, y desde la predestinación del misterio de la Encarnación, que es el hecho portentoso y el misterio de amor, que el Señor ha revelado y realizado en la última etapa: en la plenitud de los tiempos. ¿Ocupa San José un lugar especial, singular dentro de ese misterio de amor misericordioso de Dios?

Sin duda: podremos conocerlo a través de la importancia y del significado de su matrimonio con la Madre de Dios. Porque él entra en esa historia por la vía regia del matrimonio con la Madre del Hijo del Rey del universo. Todo esto exige que se preste a la figura del Santo Patriarca la atención que él se merece, en el análisis de la historia de la salvación, y en la estructura de la teología, y en particular de la mariología, que hasta hoy no se ha dignado dirigir una mirada contemplativa a la figura de San José, a la luz de la fe.

II. EL MATRIMONIO DE JOSÉ Y MARÍA:

El matrimonio de José y María no ha despertado grande interés entre los teólogos, ni en la época antigua, ni en la moderna. Ha sido considerado como un tema ‘tabú’, por temer a empañar la limpia virginidad de la Madre del Hijo de Dios, o por miedo a suscitar cuestiones, que dificultasen la comprensión o la fe en la maternidad divino virginal. Desde la época patrística y desde San Jerónimo han existido estas cautelas. San Agustín resolvió el problema con unas frases de antología, afirmando la realidad del matrimonio en sí, por el consentimiento de los esposos, por su fidelidad y por el fruto virginal, el Hijo nacido no del matrimonio, pero sí dentro de él.

Santo Tomás de Aquino (III pars, q. 29, a. 2) se acogió a esta solución del Obispo de Hipona, que se convirtió a lo largo de todos los siglos en un tópico, y en un recurso obligado, para explicar la

naturaleza de ese matrimonio singular. No quiero decir que no haya sido estudiado el matrimonio de José y María. También los biblistas, principalmente los comentaristas de Lucas y Mateo, han dedicado páginas de sus comentarios a exponer las líneas generales de ese matrimonio singular y virginal, único en la historia de la humanidad.

El concepto que se nos ha ido transmitiendo de este matrimonio de los Esposos de Nazaret ha sido un poco aséptico, en el aspecto intelectual, preocupados los autores por evitar los contagios con problemas de sexualidad, y por mantener el delicado sentido virginal de dicho matrimonio. Por eso, se ha experimentado poco progreso en sus planteamientos y en su desarrollo doctrinal.

Por otra parte, hasta los siglos XVII-XVIII encontramos muy pocos tratados específicos, o apartados especiales sobre el matrimonio de José y María. Incluso, algunos autores de libros generales, o de historias y Vidas de la Virgen o de otro género tratan y exponen de propio intento las cuestiones especiales relativas a este matrimonio; pero, las reducen a esas pocas cuestiones, sobre la realidad del matrimonio, sobre su naturaleza, sobre el fundamento bíblico del matrimonio verdadero, y sobre sus razones. Podríamos citar muchos autores del siglo XVII. No dan una visión propiamente teológica del matrimonio, preocupados por otros temas de carácter muy secundario. Que no dejan de tener su interés.

Pedro de Bivero, Cristóbal de Castro, el dominico Esteban Méndez, el carmelita P. José de

Jesús María Quiroga, la Venerable Sor María de Jesús de Ágreda.. son unos testimonios destacados en este sentido.

Hasta nuestros días no ha surgido un verdadero movimiento, y un interés verdaderamente teológico para explicar adecuadamente el matrimonio de José y María a la luz de su predestinación. Los progresos que lentamente se han llevado a cabo han sido notables, como es de todos conocido. Fruto de este movimiento es la enseñanza-doctrina sobre este matrimonio, que incluye Juan Pablo II en su Exhortación RC , abriendo nuevas pistas al estudio teológico, y considerando el matrimonio de los padres de Jesús como punto, o tema clave para la realización del misterio de la Encarnación,

2. 1.- El matrimonio de José y María en la historia de la teología y de la exégesis:

La historia de la teología no nos proporciona muchos elementos para conocer con amplitud el matrimonio de José y María, reducidos a las cuestiones del ‘matrimonio verdadero’, el matrimonio virginal, explicación del voto de virginidad de la Madre de Jesús,...No obstante, algunos autores han dedicado tratados, o capítulos especiales a estudiar precisamente ese matrimonio desde el punto de vista teológico.

Referiré algunos testimonios más significativos, con algunas leves pinceladas sobre el tratamiento del matrimonio de José y María en la historia de la teología. El estudio de este tema es muy amplio; en parte está ya realizado, aunque no de un modo satisfactorio, por lo que se refiere en particular al matrimonio singular de los Esposos de Nazaret.

El estudio de la historia y de estos testimonios es interesante para nosotros, porque debemos tratar de descubrir el punto de inserción del estudio del matrimonio en las dos épocas, si es que existe algún punto de inserción relevante. Probablemente sí. Es preciso conocer también si la larga y prolija época anterior, representa una verdadera preparación para conseguir los resultados positivos que se han conseguido en la época actual: San José en la teología, en el arte, en la literatura, en la piedad de los fieles... O si más bien, la doctrina sobre San José, que ha promulgado el Papa Juan Pablo II, hace ya más quince años, supuesta su unión con la tradición eclesial, procede más bien de una inspiración personal, que responde a la presencia del Espíritu en la Iglesia, y a la interpretación de los signos de los tiempos.

2. 1.- 1: *Un tratado de Juan de Ulloa, s.j.*

El jesuita Juan de Ulloa publicó en 1719 un tratado de cristología, que tituló: *De Christo Filio*

Dei Disputationes Scholasticae, que constituye el tomo V de su obra general de Teología Escolástica^[7]

El tratado sobre la Encarnación es un comentario a la 3ª parte de la *Suma*, dividido en tres partes, como solía hacerse en ese siglo y ya a la mitad del siglo anterior. El autor establece unas normas de metodología teológica, y concreta las cuestiones generales que piensa exponer con método teológico.

Plantea las cuestiones principales, partiendo desde los signos de la predestinación de Dios, con relación al Hijo-Verbo de Dios, que se hace carne. El desarrollo de los temas viene a confluír en los últimos capítulos: el siete y el 8. En el cap. siete trata la cuestión fundamental de la Predestinación de Cristo, como Redentor, antes de la visión absoluta del pecado^[8]. Es una explicación del motivo de la Encarnación conjugando las dos teorías clásicas: la teoría escotista y la teoría tomista, que ya habían intentado unir en cierto modo algunos teólogos, como los Salmanticenses.

En el capítulo siguiente explica lo que teológicamente se ha llamado la predestinación a la gloria. Pero, el problema consiste en elegir una predestinación enteramente gratuita, o dependiente de méritos. Ulloa concreta su opinión en la fórmula: Predestinación a la gloria por los méritos de Cristo, antes de la ciencia media.

Explicadas otras cuestiones, propone en el capítulo XI la cuestión sobre la maternidad divina de María: En qué consiste desde el punto de vista objetivo, que la Virgen María sea Madre de Dios^[9]. Ulloa opina, que desde el punto de vista objetivo (= *ex parte rerum*) la verdadera maternidad consiste en que la sangre del hijo (la naturaleza biológica) sea la sangre de los padres. Pero, Jesús ha recibido la sangre, la naturaleza solamente de la madre; por eso, María tuvo mayor influjo en su hijo que las demás mujeres, y por lo mismo el hijo tuvo más dependencia de María, que los demás hijos de sus madres.

En cierta manera queda apuntado, aludido aquí el problema sobre San José, al exponer que el Hijo de María, objetivamente, en cuanto, solamente recibió la sangre, la naturaleza de la Madre, de la que física, o biológicamente solo ha dependido. José no intervino físicamente, aunque fuera el Esposo. Era preciso y parecía conveniente esclarecer esta aparente antinomia. Por eso, dedica el capítulo último, el XI, a explicar el ‘matrimonio’ de los Esposos de Nazaret: *‘Del matrimonio verdadero y riguroso entre María y José, y ciertamente tal’*^[10].

Ulloa no ha podido superar el estilo y los criterios de su tiempo. El hecho de introducir esta cuestión en una obra de teología escolástica, nos revela el ambiente en que mueve el autor, y la estructura que va a dar a su breve tratado. Tiene el mérito de ser uno de los primeros teólogos que afronta en este sentido esta cuestión. La razón que le movió a tratar aquí esta cuestión fue proteger la fe y defender los dogmas de la maternidad divina y de la virginidad de María, y también para resolver la dificultad que planteaba su voto de virginidad, como se creía generalmente.

Ulloa analiza la naturaleza del matrimonio, para hacer después la aplicación al matrimonio singular de los Esposos de Nazaret. Resuelve en primer lugar el problema de la filología, examinando la diferencia de significado de los términos aplicado a José: *vir, custos, maritus*. Recoge los testimonios de algunos autores antiguos, que afirman que José fue *‘nutricio, non maritus’*, lo que aconsejaría tomar ese matrimonio en un sentido impropio, no verdadero. Pero, él elige la sentencia contraria, apoyado en otros testimonios y en la fe de la Iglesia, que es de fe la existencia del matrimonio propio entre José y María: *merito censent theologi partem affirmativam esse de fide* (p. 80)

Después de fijar el sentido de los términos, para expresar la naturaleza del matrimonio, dice que este es: la unión marital del varón y la mujer entre personas legítimas, que retiene también el estilo, o la costumbre de la vida individual. Esta unión es el consentimiento mutuo – el *consensus*- y la recíproca aceptación de la entrega de los cuerpos. Si bien el uso de los cuerpos no pertenece a la esencia del matrimonio. Y juzga como doctrina de fe que en este matrimonio de José y María no existió la comunión carnal. Explicando el alcance de esa donación mutua de los esposos, pone de

relieve sus características y su singularidad: que se trata de un dominio libre de uno sobre otro. Fue una conjunción de la libertad y la propiedad.

Así se explica mejor el sentido de este matrimonio, y se armoniza en mejor forma con el voto de virginidad, que generalmente se dice había ofrecido la Virgen María al Señor. Por que la entrega de los cuerpos se hace en libertad, no en sujeción, o sometimiento al dominio de otro.

En síntesis: después de examinar diversos testimonios de Santos Padres, de autores antiguos y modernos, Ulloa concluye en un segundo párrafo:

“Supuesto todo esto, esta es la conclusión: existió un matrimonio estricto y riguroso entre la bienaventurada Virgen María y San José, pero, solamente rato, en el sentido explicado de ninguna manera un matrimonio consumado. Esta segunda parte, además de que es indubitable <totalmente cierta> para los Ortodoxos, consta claramente de San Agustín..., y del consentimiento de todos los Padres de las dos Iglesias” ^[11].

Se detiene en explicar las tres formas en que puede ser considerado el matrimonio: legítimo-verdadero, rato, y no consumado, y las causas o razones que justifican su existencia, tomadas de los autores precedentes. Dedicó una página a estudiar el voto de virginidad de María, y cierra su tratado, exaltando la bondad del Santo Patriarca, que no abrigó en su corazón ninguna mala sospecha contra su Esposa, acogiéndose a la autoridad indiscutible del gran biblista, teólogo en Trento, el jesuita Alfonso Salmerón.

2. 1. 2- La ‘Palestra’ de Cristóbal de Vega, S.J., sobre el matrimonio de José y María.

1º- El jesuita Cristóbal de Vega es sin duda el mariólogo español más importante del siglo XVII, hablando en un sentido general. Hasta nuestros días no se había reconocido la importancia de este autor, ni se había usufructuado apenas su magna obra *Theología Mariana*, que es un amplio tratado de mariología, según el estilo y los gustos del tiempo, y que ha pasado casi ignorado y desconocido hasta nuestros días ^[12].

La *Theología Mariana* consta de 35 ‘Palestra’, que equivalen a grandes capítulos, divididos en varios ‘certamina’, o párrafos, correspondientes a los diversos temas o aspectos particulares, que presentan cada uno de los grandes temas de la mariología. Es una obra fundamentalmente de carácter sistemático, que contiene y utiliza muchos elementos, datos y cuestiones de carácter más histórico que doctrinal ^[13].

En su amplia obra C. de Vega razona y expone todas las cuestiones importantes que se trataban en la *mariología* de su tiempo. La metodología de los *certamina* es la que mantenían los comentaristas de la *Suma* de Santo Tomás, tanto en el planteamiento de la cuestión, como en su desarrollo y en sus conclusiones.

Dedicó al matrimonio de José y María la ‘Palestra’ 22 (t. II), que lleva por título: *Teología mariana in ordine ad Matrimonium Virginis Mariae*. Contiene cinco *certamina*, en los que estudia estos temas generales: ‘Entre la Virgen y San José existió un verdadero matrimonio’ (ns.1491-95); ‘armonía del verdadero matrimonio con el voto de virginidad’ (ns. 1496-1503); ‘En qué tiempo se inició el matrimonio entre la Bienaventurada Virgen y San José’ (ns. 1504-1506); ‘Ulterior estudio de las causas por las que Bienaventurada Virgen contrajo matrimonio’ (ns.1507-1512); ‘Si la Bienaventurada Virgen permaneció hasta su alumbramiento con su pariente Isabel’ (ns.1513).

Dentro de estos temas generales el autor trata y resuelve muchos otros temas particulares, relacionados con ellos: santidad de los Esposos -que trata ampliamente en otro lugar con relación a la Virgen María; excelencias de la virginidad; doctrina particular de algunos autores antiguos sobre el matrimonio de José y María; valor de la enseñanza de la tradición en el tema del matrimonio verdadero, conocimiento que el demonio pudo tener del misterio de la encarnación virginal, etc.

Después de algunas consideraciones preliminares, C. de Vega establece su tesis fundamental:

“Hay que decir, por tanto, que la Bienaventurada Virgen no solamente se desposó por palabras

de futuro, sino también de presente; Y por lo mismo que existió verdadero matrimonio rato entre María y José” [\[14\]](#).

Reafirma su afirmación con el sentir común de los autores. Explica la terminología bíblica y patristica, y vuelve sobre el tema de forma más contundente. “ Y para que resalte más la verdad de este matrimonio, hay que tener en cuenta que la esencia del matrimonio consiste en el consentimiento expreso, por palabras de presente, o por signos equivalentes. La primera perfección del matrimonio reside en la unión indivisible del espíritu (*unio animorum*), y en el hecho que por el mutuo consentimiento nazca un vínculo indisoluble, por el que los Esposos permanezcan unidos en la unidad de espíritu en cuanto se refiere al acto del matrimonio” (n.1493). Separan en el *consentimiento* lo que es la entrega en sí del cuerpo, y lo que es uso, y el mismo ‘débito’ del uso corporal

En la explicación del voto de virginidad de María, De Vega amplía y reafirma los postulados fundamentales sobre el matrimonio y lo que le es esencial. Reafirma la doctrina común sobre el verdadero matrimonio, que no implica el uso o la consumación, sino solamente la mutua entrega total. En este sentido y con este criterio explica muchos testimonios de autores antiguos, que no reconocen a San José el título de *marido*, porque lo entienden del que ha consumado el matrimonio (ns. 1494-95), y por tanto, niegan que existiera un matrimonio ‘verdadero’.

C. de Vega no ha introducido novedades en el tratamiento del matrimonio de José y María. No rebasó los límites a que había llegado el desarrollo de este problema en su tiempo. Tiene un concepto claro, con relación a la figura de María, como Madre del Hijo de Dios y colaboradora con él a la redención. Pero, a la figura de José no le concede esa prerrogativa. Tampoco planea el problema a la luz de la predestinación del misterio de la Encarnación.

2. 1. 3. *El matrimonio de José y María, en la teología actual:*

La teología del matrimonio de los Esposos de Nazaret en la actualidad presenta varias diferencias, con relación a la de los siglos precedentes, hasta mediado el siglo XX. Es una teología más elaborada a la luz de la Biblia, y también desde el punto de vista de la especulación teológica, sobre todo la luz del misterio de la predestinación. Cuando hablo de actual, no me refiero a la conducta de los mariólogos y teólogos de hoy, en general, que no han incorporado la figura de San José al esquema de la teología soteriológica, y menos aún a la mariología. Me refiero al Magisterio vivo de la Iglesia, y en particular al Papa Juan Pablo II, que en nuestros días ha aportado varias reflexiones teológicas sobre el matrimonio de los Esposos de Nazaret, y ha marcado los principios y las pautas para desarrollar en forma coherente la teología de San José.

Los dos textos citados al principio de mi reflexión son la clave para la inteligencia del misterio teológico y bíblico de San José. Antes de la realización del misterio de la Encarnación, *el misterio escondido desde los siglos* (cf Ef 3,9), dice el Papa:

“...los evangelios ponen ante nuestros ojos ‘la imagen del esposo y de la esposa’...

El hecho de ser Ella la ‘esposa prometida’ de José, ‘está contenido en el designio mismo de Dios’. Así lo indican los dos evangelistas citados... /RC 18).

“... para la Iglesia, si es importante confesar ‘la concepción virginal de Jesús’, no lo es menos defender ‘el matrimonio de María con José’, porque jurídicamente depende de este matrimonio la paternidad de San José.

El Hijo de María es también hijo de José, en virtud del vínculo matrimonial que les une^[15].

Estos textos, con los razonamientos preliminares que hace el Papa en Carta Exhortatoria, abre nuevas perspectivas a la teología de San José.

En primer lugar, por la importancia y el sentido que el Papa da al matrimonio de José y María, y por la función que le concede en los planes salvíficos de Dios. A la luz de la Escritura, el misterio de la Encarnación se realiza en la historia cuando María y José estaban ya casados, como afirma Lucas. En virtud de esto, el matrimonio, como la virginidad de la Madre, forman parte de los designios salvíficos de Dios. En el matrimonio está incluido necesariamente San José.

En atención a esto, la Iglesia debe asumir y mantener con la misma veneración y firmeza la virginidad de María y el matrimonio de los dos Esposos de Nazaret. Las dos prerrogativas tienen una función similar en la *historia salutis*, porque también este matrimonio es virginal.

De cuanto afirma el Papa se sigue, que el matrimonio de José hay que contemplarlo a la luz que proyecta el misterio de la predestinación; porque solo así descubriremos el lugar que debe ocupar el Santo en la historia, y conocer la misión que el Padre le asignó en esa historia de salvación.

En segundo lugar, el Papa ha esclarecido el sentido y el contenido del matrimonio de los castísimos Esposos; en otras palabras: la naturaleza de este matrimonio singular, la diferencia entre el matrimonio rato, y el matrimonio consumado, y la libertad y los límites de la mutua entrega personal, orientada a constituir una comunidad de familia.

Hay que reflexionar sobre este largo texto de la Exhortación RC del Papa Juan Pablo II, texto cargado de contenido, que merece una detenida consideración.:

“Analizando la naturaleza del matrimonio, tanto San Agustín como Santo Tomás la ponen siempre en la ‘indivisible unión espiritual’, en la ‘unión de los corazones’, en el ‘consentimiento’, elementos que en aquel matrimonio se han manifestado de modo ejemplar. En el momento culminante de la historia de la salvación, cuando Dios revela su amor a la humanidad mediante el don del Verbo, es precisamente el matrimonio de María y José el que realiza en plena ‘libertad’ el ‘don sponsal de sí’ al acoger y expresar el amor”^[16].

En otros lugares de su Carta-Exhortación el Papa reitera la afirmación de que no es el vínculo jurídico lo que constituye la esencia del matrimonio, sino la unión de corazones, el amor sponsal que

brotan del consentimiento^[17]. Dios llamó a José a este amor de esposo hacia María. Esta fue su vocación, que el Pontífice expone tan bella y profundamente en los números 19-21. De ellos se pueden seleccionar muchas afirmaciones fundamentales. Cito solamente una, a propósito del matrimonio, que es fundamento y razón de la personalidad del Santo Patriarca: “*Por otra parte, es precisamente el matrimonio con María, del que derivan para José su singular dignidad y sus derechos sobre Jesús*”(nº 20).

EL Papa ha ofrecido aquí los elementos esenciales para desarrollar la teología de San José, que en su origen y fundamento nace de su matrimonio con María. Inspirándose en los textos evangélicos, el Papa descubre que el matrimonio es el fundamento jurídico de la paternidad sobre el Hijo de su Esposa. En la orientación que el Papa da a todo este problema Dios llamó a José a esta paternidad virginal, como lo expresa también con mayor precisión en la *Carta a las Familias* (2 de febrero, 1994). Por eso, lo eligió Esposo de María (RC nº 7).

Ahora bien: la paternidad de José -es el razonamiento del Papa Juan Pablo II- *es una relación que lo sitúa lo más cerca de Jesús* (RC nº 7). Y aquí formula otro principio, o fundamento básico de la teología josefina: su relación singular con Jesús, esa cercanía con él, como Esposo legítimo de su Madre Virgen, que *es término de toda elección y predestinación* (RC nº 7).

Esta afirmación coincide, y viene a confirmar lo que el Papa afirmó a otro propósito: “*El hecho de ser Ella la ‘esposa prometida’ de José, está contenido en el designio mismo de Dios* (RC, n. 18).

III. SAN JOSÉ INCLUIDO EN EL DECRETO DE LA ‘PREDESTINACIÓN’ DEL MISTERIO DE LA ENCARNACIÓN

He desarrollado este tema bajo diversos aspectos, en otros estudios sobre el Santo Patriarca, a los que me remito. Dada la importancia que ha cobrado este problema en la teología josefina, después de la publicación de la Exhortación RC de Juan Pablo II, hace ya más de quince años, era necesario clarificar este problema fundamental, y orientar la teología de San José a la luz de su predestinación^[18].

Pero, es necesario insistir en el esclarecimiento de esta cuestión, porque es la llave para interpretar adecuada y objetivamente todo el misterio de San José en la historia de la salvación. Fue predestinado en función del misterio de la Encarnación, como Esposo de la Madre Virgen, para ser el Padre virginal del Hijo de Dios.

Una paternidad la suya, con estas connotaciones tan singulares y sublimes, que no se deriva de la generación material biológica, y que tampoco es meramente aparente ni solo sustitutiva, como ha precisado el Papa Juan Pablo II. Porque, mediante el ejercicio de esa paternidad singular, *El coopera en la plenitud de los tiempos en el gran misterio de la redención, y es realmente ‘ministro de la salvación’*^[19].

3. 1: *El matrimonio de José y María y la ‘Predestinación’ de la Encarnación:*

En este problema es necesario ante todo determinar con precisión el significado y el contenido primordial del misterio de la Encarnación. Y más en particular, qué incluye la predestinación de la Virgen María, elegida para Madre virginal del Hijo e Dios. Este punto lo ha analizado inicialmente el P. Sebastián Tromp, S.J., en una consideración clara y objetiva. Siguiendo sus pautas, quiero hacer una aplicación precisa al matrimonio y a San José, situándome en la base de su teología. En el preámbulo mismo de la predestinación de la Madre de Dios, afirma este autor: *Pero María, no fue predestinada solamente para ser Madre de Cristo. ¿Para qué otras finalidades fue elegida, y cómo se relacionan con el misterio de la Encarnación?...*

Es indudable que hay que incluir otros elementos y otros hechos en el objeto de su predestinación, que pueden ser considerados como esenciales, según los designios salvíficos del Padre de las misericordias. En mismo S. Tromp añade: *Fue predestinada también, para que fuese Madre de Cristo, precisamente en cuanto es nuestro Redentor...Para que fuese Madre del Redentor en cuanto Redentor*^[20]

Después de esta afirmación, hace una aplicación concreta a momentos y a elementos, que integran el concepto y el hecho de la predestinación de la Encarnación, que él llama predestinación *ad plura stadia intermedia*. Entre estos estadios intermedios enumera: la concepción y el nacimiento virginal del Redentor- virginidad de la Madre, su presencia en el Calvario-cooperación de María a la redención, etc. Estas consideraciones se fundamentan en la autoridad de Santo Tomás de Aquino, que incluye en el concepto de predestinación, no solo la realidad simple y esencial-completa del hecho, sino también el *modus et ordo secundum quem est comoplenrum in tempore*^[21].

Este concepto de predestinación está generalmente admitido en la teología. Es el que aplicó el mismo Santo Tomás de Aquino. En vistas de lo cual podemos afirmar que se debe incluir también en el concepto de predestinación de la Encarnación, en ese *modus et ordo*, la condición de la Virgen Madre, *desposada con José*. Existen muchas razones que garantizan esta afirmación.

Al margen de otras consideraciones, ciertamente es razonable pensar, que la virginidad de la Madre del Redentor está incluida en la predestinación del misterio de la Encarnación del Hijo de Dios. Y por esto mismo, pienso que argumentando *a pari*, o *a simili*, -que es también una argumentación válida- se puede afirmar que la Encarnación del Hijo de Dios fue predestinada para realizarse en el tiempo en una Madre Virgen y Desposada, no en una madre virgen soltera. Esta condición de la Virgen María, como **desposada**, no puede ser considerada como una circunstancia meramente accidental, sino como una nota esencial, determinada en sus designios por el Padre del cielo, para la más digna encarnación de su Hijo redentor, en una familia, y en un matrimonio, aunque no fuera engendrado del mismo matrimonio.

S. Tromp hace otra consideración que refuerza nuestra afirmación fundamental. Fundado en la autoridad de San Roberto Belarmino, afirma que la predestinación de la Madre de Dios incluyó también su predestinación a la gracia y a la gloria, y en cierta manera a ser medio universal de salvación, como una dimensión esencial de la maternidad divina. Porque la gracia que Dios concedió a María, no fue solo como una preparación para conseguir la glorificación eterna, sino también como preparación para ser digna Madre de Dios, y para ejercer con su Hijo y bajo Él, su función de colaboradora a la redención, de Madre espiritual de los discípulos de su Hijo y de Mediadora universal en la vida de la Iglesia.

Existen también otros aspectos, o elementos, que pueden ser considerados como pertenecientes a la predestinación de la Madre de Dios. El mismo San Roberto Belarmino considera la elección eterna de María, como una predestinación *ad regnum mund*, relacionada con la realeza, ya que fue predestinada como Madre de Cristo, Rey del universo.

Es lógico, por lo mismo, incluir en el objeto adecuado de la predestinación de la Encarnación, la Madre de Dios, como Virgen y Desposada. De hecho la realización histórica, temporal de la Encarnación aconteció así, según el evangelio de la Anunciación. Cuando María recibió el mensaje divino, llevado por el Ángel, y cuando fue hecha Madre de Dios, estaba ya desposada con José. No es legítimo pensar que este hecho: la encarnación del Hijo de Dios en una Madre Virgen y Desposada, no pertenece al objeto adecuado de la predestinación de la Encarnación.

José esta contenido personalmente en el decreto de esta predestinación, porque él es precisamente el Esposo de la Virgen Madre. Los dos términos relativos: Esposa y Esposo están incluidos en un mismo decreto. Todo esto forma parte del contenido de esa afirmación repetida del Papa Juan Pablo II, punto central de la teología josefina: *El hecho de ser María la Esposa prometida de José esta contenido en el designio mismo de Dios*^[22].

Finalmente, este ‘designio’ de Dios corresponde al decreto de la predestinación de la

Encarnación. Son muchas las cuestiones que se pueden suscitar aquí, porque el misterio de la Encarnación tiene, y puede ser considerado bajo muchos aspectos. El primero y el más importante, que debemos dejar resuelto, es que se trata de una sola predestinación, la del misterio de la Encarnación; o de un solo decreto de predestinación, que supone un solo acto de la voluntad del Padre, porque tiene por finalidad un mismo acontecimiento, complejo, pero, único: la encarnación del Hijo de Dios.

Este único decreto de predestinación, según han venido afirmando los teólogos, incluye a las dos personas: al Hijo, que se encarna, y a la Madre Virgen, que lo engendra. A este respecto escribe el P. Gabriel Ma. Roschini, que:

“...Distinguimos virtualmente el acto con que se decretó la Encarnación del Verbo eterno, y la existencia concreta de su Madre santísima, y el decreto con el que determinó los Ángeles y los hombres. En este supuesto, se afirma que no hay dos decretos virtuales distintos: uno relativo al Verbo hecho hombre, y otro referente a la Virgen Madre. Es un único decreto, porque los términos Hijo y Madre, que supone la realización de la Encarnación son ‘simul’. Aunque de distinta manera. Son correlativos y mutuamente se implican. Constituyen, pues, un solo y único decreto de predestinación, aunque ‘non ex se’^[23].

El decreto de la predestinación del misterio de la Encarnación es uno y único. Incluye la predestinación del Hijo de Dios, que se hace hombre, y el de la Madre Virgen, María, que lo engendra. Las demás criaturas son predestinadas por otro decreto divino: los Ángeles y los hombres. Así lo ha afirmado generalmente la teología. Pero, ¿no habrá lugar aquí para un privilegio, concedido a San José? Él no es una simple criatura, como las demás. Está más del lado de la Virgen su Esposa, y del de su Hijo Virginal, el Hijo de su Esposa.

El es una criatura excepcional, de excepción, singular; está investido de una dignidad altísima; ninguna otra criatura ha llegado a la cima, desde la que irradia su dignidad y su autoridad de Padre del Hijo de Dios. Si los términos Padre-Hijo son correlativos, El estará incluido también en el decreto de la Encarnación. Porque es Padre, por ser el Esposo de la Virgen Madre del Hijo. ¿Podremos avanzar por este camino, diciendo que esta relación: esposo-esposa, está incluida en la predestinación del misterio de la Encarnación, en concreto, y tal como se realizó en el tiempo, por designio de Dios, en una *Virgen, desposada con un hombre llamado José?* (cf Lc 1, 27).

3. 2: *El matrimonio de José y María, y el ‘decreto’ de la Encarnación:*

En el decreto de la Encarnación no solo son predestinadas las personas en sí mismas. Hay que incluir dentro de su contenido, según la doctrina de Santo Tomás de Aquino, y la interpretación del P. Sebastián Tromp –que he recordado más arriba–, el orden de las cosas y las circunstancias de su realización, lo mismo que los modos substanciales, que afecta de ese modo a las personas. He recordado también algunos elementos esenciales, por exigencias de la Encarnación en sí misma, o de la Madre que engendró en su seno virginal al Hijo de Dios. Si es cierto -como parece- que en el objeto adecuado e integral de la Encarnación, tal como se realizó en el tiempo, según la voluntad y el designio salvífico de Dios, está incluida la *virginidad* de la Madre. ¿no es tan verdadero que está incluida la condición de la Madre, como *Desposada*, y por tanto el matrimonio de los dos Santos Esposos?.

Ante esta reflexión, y en este contexto, pienso que se debe incluir el **matrimonio** de José y María en el ‘objeto adecuado’ de la predestinación del misterio de la Encarnación, como una modalidad, forma o circunstancia de la elección eterna del Padre, de la misma forma en que se considera incluida en ese decreto la virginidad de la Madre. Los teólogos, por lo general, son favorables con relación a la virginidad, que se considera como un dato teológico-bíblico, perteneciente al depósito de la revelación. Pero, esto mismo se puede afirmar del **matrimonio** de los Esposos de Nazaret. Este matrimonio es también un dato teológico-bíblico, contenido igualmente en el depósito de la revelación.

Pienso que nadie puede objetar contra este razonamiento, lógico en sus premisas y *deducciones*. Se puede decir que la misma razón que acompaña a la virginidad, como objeto de la predestinación, *a pari* acompaña también al matrimonio de José y María, o a su condición de *Virgen* y *desposada*. San Lucas, en particular, pone de relieve y al parecer intencionadamente estos detalles, que implícitamente reconoce también San Mateo.

Esta idea está en el fondo de lo que afirma y expone el Papa Juan Pablo II en su Exhortación sobre la figura y la misión de San José en la vida de Cristo y de la Iglesia, cuando dice:

“Los Evangelistas, aún afirmando claramente que Jesús ha sido concebido por obra del Espíritu Santo, y que en aquel matrimonio se ha conservado la virginidad (cf. Mt 1, 18-25; Lc 1, 16, 18-20), llaman a José Esposo de María, y a María Esposa de José (Mt 1, 16, 18-20; Lc 1, 27; 2).

Y también para la Iglesia, si es importante profesar *la concepción virginal de Jesús*, no lo es menos defender el *matrimonio* de María con José, porque jurídicamente depende de este matrimonio la paternidad de San José”^[24].

Aparte de esto, Juan Pablo II hace otra afirmación -a la que me he referido más arriba-, tal vez la más clara y precisa, incluso la más explícita dentro de este contexto. El Papa contempla la Encarnación antes de su realización en el tiempo, cuando era todavía *un misterio escondido desde los siglos* (Ef 3, 9). Los evangelios van acercándonos a ese misterio, y nos prepara para acogerlo, y para su inteligencia y comprensión, poniendo ante nuestros ojos:

“... la imagen del Esposo y de la Esposa... El hecho de que Ella <María>, la ‘Esposa prometida’ de José está contenido en el designio mismo de Dios. Así lo indican los dos Evangelistas citados, pero, de modo particular Mateo^[25].

El *designio mismo de Dios* significa -en esta frase del Papa- el plan salvífico, trazado desde la eternidad por el Padre de las misericordias en orden a la salvación de la humanidad. Este plan tiene un objeto central y esencia, en torno al cual giran todas las manifestaciones de Dios *ad extra*. Es el misterio de la Encarnación del Hijo de Dios, predestinado por el Padre desde toda la eternidad, antes de la creación del mundo. En este designio eterno María aparece de manera expresa como la ‘*Esposa prometida*’ de José. Es obvio que la figura de José ocupe un puesto singular al lado de su Esposa, por el lazo indisoluble que los une: el vínculo del matrimonio, y el fuerte y profundo amor esponsal, configurado por el Espíritu Santo, según la medida del corazón humano del ‘Varón Justo’^[26].

Por todo esto, podemos concluir que la predestinación de la Esposa incluye la de su Esposo San José. No se puede entender una atribución o aplicación, o una afirmación de carácter existencial sobre la Esposa, que no incluya o afecte al Esposo. La categoría de los esposos es una relación mutua, que incluye al mismo tiempo la existencia del vínculo, la raíz o el fundamento de dicha relación, llamado *matrimonio*.

El *matrimonio* de José y María había sido un acontecimiento, que había tenido lugar *por voluntad de Dios*, según la afirmación expresa del Papa Juan Pablo II; o -podemos decir-: *no sin designio divino* -usando una expresión del Concilio Vaticano II-, que no carece de ascendencia patristica, y que el Concilio aplica a la Virgen María, en una forma similar^[27].

En virtud del vínculo matrimonial y del *amor esponsal*, que le daba vida y consistencia -del que tan bella y delicadamente habla el mismo Pontífice^[28], José y María formaron una *familia virginal*, de características singulares, en la cual nació el Hijo de Dios, si bien no de la misma familia.

¿No habrá que incluir también este aspecto, o esta característica, que afecta esencialmente a los Esposos de Nazaret: la *familia*, en el decreto de la predestinación de la Encarnación del Hijo de Dios?...

Es una característica que afecta a la realización misma del misterio de la Encarnación. Es un determinante fundamental, esencial por voluntad y disposición de Dios para la Encarnación de su Hijo, tal como se realizó en concreto en la plenitud de los tiempos.

Como he dicho anteriormente, el objeto de la predestinación no es solamente la persona en sí, en

cuanto tal, despojada de sus circunstancias. Incluye también aquellas actitudes y situaciones, que son determinantes de manera esencial para la configuración propia y distintiva de las personas. Con relación a los Esposos de Nazaret, su matrimonio no fue un acontecimiento meramente circunstancial. Fue algo esencial, si no por sí mismo y en cuanto tal, sí por disposición divina, para la realización adecuada y más perfecta de los planes salvíficos de Dios.

Por todo esto se puede afirmar, que el **matrimonio** de José y María, la *Familia* de Nazaret en su núcleo primordial están incluidos en el decreto de la predestinación de la Encarnación. Es la *Familia* virginal, singular y única, predestinada por Dios para acoger al Hijo Redentor, para cuidarle y alimentarle^[29], ... abriendo así el camino y facilitando el cumplimiento de la misión redentora, que llevó a cabo en la plenitud de los tiempos el Hijo de Dios.

Esta *dimensión familiar* del decreto de la predestinación de la Madre Virgen, Madre del Hijo Redentor, no está aún plena y perfectamente clarificada. Exige una reflexión más amplia y profunda, para la cual no contamos aún con muchos elementos. Pero, cuanto he expuesto hasta aquí, acerca de la predestinación de la Virgen María Madre de Dios, Madre Virgen y Desposada, unida en matrimonio al justo José, y colaboradora con su Hijo a la redención universal, es una doctrina que garantiza esa última conclusión que hemos propuesto.

La enseñanza y la doctrina del Papa Juan Pablo II -enseñanza teológico-bíblica- sobre la relación de José con la Virgen María a través del matrimonio virginal, y de su amor esponsal -que tanto ha exaltado el mismo Papa-, y sobre la predestinación del misterio de la Encarnación, contiene implícitamente las ideas fundamentales, que he expuesto hasta aquí, y que son la base para ilustrar el puesto que San José tiene en la historia de la salvación.

En conclusión: según la enseñanza del Papa Juan Pablo II. María, *Esposa prometida de José, está contenida en el designio mismo de Dios*^[30], que es la predestinación eterna del misterio de la Encarnación redentora, antes de todo lo creado. *Esposa prometida*, o *Virgen desposada*, como la llama San Lucas, supone e incluye su *matrimonio* con José, y la constitución de una *Familia* singular, predestinada también por Dios, para acoger en el tiempo a su Hijo Redentor, *concebido por obra del Espíritu Santo* (cf Mt 1, 20).

P. ENRIQUE LLAMAS, OCD.

[1] Juan Pablo II, 'Exhortación Apostólica Redemptoris Custos (15 de agosto, 1989), n° 7. Cito este documento: RC

[2] *Dictionary of Mary*. New Jersey, Catholic Book Publishing Co. (1985), 2ª ed..

[3] *Joys of Mary*, pp.216-221.

[4] T. Stramare, 'La Santa Famiglia nel mistero dell'Incarnazione', Napoli, Editrice Dominicana, 1994, p. 8.

[5] Juan Pablo II, RC ns. 18. 7.

[6] Cf Juan Pablo II, RC 7.

[7] Joannis de Ulloa, Matritani, Soc. Jesu, *Theologiae Scholasticae*. Tomus quintus, De Jesu Christo, Filio Dei Disputationes scholasticae..., Augustae Vindelicorum et Craeci, sumptibus Philippi Joannis et Martín Veicth, anno M.D.CCXIX. Contiene el *Tripartitus de Incarnatione Tractatus*, o los tres tratados en que se distribuía entonces el comentario a la 3ª Parte de la *Suma* de Santo Tomás.

[8] "Praedefinitio Christi, ut Redemptoris, ante absolutam vissionem peccati"..., ff. 43, ss.

[9] "Quid sit ex parte rerum Beatissimam Virginem fuisse Matrem Dei" (pp. 74-79).

[10] "De matrimonio vero, et riguroso inter Mariam et Josephum, et quidem..." (pp.79-88).

[11] “*His suppositis, sit conclusio: Inter Beatissimam Mariam et Josephum fuit matrimonium strictum et rigorosum, sed ratum dumtaxat, et sensu explicato; minime autem matrimonium consummatum. Haec secunda pars, praeter quod Orthodoxis est indubitata, constat aperte ex Augustino, ... consensu omnium Patrum utriusque Ecclesiae*”... (p. 83, n. CCVII).

[12] Prueba de ello es que el autorizado *Diccionario de Historia Eclesiástica de España* (DHEE), publicado hace tres décadas, no registra su nombre, siendo así que recoge otros muchos autores similares, de menor valía. Ver DHEE, IV, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Inst. Enrique Flórez, 1975, pp.2720-21. Tampoco lo recoge el ‘Suplemento’, publicado en 1987.

[13] Cristóbal de Vega, S.J., “*Teologia Mariana, sive Certamina litteraria de Beata Virgine Dei Genitrice Maria, ... Opus divini Verbi praeconibus perutile, ...*, Lugduni, 1653 (2 tomos). Se hizo una segunda edición de esta magna obra, también en dos tomos, en Nápoles: “... Editio prima Napolitana, Neapoli, M.D.CCC.LXVI, ex Bibliopola Bibliothecae Catholicae”; t. I, 514 pp; t. II, 628 pp. Preparó la edición, con una presentación al lector, y notas aclaratorias, el sacerdote Giuseppe Pelella. El texto lleva una numeración de párrafos uniforme. El tomo I, ns. 1-1143; el t. II, ns. 1144-1889.

[14] Cristóbal de Vega, o.c., n.1493.

[15] Juan Pablo II, RC 7. Ver también nº. 21.

[16] Juan Pablo II, RC 7.

[17] Juan Pablo II se ha referido en muchas ocasiones al ‘amor esponsal’ de José y María, como razón y fundamento de su matrimonio, al margen del lazo jurídico que los unía. En la *Carta a las Familias* (2 de febrero, 1994), lo identifica con *el amor hermoso*, del que María es el prototipo, y el modelo más perfecto, del que fue participante su Esposo.”La ‘Madre del amor hermoso’ fue acogida por aquel que, según la tradición de Israel, ya era su esposo terrenal, *José, de la estirpe de David*... Este ‘amor esponsal’ recíproco, para que sea plenamente el ‘amor hermoso’, exige que José acoja a María y a su Hijo bajo el techo de su casa en Nazaret. José obedece el mensaje divino... Es también gracias a José que el misterio de la Encarnación... se inscribe profundamente en el amor esponsal del hombre y de la mujer”(Juan Pablo II, *Carta a las Familias*, nº 20)

[18] Ver sus estudios: ‘La predestinación de San José y el matrimonio con la Virgen María’, en *Est. Josefinos*, 57(2003), pp. 61-87; ‘José y María acogen al Hijo de Dios en una familia. (La Familia de Nazaret, paradigma de la familia),’ Ponencia en el Congreso Internacional Mariológico- Mariano, Roma, 2-8, 2004 (en prensa). El tema de la predestinación ha sido estudiado desde los albores del movimiento-teológico josefino. En sus últimos estudios he incorporado a este tema la doctrina y las orientaciones del Magisterio de la Iglesia actual.

[19] Juan Pablo II, RC 8.

[20] S. Tromp, S. J., ‘*De Virgine Deipara María, Corde Mystici Corporis*’, en ‘*Corpus Christi, quod est Ecclesia. Pars Quarta*, Roma, 1972, p. 20.

[21] S. Tromp, S. J., o.c., p. 20; Santo Tomás de Aquino, *Summa...*, III, q. 24, a. 4c.

[22] Juan Pablo II, RC 18.

[23] G. Ma. Roschini, “La Madre de Dios, según la fe y la teología”, trad. del italiano por Eduardo Spert, I, Madrid, Apostolado de la Prensa, 1994, pp. 175.179.

[24] Juan Pablo II, RC 7.

[25] Juan Pablo II, RC 18.

[26] Juan Pablo II, RC 19.

[27] JUAN Pablo II, RC 18: “Dios, dirigiéndose a José con las palabras del Ángel, se dirige a él *al ser el Esposo de la Virgen de Nazaret*. Por tanto, lo que había tenido lugar antes, -esto es: sus desposorios con María-, había sucedido por voluntad de Dios”.

[28] Juan Pablo II, RC 18-19; *Carta a las Familias* (2, febrero, 1994), nº 20.

[\[29\]](#) Concilio Vaticano II, LG 61.

[\[30\]](#) Juan Pablo II, RC 18.

ANEXO II

EXHORTACIÓN APOSTÓLICA
 REDEMPTORIS CUSTOS
 DEL SUMO PONTÍFICE
 JUAN PABLO II
 SOBRE LA FIGURA Y LA MISIÓN
 DE SAN JOSÉ
 EN LA VIDA DE CRISTO
 Y DE LA IGLESIA

A los Obispos
 A los Sacerdotes y Diáconos
 A los Religiosos y Religiosas
 A todos los fieles

INTRODUCCIÓN

1. Llamado a ser el Custodio del Redentor, «José... hizo como el ángel del Señor le había mandado, y tomó consigo a su mujer» (Mt 1, 24).

Desde los primeros siglos, los Padres de la Iglesia, inspirándose en el Evangelio, han subrayado que san José, al igual que cuidó amorosamente a María y se dedicó con gozoso empeño a la educación de Jesucristo, [1] también custodia y protege su cuerpo místico, la Iglesia, de la que la Virgen Santa es figura y modelo.

En el centenario de la publicación de la Carta Encíclica *Quamquam pluries* del Papa León XIII, [2] y siguiendo la huella de la secular veneración a san José, deseo presentar a la consideración de vosotros, queridos hermanos y hermanas, algunas reflexiones sobre aquél al cual Dios «confió la custodia de sus tesoros más preciosos». [3] Con profunda alegría cumplo este deber pastoral, para que en todos crezca la devoción al Patrono de la Iglesia universal y el amor al Redentor, al que él sirvió ejemplarmente.

De este modo, todo el pueblo cristiano no sólo recurrirá con mayor fervor a san José e invocará confiado su patrocinio, sino que tendrá siempre presente ante sus ojos su humilde y maduro modo de servir, así como de «participar» en la economía de la salvación. [4]

Considero, en efecto, que el volver a reflexionar sobre la participación del Esposo de María en el misterio divino consentirá a la Iglesia, en camino hacia el futuro junto con toda la humanidad, encontrar continuamente su identidad en el ámbito del designio redentor, que tiene su fundamento en el misterio de la Encarnación.

Precisamente José de Nazaret «participó» en este misterio como ninguna otra persona, a excepción de María, la Madre del Verbo Encarnado. El participó en este misterio junto con ella, comprometido en la realidad del mismo hecho salvífico, siendo depositario del mismo amor, por cuyo poder el eterno Padre «nos predestinó a la adopción de hijos suyos por Jesucristo» (Ef 1, 5).

I. EL MARCO EVANGÉLICO

El matrimonio con María

2. «José, hijo de David, no temas tomar contigo a María tu mujer, porque lo engendrado en ella es del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados» (Mt 1, 20—21).

En estas palabras se halla el núcleo central de la verdad bíblica sobre san José, el momento de su existencia al que se refieren particularmente los Padres de la Iglesia.

El Evangelista Mateo explica el significado de este momento, delineando también como José lo ha vivido. Sin embargo, para comprender plenamente el contenido y el contexto, es importante tener presente el texto paralelo del Evangelio de Lucas. En efecto, en relación con el versículo que dice: «La generación de Jesucristo fue de esta manera: Su madre, María, estaba desposada con José y, antes de empezar a estar juntos ellos, se encontró encinta por obra del Espíritu Santo» (Mt 1, 18), el origen de la gestación de María «por obra del Espíritu Santo» encuentra una descripción más amplia y explícita en el versículo que se lee en Lucas sobre la anunciación del nacimiento de Jesús: «Fue enviado por Dios el ángel Gabriel a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María» (Lc 1, 26—27). Las palabras del ángel: «Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo» (Lc 1, 28), provocaron una turbación interior en María y, a la vez, le llevaron a la reflexión. Entonces el mensajero tranquiliza a la Virgen y, al mismo tiempo, le revela el designio especial de Dios referente a ella misma: «No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios; vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. El será grande y será llamado Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre» (Lc 1, 30—32).

El evangelista había afirmado poco antes que, en el momento de la anunciación, María estaba «desposada con un hombre llamado José, de la casa de David». La naturaleza de este «desposorio» es explicada indirectamente, cuando María, después de haber escuchado lo que el mensajero había dicho sobre el nacimiento del hijo, pregunta: «¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?» (Lc 1, 34). Entonces le llega esta respuesta: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios» (Lc 1, 35). María, si bien ya estaba «desposada» con José, permanecerá virgen, porque el niño, concebido en su seno desde la anunciación, había sido concebido por obra del Espíritu Santo.

En este punto el texto de Lucas coincide con el de Mateo 1, 18 y sirve para explicar lo que en él se lee. Si María, después del desposorio con José, se halló «encinta por obra del Espíritu Santo», este hecho corresponde a todo el contenido de la anunciación y, de modo particular, a las últimas palabras pronunciadas por María: «Hágase en mí según tu palabra» (Lc 1, 38). Respondiendo al claro designio de Dios, María con el paso de los días y de las semanas se manifiesta ante la gente y ante José «encinta», como aquella que debe dar a luz y lleva consigo el misterio de la maternidad.

3. A la vista de esto «su marido José, como era justo y no quería ponerla en evidencia, resolvió repudiarla en secreto» (Mt 1, 19), pues no sabía cómo comportarse ante la «sorprendente» maternidad de María. Ciertamente buscaba una respuesta a la inquietante pregunta, pero, sobre todo, buscaba una salida a aquella situación tan difícil para él. Por tanto, cuando «reflexionaba sobre esto, he aquí que se le apareció en sueños un ángel del Señor y le dijo: "José, hijo de David, no temas recibir en tu casa a María, tu esposa, pues lo concebido en ella es obra del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús, porque salvará a su pueblo de sus pecados"» (Mt 1, 20—21).

Existe una profunda analogía entre la «anunciación» del texto de Mateo y la del texto de Lucas. El mensajero divino introduce a José en el misterio de la maternidad de María. La que según la ley es su «esposa», permaneciendo virgen, se ha convertido en madre por obra del Espíritu Santo. Y cuando el Hijo, llevado en el seno por María, venga al mundo, recibirá el nombre de Jesús. Era éste un nombre conocido entre los israelitas y, a veces, se ponía a los hijos. En este caso, sin embargo, se trata del Hijo que, según la promesa divina, cumplirá plenamente el significado de este nombre: Jesús—Yehošua', que significa, Dios salva.

El mensajero se dirige a José como al «esposo de María», aquel que, a su debido tiempo, tendrá que imponer ese nombre al Hijo que nacerá de la Virgen de Nazaret, desposada con él. El mensajero se dirige, por tanto, a José confiándole la tarea de un padre terreno respecto al Hijo de María.

«Despertado José del sueño, hizo como el ángel del Señor le había mandado, y tomó consigo a su mujer» (Mt 1, 24). El la tomó en todo el misterio de su maternidad; la tomó junto con el Hijo que llegaría al mundo por obra del Espíritu Santo, demostrando de tal modo una disponibilidad de voluntad, semejante a la de María, en orden a lo que Dios le pedía por medio de su mensajero.

II. EL DEPOSITARIO DEL MISTERIO DE DIOS

4. Cuando María, poco después de la anunciación, se dirigió a la casa de Zacarías para visitar a su pariente Isabel, mientras la saludaba oyó las palabras pronunciadas por Isabel «llena de Espíritu Santo» (Lc 1, 41). Además de las palabras relacionadas con el saludo del ángel en la anunciación, Isabel dijo: «¡Feliz la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!» (Lc 1, 45). Estas palabras han sido el pensamiento—guía de la encíclica *Redemptoris Mater*, con la cual he pretendido profundizar en las enseñanzas del Concilio Vaticano II que afirma: «La Bienaventurada Virgen avanzó en la peregrinación de la fe y mantuvo fielmente la unión con su Hijo hasta la cruz» [5] y «precedió»[6] a todos los que, mediante la fe, siguen a Cristo.

Ahora, al comienzo de esta peregrinación, la fe de María se encuentra con la fe de José. Si Isabel dijo de la Madre del Redentor: «Feliz la que ha creído», en cierto sentido se puede aplicar esta bienaventuranza a José, porque él respondió afirmativamente a la Palabra de Dios, cuando le fue transmitida en aquel momento decisivo. En honor a la verdad, José no respondió al «anuncio» del ángel como María; pero hizo como le había ordenado el ángel del Señor y tomó consigo a su esposa. Lo que él hizo es genuina "obediencia de la fe" (cf. Rom 1, 5; 16, 26; 2 Cor 10, 5—6).

Se puede decir que lo que hizo José le unió en modo particularísimo a la fe de María. Aceptó como verdad proveniente de Dios lo que ella ya había aceptado en la anunciación. El Concilio dice al respecto: «Cuando Dios revela hay que prestarle "la obediencia de la fe", por la que el hombre se confía libre y totalmente a Dios, prestando a Dios revelador el homenaje del entendimiento y de la voluntad y asintiendo voluntariamente a la revelación hecha por él». [7] La frase anteriormente citada, que concierne a la esencia misma de la fe, se refiere plenamente a José de Nazaret.

5. El, por tanto, se convirtió en el depositario singular del misterio «escondido desde siglos en Dios» (cf. Ef 3, 9), lo mismo que se convirtió María en aquel momento decisivo que el Apóstol llama «la plenitud de los tiempos», cuando «envió Dios a su Hijo, nacido de mujer» para «rescatar a los que se hallaban bajo la ley», «para que recibieran la filiación adoptiva» (cf. Gál 4, 4—5). «Dispuso Dios —afirma el Concilio— en su sabiduría revelarse a sí mismo y dar a conocer el misterio de su voluntad (cf. Ef 1, 9), mediante el cual los hombres, por medio de Cristo, Verbo encarnado, tienen acceso al Padre en el Espíritu Santo y se hacen consortes de la naturaleza divina (cf. Ef 2, 18; 2 Pe 1, 4)». [8]

De este misterio divino José es, junto con María, el primer depositario. Con María —y también en relación con María— él participa en esta fase culminante de la autorrevelación de Dios en Cristo, y participa desde el primer instante. Teniendo a la vista el texto de ambos evangelistas Mateo y Lucas, se puede decir también que José es el primero en participar de la fe de la Madre de Dios, y que, haciéndolo así, sostiene a su esposa en la fe de la divina anunciación. El es asimismo el que ha sido puesto en primer lugar por Dios en la vía de la «peregrinación de la fe», a través de la cual, María, sobre todo en el Calvario y en Pentecostés, precedió de forma eminente y singular. [9]

6. La vía propia de José, su peregrinación de la fe, se concluirá antes, es decir, antes de que María se detenga ante la Cruz en el Gólgota y antes de que Ella, una vez vuelto Cristo al Padre, se encuentre en el Cenáculo de Pentecostés el día de la manifestación de la Iglesia al mundo, nacida mediante el poder del Espíritu de verdad. Sin embargo, la vía de la fe de José sigue la misma dirección, queda totalmente determinada por el mismo misterio del que él junto con María se había convertido en el primer depositario. La encarnación y la redención constituyen una unidad orgánica e indisoluble, donde el «plan de la revelación se realiza con palabras y gestos intrínsecamente conexos entre sí». [10] Precisamente por esta unidad el Papa Juan XXIII, que tenía una gran devoción a san José, estableció que en el Canon romano de la Misa, memorial perpetuo de la redención, se incluyera su nombre junto al de María, y antes del de los Apóstoles, de los Sumos Pontífices y de los Mártires.

[11]

El servicio de la paternidad

7. Como se deduce de los textos evangélicos, el matrimonio con María es el fundamento jurídico de la paternidad de José. Es para asegurar la protección paterna a Jesús por lo que Dios elige a José como esposo de María. Se sigue de esto que la paternidad de José —una relación que lo sitúa lo más cerca posible de Jesús, término de toda elección y predestinación (cf. Rom 8, 28 s.)— pasa a través del matrimonio con María, es decir, a través de la familia.

Los evangelistas, aun afirmando claramente que Jesús ha sido concebido por obra del Espíritu Santo y que en aquel matrimonio se ha conservado la virginidad (cf. Mt 1, 18—25; Lc 1, 26—38), llaman a José esposo de María y a María esposa de José (cf. Mt 1, 16. 18—20. 24; Lc 1, 27; 2, 5).

Y también para la Iglesia, si es importante profesar la concepción virginal de Jesús, no lo es menos defender el matrimonio de María con José, porque jurídicamente depende de este matrimonio la paternidad de José. De aquí se comprende por qué las generaciones han sido enumeradas según la genealogía de José. «¿Por qué —se pregunta san Agustín— no debían serlo a través de José? ¿No era tal vez José el marido de María? (...) La Escritura afirma, por medio de la autoridad angélica, que él era el marido. No temas, dice, recibir en tu casa a María, tu esposa, pues lo concebido en ella es obra del Espíritu Santo. Se le ordena poner el nombre del niño, aunque no fuera fruto suyo. Ella, añade, dará a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. La Escritura sabe que Jesús no ha nacido de la semilla de José, porque a él, preocupado por el origen de la gravidez de ella, se le ha dicho: es obra del Espíritu Santo. Y, no obstante, no se le quita la autoridad paterna, visto que se le ordena poner el nombre al niño. Finalmente, aun la misma Virgen María, plenamente consciente de no haber concebido a Cristo por medio de la unión conyugal con él, le llama sin embargo padre de Cristo».[12]

El hijo de María es también hijo de José en virtud del vínculo matrimonial que les une: «A raíz de aquel matrimonio fiel ambos merecieron ser llamados padres de Cristo; no sólo aquella madre, sino también aquel padre, del mismo modo que era esposo de su madre, ambos por medio de la mente, no de la carne».[13] En este matrimonio no faltaron los requisitos necesarios para su constitución: «En los padres de Cristo se han cumplido todos los bienes del matrimonio: la prole, la fidelidad y el sacramento. Conocemos la prole, que es el mismo Señor Jesús; la fidelidad, porque no existe adulterio; el sacramento, porque no hay divorcio».[14]

Analizando la naturaleza del matrimonio, tanto san Agustín como santo Tomás la ponen siempre en la «indivisible unión espiritual», en la «unión de los corazones», en el «consentimiento»,[15] elementos que en aquel matrimonio se han manifestado de modo ejemplar. En el momento culminante de la historia de la salvación, cuando Dios revela su amor a la humanidad mediante el don del Verbo, es precisamente el matrimonio de María y José el que realiza en plena «libertad» el «don esponsal de sí» al acoger y expresar tal amor. [16] «En esta grande obra de renovación de todas las cosas en Cristo, el matrimonio, purificado y renovado, se convierte en una realidad nueva, en un sacramento de la nueva Alianza. Y he aquí que en el umbral del Nuevo Testamento, como ya al comienzo del Antiguo, hay una pareja. Pero, mientras la de Adán y Eva había sido fuente del mal que ha inundado al mundo, la de José y María constituye el vértice, por medio del cual la santidad se esparce por toda la tierra. El Salvador ha iniciado la obra de la salvación con esta unión virginal y santa, en la que se manifiesta su omnipotente voluntad de purificar y santificar la familia, santuario de amor y cuna de la vida».[17]

¡Cuántas enseñanzas se derivan de todo esto para la familia! Porque «la esencia y el cometido de la familia son definidos en última instancia por el amor» y «la familia recibe la misión de custodiar, revelar y comunicar el amor, como reflejo vivo y participación real del amor de Dios por la humanidad y del amor de Cristo Señor por la Iglesia su esposa»,[18] es en la sagrada Familia, en esta originaria «iglesia doméstica»,[19] donde todas las familias cristianas deben mirarse. En efecto, «por un misterioso designio de Dios, en ella vivió escondido largos años el Hijo de Dios: es pues el prototipo y ejemplo de todas las familias cristianas».[20]

8. San José ha sido llamado por Dios para servir directamente a la persona y a la misión de Jesús mediante el ejercicio de su paternidad; de este modo él coopera en la plenitud de los tiempos en el gran misterio de la redención y es verdaderamente «ministro de la salvación».[21] Su paternidad se ha expresado concretamente «al haber hecho de su vida un servicio, un sacrificio, al misterio de la encarnación y a la misión redentora que está unida a él; al haber hecho uso de la autoridad legal, que

le correspondía sobre la Sagrada Familia, para hacerle don total de sí, de su vida y de su trabajo; al haber convertido su vocación humana al amor doméstico con la oblación sobrehumana de sí, de su corazón y de toda capacidad, en el amor puesto al servicio del Mesías, que crece en su casa». [22]

La liturgia, al recordar que han sido confiados «a la fiel custodia de san José los primeros misterios de la salvación de los hombres», [23] precisa también que «Dios le ha puesto al cuidado de su familia, como siervo fiel y prudente, para que custodiara como padre a su Hijo unigénito». [24] León XIII subraya la sublimidad de esta misión: «El se impone entre todos por su augusta dignidad, dado que por disposición divina fue custodio y, en la creencia de los hombres, padre del Hijo de Dios. De donde se seguía que el Verbo de Dios se sometiera a José, le obedeciera y le diera aquel honor y aquella reverencia que los hijos deben a su propio padre». [25]

Al no ser concebible que a una misión tan sublime no correspondan las cualidades exigidas para llevarla a cabo de forma adecuada, es necesario reconocer que José tuvo hacia Jesús «por don especial del cielo, todo aquel amor natural, toda aquella afectuosa solicitud que el corazón de un padre pueda conocer». [26]

Con la potestad paterna sobre Jesús, Dios ha otorgado también a José el amor correspondiente, aquel amor que tiene su fuente en el Padre, «de quien toma nombre toda familia en el cielo y en la tierra» (Ef 3, 15).

En los Evangelios se expone claramente la tarea paterna de José respecto a Jesús. De hecho, la salvación, que pasa a través de la humanidad de Jesús, se realiza en los gestos que forman parte diariamente de la vida familiar, respetando aquella «condescendencia» inherente a la economía de la encarnación. Los Evangelistas están muy atentos en mostrar cómo en la vida de Jesús nada se deja a la casualidad y todo se desarrolla según un plan divinamente preestablecido. La fórmula repetida a menudo: «Así sucedió, para que se cumplieran...» y la referencia del acontecimiento descrito a un texto del Antiguo Testamento, tienden a subrayar la unidad y la continuidad del proyecto, que alcanza en Cristo su cumplimiento.

Con la encarnación las «promesas» y las «figuras» del Antiguo Testamento se hacen «realidad»: lugares, personas, hechos y ritos se entremezclan según precisas órdenes divinas, transmitidas mediante el ministerio angélico y recibidos por criaturas particularmente sensibles a la voz de Dios. María es la humilde sierva del Señor, preparada desde la eternidad para la misión de ser Madre de Dios; José es aquel que Dios ha elegido para ser «el coordinador del nacimiento del Señor», [27] aquél que tiene el encargo de proveer a la inserción «ordenada» del Hijo de Dios en el mundo, en el respeto de las disposiciones divinas y de las leyes humanas. Toda la vida, tanto «privada» como «escondida» de Jesús ha sido confiada a su custodia.

El censo

9. Dirigiéndose a Belén para el censo, de acuerdo con las disposiciones emanadas por la autoridad legítima, José, respecto al niño, cumplió la tarea importante y significativa de inscribir oficialmente el nombre «Jesús, hijo de José de Nazaret» (cf. Jn 1, 45) en el registro del Imperio. Esta inscripción manifiesta de modo evidente la pertenencia de Jesús al género humano, hombre entre los hombres, ciudadano de este mundo, sujeto a las leyes e instituciones civiles, pero también «salvador del mundo». Orígenes describe acertadamente el significado teológico inherente a este hecho histórico, ciertamente nada marginal: «Dado que el primer censo de toda la tierra acaeció bajo César Augusto y, como todos los demás, también José se hizo registrar junto con María su esposa, que estaba encinta, Jesús nació antes de que el censo se hubiera llevado a cabo; a quien considere esto con profunda atención, le parecerá ver una especie de misterio en el hecho de que en la declaración de toda la tierra debiera ser censado Cristo. De este modo, registrado con todos, podía santificar a todos; inscrito en el censo con toda la tierra, a la tierra ofrecía la comunión consigo; y después de esta declaración escribía a todos los hombres de la tierra en el libro de los vivos, de modo que cuantos hubieran creído en él, fueran luego registrados en el cielo con los Santos de Aquel a quien se debe la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén». [28]

El nacimiento en Belén

10. Como depositarios del misterio «escondido desde siglos en Dios» y que empieza a realizarse ante sus ojos «en la plenitud de los tiempos», José es con María, en la noche de Belén, testigo

privilegiado de la venida del Hijo de Dios al mundo. Así lo narra Lucas: «Y sucedió que, mientras ellos estaban allí, se le cumplieron los días del alumbramiento, y dio a luz su hijo primogénito, le envolvió en pañales y le acostó en un pesebre, porque no tenían sitio en el alojamiento» (Lc 2, 6—7).

José fue testigo ocular de este nacimiento, acaecido en condiciones humanamente humillantes, primer anuncio de aquel «anonadamiento» (Flp 2, 5—8), al que Cristo libremente consintió para redimir los pecados. Al mismo tiempo José fue testigo de la adoración de los pastores, llegados al lugar del nacimiento de Jesús después de que el ángel les había traído esta grande y gozosa nueva (cf. Lc 2, 15—16); más tarde fue también testigo de la adoración de los Magos, venidos de Oriente (cf. Mt 2, 11).

La circuncisión

11. Siendo la circuncisión del hijo el primer deber religioso del padre, José con este rito (cf. Lc 2, 21) ejercita su derecho—deber respecto a Jesús.

El principio según el cual todos los ritos del Antiguo Testamento son una sombra de la realidad (cf. Heb 9, 9 s.; 10, 1), explica el por qué Jesús los acepta. Como para los otros ritos, también el de la circuncisión halla en Jesús el «cumplimiento». La Alianza de Dios con Abraham, de la cual la circuncisión era signo (cf. Jn 17, 13), alcanza en Jesús su pleno efecto y su perfecta realización, siendo Jesús el «sí» de todas las antiguas promesas (cf. 2 Cor 1, 20).

La imposición del nombre

12. En la circuncisión, José impone al niño el nombre de Jesús. Este nombre es el único en el que se halla la salvación (cf. Act 4, 12); y a José le había sido revelado el significado en el instante de su «anunciación»: «Y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados» (Mt 1, 21). Al imponer el nombre, José declara su paternidad legal sobre Jesús y, al proclamar el nombre, proclama también su misión salvadora.

La presentación de Jesús en el templo

13. Este rito, narrado por Lucas (2, 2 ss.), incluye el rescate del primogénito e ilumina la posterior permanencia de Jesús a los doce años de edad en el templo.

El rescate del primogénito es otro deber del padre, que es cumplido por José. En el primogénito estaba representado el pueblo de la Alianza, rescatado de la esclavitud para pertenecer a Dios. También en esto, Jesús, que es el verdadero «precio» del rescate (cf. 1 Cor 6, 20; 7, 23; 1 Ped 1, 19), no sólo «cumple» el rito del Antiguo Testamento, sino que, al mismo tiempo, lo supera, al no ser él mismo un sujeto de rescate, sino el autor mismo del rescate.

El Evangelista pone de manifiesto que «su padre y su madre estaban admirados de lo que se decía de él» (Lc 2, 33), y, de modo particular, de lo dicho por Simeón, en su canto dirigido a Dios, al indicar a Jesús como la «salvación preparada por Dios a la vista de todos los pueblos» y «luz para iluminar a los gentiles y gloria de su pueblo Israel» y, más adelante, también «señal de contradicción» (cf. Lc 2, 30—34).

La huida a Egipto

14. Después de la presentación en el templo el evangelista Lucas hace notar: «Así que cumplieron todas las cosas según la Ley del Señor, volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. El niño crecía y se fortalecía, llenándose de sabiduría; y la gracia de Dios estaba sobre él» (Lc 2, 39—40).

Pero, según el texto de Mateo, antes de este regreso a Galilea, hay que situar un acontecimiento muy importante, para el que la Providencia divina recurre nuevamente a José. Leemos: «Después que ellos (los Magos) se retiraron, el ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: "Levántate, toma contigo al niño y a su madre y huye a Egipto; y estate allí hasta que yo te diga. Porque Herodes va a buscar el niño para matarle"» (Mt 2, 13). Con ocasión de la venida de los Magos de Oriente, Herodes supo del nacimiento del «rey de los judíos» (Mt 2, 2). Y cuando partieron los Magos él «envió a matar a todos los niños de Belén y de toda la comarca, de dos años para abajo» (Mt 2, 16). De este modo, matando a todos, quería matar a aquel recién nacido «rey de los judíos», de quien había tenido conocimiento durante la visita de los magos a su corte. Entonces José, habiendo sido advertido en sueños, «tomó al niño y a su madre y se retiró a Egipto; y estuvo allí hasta la muerte de Herodes;

para que se cumpliera el oráculo del Señor por medio del profeta: "De Egipto llamé a mi hijo"» (Mt 2, 14—15; cf. Os 11, 1).

De este modo, el camino de regreso de Jesús desde Belén a Nazaret pasó a través de Egipto. Así como Israel había tomado la vía del éxodo «en condición de esclavitud» para iniciar la Antigua Alianza, José, depositario y cooperador del misterio providencial de Dios, custodia también en el exilio a aquel que realiza la Nueva Alianza.

Jesús en el templo

15. Desde el momento de la anunciación, José, junto con María, se encontró en cierto sentido en la intimidad del misterio escondido desde siglos en Dios, y que se encarnó: «Y la Palabra se hizo carne, y puso su morada entre nosotros» (Jn 1, 14). El habitó entre los hombres, y el ámbito de su morada fue la Sagrada Familia de Nazaret, una de tantas familias de esta aldea de Galilea, una de tantas familias de Israel. Allí Jesús «crecía y se fortalecía, llenándose de sabiduría; y la gracia de Dios estaba con él» (Lc 2, 40). Los Evangelios compendian en pocas palabras el largo período de la vida «oculta», durante el cual Jesús se preparaba a su misión mesiánica. Un solo episodio se sustrae a este «ocultamiento», que es descrito en el Evangelio de Lucas: la Pascua de Jerusalén, cuando Jesús tenía doce años.

Jesús participó en esta fiesta como joven peregrino junto con María y José. Y he aquí que «pasados los días, el niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin saberlo sus padres» (Lc 2, 43). Pasado un día se dieron cuenta e iniciaron la búsqueda entre los parientes y conocidos: «Al cabo de tres días, lo encontraron en el templo sentado en medio de los maestros, escuchándoles y preguntándoles. Todos los que le oían estaban estupefactos por su inteligencia y sus respuestas» (Lc 2, 46—47). María le pregunta: «Hijo ¿por qué nos has hecho esto? Mira, tu padre y yo, angustiados, te andábamos buscando» (Lc 2, 48). La respuesta de Jesús fue tal que «ellos no comprendieron». El les había dicho: ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía ocuparme en las cosas de mi Padre?» (Lc 2, 49—50).

Esta respuesta la oyó José, a quien María se había referido poco antes llamándole «tu padre». Y así es lo que se decía y pensaba: «Jesús... era, según se creía, hijo de José» (Lc 3, 23). No obstante, la respuesta de Jesús en el templo habría reafirmado en la conciencia del «presunto padre» lo que éste había oído una noche doce años antes: «José ... no temas tomar contigo a María, tu mujer, porque lo engendrado en ella es del Espíritu Santo» (Mt 1, 20). Ya desde entonces, él sabía que era depositario del misterio de Dios, y Jesús en el templo evocó exactamente este misterio: «Debo ocuparme en las cosas de mi Padre».

El mantenimiento y la educación de Jesús en Nazaret

16. El crecimiento de Jesús «en sabiduría, edad y gracia» (Lc 2, 52) se desarrolla en el ámbito de la Sagrada Familia, a la vista de José, que tenía la alta misión de «criarle», esto es, alimentar, vestir e instruir a Jesús en la Ley y en un oficio, como corresponde a los deberes propios del padre.

En el sacrificio eucarístico la Iglesia venera ante todo la memoria de la gloriosa siempre Virgen María, pero también la del bienaventurado José [29] porque «alimentó a aquel que los fieles comerían como pan de vida eterna».[30]

Por su parte, Jesús «vivía sujeto a ellos» (Lc 2, 51), correspondiendo con el respeto a las atenciones de sus «padres». De esta manera quiso santificar los deberes de la familia y del trabajo que desempeñaba al lado de José.

III. EL VARÓN JUSTO — EL ESPOSO

17. Durante su vida, que fue una peregrinación en la fe, José, al igual que María, permaneció fiel a la llamada de Dios hasta el final. La vida de ella fue el cumplimiento hasta sus últimas consecuencias de aquel primer «fiat» pronunciado en el momento de la anunciación mientras que José —como ya se ha dicho— en el momento de su «anunciación» no pronunció palabra alguna. Simplemente él «hizo como el ángel del Señor le había mandado» (Mt 1, 24). Y este primer «hizo» es el comienzo del «camino de José». A lo largo de este camino, los Evangelios no citan ninguna palabra dicha por él. Pero el silencio de José posee una especial elocuencia: gracias a este silencio se puede leer plenamente la verdad contenida en el juicio que de él da el Evangelio: el «justo» (Mt 1, 19).

Hace falta saber leer esta verdad, porque ella contiene uno de los testimonios más importantes acerca del hombre y de su vocación. En el transcurso de las generaciones la Iglesia lee, de modo siempre atento y consciente, dicho testimonio, casi como si sacase del tesoro de esta figura insigne «lo nuevo y lo viejo» (Mt 13, 52).

18. El varón «justo» de Nazaret posee ante todo las características propias del esposo. El Evangelista habla de María como de «una virgen desposada con un hombre llamado José» (Lc 1, 27). Antes de que comience a cumplirse «el misterio escondido desde siglos» (Ef 3, 9) los Evangelios ponen ante nuestros ojos la imagen del esposo y de la esposa. Según la costumbre del pueblo hebreo, el matrimonio se realizaba en dos etapas: primero se celebraba el matrimonio legal (verdadero matrimonio) y, sólo después de un cierto período, el esposo introducía en su casa a la esposa. Antes de vivir con María, José era, por tanto, su «esposo»; pero María conservaba en su intimidad el deseo de entregarse a Dios de modo exclusivo. Se podría preguntar cómo se concilia este deseo con el «matrimonio». La respuesta viene sólo del desarrollo de los acontecimientos salvíficos, esto es, de la especial intervención de Dios. Desde el momento de la anunciación, María sabe que debe llevar a cabo su deseo virginal de darse a Dios de modo exclusivo y total precisamente por el hecho de llegar a ser la madre del Hijo de Dios. La maternidad por obra del Espíritu Santo es la forma de donación que el mismo Dios espera de la Virgen, «esposa prometida» de José. María pronuncia su «fiat».

El hecho de ser ella la «esposa prometida» de José está contenido en el designio mismo de Dios.

Así lo indican los dos Evangelistas citados, pero de modo particular Mateo. Son muy significativas las palabras dichas a José: «No temas en tomar contigo a María, tu mujer, porque lo engendrado en ella es del Espíritu Santo» (Mt 1, 20). Estas palabras explican el misterio de la esposa de José: María es virgen en su maternidad. En ella el «Hijo del Altísimo» asume un cuerpo humano y viene a ser «el Hijo del hombre».

Dios, dirigiéndose a José con las palabras del ángel, se dirige a él al ser el esposo de la Virgen de Nazaret. Lo que se ha cumplido en ella por obra del Espíritu Santo expresa al mismo tiempo una especial confirmación del vínculo esponsal, existente ya antes entre José y María. El mensajero dice claramente a José: «No temas tomar contigo a María tu mujer». Por tanto, lo que había tenido lugar antes —esto es, sus desposorios con María— había sucedido por voluntad de Dios y, consiguientemente, había que conservarlo. En su maternidad divina María ha de continuar viviendo como «una virgen, esposa de un esposo» (cf. Lc 1, 27).

19. En las palabras de la «anunciación» nocturna, José escucha no sólo la verdad divina acerca de la inefable vocación de su esposa, sino que también vuelve a escuchar la verdad sobre su propia vocación. Este hombre «justo», que en el espíritu de las más nobles tradiciones del pueblo elegido amaba a la virgen de Nazaret y se había unido a ella con amor esponsal, es llamado nuevamente por Dios a este amor.

«José hizo como el ángel del Señor le había mandado, y tomó consigo a su mujer» (Mt 1, 24); lo que en ella había sido engendrado «es del Espíritu Santo». A la vista de estas expresiones, ¿no habrá que concluir que también su amor como hombre ha sido regenerado por el Espíritu Santo? ¿No habrá que pensar que el amor de Dios, que ha sido derramado en el corazón humano por medio del Espíritu Santo (cf. Rom 5, 5) configura de modo perfecto el amor humano? Este amor de Dios forma también —y de modo muy singular— el amor esponsal de los cónyuges, profundizando en él todo lo que tiene de humanamente digno y bello, lo que lleva el signo del abandono exclusivo, de la alianza de las personas y de la comunión auténtica a ejemplo del Misterio trinitario.

«José ... tomó consigo a su mujer. Y no la conocía hasta que ella dio a luz un hijo» (Mt 1, 24—25). Estas palabras indican también otra proximidad esponsal. La profundidad de esta proximidad, es decir, la intensidad espiritual de la unión y del contacto entre personas —entre el hombre y la mujer— proviene en definitiva del Espíritu Santo, que da la vida (cf. Jn 6, 63). José, obediente al Espíritu, encontró justamente en Él la fuente del amor, de su amor esponsal de hombre, y este amor fue más grande que el que aquel «varón justo» podía esperarse según la medida del propio corazón humano.

20. En la liturgia se celebra a María como «unida a José, el hombre justo, por un estrechísimo y virginal vínculo de amor». [31] Se trata, en efecto, de dos amores que representan conjuntamente el misterio de la Iglesia, virgen y esposa, la cual encuentra en el matrimonio de María y José su propio

símbolo. «La virginidad y el celibato por el Reino de Dios no sólo no contradicen la dignidad del matrimonio, sino que la presuponen y la confirman. El matrimonio y la virginidad son dos modos de expresar y vivir el único misterio de la Alianza de Dios con su pueblo»,^[32] que es comunión de amor entre Dios y los hombres.

Mediante el sacrificio total de sí mismo José expresa su generoso amor hacia la Madre de Dios, haciéndole «don sponsal de sí». Aunque decidido a retirarse para no obstaculizar el plan de Dios que se estaba realizando en ella, él, por expresa orden del ángel, la retiene consigo y respeta su pertenencia exclusiva a Dios.

Por otra parte, es precisamente del matrimonio con María del que derivan para José su singular dignidad y sus derechos sobre Jesús. «Es cierto que la dignidad de Madre de Dios llega tan alto que nada puede existir más sublime; mas, porque entre la beatísima Virgen y José se estrechó un lazo conyugal, no hay duda de que a aquella altísima dignidad, por la que la Madre de Dios supera con mucho a todas las criaturas, él se acercó más que ningún otro. Ya que el matrimonio es el máximo consorcio y amistad —al que de por sí va unida la comunión de bienes— se sigue que, si Dios ha dado a José como esposo a la Virgen, se lo ha dado no sólo como compañero de vida, testigo de la virginidad y tutor de la honestidad, sino también para que participase, por medio del pacto conyugal, en la excelsa grandeza de ella».^[33]

21. Este vínculo de caridad constituyó la vida de la Sagrada Familia, primero en la pobreza de Belén, luego en el exilio en Egipto y, sucesivamente, en Nazaret. La Iglesia rodea de profunda veneración a esta Familia, proponiéndola como modelo para todas las familias. La Familia de Nazaret, inserta directamente en el misterio de la encarnación, constituye un misterio especial. Y —al igual que en la encarnación— a este misterio pertenece también una verdadera paternidad: la forma humana de la familia del Hijo de Dios, verdadera familia humana formada por el misterio divino. En esta familia José es el padre: no es la suya una paternidad derivada de la generación; y, sin embargo, no es «aparente» o solamente «sustitutiva», sino que posee plenamente la autenticidad de la paternidad humana y de la misión paterna en la familia. En ello está contenida una consecuencia de la unión hipostática: la humanidad asumida en la unidad de la Persona divina del Verbo—Hijo, Jesucristo. Junto con la ascensión de la humanidad, en Cristo está también «asumido» todo lo que es humano, en particular, la familia, como primera dimensión de su existencia en la tierra. En este contexto está también «asumida» la paternidad humana de José.

En base a este principio adquieren su justo significado las palabras de María a Jesús en el templo: «Tu padre y yo ... te buscábamos». Esta no es una frase convencional; las palabras de la Madre de Jesús indican toda la realidad de la encarnación, que pertenece al misterio de la Familia de Nazaret. José, que desde el principio aceptó mediante la «obediencia de la fe» su paternidad humana respecto a Jesús, siguiendo la luz del Espíritu Santo, que mediante la fe se da al hombre, descubría ciertamente cada vez más el don inefable de su paternidad.

IV. EL TRABAJO EXPRESIÓN DEL AMOR

22. Expresión cotidiana de este amor en la vida de la Familia de Nazaret es el trabajo. El texto evangélico precisa el tipo de trabajo con el que José trataba de asegurar el mantenimiento de la Familia: el de carpintero. Esta simple palabra abarca toda la vida de José. Para Jesús éstos son los años de la vida escondida, de la que habla el evangelista tras el episodio ocurrido en el templo: «Bajó con ellos y vino a Nazaret, y vivía sujeto a ellos» (Lc 2, 51). Esta «sumisión», es decir, la obediencia de Jesús en la casa de Nazaret, es entendida también como participación en el trabajo de José. El que era llamado el «hijo del carpintero» había aprendido el trabajo de su «padre» putativo. Si la Familia de Nazaret en el orden de la salvación y de la santidad es ejemplo y modelo para las familias humanas, lo es también análogamente el trabajo de Jesús al lado de José, el carpintero. En nuestra época la Iglesia ha puesto también esto de relieve con la fiesta litúrgica de San José Obrero, el 1 de mayo. El trabajo humano y, en particular, el trabajo manual tienen en el Evangelio un significado especial. Junto con la humanidad del Hijo de Dios, el trabajo ha formado parte del misterio de la encarnación, y también ha sido redimido de modo particular. Gracias a su banco de trabajo sobre el que ejercía su profesión con Jesús, José acercó el trabajo humano al misterio de la redención.

23. En el crecimiento humano de Jesús «en sabiduría, edad y gracia» representó una parte notable la virtud de la laboriosidad, al ser «el trabajo un bien del hombre» que «transforma la naturaleza» y que hace al hombre «en cierto sentido más hombre». [34]

La importancia del trabajo en la vida del hombre requiere que se conozcan y asimilen aquellos contenidos «que ayuden a todos los hombres a acercarse a través de él a Dios, Creador y Redentor, a participar en sus planes salvíficos respecto al hombre y al mundo y a profundizar en sus vidas la amistad con Cristo, asumiendo mediante la fe una viva participación en su triple misión de sacerdote, profeta y rey». [35]

24. Se trata, en definitiva, de la santificación de la vida cotidiana, que cada uno debe alcanzar según el propio estado y que puede ser fomentada según un modelo accesible a todos: «San José es el modelo de los humildes, que el cristianismo eleva a grandes destinos; san José es la prueba de que para ser buenos y auténticos seguidores de Cristo no se necesitan "grandes cosas", sino que se requieren solamente las virtudes comunes, humanas, sencillas, pero verdaderas y auténticas». [36]

V. EL PRIMADO DE LA VIDA INTERIOR

25. También el trabajo de carpintero en la casa de Nazaret está envuelto por el mismo clima de silencio que acompaña todo lo relacionado con la figura de José. Pero es un silencio que descubre de modo especial el perfil interior de esta figura. Los Evangelios hablan exclusivamente de lo que José «hizo»; sin embargo permiten descubrir en sus «acciones» —ocultas por el silencio— un clima de profunda contemplación. José estaba en contacto cotidiano con el misterio «escondido desde siglos», que «puso su morada» bajo el techo de su casa. Esto explica, por ejemplo, por qué Santa Teresa de Jesús, la gran reformadora del Carmelo contemplativo, se hizo promotora de la renovación del culto a san José en la cristiandad occidental.

26. El sacrificio total, que José hizo de toda su existencia a las exigencias de la venida del Mesías a su propia casa, encuentra una razón adecuada «en su insondable vida interior, de la que le llegan mandatos y consuelos singularísimos, y de donde surge para él la lógica y la fuerza —propia de las almas sencillas y limpias— para las grandes decisiones, como la de poner enseguida a disposición de los designios divinos su libertad, su legítima vocación humana, su fidelidad conyugal, aceptando de la familia su condición propia, su responsabilidad y peso, y renunciando, por un amor virginal incomparable, al natural amor conyugal que la constituye y alimenta». [37]

Esta sumisión a Dios, que es disponibilidad de ánimo para dedicarse a las cosas que se refieren a su servicio, no es otra cosa que el ejercicio de la devoción, la cual constituye una de las expresiones de la virtud de la religión. [38]

27. La comunión de vida entre José y Jesús nos lleva todavía a considerar el misterio de la encarnación precisamente bajo al aspecto de la humanidad de Cristo, instrumento eficaz de la divinidad en orden a la santificación de los hombres: «En virtud de la divinidad, las acciones humanas de Cristo fueron salvíficas para nosotros, produciendo en nosotros la gracia tanto por razón del mérito, como por una cierta eficacia». [39]

Entre estas acciones los Evangelistas resaltan las relativas al misterio pascual, pero tampoco olvidan subrayar la importancia del contacto físico con Jesús en orden a la curación (cf., p. e., Mc 1, 41) y el influjo ejercido por él sobre Juan Bautista, cuando ambos estaban aún en el seno materno (cf. Lc 1, 41—44).

El testimonio apostólico no ha olvidado —como hemos visto— la narración del nacimiento de Jesús, la circuncisión, la presentación en el templo, la huida a Egipto y la vida oculta en Nazaret, por el «misterio» de gracia contenido en tales «gestos», todos ellos salvíficos, al ser partícipes de la misma fuente de amor: la divinidad de Cristo. Si este amor se irradiaba a todos los hombres, a través de la humanidad de Cristo, los beneficiados en primer lugar eran ciertamente: María, su madre, y su padre putativo, José, a quienes la voluntad divina había colocado en su estrecha intimidad. [40]

Puesto que el amor «paterno» de José no podía dejar de influir en el amor «filial» de Jesús y, viceversa, el amor «filial» de Jesús no podía dejar de influir en el amor «paterno» de José, ¿cómo adentrarnos en la profundidad de esta relación singularísima? Las almas más sensibles a los impulsos del amor divino ven con razón en José un luminoso ejemplo de vida interior.

Además, la aparente tensión entre la vida activa y la contemplativa encuentra en él una superación ideal, cosa posible en quien posee la perfección de la caridad. Según la conocida distinción entre el amor de la verdad (*caritas veritatis*) y la exigencia del amor (*necessitas caritatis*),^[41] podemos decir que José ha experimentado tanto el amor a la verdad, esto es, el puro amor de contemplación de la Verdad divina que irradiaba de la humanidad de Cristo, como la exigencia del amor, esto es, el amor igualmente puro del servicio, requerido por la tutela y por el desarrollo de aquella misma humanidad.

VI. PATRONO DE LA IGLESIA DE NUESTRO TIEMPO

28. En tiempos difíciles para la Iglesia, Pío IX, queriendo ponerla bajo la especial protección del santo patriarca José, lo declaró «Patrono de la Iglesia Católica».^[42] El Pontífice sabía que no se trataba de un gesto peregrino, pues, a causa de la excelsa dignidad concedida por Dios a este su siervo fiel, «la Iglesia, después de la Virgen Santa, su esposa, tuvo siempre en gran honor y colmó de alabanzas al bienaventurado José, y a él recurrió sin cesar en las angustias».^[43]

¿Cuáles son los motivos para tal confianza? León XIII los expone así: «Las razones por las que el bienaventurado José debe ser considerado especial Patrono de la Iglesia, y por las que a su vez, la Iglesia espera muchísimo de su tutela y patrocinio, nacen principalmente del hecho de que él es el esposo de María y padre putativo de Jesús (...). José, en su momento, fue el custodio legítimo y natural, cabeza y defensor de la Sagrada Familia (...). Es, por tanto, conveniente y sumamente digno del bienaventurado José que, lo mismo que entonces solía tutelar santamente en todo momento a la familia de Nazaret, así proteja ahora y defienda con su celeste patrocinio a la Iglesia de Cristo».^[44]

29. Este patrocinio debe ser invocado y todavía es necesario a la Iglesia no sólo como defensa contra los peligros que surgen, sino también y sobre todo como aliento en su renovado empeño de evangelización en el mundo y de reevangelización en aquellos «países y naciones, en los que —como he escrito en la Exhortación Apostólica Post—Sinodal *Christifideles laici*— la religión y la vida cristiana fueron florecientes y» que «están ahora sometidos a dura prueba».^[45] Para llevar el primer anuncio de Cristo y para volver a llevarlo allí donde está descuidado u olvidado, la Iglesia tiene necesidad de un especial «poder desde lo alto» (cf. Lc 24, 49; Act 1, 8), don ciertamente del Espíritu del Señor, no desligado de la intercesión y del ejemplo de sus Santos.

30. Además de la certeza en su segura protección, la Iglesia confía también en el ejemplo insigne de José; un ejemplo que supera los estados de vida particulares y se propone a toda la Comunidad cristiana, cualesquiera que sean las condiciones y las funciones de cada fiel.

Como se dice en la Constitución Dogmática del Concilio Vaticano II sobre la divina Revelación, la actitud fundamental de toda la Iglesia debe ser de «religiosa escucha de la Palabra de Dios».^[46] esto es, de disponibilidad absoluta para servir fielmente a la voluntad salvífica de Dios revelada en Jesús. Ya al inicio de la redención humana encontramos el modelo de obediencia —después del de María— precisamente en José, el cual se distingue por la fiel ejecución de los mandatos de Dios.

Pablo VI invitaba a invocar este patrocinio «como la Iglesia, en estos últimos tiempos suele hacer; ante todo, para sí, en una espontánea reflexión teológica sobre la relación de la acción divina con la acción humana, en la gran economía de la redención, en la que la primera, la divina, es completamente suficiente, pero la segunda, la humana, la nuestra, aunque no puede nada (cf. Jn 15, 5), nunca está dispensada de una humilde, pero condicional y ennoblecedora colaboración. Además, la Iglesia lo invoca como protector con un profundo y actualísimo deseo de hacer florecer su terrena existencia con genuinas virtudes evangélicas, como resplandecen en san José».^[47]

31. La Iglesia transforma estas exigencias en oración. Y recordando que Dios ha confiado los primeros misterios de la salvación de los hombres a la fiel custodia de San José, le pide que le conceda colaborar fielmente en la obra de la salvación, que le dé un corazón puro, como san José, que se entregó por entero a servir al Verbo Encarnado, y que «por el ejemplo y la intercesión de san José, servidor fiel y obediente, vivamos siempre consagrados en justicia y santidad».^[48]

Hace ya cien años el Papa León XIII exhortaba al mundo católico a orar para obtener la protección de san José, patrono de toda la Iglesia. La Carta Encíclica *Quamquam pluries* se refería a aquel «amor paterno» que José «profesaba al niño Jesús»; a él, «próvido custodio de la Sagrada Familia» recomendaba la «heredad que Jesucristo conquistó con su sangre». Desde entonces, la Iglesia

—como he recordado al comienzo— implora la protección de san José en virtud de «aquel sagrado vínculo que lo une a la Inmaculada Virgen María», y le encomienda todas sus preocupaciones y los peligros que amenazan a la familia humana.

Aún hoy tenemos muchos motivos para orar con las mismas palabras de León XIII: «Aleja de nosotros, oh padre amantísimo, este flagelo de errores y vicios... Asístenos propicio desde el cielo en esta lucha contra el poder de las tinieblas ...; y como en otro tiempo libraste de la muerte la vida amenazada del niño Jesús, así ahora defiende a la santa Iglesia de Dios de las hostiles insidias y de toda adversidad».[49] Aún hoy existen suficientes motivos para encomendar a todos los hombres a san José.

32. Deseo vivamente que el presente recuerdo de la figura de san José renueve también en nosotros la intensidad de la oración que hace un siglo mi Predecesor recomendó dirigirle. Esta plegaria y la misma figura de José adquieren una renovada actualidad para la Iglesia de nuestro tiempo, en relación con el nuevo Milenio cristiano.

El Concilio Vaticano II ha sensibilizado de nuevo a todos hacia «las grandes cosas de Dios», hacia la «economía de la salvación» de la que José fue ministro particular. Encomendándonos, por tanto, a la protección de aquel a quien Dios mismo «confió la custodia de sus tesoros más preciosos y más grandes»[50] aprendamos al mismo tiempo de él a servir a la «economía de la salvación». Que san José sea para todos un maestro singular en el servir a la misión salvífica de Cristo, tarea que en la Iglesia compete a todos y a cada uno: a los esposos y a los padres, a quienes viven del trabajo de sus manos o de cualquier otro trabajo, a las personas llamadas a la vida contemplativa, así como a las llamadas al apostolado.

El varón justo, que llevaba consigo todo el patrimonio de la Antigua Alianza, ha sido también introducido en el «comienzo» de la nueva y eterna Alianza en Jesucristo. Que él nos indique el camino de esta Alianza salvífica, ya a las puertas del próximo Milenio, durante el cual debe perdurar y desarrollarse ulteriormente la «plenitud de los tiempos», que es propia del misterio inefable de la encarnación del Verbo.

Que san José obtenga para la Iglesia y para el mundo, así como para cada uno de nosotros, la bendición del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el día 15 de agosto, solemnidad de la Asunción de la Virgen María, del año 1989, undécimo de mi Pontificado.

JOANNES PAULUS PP. II

Notas

[1] Cf. S. Ireneo, *Adversus haereses*, IV, 23, 1: S. Ch 100/2, 692—294.

[2] León XIII, Carta Encícl. *Quamquam pluries* (15 de agosto de 1889): *Leonis XIII P. M. Acta*, IX (1890), pp. 175—182.

[3] *Sacr. Rituum Congr.*, Decr. *Quemadmodum Deus* (8 de diciembre de 1870): *Pii IX P. M. Acta*, pars I, V, p. 282; Pío IX, Carta Apostól. *Inclytum Patriarcham* (7 de julio de 1871): l. c., pp. 331—335.

[4] Cf. S. Juan Crisóstomo, *In Math. 5, 3*: PG 57, 57 s.; Doctores de la Iglesia y Sumos Pontífices, en base también a la identidad del nombre, han visto en José de Egipto la figura de José de Nazaret, por haber simbolizado, en cierto modo, la labor y la grandeza de custodio de los más preciosos tesoros de Dios Padre, del Verbo Encarnado y de su Santísima Madre; cf., por ejemplo, S. Bernardo, *Super «Missus est»*, Hom. II, 16: *S. Bernardi Opera*, Ed. Cist., IV, 33 s.; León XIII, Carta Encícl. *Quamquam pluries* (15 de agosto de 1889): l. c., p. 179.

[5] Const. dogm. *Lumen gentium* sobre la Iglesia, 58.

[6] Const. dogm. *Lumen gentium* sobre la Iglesia, 63.

[7] Const. dogm. *Dei Verbum* sobre la divina Revelación, 5

[8] Const. dogm. *Dei Verbum* sobre la divina Revelación, 2.

[9] Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium* sobre la Iglesia, 63.

[10] Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Dei Verbum* sobre la divina Revelación, 2.

- [11] S. Congr. de los Ritos, Decr. Novis hisce temporibus (13 de noviembre de 1962): AAS 54 (1962), p. 873.
- [12] S. Agustín, Sermo 51, 10, 16: PL 38, 342.
- [13] S. Agustín, De nuptiis et concupiscentia, I, 11, 12: PL 44, 421; cf. De consensu evangelistarum, II, 1, 2: PL, 34, 1071; Contra Faustum, III, 2: PL, 42, 214.
- [14] S. Agustín, De nuptiis et concupiscentia, I, 11, 43: PL, 44, 421; cf. Contra Iulianum, V, 12, 46: PL, 44, 810.
- [15] S. Agustín, Contra Faustum, XXIII, 8; PL 42, 470 ss.; De consensu evangelistarum, II, I, 3: PL 34, 1072; Sermo 51, 13, 21: PL, 38, 344 s.; S. Tomás, Summa Theol., III, q. 29, a. 2 in conclus.
- [16] Cf. Alocuciones del 9 de enero; 16 de enero; 20 de febrero de 1980: Insegnamenti, III/I (1980), pp. 88—92; 148—152; 428—431.
- [17] Pablo VI, Alocución al Movimiento «Equipes Notre—Dame (4 de mayo de 1970), n. 7: AAS 62 (1970), p. 431. Análoga exaltación de la Familia de Nazaret como modelo absoluto de la comunidad familiar se halla, por ejemplo, en León XIII, Carta Apost. Neminem fugit (14 de junio de 1892): Leonis XIII P.M. Acta, XII (1892), pp. 149 s.; Benedicto XV, Motu Proprio Bonum sane (25 de julio de 1920): AAS 12 (1920), pp. 313—317.
- [18] Exhort. Apost. Familiaris consortio (22 de noviembre de 1981), 17; AAS 74 (1982), p. 100.
- [19] Exhort. Apost. Familiaris consortio (22 de noviembre de 1981), 49: AAS 74 (1982), P. 140; Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. Lumen gentium sobre la Iglesia. 11; Decreto Apostolicam actuositatem sobre el apostolado de los Seglares, 11.
- [20] Exhort. Apost. Familiaris consortio (22 de noviembre de 1981), 85: AAS 74 (1982), pp. 189 s.
- [21] S. Juan Crisóstomo, In Matth. Hom. V, 3: PG 57, 57—58.
- [22] Pablo VI, Alocución (19 de marzo de 1966): Insegnamenti, IV (1966), p. 110.
- [23] Cf. Missale Romanum, Collecta: in «Sollemnitate S. Ioseph Sponsi B. M. V.».
- [24] Cf. Ibid., Praefatio in «Sollemnitate S. Ioseph Sponsi B. M. V.».
- [25] Carta Encícl. Quamquam pluries (15 de agosto de 1889): l.c., p. 178.
- [26] Pío XII, Radiomensaje a los alumnos de las escuelas católicas de los Estados Unidos de América (19 de febrero de 1958): AAS 50 (1958), P. 174.
- [27] Orígenes, Hom. XIII in Lucam, 7: S. Ch. 87, pp. 214 s.
- [28] Orígenes, Hom. X in Lucam, 6: S. Ch. 87, pp. 196 s.
- [29] Cf. Missale Romanum, Prex Eucharistica I.
- [30] 30 Sac. Rituum Congr., Decr. Quemadmodum Deus (8 de diciembre de 1870): l.c., p. 282.
- [31] Colletio Missarum de Beata Maria Virgine, I, «Sancta Maria de Nazaret», Praefatio.
- [32] Exhort. Apost. Familiaris consortio, (22 de noviembre de 1981), 16: AAS 74 (1982), p. 98.
- [33] León XIII, Carta Encícl. Quamquam pluries (15 de agosto de 1889): l.c., pp. 177 s.
- [34] Carta Encícl. Laborem exercens (14 de septiembre de 1981), 9: AAS 73 (1981), pp. 599 s.
- [35] Cf. Carta Encícl. Laborem exercens (14 de septiembre de 1981), 24: AAS 73, 1980, p. 638. Los Sumos Pontífices en tiempos recientes han presentado constantemente a san José como «modelo» de los obreros y de los trabajadores; cf., por ejemplo, León XIII, Carta Encícl. Quamquam pluries (15 de agosto de 1889): l.c., p. 180; Benedicto XV, Motu Proprio Bonum sane (25 de julio de 1920): l.c., pp. 314—316; Pío XII Alocución (11 de marzo de 1945), 4: AAS 37 (1945), p. 72; Alocución (1º de mayo de 1955): AAS 47 (1955), 406; Juan XXIII, Radiomensaje (1º de mayo de 1960): AAS 52 (1960), p. 398.
- [36] Pablo VI, Alocución (19 de marzo de 1969): Insegnamenti, VII (1969), p. 1268.
- [37] Ibid.: l.c., p. 1267.
- [38] Cf. S. Tomás, Summa Theol., II—IIae. q. 82. a. 3, ad 2.
- [39] Ibid., III, q. 8, a. 1, ad 1.
- [40] Pío XII, Carta Encícl. Haurietis aquas (15 de mayo de 1956), III: AAS 48 (1956), p. 329 s.
- [41] Cf. S. Tomás, Summa Theol., II—IIae, q. 182, a. 1. ad 3.
- [42] Cf. Sac. Rituum Congr., Decr. Quemadmodum Deus (8 de diciembre de 1870): l.c., p. 283.
- [43] Ibid., l.c., pp. 282 s.
- [44] León XIII, Carta Encícl. Quamquam pluries (15 de agosto de 1889): l.c., pp. 177—179.

[45] Exhort. Apost. Post—Sinodal Christifideles laici (30 de diciembre de 1988), 34: AAS 81 (1989), p. 456.

[46] Const. dogm. Dei Verbum, sobre la divina Revelación, 1.

[47] Pablo VI, Alocución (19 de marzo de 1969): Insegnamenti, VII (1969), p. 1269.

[48] Cf, Missale Romanum, Collecta; Super oblata en «Sollemnitate S. Ioseph Sponsi B. M. V.»; Post. comm. en «Missa votiva S. Ioseph».

[49] Cf. León XIII, «Oratio ad Sanctum Iosephum», que aparece inmediatamente después del texto de la Carta Encícl. Quamquam pluries (15 de agosto de 1889): Leonis , XIII P. M. Acta, IX (1890), p. 183.

[50] Sacr. Rituum Congr., Decr. Quemadmodum Deus (8 de diciembre de 1870): PII IX, P.M. Acta, pars I, V p. 282.

